



Doletta

ESTUDIOS CRITICOS

SOBRE

LITERATURA

1

NOIV

PQ6573

E8

v. 1

VIOR

010489



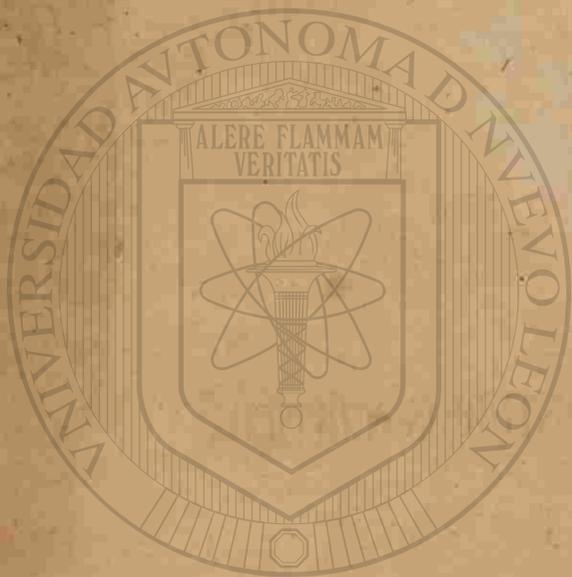
1080019049



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



Núm. Clas. 860.9
Núm. Autor 11622
Núm. Adg. 10489
Procedencia - 6 -
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó 829

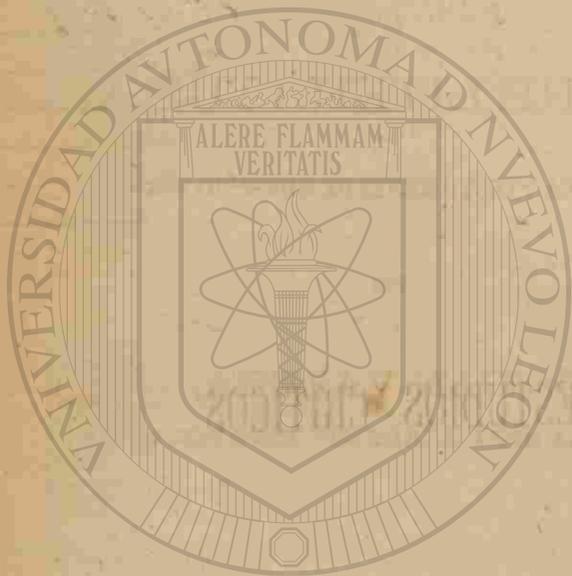
U A N L

ESTUDIOS CRÍTICOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ESTUDIOS CRÍTICOS
SOBRE LITERATURA,

POLÍTICA Y COSTUMBRES DE NUESTROS DIAS.

POR

D. JUAN VALERA,
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Imprenta de Manuel Alvarez,
calle de San Pedro, 16.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE YES"
Apto. 1625 MOCTEZUMA Y MEXICO

TOMO I.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonso de Yes
Biblioteca Universitaria

MADRID:
LIBRERÍA DE A. DURAN.
Carrera de San Gerónimo, núm. 2.
1864.

104/89

46757

PQ6573

E8

V.1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

58702

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

AL EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS, & & &

El recuerdo del tiempo feliz, mi queridísimo Duque, léjos de ser el mayor dolor para mi alma, suele acudir á ella con dulzura inefable, aunque melancólica. Asi acude el de aquel tiempo, que por feliz debe tenerse mas que ningun otro de mi vida, en que pasaba yo al lado de V. los mas hermosos años juveniles, á orillas del azulado y transparente golfo de las Sirenas; en la falda del florido Vómero; entre el Posilipo y el Vesubio; bajo aquel cielo inspirador de la Magna Grecia; cerca del lugar donde fundaron escuela sus antiguos sábios, y del lugar donde dió la Sibila sus oráculos misteriosos, y del lugar donde se alzan, coronados de laurel, los sepulcros de Virgilio y de Sanazzaro.

010489

Los balcones de casa, como V. dice en sus versos, *señoreaban lo mejor del globo*. La risueña y bulliciosa Nápoles en primer término. Capri, Castelamare, Sorrento y el promontorio Minerva, se descubrían desde allí. Aquellos sitios suscitaban toda poesía con su hermosura: con sus nombres y con su presencia, maravillosos acaecimientos de las pasadas edades. La fábula, la leyenda, la tradición y la historia, los ilustran á porfía. Desde aquellos balcones, en una apacible noche de primavera, bien se podía imaginar que se columbraba á distancia, entre las sombras confusas, una fantástica procesion de héroes, los cuales han dejado allí las huellas de su paso, desde Ulises hasta el magnánimo Alfonso de Aragon.

Los casos presentes no eran á la sazón menos poéticos. Eran, además, dichosos. Las pasiones más nobles, las ilusiones más gratas, casi siempre incompatibles por mengua de nuestra flaca naturaleza, parecía que entonces se habían dado allí la mano y podían caminar juntas sin escrúpulo. A principios de 1848, el bondadoso Pio IX era aun el jefe, el ídolo de la revolucion. Las princesas, las damas aristocráti-

cas, sobre todo las mas jóvenes, las mas bonitas y las mas elegantes, eran tambien revolucionarias. ¿Qué placer tan grande no tendria yo entonces en mostrarme aficionadísimo á la revolucion, sin dejar de ser piadoso, ni en apariencia, puesto que no hacia más que aplaudir lo que el Padre Santo aplaudia, y dando asi mismo pruebas de galante, de afectuoso, de fino y de rendido, á todas aquellas señoras tan *comm'il faut*? ¡Qué dicha la de entonces! No ser entonces liberal era ser mal católico, era ser enemigo del Papa, era ser persona de mal tono, y hasta era ser poco artístico y poco amante de la belleza, ya que lo primero que allí logró la revolucion fué que las bailarinas desechasen los impertinentes y *anti-estéticos* calzoncillos verdes que el rey Fernando II les habia obligado á gastar, harto receloso y cuidadoso de que sus amados súbditos se entregasen á la concupiscencia.

Digo todo esto, mi querido Duque, para que se vea en qué época y region tan agradables empezó esta amistad íntima nuestra, la admiracion y el respetuoso cariño mio hácia V. y la bondad de V. para conmigo, más de padre

que de jefe, que dura sin interrupcion, va ya para diez y seis años.

Aquella manera de vivir de entónces; aquellas sabrosas y regocijadas conversaciones que teníamos; los paseos que dábamos juntos por Capo-di-monte y por la Villa-Reale; las tertulias de casa de Scláfaní y de Bivona; mi romántica adoracion por *la muerta*; y otros infinitos casos é incidentes, están aun vivos en mi memoria; son mis recuerdos más *saudosos*. Algo de aquello ha influido, y quizás influye todavía en la direccion que ha tomado mi espíritu; en mi manera de pensar sobre arte, poesia, política y otros asuntos más trascendentales.

Ya, desde mucho ántes de ir á Nápoles, tenía yo vocacion de escritor, presumía algo de filósofo y bastante de poeta, y habia compuesto versos. En Nápoles, con el trato y convivencia de V., y con la amistad de Estanislaó Gatti y de Giovanino Baracco, acabé de internarme por la senda de la literatura, y cobré á la filosofia toda la aficion compatible con lo perezoso y distraído de mi espíritu.

Ni aun en la época de mayor fervor y entronzamiento del romanticismo, habia sido yo

romántico, sino *clásico* á mi manera: manera, por cierto, harto diferente del pseudo-clasicismo francés, introducido en España por Luzan y los Moratines. Yo era adorador, idólatra de la forma, pero de la forma íntima, espiritual, no de la estructura, no del atildamiento nimio, pueril y afectado; yo era fervoroso creyente en los misterios del estilo, en aquella sencillez y pureza, por donde el estilo realza las ideas y los sentimientos, y pone en la escritura, con encanto indestructible, toda la mente y todo el corazon de los autores.

Estas creencias literarias, estos gustos míos recibieron en Nápoles nueva fuerza y consistencia con el estudio de la literatura italiana, y con el de la griega, que ántes solo conocia yo por traducciones, y que allí comencé á conocer en los libros originales, bajo la férula del excelente Constantino Eutimiades, mi maestro. Me forjé desde entónces un ideal de perfeccion que en mis versos propendia siempre á realizar. Aún tenían que pasar años, ántes de que pensase yo en escribir en prosa para el público.

Entretanto, habia un punto, ó mejor diré una gran parte, quizás la más esencial, de la

educacion literaria, que me faltaba. Era yo español por todos cuatro costados; español de nacion, de casta, de sentimientos y hasta de resabios, defectos y preocupaciones; pero, como literato, era más cosmopolita que castizo. Quien me bautizó en literatura, sumerjiéndome hasta la coronilla en el agua del Tajo y del Guadalquivir, quien me preparó sólida y macizamente para ser escritor *castellano*, en prosa y verso, fué el famoso D. Serafin Estébanez Calderon, cuyo ingenio, cuyo saber, y cuya manera de sentir y de expresar lo que siente, son dechado, *mapa* y cifra del españolismo.

Con estas creencias y sentimientos, y con mi ideal de perfeccion literaria siempre en la mente, peregriné por esos mundos, durante algunos años, é hice más bien la vida del hombre de salon que la del literato, leyendo algo, aunque sin órden ni concierto, y escribiendo rara vez, y versos solo.

De versos, buenos ó malos, ya publiqué un tomito en 1858. En prosa, hasta poco ántes de la publicacion de mis versos, no habia empezado yo á escribir en los periódicos.

Las circunstancias me trajeron más tarde á

pasar, de aficionado á escribir, á periodista de oficio, y dejando entonces muy distante de mi el ideal de perfeccion con que soñaba, descendí al estadio de la prensa, armado de cualquier modo, y á escribir, como Dios me diese á entender, sin pararme mucho en perfiles.

No he tenido reposo, ni constancia, ni suficiente fé en mí mismo, no ya para realizar, más ni para intentar la realizacion de mi ideal, en mis escritos. Todos ellos son ligeros, inco nexos; sin plan ni propósito que los ordene á un fin determinado; sin aquella limpieza, sobriedad, y sencilla elegancia con que soñé y aún sueño.

Como por desgracia no hay en mí una fé viva en tal ó en cual doctrina filosófica, ni tengo lo que llaman ahora un *símbolo* ó credo político completo que explicar, ni creo mucho en mi imaginacion, y espero menos de ella para producir obras en que ella tenga la mayor parte, he venido, Señor Duque, á hacerme crítico, que es oficio de gente desengañada. Yo, que me juzgué poeta, y de los mejores, he caido en el ser de un prosista casi negativo, que no es más quien critica. Todavía tengo, á pesar de lo di-

cho, no sé que vaga esperanza de escribir algo en prosa, más completo, ménos imperfecto, más adecuado á mi ideal; pero en el interin me voy poniendo viejo, y aunque lo que llevo escrito hasta ahora me parece ensayo ó tentativa, siento, con todo, dejarlo enteramente sepultado en el inmenso cúmulo de las colecciones de periódicos. Una especie de amor paternal, algo excusable, es quien me extravía, si extravío es, como sospecho, el escojer lo ménos malo, lo de interés ménos efímero de cuanto he escrito, y publicarlo reunido en tres ó cuatro volúmenes, que me atrevo á dedicar á V., á falta de mejor ofrenda. En V., en mi tío D. Antonio Alcalá Galiano, y en D. Serafin Estébanez Calderon, reconozco á mis tres principales maestros é iniciadores. Ya Galiano aceptó mis versos: para Serafin será la primera novela que yo publique, si es que llego á publicar alguna novela: acepte V., pues, estas obrillas desaliñadas que es lo único que puedo darle.

No el ser breves es lo que en mi sentir las quitaría el crédito, sino el no ser buenas. Breves son las de Montaigne, á quien me parezco en la buena fé, ya que no en otra cosa; breves

son los diálogos de Leopardí y breves los del divino Platon, á quienes tambien me parezco en el amor, en mi poco ó nada dichoso, á la pura perfeccion y sencilla hermosura de la frase. Si algo de esto hubiese en mis obrillas, ellas serian inmortales: pero no hay nada de esto. No quiero que el orgullo me alucine. No hay mas que la buena voluntad.

De mis doctrinas no hablo. De ellas juzgará quien leyere. Solo diré que, al través de ciertas dudas y contradicciones, hay, en mí, pensamiento fijo y seguro, sobre materias literarias y políticas principalmente. En las especulaciones filosóficas, si por dicha me remonto tan alto alguna vez, es en lo que estoy más vacilante. Por eso no he escrito un libro, sino polémicas, artículos, ensayos.

Recomiendo á V. y pido, Señor Duque, la mayor indulgencia. Tambien se la pido y se la recomiendo al público y á los lectores literatos, á quienes quiero advertir que yo mismo he sido indulgente las más veces, y aún algunas he rayado en el encomio hiperbólico, por bondad, y echando por tierra todos mis reparos y todo mi amor á lo natural y á lo justo.

Confieso á V. ingénuamente, señor Duque, que á pesar de presentarme con tan excaso caudal como son estas obrillas, quisiera comprar con ellas algo de fama póstuma; quisiera dejar algo que me sobreviviese. Sé que no seré popular, ni muy leído: pero dentro de ciento ó doscientos años, no faltarán aficionados á libros raros que me tengan en su biblioteca. Puede que un Gayangos, ó un Salamanca de entonces, compre un ejemplar de esta edicion á peso de oro, pues llegarán á hacerse raros, por ser quizás la única edicion ésta que yo publico, y por el descuido con que se mirarán los ejemplares, empleándolos en envolver alcarabea. Este pensamiento del bibliófilo, que me ha de salvar de la onda muerta del Leteo, me anima y me consuela, y ha sido parte en que yo me decida á publicar los artículos. Solo con pensar y dar por seguro que dentro de un siglo ó dos se podrá muy bien decir que por un *Valera*, bien conservado, hubo quien diese mil ó dos mil reales en esta ó en aquella almoneda, doy por bien empleados los gastos de la impresion y el desden que ahora recelo del público. Todo se puede sufrir con la esperanza de que

haya un *Valera*, bien conservado, dentro de un par de siglos; sobre todo, al considerar, que el *Valera* de carne y hueso se va ya amojamando, marchitando y consumiendo. Sobreviva, al menos, mi espíritu, y quédese algo de él en este pícaro mundo, tan querido cuanto ingrato, aunque sea en el fondo empolvado de un estante, y rara vez en comunicacion con otros espíritus humanos, salvo con los de aquellos eruditos curiosos, que solo leen los libros que nadie lee.

V., Señor Duque, y otros amigos finos, me leerán por lo pronto, y esta es una grande satisfaccion. Mil gracias anticipadas, y no deje V. de querer y estimar á su admirador y aficionado amigo Q. B. S. M.

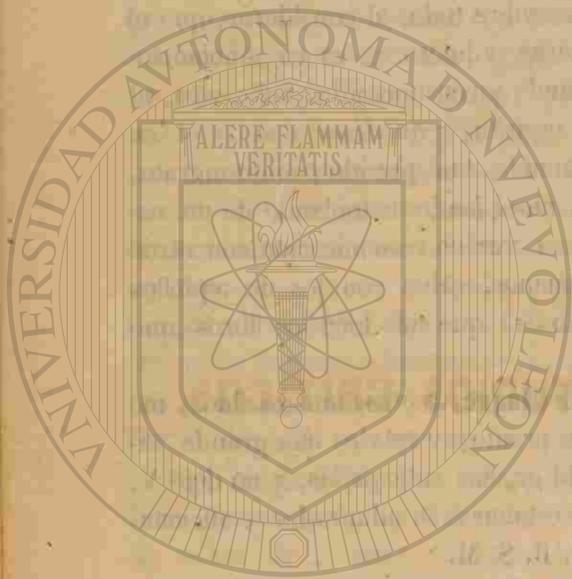
Juan Valera.

Madrid 29 de Marzo de 1864.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





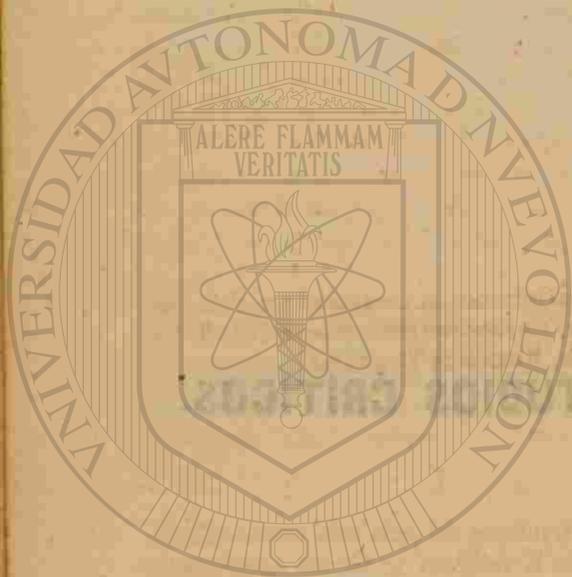
ESTUDIOS CRÍTICOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO,
CONSIDERADOS EN SUS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES, POR D. JUAN
DONOSO-CORTÉS, MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

I.

Los filósofos franceses del siglo xviii habían atacado superficialmente la religión; se habían encarnizado, por decirlo así, con el cuerpo mismo de ella, y la habían injuriado con burlas y sarcasmos: pero los modernos filósofos, y muy singularmente los alemanes, han dirigido sus peor intencionados y más serios ataques al alma misma del Cristianismo, con una crítica profunda de que aquellos carecían, y con una dialéctica, si menos temible para los espíritus vulgares, mucho más capaz de hacer vacilar en sus creencias a los hombres discursivos. La secta anti-religiosa de los enciclopedistas tenía por principio una filosofía vulgar y rastrera: la crítica moderna anti-religiosa se funda

y sostiene en una filosofía seductora por lo que tiene de nuevo, que es la dialéctica y el método, profunda por lo que tiene de antiguo, que son sus dogmas; dogmas enunciados ya, así por los filósofos de la India y de la China, como por algunos de Grecia, pero desenvueltos ahora con singular maestría y corroborados con esa dialéctica y método científicos que caracterizan á los frios y lógicos pensadores de Alemania. Adiestrados en las luchas de la escuela, y aguzado el ingenio con las sutilezas de sus maestros, que ya se perdían en las nubes, ya se envolvían en tenebrosas profundidades, los discípulos de Kant, de Schelling, de Fichte y de Hegel, entraron en batalla contra la religión cristiana, armados de todas armas, y aplicaron aquellas filosofías especulativas á echar por tierra la religión, y con ella el principio de autoridad y todo cimiento de la sociedad humana.

Coincidió con esto el haberse extendido y generalizado por donde quiera, pero singularmente en Inglaterra y Francia, donde la industria y el comercio estaban más en auge, el estudio de las cuestiones económicas, creándose una nueva ciencia empírica y de inducción, que si existía ya en escritos y observaciones separados, se puede asegurar que no vino á reducirse á cuerpo completo de doctrina hasta los tiempos de Adam Smith. De la observación y estudio de la sociedad económicamente, se pasó á romper las trabas que impedían ó retardaban el desarrollo de la riqueza; y la manera de ejercer la industria y la manera de transmitir la propiedad fueron modificadas. La so-

ciudad antigua tenía organizado esto á su modo: la moderna ciencia lo desorganizó para dar á la fuerza productiva una completa libertad. Hubo, ó si no hubo, se descó que hubiera, libertad de industria y libertad de comercio, y se proclamó como el *summum bonum* el principio de *laissez aller, laissez faire*.

Estas transformaciones y cambios se verificaron en unas naciones pausadamente; en otras, donde predominaban más los antiguos abusos é instituciones y las gentes que estaban en ellos interesadas, hubo un sacudimiento espantoso, como sucedió en Francia en la gran revolución del siglo pasado: pero donde quiera, ya en Francia, ya en los demás pueblos de Europa, ya de un modo, ya de otro, tuvo lugar el advenimiento de la clase media al poder, y el decaimiento, cuando no la caída, de la aristocracia de sangre y de los principios que ella sustentaba. La hora de la democracia no había llegado aún, si es que la hora de la democracia puede alguna vez llegar, y la clase media y el industrialismo se entronizaron.

Digo que la hora de la democracia acaso no llegue nunca, porque si bien basta la fuerza para conquistar el poder, es menester la inteligencia para conservarle, y la inteligencia colectiva, ó dígase la razón impersonal de la plebe, esa especie de voz divina é infalible, ni se oye, ni se puede oír nunca clara y distintamente. Por otra parte, ¿cómo dominar, al menos por el acuerdo de las voluntades, todas discordantes, y sometidas y domeñadas muchas por la miseria? ¿Cómo, sin cambiar radicalmente el estado social (que en mi

entender vale tanto como cambiar el natural, lo que solo Dios puede hacer), cambiar radicalmente el estado político, que no es sino una consecuencia fatal del primero? En la esencia, por lo tanto, es imposible el advenimiento de la democracia, y siempre que esta tome momentáneamente el poder, será para entregarle á un tirano, que ejecute en su nombre la venganza ó la justicia del pueblo. Necesario es que dominen los pocos en quienes se halla la inteligencia, los cuales irán siendo más, conforme la humanidad avance en su carrera, pero jamás serán todos. Uno de los signos de la inteligencia y de la capacidad es y será la riqueza; signo que irá siendo cada vez ménos engañoso, y manifestará mejor que en efecto es más inteligente y capaz el que le posee y á quien dá poder y predominio en el mundo.

El reinado de la clase media no tendrá fin sino con la civilización del mundo; pero la clase media, esto es, la inteligencia, el saber y la riqueza, manifestación palpable del saber y de la inteligencia, se extenderán y aumentarán hasta aquel extremo de perfección, si no infinita, indefinida, de que es susceptible la naturaleza humana. Cualquier triunfo de la democracia revolucionaria será efímero, y si podrá atajar un momento la corriente de la humanidad en su progreso, nunca la sacará de su cauce, ni le marcará otro rumbo que el que fatal ó providencialmente sigue.

Cuando se considera este que llamamos progreso, para verle en lo presente y vaticinarle y creerle firmemente en lo futuro como una ley de la historia, y

se tiende la vista por los tiempos pasados, no se descubre época alguna en que la humanidad, por depravada é infeliz que se la quiera considerar ahora, haya sido ni más dichosa ni más digna de serlo. Una estadística de crímenes cometidos y de dolores sentidos en las diversas épocas de la historia, probaría matemáticamente este aserto. Una estadística de los goces, de los placeres y hasta de las virtudes, lo demostraría mejor aún. La humanidad camina por consiguiente á un término más venturoso, que se escapa á los ojos del alma, haciéndonos creer como que se pierde en lo infinito; porque mal podemos determinar hasta qué punto somos perfectibles. En el momento en que un hombre llegase á señalar claramente en su entendimiento ese extremo de perfección, ya sería perfecto hasta ese extremo, á no suponer en él una carencia de voluntad incompatible con el entendimiento supuesto y necesario para alcanzar á percibir y á comprender ese extremo mismo. Solo lo que la imaginación nos pinta, y no lo que el entendimiento nos muestra y señala, es inaccesible á la voluntad. El siglo de oro no está en lo presente, ni se podrá esperar en el futuro; pero ¿quién supondrá que estuvo alguna vez en lo pasado, sino falsificando la historia?

Dirá alguno que no es meramente la imaginación, ni la inteligencia tampoco, las que nos hacen ver ó imaginar ese ideal de perfección, ni la voluntad por sí sola la que nos hace buscarle y crearle en nosotros mismos, elevando nuestro ser hasta el modelo soberano que en lo interior concebimos. Ese milagro, dirá,

lo hace la fé, la fé que presta energía y dá alas al alma. Pero la fé, ni en el día, ni aún con mayores adelantos y progresos, podrá ser imposible. Para destruir la fé sería menester destruir y aniquilar el alma humana, de que la fé es la esencia misma. Toda la actividad, la potencia toda del alma es la fé. Una civilización adelantada no la destruye, sino que presta á la razón el justo y legítimo imperio que debe tener sobre ella para enderezarla á un buen fin; porque la fé, si no está moderada y encaminada por esta manera, bien puede ser á veces gérmen de grandes virtudes y de acciones maravillosas, pero lo es más á menudo de inhumanas atrocidades y de crímenes horribles. La fé, y no hablamos de la virtud teológica, sino de una calidad enérgica, natural y propia del alma, no es más que locura, sin la razón que la modere; locura furiosa que se hace epidémica y que dura siglos como una plaga del género humano.

La razón, moderadora de la fé, debe ser la dominadora del mundo: el reinado de la clase media, la soberanía de la inteligencia. Hay, con todo en este reinado algo que ofende á ciertas naturalezas, si poéticas, irreflexivas; algo que les parece profundamente vulgar y egoísta.

Algunos maestros de esta escuela, y en particular los economistas, han dado harto motivo á que se desconfie de ellos, viéndolos faltos de fé en sus doctrinas, explicándolas é interpretándolas mal, y cuando no dudosos del porvenir del mundo, pronosticándole un porvenir de horrores. Unos han dicho: el precio de

las subsistencias se regula y establece por el trabajo que cuesta producirlas sobre el terreno más estéril que se cultiva; el aumento de población nos llevará cada día á cultivar terrenos más estériles; luego los propietarios se enriquecerán cada vez más con el aumento de precio, y los proletarios tendrán que trabajar cada vez más para sostener la vida. Otros exclaman llenos de angustia: el exceso de producción nos ahoga; el lujo y las necesidades facticias son el manantial de la riqueza; la invención de las máquinas acaba con el trabajo, y el más ligero accidente puede causar una perturbación social, cuando no un cataclismo. Viene Malthus, en fin, y dá los últimos toques á esta negra pintura, afirmando que la población crece más rápidamente que los medios de subsistencia, y que nos comeremos unos á otros si no se evita que nazca gente, ó si no se logra que mueran los nacidos que están de más en el mundo. El que no tenga asiento preparado en el banquete, que se vaya á la calle. Envíe Dios al ángel exterminador sobre la tierra, ó aquella maldición al menos que envió sobre la casa de Abimelec por haberse este apoderado de Sara, la mujer de su siervo. La peste, la guerra, el hambre y los vicios son, pues, convenientes y hasta necesarios como válvulas de seguridad de esta, para Malthus, máquina diabólica de la sociedad humana.

Estas consecuencias tan desconsoladoras como falsas, que los economistas deducían de sus doctrinas, y los verdaderos males del pauperismo, si menores que en otras épocas, más patentes y sensibles en la

nuestra, movieron á muchos á resucitar antiguas utopias, ó á crear otras flamantes para dar á la sociedad nuevo organismo, y por medio de un cambio violento y precipitado arrancarla de cuajo y sentarla sobre cimientos más conformes á la humana naturaleza y al bien á que debe aspirar el hombre en esta vida. Ya que el hombre no esperaba remuneracion en el cielo, queria esperarla y alcanzarla en la tierra. Ó padecer ó morir, decian los Santos; ó morir ó gozar, debian decir los que no lo fuesen. Se pusieron, pues, á buscar los reformadores el modo de proporcionar á la humanidad el mayor número de goces, y de acabar con los males que la afligen, y á vueltas de algunas ideas nobles, generosas y filantrópicas, imaginaron los mas absurdos y peligrosos sistemas. Todos ellos vinieron á recibir el nombre de socialismo.

Esta doctrina, que hizo la critica apasionada, pero en ciertos puntos y hasta cierto grado razonable, de lo existente, no supo crear sino delirios para reemplazar lo que imaginaba que destruía, y quiso no obstante realizarse en el mundo, y, si no causa única, fué parte muy eficaz en la revolucion de 1848. Las nacionalidades oprimidas se levantaron entonces y procuraron sacudir el yugo extranjero. Y la sangre derramada, y el estrépito de las armas, y singularmente los combates en las calles de París, y las blasfemias elocuentes de Proudhon, y los talleres nacionales de Luis Blanc, sobrecogieron de espanto á los honrados burgueses de todas las naciones, acostumbrados á la paz desde muchos años, y creyeron llegados los tiem-

pos apocalípticos y la profetizada fin del mundo. Los nuevos bárbaros que iban á destruir esta civilizacion no venian ya del Norte, como en lo antiguo, sino que salian de enmedio de nosotros; y olvidados nosotros de las luchas y revoluciones pasadas, y de los horrores que hicieron, que padecieron ó que presenciaron nuestros padres, creimos que no hubo nunca época alguna peor que la presente. La zozobra era grande; mas no se ha de negar que la causa de esta zozobra lo era tambien. Por lo mismo que la sociedad tiene ahora tantos y tan poderosos elementos para el bien, agitados estos y movidos en una direccion errada, podian hacer temer mayores y más hondos males que nunca.

El temor de la plebe amotinada y entronizada, y la rabia y el desprecio hácia ella, hicieron entonces que se imaginasen mil desvarios que oponer á los desvarios socialistas, como si la razon no bastase á refutar los. Unos dijeron que los pueblos de Europa, hondamente corrompidos y decrepitos, se agitaban ya en las convulsiones de la agonía. Otros, renegando de toda creencia en la libertad y en el progreso humano, juzgaron indispensable la tiranía al gobierno de los pueblos; tiranía no fundada en la *legitimidad*, que dudaban, y con razon, que nadie reconociese, sino sobre la fuerza, que siempre reconocen todos. Otros entendieron que la falta de fe y los extravíos de la razon libre de su santo yugo, eran causa de todos los males, y quisieron someter la razon al yugo de la fe, no solo en lo que siempre debió estar sometida, sino en todos

los negocios puramente mundanos, en los cuales la razon ni se sometió ni pudo someterse nunca á la fe, ya que no hubo nunca una revelacion politica ni una revelacion económica, aunque religiosa la hubo. Y otros, por último, aniquilaron completamente la razon humana, desconocieron su benéfico influjo, sostuvieron que la razon y lo absurdo tienen entre sí una afinidad misteriosa, negaron que por la discusion pudiese ponerse en claro cuestion alguna, y declararon solemnemente la imbecilidad del entendimiento y su incapacidad para descubrir la verdad en nada.

Un compatriota nuestro, dotado de una imaginacion poderosa, de agudísimo ingenio, de vehemente ambicion de gloria, de un amor desmedido á lo paradójal, de arrebatadora elocuencia, y de poca ó ninguna ternura y caridad en el alma, se hizo eco entonces de todas estas ideas, las formuló y sintetizó con precision y brío en discursos llenos de fuego, y compuso, por último, uno de los libros más sublimes y más absurdos que se han escrito en el siglo XIX. La Europa, cuando se compuso este libro, estaba delirando en el período más vivo de la fiebre, y el libro fué tambien el delirio de un febricitante.

La revolucion incarnada en Proudhon vomitaba blasfemias contra Dios: la reaccion incarnada en Donoso-Cortés vomitó blasfemias contra la humanidad y contra los dones naturales que Dios le ha conferido. Estos dos hombres eran dignos adversarios el uno del otro: eran dos energúmenos poseidos ambos por el demonio del orgullo. Proudhon renegaba de Dios y le

declaraba la guerra, porque no le revelaba el secreto de hacer felices á los hombres. Donoso-Cortés renegaba de la humanidad entera, porque no aceptaba la soberanía de su inteligencia y el yugo de sus opiniones: negaba la inteligencia de los demás, porque no reconocian la infalibilidad de la suya; y para hacer santas y buenas sus opiniones, trataba de unimismarlas impía y torcidamente con la santa doctrina de la Iglesia.

Proudhon decia: «Ea, Lucifer, Satanás, quien quiera que seas, ven á mí, demonio que la fé de mis padres opusieron á Dios y á la Iglesia. Yo predicaré tu palabra y saldré á la defensa del género humano.» Y Donoso-Cortés parece que respondia: «Yo no sé si hay algo debajo del sol más vil y despreciable que el género humano, fuera de las vías católicas.» Sócrates, Platon, Aristóteles, Epicteto, Confucio, Leónidas, Epaminondas, Marco-Aurelio, Trajano, Tito, Saladino, lo mejor de la docta Alemania, y la mayor parte de la sábia y poderosa Inglaterra, son, por consiguiente, despreciables y viles: los Estados Pontificios, el reino de las Dos-Sicilias y las repúblicas hispano-americanas, serán sin duda más dignas de admiracion y respeto. El género humano, por fortuna, tiene todavia sentido comun, y se rie igualmente de la proteccion y redencion que Proudhon le promete en nombre del diablo, y de los improperios y desvergüenzas que le dice Donoso, tomando el nombre de Dios en vano, ó digase en falso.

Pero ¿de dónde venia este apóstol, este profeta, que descargaba tan furibundos anatemas sobre los

hombres, y que les anunciaba tan grandes desventuras si no hacían penitencia? ¿Venía del desierto, como Juan el Bautista, ó salía del apartamiento y soledad de algún claustro? Todo menos eso. El que declaraba la discusión inútil y hasta nociva, había sido, ó era aún, periodista y diputado; el que maldecía la revolución, se había elevado por ella á los más altos honores, y era por ella marqués y ministro plenipotenciario; el que escarnecía los gobiernos representativos, estaba á sueldo de uno de estos gobiernos. Y, sin embargo, hay en el libro de Donoso-Cortés buena fé y convencimiento.

La misma pasión y el mismo orgullo que le habían hecho adoptar aquellas doctrinas, se las habían hecho creer al cabo. Si hubo un tiempo en que creyó, proclamó y defendió en sus escritos la soberanía de la inteligencia, ahora defendía, proclamaba y creía con la misma fuerza en la teocracia y en el absolutismo. No se puede ser tan elocuente sin estar convencido de lo que se dice. A Donoso se le puede acusar de locura, pero no de hipocresía; y al acusarle de locura, se ha de entender que hay en esta el *quid divinum* de que Hipócrates hablaba.

El *Ensayo sobre el catolicismo*, etc., es digno de admiración y de estudio, porque pinta y refleja fiel y vivísimamente una faz de una época de agitación y de tumulto en que parece que vuelven las ideas al caos del que debe salir algo nuevo. En este libro se descubren, al través de mil delirios, observaciones profundas, verdades útiles, y hasta algunos pensamientos ge-

nerosos. Aunque vivía aún en la sociedad la fé en el catolicismo, porque las puertas del infierno no prevalecerán contra él, se habían con todo debilitado las creencias, y Donoso Cortés trata de fortificarlas ó hacerlas renacer en los corazones, si no con razones muy sólidas, con elocuentes y hermosísimas frases, exponiendo los principales dogmas católicos con la hermosura más grande que cabe en cualquiera de las lenguas modernas, y aun estoy por afirmar que en la palabra humana. Si en las aplicaciones que ha hecho del dogma á la política y á la gestión de las cosas mundanas se ha extraviado nuestro autor, no se puede decir que haya entendido y explicado mal el dogma mismo; y en este punto, hasta donde alcance la corteza de nuestros conocimientos teológicos y de los suyos, le debemos defender de las acusaciones que contra él han lanzado algunos teólogos de profesión, los cuales le trataron como á intruso, le tacharon de ignorante, de mal avisado y hasta de hereje, y hubieran sido capaces de quemarle vivo á haber habido inquisición, ó de desear que se le tragase la tierra, como á los que tocaron el arca sin ser levitas.

II.

Empieza Donoso su libro tratando de demostrar que toda cuestión política se resuelve en una cuestión teológica; y que la teología es la ciencia de las ciencias, y la clave de las dificultades todas. La teología es la ciencia de Dios; en Dios están por un modo alti-

simo y perfectísimo los ejemplares de las cosas: luego quien conoce á Dios debe conocer las cosas todas, é ignorarlas quien le ignore: pero no comprende ó no quiere comprender Donoso que la teología nos enseña á conocer algo de Dios, y no á conocer á Dios perfectamente. La teología es una ciencia humana, como las demás ciencias, en cuanto nos valemos para adquirirla de medios humanos, como son el entendimiento y el discurso que Dios nos ha dado naturalmente, y con los cuales deducimos algunas consecuencias sobre lo que Dios inmediata ó mediatamente nos ha revelado. Estas consecuencias interesan á la salvacion de las almas, aunque se puede ser mal teólogo é ir al cielo, y solo por incidencia interesan al gobierno de las repúblicas,

Desde luego se ha de creer que en la idea divina están las cosas todas y sus leyes; pero ¿cómo penetrar con el entendimiento humano, á no ser por favor y revelacion singularísima de los cielos, en la mente de Dios, y descubrir allí sus leyes, y conocer esos ejemplares ó arquetipos de todo lo creado? Por la revelacion, y hasta acaso se pueda decir que por la luz natural del entendimiento, se sabe que Dios es causa primera, mas no causa inmediata: y estas nos conviene averiguar, y en averiguarlas se emplea la ciencia, ya que Dios no quiso revelarlas para dar con su averiguacion empleo á la actividad nuestra, y á las facultades con que ha dotado nuestra alma. Si dijésemos siempre, tal cosa acontece porque Dios quiere, la ciencia no adelantaria nada, y al enunciar tan grande ver-

dad nos pondriamos en ridículo, porque no hay para qué enunciar lo que es evidente.

Así como en el entendimiento divino hay una idea formal que contiene en sí las ideas todas, así hay en la divina voluntad una ley de la que dimanen todas las leyes. Conocido Dios en su esencia, el alma humana tendria plenitud de sabiduría, y no habria menester de la ciencia para alcanzar el conocimiento de las causas segundas; pero como sólo en el estado de beatitud perfecta ó allá en el cielo, se puede tener algo de esa sabiduría, conviene resignarse aquí en la tierra á buscar por medio del estudio y del raciocinio el conocimiento de esas causas.

El Sr. Donoso, como todo lo generaliza, suele confundirlo todo, ó explicarlo al ménos de un modo harto confuso: y así, siguiendo en su tema de que la teología es la verdadera enciclopedia, nos dice que la inteligencia puede ser grandísima en los incrédulos, mas incapaz de descubrir la verdad, y esclava del error. ¿Pero qué inteligencia grandísima puede ser ésta que nada entiende y que todo lo equivoca? Inteligencia vale tanto como facultad de entender, y poca ó ninguna debe ser la inteligencia del que nada entiende, ó si entiende algo, lo entiende al revés de como debe entenderlo. ¿Habrá querido decir el Sr. Donoso que los incrédulos están en el error porque no creen las cosas que deben creer? Estamos de acuerdo con el Sr. Donoso. Si la razon bastase á descubrir la verdad revelada, la revelacion hubiera sido inútil: mas no por eso las leyes de nuestro entendimiento están en oposicion

con esa verdad, ni la verdad repugna al entendimiento, ántes bien el entendimiento la apetece, como los ojos la luz. Esa verdad está por cima del entendimiento humano, y por eso se llama sobrenatural. Para conocerla y creerla necesitamos de la fé, así como para obrar obras aceptas á Dios, y ganar la vida eterna, necesitamos de la gracia, don sobrenatural que se encamina á un fin sobrenatural y ultramundano. Más para los fines de este mundo, y para el gobierno temporal de las repúblicas bastan, y Dios há querido que basten nuestros medios y facultades naturales; y nunca hizo sobre la política ó la economía revelacion general á los hombres, como la hizo sobre los principios de la moral en la cumbre del Sinai. Algunas veces por favor especial inspira á los gobernadores de ciertos pueblos para que los dirijan: más este es un milagro intermitente y no cuotidiano, como diria el mismo Sr. Donoso; y lo natural y conveniente, aunque no lo cuotidiano, es que los gobiernos atiendan por medio de la ciencia, fundada en la experiencia y en el raciocinio, al bien y prosperidad de los pueblos; y si bien pueden impetrar el auxilio divino, no han de confiarse hasta el extremo de que, si esquilman á los pueblos, y secan los manantiales de la riqueza pública, ó no procuran su desarrollo, hayan de esperar que lleven codornices ó maná para alimentarlos.

Confunde asimismo Donoso la palabra religion, y la palabra teología. Un estado no puede existir sin religion, concedo; sin teología, niego, á no considerarse la teología en lo sustancial, que ya entónces es la reli-

gion misma. Casi ninguno de los que gobiernan los estados sabe de teología ni palabra, y sin saberla puede gobernarlos muy bien, y muy mal sabiéndola. Si Alberoni y Richelieu gobernaron bien la España y la Francia, no fué porque eran teólogos ni porque eran cardenales; ántes sospecho que eran malos teólogos, y tengo por cierto que eran muy malos cardenales los dos.

En cuanto á la religion que debe haber en un Estado para que se conserve floreciente, ya esto se comprende bien, y se acepta como un axioma por toda persona sensata. La religion forma la moral é infunde las virtudes en el alma, y sin moral y sin virtudes no hay Estado próspero. Pero todavia sobre este punto conviene hacer varios *distingos*. Donoso dice las cosas tan absoluta y rotundamente, que es menester distinguir á cada paso, si no quiere uno caer en el error, á que su manía de generalizarlo todo le lleva á menudo. Porque sial hablar de religion, entiende la cristiana, ú otras que, aunque falsas, predicán una moral, si no muy pura, razonable hasta cierto punto, es claro que la religion es indispensable para que un Estado florezca; pero si por religion entendemos tambien la enagenacion mental de pueblos enteros, el culto de Moloc ó de Huitzilipotchli, con sacrificios humanos, que hielan de horror las entrañas, y con otras supersticiones groseras ó infames, más valdria acaso no tener religion alguna, y vivir como las bestias, que no conocen á su Criador.

Pero éste, con su infinita bondad, ó ha dejado ras-

tros de la revelacion primitiva aun entre los pueblos más incultos y bárbaros, ó naturalmente ha infundido en las almas la idea de su existencia y de su Providencia. Dios ha enviado por último á su Hijo Unigénito á la tierra para rescatarnos del pecado; y el Unigénito del Padre ha constituido su Iglesia, órgano infalible de todos los dogmas religiosos. Como su reino no es de este mundo, no ha fundado tambien sobre la tierra la nueva Jerusalem, que destina en el cielo á los bienaventurados. No era la voluntad del Señor darnos la bienaventuranza terrestre, sino la celeste. Con todo, como el que sigue la ley de Cristo debe tener una moral muy pura, resulta, que aun considerando este asunto humanamente, y como si fuésemos racionalistas, ha ganado la sociedad con el establecimiento de la Iglesia católica. La *abominacion de la desolacion* de los siglos medios, las matanzas periódicas de los judíos, la exterminacion de pueblos enteros por los cruzados, la servidumbre de los villanos y la tiranía de los señores, las hogueras de la Inquisicion, las guerras religiosas y los asesinatos del día de San Bartolomé, con otras mil aberraciones del espíritu ó grotescas ó feroces, se ha de pensar que sin el catolicismo hubieran sido mayores, y hubieran tomado otro pretexto cualquiera para realizarse. Atribuir al catolicismo todos estos males, como hacen los incrédulos, es una contradiccion y un absurdo. Para ellos no es más el catolicismo que una doctrina puramente humana, y el mal, que se suponga que causa, debe atribuirse al hombre, ya que la doctrina, segun ellos, no tiene

otro origen, á no pretender como Proudhon que el diablo es Dios, y que el Dios de los cristianos es el diablo. Los males que padeció, y los crímenes que cometió la humanidad, y los que padece y los que comete aún, fuera de las vías católicas, no se han de atribuir tampoco ni al protestantismo, ni al paganismo, ni al islamismo. Cualquiera de estas religiones, en lo que tenga ó pueda tener de divino, no puede menos de ser un remedio ó un consuelo á esos males, y un freno para los instintos perversos; y en lo que tenga de malo ó de falso es institucion humana, y por consiguiente responsable el hombre de su maldad.

Este error de acusar á las religiones de las maldades y extravíos de los hombres, es exactamente igual al de los socialistas, que acusan y hacen responsable á la sociedad de los males que hay en ella, como sino fuesen los hombres los que constituyen y componen la sociedad: y como si los hombres, siendo cada uno débil de por sí, y perversos muchos de ellos, pudieran formar por la agregacion y combinacion de sus muchas debilidades y perversidades y del mal particular de cada uno, un bien general perfecto á maravilla. La sociedad por consiguiente no es responsable; lo son los hombres que la componen, y mejorándolos se mejora la sociedad sin duda alguna; á lo cual ha contribuido poderosamente el catolicismo; siendo cuanto sobre el particular dice Dososo, sentido y expresado con profundidad y lucidez, aunque muy sabido.

La sociedad, por otra parte, es en su esencia tan natural al hombre, que sus leyes fundamentales

arrancan de la misma naturaleza humana, y no es posible cambiarlas, sino cambiando la naturaleza misma. Constituir la sociedad sobre nuevas bases vale tanto como dar al hombre una constitucion diferente de la que tiene. Sin embargo, como el hombre á mas de ser sociable es perfectible, la sociedad se vá mejorando natural y pausadamente al compás que cambian y se mejoran los individuos que la componen. Las leyes de la sociedad y su progreso son en general tan naturales como las leyes y el movimiento de los astros, y providencial ó fatalmente, segun el ateo ó el hombre religioso quieran entenderlo, es menester que se cumplan. Pero dentro de estos destinos providenciales caben holgadamente el libre albedrio del hombre, su responsabilidad, y los esfuerzos de la ciencia para cambiar los accidentes, cuando no la sustancia de las cosas. De esto tratan las ciencias políticas, y se entiende facilmente cuales son sus limites y hasta donde se extiende su poder, si se comparan con otra ciencia cualquiera. La medicina, por ejemplo, no cambia las leyes de la naturaleza del hombre material; pero, conociendo esas leyes y sirviendose de ellas, puede precaver de las enfermedades y curarlas. Las leyes del movimiento de los cuerpos no puede cambiarlas el hombre, pero puede conocerlas, y valerse de este conocimiento para inventar artificios con que dirigir las fuerzas mismas de la naturaleza. Asi las ciencias políticas, aunque no alteran las leyes, que sigue naturalmente la sociedad, y que no pueden alterarse sino por un milagro, pueden llegar á conocer esas

leyes, ó á entreverlas al ménos, y fundar sobre ellas la máquina del gobierno de las sociedades.

Si nos rebelásemos contra Dios, como dicen que hizo nuestro Rey Don Alonso el Sábio, sosteniendo que si él hubiera hecho el mundo le hubiera hecho mejor de lo que está, ó si pretendiésemos por medio de la ciencia cambiar la naturaleza material del hombre, y libérarle de las enfermedades y de la muerte, seríamos tan disparatados y blasfemos como Proudhon, cuando maldice á Dios, y llama en su auxilio al diablo para que le dé medios de cambiar la naturaleza moral del hombre, y de fundar el bien absoluto sobre la tierra. Mas si no nos aprovechásemos de nuestro entendimiento para averiguar las leyes de la mecánica, y aplicarlas á los artificios de la industria; ni las leyes de la vida para aplicarlas á la terapéutica y á la higiene; disculpando nuestra ignorancia, nuestra torpeza, ó nuestra desidia, con decir que Dios quiere que las cosas sean como son, y que no debemos remediar mal alguno, porque todos los males provienen del pecado y de la consiguiente depravada condicion de los hombres, por donde debemos llevarlos con paciencia y no tratar de remediarlos, seríamos más absurdos aun que los socialistas y los reformadores radicales.

La sociedad en general y sus leyes providenciales pueden alterarse, como la condicion material del hombre, por un milagro: y en este sentido decimos los católicos, y con nosotros Donoso-Cortés, que el catolicismo ha triunfado sobrenaturalmente, esto es, ha cambiado, ó tiende á cambiar la naturaleza por medio

de la gracia. Pero en lo contingente de la sociedad, en lo temporal y no en lo eterno, en las cosas de este mundo y no en las que tienen por objeto otro mundo mejor, en las cuestiones económicas y políticas, en una palabra, ¿qué tiene que hacer el catolicismo? ¿Hay acaso en todos los tratados de teología algo que determine si convienen ó no los gobiernos representativos, el sufragio universal ó limitado, el libre cambio, esta ó aquella dinastía, ó no someterse á ninguna? ¿La Iglesia no ha consagrado y admitido igualmente en su gremio á las democracias, á las aristocracias y á las monarquías? Pero dice Donoso que las cuestiones principales no son estas, sino otras más altas que resuelve el catolicismo, ó lo que él llama catolicismo. Examinemos, pues, las soluciones supremas que, por medio de este catolicismo aplicado á la política, dá el Sr. Donoso á esas cuestiones altas, y veremos que en último resultado no dá solución alguna, sino la vulgarísima y sabida de que tengamos paciencia y nos resignemos.

No era menester para esto escribir libro nuevo, habiendo ya tantos libros devotos con los cuales el fuego de la caridad y del amor de Dios inflama las almas, y las predispone suavemente á la resignación, dándoles la esperanza de gozar en la otra vida de ese amor infinito, y aun de alcanzar en esta algunos favores regalados del esposo místico. A Donoso-Cortés se le ocurren pocas veces semejantes ternuras, y más empeño muestra de helar á sus lectores con el miedo del infierno, que no de encenderlos en el amor del cielo.

La virtud y la fuerza principal de su estilo consisten en el sarcasmo y la ironía. Hay en su libro una sátira tan vehemente y tan deslumbradora contra la razón humana, y contra todas las ideas generalmente proclamadas en este siglo, y una defensa tan bien hecha de la esclavitud y de la imbecilidad del entendimiento, y un tan maravilloso y sublime panegírico de la efusión de sangre, que debemos tratar de refutarlos; así como debemos hacer notar que, si bien el dogma católico está expuesto fielmente en el libro singular de que nos ocupamos, se deducen en él tales consecuencias, que si no fuese el catolicismo divino, vendría á tierra, y se hundiría para siempre con pocos defensores que tuviese como el marqués de Valdegamas.

III.

De cuanto va dicho se deduce que Donoso-Cortés no solo defiende el despotismo, valiéndose de la religión, é interpretándola á su antojo, sino que pone contradicción entre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, como si fuesen tres escuelas del todo enemigas y opuestas, y no se pudiese ser socialista sin ser ateo, ni liberal sin ser racionalista, ni católico sin ser servil. (1) El catolicismo es para Donoso, y con razón,

(1) Así como hay secta de neo-católicos serviles, cuyos apóstoles son Bonald, De Maistre y Donoso: hay secta de neo-católicos progresistas, como Gioberti, y muchos otros libera-

de la gracia. Pero en lo contingente de la sociedad, en lo temporal y no en lo eterno, en las cosas de este mundo y no en las que tienen por objeto otro mundo mejor, en las cuestiones económicas y políticas, en una palabra, ¿qué tiene que hacer el catolicismo? ¿Hay acaso en todos los tratados de teología algo que determine si convienen ó no los gobiernos representativos, el sufragio universal ó limitado, el libre cambio, esta ó aquella dinastía, ó no someterse á ninguna? ¿La Iglesia no ha consagrado y admitido igualmente en su gremio á las democracias, á las aristocracias y á las monarquías? Pero dice Donoso que las cuestiones principales no son estas, sino otras más altas que resuelve el catolicismo, ó lo que él llama catolicismo. Examinemos, pues, las soluciones supremas que, por medio de este catolicismo aplicado á la política, dá el Sr. Donoso á esas cuestiones altas, y veremos que en último resultado no dá solución alguna, sino la vulgarísima y sabida de que tengamos paciencia y nos resignemos.

No era menester para esto escribir libro nuevo, habiendo ya tantos libros devotos con los cuales el fuego de la caridad y del amor de Dios inflama las almas, y las predispone suavemente á la resignación, dándoles la esperanza de gozar en la otra vida de ese amor infinito, y aun de alcanzar en esta algunos favores regalados del esposo místico. A Donoso-Cortés se le ocurren pocas veces semejantes ternuras, y más empeño muestra de helar á sus lectores con el miedo del infierno, que no de encenderlos en el amor del cielo.

La virtud y la fuerza principal de su estilo consisten en el sarcasmo y la ironía. Hay en su libro una sátira tan vehemente y tan deslumbradora contra la razón humana, y contra todas las ideas generalmente proclamadas en este siglo, y una defensa tan bien hecha de la esclavitud y de la imbecilidad del entendimiento, y un tan maravilloso y sublime panegírico de la efusión de sangre, que debemos tratar de refutarlos; así como debemos hacer notar que, si bien el dogma católico está expuesto fielmente en el libro singular de que nos ocupamos, se deducen en él tales consecuencias, que si no fuese el catolicismo divino, vendría á tierra, y se hundiría para siempre con pocos defensores que tuviese como el marqués de Valdegamas.

III.

De cuanto va dicho se deduce que Donoso-Cortés no solo defiende el despotismo, valiéndose de la religión, é interpretándola á su antojo, sino que pone contradicción entre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, como si fuesen tres escuelas del todo enemigas y opuestas, y no se pudiese ser socialista sin ser ateo, ni liberal sin ser racionalista, ni católico sin ser servil. (1) El catolicismo es para Donoso, y con razón,

(1) Así como hay secta de neo-católicos serviles, cuyos apóstoles son Bonald, De Maistre y Donoso: hay secta de neo-católicos progresistas, como Gioberti, y muchos otros libera-

una teología divina. El socialismo es para Donoso, y ya aquí empieza á desbarrar, una teología satánica; y por lo que tiene de teología, aunque sea del demonio, (por donde propiamente debiera llamarse demonología), Donoso le considera y respeta. Al liberalismo es al que trata con soberano desprecio. El liberalismo no es teología ni de Dios ni del demonio; y ni Dios ni el demonio le quieren. Al leer por vez primera las burlas de Donoso contra los liberales,

Incontinente intesi, e certo fui
Che questa era la setta dei cattivi,
A Dio spiacenti ed a' nemici sui.

De todas las escuelas, dice Donoso, esta es la más estéril, porque es la menos docta y la más egoísta. Como se vé, nada sabe de la naturaleza del mal ni del bien; apenas tiene noticia de Dios, y no tiene noticia ninguna del hombre.

Gioberti, Rosmini y el padre Ventura, son ó han sido liberales, y sin embargo sabian más de Dios y del hombre que el Sr. Donoso. Pero copiemos sin comentarios lo que este sigue diciendo de la escuela liberal. Los desvarios, por elocuentes que sean, no han

les, que no por serlo dejan de tener religion; y secta de neocatólicos demócratas, como Laménais, Boudas Demoulin, Huet y otros. Estas sectas se acusan las unas á las otras de heréticas, blasfemas y paganas; y apoyan sus opiniones opuestas, y autorizan las injurias que mutuamente se dicen con citas de la Biblia y de los Santos Padres; de los Decretales y de los Concilios.

menester refutación. « Impotente para el bien, porque carece de toda afirmación dogmática, y para el mal, porque le causa horror toda negación intrépida y absoluta, está condenada, sin saberlo, á ir á dar con el bajel que lleva su fortuna al puerto católico, ó á los escollos socialistas. Esta escuela no domina sino cuando la sociedad desfallece, y el periodo de su dominación es aquel transitorio y fugitivo en que el mundo no sabe si irse con Barrabás ó con Jesus, y está suspenso entre una afirmación dogmática y una negación suprema. La sociedad entonces se deja gobernar de buen grado por una escuela que nunca dice *afirmo* ni *niego*, y que á todo dice *distingo*. El supremo interés de esa escuela está en que no llegue el día de las negaciones radicales ó de las afirmaciones soberanas; y para que no llegue, por medio de la discusión confunde todas las nociones y propaga el escepticismo, sabiendo como sabe, que un pueblo que oye perpetuamente en boca de sus sofistas el pró y el contra de todo, acaba por no saber á que atenerse, y por preguntarse á sí propio si la verdad y el error, lo injusto y lo justo, lo torpe y lo honesto son cosas contrarias entre sí, ó si son una misma cosa mirada bajo puntos de vista diferentes. Este periodo angustioso, por mucho que dure es siempre breve; el hombre ha nacido para obrar, y la discusión perpétua contradice á la naturaleza humana, siendo como es enemiga de las obras. Apremiados los pueblos por todos sus instintos, llega un día en que se derraman por las plazas y las calles pidiendo á Barrabás ó pidiendo á Jesus resuel-

tamente, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas.

Traducido todo este párrafo á un lenguaje más razonable y ménos elocuente, sería como si dijéramos, que á la escuela liberal, ó dígase á la gente sensata é ilustrada, le inspiran horror igualmente toda afirmación dogmática como las de Donoso ó Torquemada; y toda negación intrépida como las de Proudhon ó de Babeuf: á la escuela liberal, que tiene juicio, le causa horror la locura. La escuela liberal, esto es, la gente sensata é ilustrada, está condenada, sin saberlo, pero á menudo sabiéndolo perfectísimamente, á no gobernar largo tiempo á los pueblos, que no son ni ilustrados ni sensatos, y vá á dar con el bajel que lleva su fortuna ó al puerto *católico* del día de San Antonio en Sevilla, con el saqueo en nombre de la religion y del rey, y el grito de *muera la nacion y vivan la inquisicion y las cadenas*, ó á los escollos socialistas de los incendios de Valladolid y de Palencia. La escuela liberal no domina sino cuando la barbarie desfallece, y por eso domina en Inglaterra, en Bélgica y en Francia. La sociedad entonces se deja gobernar por una escuela, que nunca dice *afirmo* ni *niego*; porque siempre *distingue* entre la religion y la supersticion, la libertad y la licencia; Santa Teresa y Sor Patrocinio, Padilla y Pucheta. El supremo interés de esa escuela, y bien se puede añadir que el supremo interés de la sociedad toda, está en que no llegue el día de las negaciones radicales ó de las afirmaciones soberanas; esto es, el día de Robespierre ó de Torquemada; el día de San

Bartolomé ó las matanzas de setiembre; el día de los autos de fé, ó el día de la guillotina; el día de los asesinatos de los judios y de los indios, ó el de los asesinatos de los frailes. Para que no llegue este día la escuela liberal *distingue* todas las nociones por medio de la discusion, procura ilustrar la opinion pública, y propaga el escepticismo ó la doctrina filosófica que nos aconseja examinar detenidamente antes de creer en el marqués de Valdegamas ó en el ciudadano Aiguals de Izco. Cuando un pueblo no es digno aun de tener un gobierno liberal é ilustrado, se cansa pronto de las discusiones que no entiende, quiere obrar y se vá á los montes con un trabuco, ó apremiado por sus instintos (Dios nos libre de ellos), se derrama por las plazas y por las calles pidiendo lo que se le antoja ó tomándolo sin pedir, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas. Estas cátedras deben de ser sin duda de las universidades que Fernando VII mandó cerrar, si bien abrió en cambio un colegio de Tauromáquia.

Por fortuna esos instintos feroces, de los que se podría esperar el triunfo de las doctrinas de Donoso ó del socialismo, no existen hoy en el pueblo español; y si existen en una minima parte de la hez de la plebe, basta la fuerza pública y un gobierno enérgico para reprimirlos: un gobierno enérgico que deje el libre campo á la discusion razonable, y que tenga á raya los delirios, sobre todo cuando quieran *traducirse en hechos*: un gobierno, en fin, que no se llame *católico* por convertir á la nacion en un convento de

frailes corrompidos y ociosos (1); ni progresista por trasformarla en un campamento y hacer que verdaderamente progresen á costa del público algunos desca- misados; ni amigo del orden por serlo del orden de Varsovia; ni conservador á la manera de Mili- chus, el que vendió á su señor por favorecer al tirano, el que causó la muerte de Lucano y de Séneca, y á Roma tanta desolacion, lágrimas é ignominia; y el que, por último, *præmiis ditatus, conservatoris sibi nomen adsumpsit*, como refiere Tácito en sus anales.

A fin de que un gobierno no tenga ninguno de estos defectos, y en cuanto sea compatible con la flaca condicion humana, tenga las cualidades indispensa- bles para que una nacion florezca y prospere, es me- nester que ese gobierno sea la misma opinion pública ilustrada, revestida del poder y ejerciéndole en nom- bre de la razon, de la justicia y de la conveniencia y decoro de la república.

Difícil es, á no dudarlo, averiguar cuál sea la ver- dadera opinion pública digna de respeto: pero mas

(1) El autor de este artículo dista mucho de ser enemigo de las órdenes monásticas, y confiesa los grandes bienes que han hecho á la sociedad; lo convenientes que fueron en otros tiempos, y lo útiles que pueden ser todavía. Solo condena los abusos, y el excesivo número de ellas que hubo en algunas épocas, cuando muchos tomaban el hábito mas que por ver- dadera vocacion, para tener un medio de vivir en la holganza. Lo que es en el dia, quisiera el autor para España, que se volvieran á poblar algunos monasterios, y principalmente los que por ser grandes monumentos de nuestras glorias naciona- les deben conservarse siempre, no hallándose mejor modo de conservarlos, que el que los habiten las comunidades.

ocasionado á inconvenientes y á errores es cualquiera otro sistema de gobierno. Y por otra parte, siendo en el dia imposible y excusada pretension el convencer á las mechedumbres de que se las manda y se las ti- raniza en nombre de Dios, es menester mandarlas y tiranizarlas por la fuerza ó sucumbir á la fuerza, cuando no se las gobierna razonable, justa y conve- nientemente.

Pero Donoso dice que esto sucede porque ya no somos católicos, sino paganos. Dentro de la Iglesia católica los reyes y los pueblos se santifican, y no pueden ser ni tiranos ni rebeldes. Donoso olvida que si espiritualmente no están los réprobos dentro de la Iglesia católica, corporalmente lo están, como los animales inmundos estaban en el arca; y estos répro- bos, ó son príncipes tiranos como Luis XI en Francia, César Borgia en Italia, D. Pedro el cruel en Castilla, y en Inglaterra Ricardo III; ó súbditos rebeldes como los hay en el dia, y como los hubo en los mejores tiempos del catolicismo, si estos tiempos mejores son, segun parece que Donoso lo indica, lá tenebrosa y sangrienta barbárie de los siglos medios.

Consideremos el más brillante de estos siglos tan celebrados por Donoso, por De Maistre y por otros de la misma escuela: consideremos el siglo XIII en el país más católico y culto de entonces; en Italia. Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura vivian enton- ces y escribian sus obras divinas. Dante escribió poco despues su divino poema; y si la fé católica y el in- genio sublime que Dios le habia dado le hacen pintar

maravillosamente las glorias del paraíso; para pintar los abominables horrores del infierno, le basta copiar los de su nación y los de su época, y apenas es su infierno un trasunto pálido de aquellos horrores.

Las costumbres privadas no eran tampoco más puras que en el día.

O serva Italia di dolore ostello,
Nave senza nocchiere in gran tempesta,
Non donna di provincie, má bordello!

Los cuentos de Boccaccio y el hecho mismo de escribir tales cuentos un sacerdote, prueban á las claras qué costumbres eran las de entonces (1).

Ni se ha de creer que los teólogos del siglo xiii, ni la mayor parte de los teólogos de cualquier otro siglo, predicasen la obediencia ciega á los príncipes, y su derecho divino de apacentar y asesinar á los pueblos como á un rebaño; lo cual para Donoso sería una garantía de orden, de paz y de dicha. Nosotros, así como estamos muy lejos de acusar al catolicismo de la ferocidad de los siglos medios, lo estamos igualmente de acusarle con el impío Machiavelo, de esa cobarde mansedumbre que aplaude Donoso, y que,

(1) Donoso-Cortés pretende que las costumbres no pueden ser peores desde que no hay religion. Difícil es averiguar desde cuando supone Donoso que no la hay; mas no creo que suponga que en tiempo de los Reyes Católicos ya no la hubiese. Lean, pues, los discípulos del ilustre marqués las obras literarias de aquel tiempo, trasunto fiel de las costumbres, y quedarán edificados y convencidos: sobre todo si leen *La vision de-leitable*, *El pleito del manto*, y *La c....comedia*.

segun el gran político italiano, *ha enflaquecido y debilitado el mundo, y dándole como á saco á los hombres malvados para que sin resistencia y con seguridad puedan hacer de él á su talento.*

En tiempo de los emperadores de Roma pagana, y cuando se propagaba el cristianismo y crecía y florecía con la sangre de los mártires, era conveniente la paciencia, la resignacion y aun el martirio de los fieles; por donde los santos padres todos recomendaban estas virtudes y la sumision más completa á las potestades de la tierra, por tiránicas que fuesen. La caridad debia triunfar de la soberbia, y la humildad del orgullo mundano: y para que se cumpliesen estos divinos decretos era menester el sacrificio. Los juriconsultos, aduladores de los tiranos, se han apoyado despues en estas costumbres de la Iglesia primitiva, para aconsejar una sumision que ya no tenía un objeto santo, y que humanamente debia redundar en perjuicio de la república.

Hugo Grotio, empero, dice que los súbditos pueden levantarse contra el rey legítimo por varias causas que detenidamente declara, y supone que la soberanía reside en el pueblo, aunque despues por delegacion se la concede al príncipe más ámpliamente de los que debiera. Los teólogos, en su mayor parte, han sido aún más liberales y han proclamado á veces principios de derecho político que Rousseau no desdenaría.

« Por lo mismo, dice Santo Tomás de Aquino, que la multitud tiene derecho para elegirse rey, puede,

sin injusticia, despojar al que eligió, ó refrenar su potestad si abusase de ella tiránicamente. Ni puede juzgarse que falta á la fidelidad el pueblo destronando al rey que le gobierna con tiranía, aun cuando ántes se hubiese sujetado á él perpétuamente, porque merecido se tiene él mismo que no le guarden los súbditos su pacto por no portarse con fidelidad en su gobierno como lo exige el oficio de rey.»

Nuestros antiguos políticos españoles, frailes muchos de ellos, sostuvieron, aun en los tiempos del mayor despotismo de los monarcas austriacos, doctrinas en extremo liberales y hasta revolucionarias á veces: y sólo se muestran enemigos de la libertad en materia de religion, recomendando continúa y encarecidamente al príncipe y á sus consejeros que persigan y quemen á los herejes (1) y amenazándolos con

(1) En las divinas letras, dice el padre Rivadeneira, manda Dios que muera el que no quisiere obedecer al sacerdote: y llama á los herejes lobos, ladrones y cáncer. De lo cual sacan los Santos, que se han de matar como lobos, para que no perezcan las ovejas; ahorcar como ladrones, para que no roben las almas; y cortarse como cáncer, para que no cundan ni inficionen las partes sanas de la república. «Si el que hace moneda falsa, añade en otra parte, es quemado, por qué no lo será el que hace y predica doctrina falsa? Si el que falsea las letras del rey merece pena de muerte, ¿qué merecerá el que corrompe la Sagrada Escritura y las divinas letras del Señor? ¿Muere por justicia la mujer que no guardó la fé á su marido, y no morirá el que no guardó la fé á su Dios? ¿Y el que mata á otro y le quita la vida corpóral, muere por ello, y el hereje que mata las almas, no merece ser castigado?... Así que muy justo es que el príncipe cristiano haga severa justicia contra los herejes, como siempre despues que tuvo fuerzas la

el castigo de Dios y con el odio de sus vasallos si se descuidan en un punto de tanta importancia. Por lo demás, indican y dan á entender á cada paso al príncipe que reina por la voluntad del pueblo, y que *la elección del pueblo es la causa eficiente de toda soberanía*. Así lo afirma el P. Rivadeneira, de la compañía de Jesus, en su *Tratado del príncipe cristiano*. Fr. Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, no da tampoco otro origen á la dignidad y oficio de rey, en un sermón que predicó sobre el particular delante del emperador Carlos V. El P. Rivadeneira añade y hace tambien, en el tratado susodicho, la distinción que ya hemos hechos nosotros, asegurando que para el gobierno de la república basta con la luz y prudencia humana, y que la espiritual y divina no se requiere, ni la concede Dios sino á sus sacerdotes y ministros para el gobierno espiritual de la Iglesia. *Y como los príncipes seglares no la han menester para su gobierno político no se la da el Señor*. Siendo, pues, su sabiduría humana, y por consiguiente falible, deben los príncipes asesorarse con sus consejeros, como lo recomienda Navarrete en su *Conservacion de Monarquías*, y no hacer nada sin oírlos, y poner en claró la verdad y la conveniencia por medio de la *discusion*, y sujetarse en todo á las leyes del reino: y si las quebrantaren podrán los vasallos quebrantar el juramento de fidelidad, que no tiene fuerza faltando la condicion Iglesia en ella se ha usado; y que entienda que comunmente todos los medios suaves y blandos, que con ellos se usan, les sirven de ponzoña para endurecerse y hacerse obstinados.»

que se la daba, y alzarse contra la tiranía y sacudir su yugo. Rivadeneira dice de los ganeses rebeldes contra su legítimo soberano, que *se determinaron de morir como hombres, ántes que rendirse á príncipe tan fiero y cruel, confiados de Dios y de su justicia.*

El jesuita Juan de Mariana, en su tratado *Del rey y de la institucion real*, sostiene el principio de la soberanía del pueblo; dice que es lícito matar al tirano, y lamenta con elocuentes y fatídicas palabras la futura ruina de la monarquía española, que él deduce de la pérdida, corrupcion y olvido de sus antiguas libertades. «No se queja ya el pueblo, exclama, de que se corrompe con dádivas y esperanzas á los procuradores de las ciudades, únicos que han sobrevivido al naufragio, principalmente desde que no son elegidos por votacion, sino designados por el capricho de la suerte, nueva depravacion de nuestras instituciones, que prueba el estado violento de nuestra república, y lamentan hasta los hombres más cáutos, á pesar de que nadie se atreve á desplegar los lábios? Es preciso pensar en la tempestad mientras dura la bonanza, no sea que por falta de precaucion nos arrastre la borrasca, y derribadas todas las garantías de la república, giman las provincias, sobrevengan de día en día como en tropel muchas calamidades, deje de corresponder el éxito, tanto en la guerra como en la paz, á la grandeza del imperio, y nos veamos por fin envueltos en un sin número de males.....»

«.....Quede, pues, establecido que miran por la salud de la república y la autoridad de los príncipes,

los que circunscriben la autoridad real dentro de ciertos límites, y la destruyen los vanos y falsos aduladores, que quieren ilimitado el poder de los reyes.» Mariana añade más adelante: «Hemos sentado que un príncipe no puede dejar de cumplir las leyes sancionadas en córtés por ser mayor el poder de la república que el de los reyes; y decimos ahora que si á pesar de nuestras instituciones y de la fuerza del derecho llegase á quebrantarlas, se le podría castigar, destornar y hasta, exigiéndolo las circunstancias, imponerle el último suplicio.» No hubieran dicho más Cromwell y Robespierre para justificar la muerte de Carlos I y de Luis XVI. Los PP. Madariaga, Santa-María y otros muchos, de los que nada cito por no ser prolijo, tienen asimismo las ideas políticas más avanzadas, como se llaman ahora: y son liberales, y más que liberales, sin dejar de ser católicos: por lo cual queda, en nuestro entender, demostrado que el catolicismo y el liberalismo no son incompatibles, como pretende Donoso-Cortés.

Las doctrinas económicas tampoco se oponen al catolicismo, y muy eruditos y católicos varones hubo en España reinando los muy católicos reyes de la casa de Austria, entre ellos el ya citado Navarrete, Perez Herrera, Sancho de Moncada, Martínez de la Mata y Alvarez Osorio, que han explicado la despoblacion y miseria del reino, la decadencia de la industria y del comercio, y el casi total aniquilamiento de la riqueza pública, por la gran multitud de frailes y de clérigos, por la amortizacion civil y eclesiástica,

y por otras razones que ahora pasan por herejías y blasfemias en los oídos de los discípulos de Donoso.

En cuanto al socialismo, también nos parece hasta cierto punto error de Donoso el sostener que repugne á la religión católica; á no entender por socialismo esa filosofía grosera y santificadora de las pasiones, en que le fundan algunos, ó la singular opinión de que la familia y el matrimonio deben abolirse. Mas purgado el socialismo de estos errores anti-católicos cabe perfectamente dentro de la Iglesia: y de ello dan testimonio, en la práctica las misiones del Paraguay; y en la teórica, la *Salento* de Fenelon, la *Utopía* de Tomás Moro, mártir glorioso de la fé católica, y hasta la *Ciudad del Sol* de Campanella, que al cabo era un religioso, aunque no muy ejemplar, a cuya pluma debemos asimismo no solo el libro *De Monarchia hispánica*, sino otro más que católico, en que se demuestra *per philosophiam divinam et humanam jura Summi Pontificis super universum Orbem*.

El socialismo se opone á las leyes económicas, y los economistas y no los teólogos deben combatirle: por eso le ha combatido victoriosamente Bastiat en sus *Armonías* y en sus *Cartas á Mr. Proudhon*. El socialismo se opone también á la condición humana, que prefiere la independencia al bienestar, aunque el socialismo pudiera dársele á tanta costa; y en nombre de la independencia y de la libertad del hombre contradice y niega Rosmini en un escrito elegantísimo las absurdas cavilaciones de Owen, de Saint-Simon, y de Fourier. ¿Pero qué ley de Dios ni de la Iglesia

quebrantaríamos con declarar el derecho al trabajo, con establecer los talleres nacionales, ó con vivir bajo cierto régimen en una especie de conventos ó de hospicios, en vez de vivir cada uno á su gusto en las aldeas y ciudades? Si Donoso ha querido decir que el espíritu que anima á los socialistas y liberales del día es anti-católico, no que el liberalismo y el socialismo lo sean esencialmente, y que de la disminución de la fé en el mundo nacen todos los males y trastornos que le afligen y conmueven, su libro debiera concretarse á hacer la apología del catolicismo para convencer á los incrédulos, no mezclarse en cuestiones políticas en que la pasión le hace desvariar, ni en cuestiones económicas que no entiende. Su libro debiera ser una obra como los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo* de Augusto Nicolas, como la *Relacion entre la ciencia y la religión revelada* del cardenal Wiseman, ó como la *Exposicion del dogma católico* de Genoude. Pero Donoso-Cortés mezcla y confunde la teología con la política; su imaginación poderosa le hace amalgamarlo todo en un conjunto tan extravagante como poético, y su elocuencia de pseudo-profeta le lleva á tocar todas las cuestiones sin demostrar nada, pero cegando el entendimiento, y arrebatando la fantasía de quien le lee. Tiene muchos discípulos, ha tenido bastantes admiradores y magnificadores, y pocos muy pocos que juzguen seria y detenidamente su ensayo sobre el catolicismo. El libro de Donoso no es una Enciclopedia: pero es el cúmulo condensado, como una petrificación ó cristalización sólida y brillante, de cuanto aquel

hombre sabia, discurría é imaginaba. Dificil es examinar este libro punto por punto á no escribir otro más extenso aun. No todos tienen la fuerza sintética y condensadora de Donoso; ni tampoco es lo mismo vaciar en un molde la estatua colosal soñada por Daniel, que analizar en el crisol de la crítica los infinitos elementos discordantes de que se compone. Veamos solo si nos es posible tirar la piedrecilla contra los piés de barro, y echar por tierra esa fragil y gigantesca fábrica.

IV.

El principal argumento de Donoso contra la ciencia social y contra la ciencia política es que los que profesan estas ciencias en nuestros tiempos no tienen la ciencia católica, y apoyan aquellas ciencias humanas en una filosofía racionalista ó atea. Mas aun suponiendo que todos los socialistas y los liberales todos sean racionalistas ó ateos, no es consecuencia necesaria de esta suposición que el liberalismo y el socialismo lo sean en sí igualmente. Hé aquí, sin embargo, las razones que da Donoso para demostrar, á su vez, que lo son.

El mal, dice, está en el hombre de resultas del pecado original, y no en las formas del gobierno político, que nada importarian si el hombre fuese bueno; ni en la sociedad, que sería buena, si los hombres lo

fuesen. Pretender, como pretenden muchos socialistas, que el hombre es bueno y la sociedad mala; ó pretender, como pretenden algunos liberales, que el hombre es bueno y que ciertos gobiernos son malos, es un error anti-católico, segun Donoso: segun nosotros es tambien un error anti-racional; y en parte acusamos al Sr. Donoso de ese error que él mismo condena, ya que en su libro no trata de probar, en último análisis, sino que los gobiernos representativos son detestables, y los despóticos excelentes. La sociedad es mala ó defectuosa, porque los hombres que la componen estas sujetos al pecado y á la ignorancia. Si todos fuesen buenos y sábios, lo sería asimismo la sociedad. En esto convenimos. Mas sería un error negar, como parece que niega Donoso (pues á veces no se sabe muy fijamente ni lo que niega ni lo que afirma), que la sociedad y los gobiernos puedan mejorarse de un modo natural, no hasta un extremo de perfección, que no cabe en la condicion decaída del hombre, sino limitadamente y dentro de esa misma condicion imperfecta. El gobierno y la sociedad, por mejorados que se los quiera suponer en lo futuro, siempre darán testimonio, con su existencia sola, de la debilidad é ignorancia del hombre: porque si el hombre fuese perfecto, ni habría menester del gobierno, porque él mismo se gobernaría, ni de la sociedad, porque se bastaría á sí propio. La *anarquía* proudhoniana sería entonces posible.

En cuanto á la sociedad, hay que considerarla de dos maneras, ó fundada en el amor y afición mútua

que se tienen, ó se pueden tener los hombres, y en este sentido la sociedad seria más natural al hombre mientras más perfecto fuese: ó cimentada en el interés y en la necesidad que tenemos unos de otros, y en este sentido nos es más necesaria mientras menos perfectos somos. Pero Donoso sabe sumar y multiplicar, y no sabe elevar á potencia, y por esto habla así. La verdad, dice, ó está en algun individuo, ó no está en ninguno. Si está en algun individuo no hay por qué se discuta para encontrarla. Si no está en ninguno de los que componen la sociedad que discute, no podrá salir de la discusion, ni servirá de nada á la sociedad discutidora. La bondad, dice, ó está en cada uno de los hombres que componen la sociedad, ó no está en ninguno, ni en la sociedad tampoco. Si el hombre ha pecado, añade por último, y se ha hecho esclavo del pecado, el hombre no se puede redimir á sí propio, porque ser redentor y pecador á la vez, arguye contradiccion; luego la sociedad, que es un conjunto de pecadores, no puede ser redentora, no siendo ninguno de ellos singularmente.

A todo esto se necesita responder *distingo*, aunque se enfade el Sr. Donoso, que aborrece esta palabra, así como aborrece la discusion, *que es el traje que lleva la muerte cuando viaja de incógnito.*

La bondad y la verdad perfectas ni estan en la tierra, ni son calidades naturales al hombre, ni cada uno de por sí, ni todos juntos pueden alcanzarlas: pero algo de la bondad y algo de la verdad, aunque sea poquisimo, y hasta si se quiere en dosis infinite-

simal, cabe en el hombre; y creemos que si alguien tiene esta verdad ó esta bondad diminutas, no hará mal en comunicárselas á sus semejantes por medio de la discusion y de la persuasion, ya que sin apelar á un milagro, que no todos pueden hacer, no hay otro medio de comunicar verdades y de dar buenos consejos. Si Donoso mismo no se creia enviado del cielo para convertirnos milagrosamente, fuerza es confesar que trataba de persuadirnos discutiendo, y valiéndose de la razon humana, que él llama sinrazon y desatino.

En punto á redencion sabemos y creemos, como el Sr. Donoso, que el hombre no se redime por sí mismo, sino por la gracia de Dios y por la sangre de su Santísimo Hijo. Pero la ciencia social, rectamente entendida, no trata de esa redencion sobrenatural, para la cual solo los medios sobrenaturales son bastantes, sino de ciertos alivios y recursos humanos, que podemos tener y proporcionarnos naturalmente en este valle de lágrimas. Remover un gran peñasco no es dado á un solo hombre, ni á ciento que obren por separado, ó á la vez sin concierto; pero si los ciento obran todos juntos y concertadamente, y en la misma direccion, removerán la piedra. Hay, por lo tanto, en este concierto, que es el organismo de la sociedad, y en esta direccion, que es el gobierno de ella, un poder, que ni se halla en un hombre solo, que es el individuo aislado, ni en todos juntos obrando desconcertadamente, que es la sociedad sin un buen organismo. Luego mientras mejor sea el gobierno, mas atinada será la direccion, y mas fácil remo-

10489

ver la piedra; y mientras mejor organizada esté la sociedad, mas concertadamente obraremos, naciendo de este concierto y de esta direccion una fuerza, que ni está en cada uno de nosotros por separado, ni en todos juntos, como el mero producto de una raultiplicacion ó de una suma.

Trabajar el hombre para mejorar su condicion en esta vida, no se opone tampoco á la doctrina evangélica. Ni niega la Providencia divina quien busca y reconoce las causas naturales en los efectos que son naturales ó cotidianos, si así quiere llamarlos Donoso. Llame en buen hora milagro perpétuo á cuanto sucede segun el orden natural, y milagro intermitente á lo que sucede fuera de este orden. Los liberales, con creer en esas causas segundas, no hacemos de Dios un *Dios constitucional*, ni ponemos en la gobernacion del mundo *division de poderes*. Tan legislador es Dios de las leyes naturales, como de las sobrenaturales; y tan ejecutor de los milagros intermitentes, como de los cotidianos. La diferencia está en que Dios establece en los cotidianos ciertas leyes y cierta razon de ser, que el hombre alcanza, ó puede acaso alcanzar con el tiempo y el estudio; y en los intermitentes pone ciertas leyes y cierta razon de ser, que nuestro entendimiento no podrá descubrir nunca, y que solo por la revelacion, y con la fé, se creen, aunque no se comprendan.

Donoso se enfurece, y debe enfurecerse contra el maniqueismo proudhoniano, porque es una blasfemia. ¿Mas por qué refutarle como si fuera una doctrina? Re-

fute el ateismo, pero no el maniqueismo. ¿Quién ha dicho á Donoso que los que se llaman maniqueos ó anti-teistas, en el siglo XIX, sean otra cosa más que ateistas? ¿Cómo ha llegado su obcecacion hasta el punto de creer que una figura retórica es una creencia? Cuando Proudhon dice que Dios es enemigo del hombre, y que es menester vencerle para vencer el mal, presupone ya que Dios no existe. ¿Quién ha de creer en Dios, y dudar de su bondad? Eso que Proudhon llama Dios son las leyes inflexibles de la naturaleza cósmica y humana, la personificacion de la fatalidad ó del acaso, la fuerza ciega del universo, que sin Dios que la dirija y encamine al bien, no puede ménos de ser contraria al hombre que ve su último fin en esta vida, y que se propone alcanzar en ella una felicidad imposible. Prometeo, Tántalo, el propio Lucifer son entonces para Proudhon figuras alegóricas de la ciencia y de la voluntad humanas, que luchan con la naturaleza y tratan de domarla. Este es el más espantoso error de los ímpios. Solo la gracia de Dios doma la naturaleza del ser interior nuestro. La ciencia humana puede, no obstante, sometida y confiada en la Providencia divina, domar y mejorar hasta cierto punto, la naturaleza exterior; no por medio de milagros intermitentes (Josué no tuvo necesidad de ciencia para mandar al sol que se parase); sino por medios naturalísimos, como Franklin marcó al rayo un sendero, y Watt con el vapor dió movimiento á las máquinas.

Claro está que si Dios no hubiera querido, ni se hubiera descubierto el para-rayo, ni el vapor se hu-

quiera aplicado como fuerza motriz, ni se hubiera inventado la brújula, ni la pólvora, ni la imprenta. No se hubiera inventado tampoco la economía, el derecho político, la ciencia de la administración y otras, en virtud de las cuales, y no en virtud de milagros intermitentes, se mueve la gran máquina de la sociedad, y se mueve hacia el bien, porque Dios lo quiere, y porque Dios la dirige, valiéndose para ello de la inteligencia y de la libertad del hombre.

La disminución de la fe trae consigo la disminución del bien y de la verdad en el mundo, ha dicho el marqués de Valdegamas. Es así que el bien y la verdad, aunque anublada é incompleta esta, y aquel escaso y fugitivo, existen hoy en el mundo, más abundante el uno, y la otra más clara que nunca; luego la fé existe también en los corazones. Lo que dejará pronto de existir es la superstición y el fanatismo.

¿Por qué ha de sostener Donoso que la fé católica y la civilización moderna son cosas encontradas? ¿Por qué ha de formar este ridículo trabalengua, imaginando una trinidad humana á semejanza de la divina? *Adán es el hombre padre, Eva el hombre mujer, Abel es el hombre hijo. Eva es hombre como Adán; pero no es padre: es hombre como Abel; pero no es hijo. Adán es hombre como Abel, sin ser hijo; y como Eva, sin ser mujer; Abel es hombre como Eva sin ser mujer; y como Adán, sin ser padre.* ¿Por qué ha de decir hablando de la Trinidad divina: *el Padre es tesis, el Hijo antítesis, y el Espíritu Santo síntesis*: y no con San Agustín, *in Patre unitas, in Filio æqualitas, in Spiritu Sancto uni-*

latis æqualitatisque concordia? ¿Por qué ha de dar á entender que ya no hay más familias que los clubs y los casinos, como si no hubiese en el día familias decentes, honradas y cristianas, y como si nunca hasta ahora hubiera habido tabernas y casas de juego, que eran los clubs y los casinos de otros tiempos? Y por último, ¿por qué ha de confundir la necesidad absoluta de la Encarnación del Verbo, en la hipótesis de una satisfacción condigna del pecado, con la absoluta é incondicionada necesidad de esta redención de sangre? No sabía Donoso que Dios pudo gratuitamente perdonarnos la culpa, ó aceptar cualquiera satisfacción imperfecta que hubieramos podido darle? Por qué pues deducir de esta premisa la horrible consecuencia de que los que hacían sacrificios humanos acertaban en mucho y erraban en algo? Acertaban, dice Donoso, porque Dios quería sangre; erraban porque la sangre de toda la humanidad no podía aplacar la ira de Dios. Por eso mandó Dios á su Hijo Unigénito para que derramase su sangre por la salud del género humano. Pero si la sangre humana, impura y pecadora, no tiene virtud bastante para purificar á la humanidad, siempre la tiene para limpiar ciertas manchas, y ganar la voluntad de Dios; y hé ahí la razón de querer Donoso que se derrame en abundancia. En ella funda el derecho de imponer la pena de muerte. Donoso-Cortés hace del verdugo un sacerdote.

Imposible parece que Donoso-Cortés para refutar los absurdos sistemas de los socialistas, y para no entrar en las honduras de la economía política, se haya

hundido en las profundidades teológicas, y haya sacado de ellas tanto delirio. ¿Debo seguir diciendo, como ya indiqué al principio de este escrito, llevado del amor que á pesar de todo tengo á Donoso, que expone fielmente el dogma? Será más cuerdo retractarse? Por fortuna ó por desgracia entiendo todavía que Donoso le expone con fidelidad, salvo alguno que otro desliz, y no pocas extravagancias en la manera de espresarse: pero sus deducciones y aplicaciones no pueden ser más lastimosas. Cualquiera pensaria que D. Juan Donoso-Cortés, marqués de Valdegamas, ministro plenipotenciario de S. M. Católica en la capital de Francia, elocuentísimo orador, gran político, hábil diplomático, egregio poeta, maravilloso sofista, y hombre de agudísimo y encumbrado ingenio, habia perdido el juicio, leyendo alternativamente las obras de San Agustin, de Proudhon y de De Maistre, al temeroso estruendo de los que combatieron en las calles de París el gigantesco combate que se llama las Jornadas de Junio. Pero el libro singularísimo de Donoso vivirá tanto en la memoria de los hombres, como el recuerdo de esas jornadas: ambos estan escritos con sangre.

Revista Peninsular, diciembre, 1836.

UNA CÁTEDRA EN EL ATENEO.

El lunes 23 del pasado, de nueve á diez de la noche, dió el Sr. D. Emilio Castelar su primera leccion sobre *Historia de la civilizacion durante los cinco primeros siglos del cristianismo*, pues este es el verdadero titulo de sus lecciones, y no el que equivocadamente les habiamos dado.

Un taquígrafo recogía y anotaba aquellas elegantes palabras, y es de esperar que por este medio goce el público de ellas, pues, ó se habrán publicado ya, ó se publicarán sin duda en algunos periódicos. Esto nos ha hecho vacilar un tanto, y hasta nos ha inclinado á desistir del propósito que teniamos de dar cuenta de lo que dijese el Sr. Castelar, ya que habiendo de gozar el público de las propias palabras de este orador extraordinario, inútil es dar de ellas un pálido trasunto. Quien puede ver y admirar en toda su grandeza y con toda la gala y primor de sus colores los preciosos cuadros de Murillo, no se pone á estudiarlos en mala copia grabada, donde en escala menor se reproducen

hundido en las profundidades teológicas, y haya sacado de ellas tanto delirio. ¿Debo seguir diciendo, como ya indiqué al principio de este escrito, llevado del amor que á pesar de todo tengo á Donoso, que expone fielmente el dogma? Será más cuerdo retractarse? Por fortuna ó por desgracia entiendo todavía que Donoso le expone con fidelidad, salvo alguno que otro desliz, y no pocas extravagancias en la manera de espresarse: pero sus deducciones y aplicaciones no pueden ser más lastimosas. Cualquiera pensaria que D. Juan Donoso-Cortés, marqués de Valdegamas, ministro plenipotenciario de S. M. Católica en la capital de Francia, elocuentísimo orador, gran político, hábil diplomático, egregio poeta, maravilloso sofista, y hombre de agudísimo y encumbrado ingenio, habia perdido el juicio, leyendo alternativamente las obras de San Agustin, de Proudhon y de De Maistre, al temeroso estruendo de los que combatieron en las calles de París el gigantesco combate que se llama las Jornadas de Junio. Pero el libro singularísimo de Donoso vivirá tanto en la memoria de los hombres, como el recuerdo de esas jornadas: ambos estan escritos con sangre.

Revista Peninsular, diciembre, 1836.

UNA CÁTEDRA EN EL ATENEO.

El lunes 23 del pasado, de nueve á diez de la noche, dió el Sr. D. Emilio Castelar su primera leccion sobre *Historia de la civilizacion durante los cinco primeros siglos del cristianismo*, pues este es el verdadero titulo de sus lecciones, y no el que equivocadamente les habiamos dado.

Un taquígrafo recogia y anotaba aquellas elegantes palabras, y es de esperar que por este medio goce el público de ellas, pues, ó se habrán publicado ya, ó se publicarán sin duda en algunos periódicos. Esto nos ha hecho vacilar un tanto, y hasta nos ha inclinado á desistir del propósito que teniamos de dar cuenta de lo que dijese el Sr. Castelar, ya que habiendo de gozar el público de las propias palabras de este orador extraordinario, inútil es dar de ellas un pálido trasunto. Quien puede ver y admirar en toda su grandeza y con toda la gala y primor de sus colores los preciosos cuadros de Murillo, no se pone á estudiarlos en mala copia grabada, donde en escala menor se reproducen

solamente las sombras y los contornos. Más considerando, por otra parte, que sobre las lecciones del señor Castelar, á juzgar por la primera que ya hemos oído, hay mucho que decir, y que acaso lo que digamos no sea del todo fuera de propósito, nos ha parecido conveniente, mas bien que extractarlas, examinarlas.

Empezarémos, pues, por confesar humildemente que nos es imposible trasladar aquí, ni aún siquiera dar la idea más remota de la riqueza del estilo, de la pompa de las imágenes, de la facilidad admirable y del vuelo de la fantasía del Sr. Castelar. El que no le haya oído será menester que allá en su imaginacion se le finja y represente, inspirado por el auditorio é inspirándole y entusiasmándole á su vez, más lírico que didáctico, más arrebatador que persuasivo, más que ordenado florido y grandilocuente, levantándose al estilo sublime desde que llama la atención del público con la palabra *señores*, y no decayendo nunca ni abatiendo el vuelo hasta que termina su discurso de una hora.

El Sr. Castelar habla como Horacio nos pinta que cantaba Píndaro, y no deja entrever el esfuerzo de la reflexión y el trabajo interior del pensamiento que precede ó debe preceder á la emisión de la palabra humana. Esta brota de sus labios rica, fácil, sonora, abundante y llena de color y de vida, como un espíritu que va á animar y á encender su entusiasmo en los corazones, y á transmitir sus ideas á la mente maravillada y suspensa de cuantos escuchan. No es quien

habla el Sr. Castelar; es el génio de la elocuencia quien habla por su boca. No vacila, no medita, no se detiene, y la palabra corre y se desprende de sus labios como un raudal. ¡Qué poesía y qué fuego en cuanto dice! ¡De qué forma y figuras tan variadas y galanas reviste y hermosea su pensamiento! ¡Qué diversidad de medios tonos en el mismo tono inspirado y enfático de que nunca desciende!

Nosotros, sin embargo, aunque nos dejamos llevar del entusiasmo que inspira, reflexionando despues friamente, no podemos ménos de lamentar algunos de los medios de que se vale para infundirle en los ánimos. Y lo lamentamos por lo mismo que la primera consecuencia de nuestra reflexión es la seguridad de que el Sr. Castelar puede ser un gran filósofo y un gran sábio; puede aspirar á una fama europea y hacer que resuene su nombre tal alto y tan claro como los de aquellos que, no solo son gloria de su nacion y de su época, sino de la humanidad entera y de todos los siglos. Lo lamentamos, porque el Sr. Castelar, que podría aspirar á ser un Herder ó un Vico, no debe contentarse con ser un Lopez ó un Argüelles. Y lo lamentamos, en fin, porque el Sr. Castelar aspira á esto tan solo, embriagado con los fáciles, aunque limitados y efimeros aplausos que alcanza ahora, y cegado quizás por su mucha modestia.

Con este propósito de lisonjear el mal gusto reinante, llena sus discursos de adornos supérfluos, más orientales que clásicos; y á pesar del amor que muestra tener á la hermosura griega, no se conoce que

procure imitarla ó renovarla en su admirable sencillez, que no excluía por cierto el arrebató de la pasión y la poesía templada y serena que cabe en la elocuencia: poesía en prosa muy diferente de aquella de la que dijo Kant que era *prosa en delirio*. Platon era un poeta en prosa; en su tiempo eran los pueblos más jóvenes y debían complacerse más en símbolos y figuras, y sin embargo, no hay en todas las obras de Platon tantas *alas nacaradas*, tantas *perlas*, tantas *flores* y tantos *capullos*, tantas imágenes, en fin, como en el solo discurso que oímos al Sr. Castelar el lunes 25 del pasado.

Si todos estos primores fuesen malos, irremediablemente malos, si el Sr. Castelar fuese lo que ahora llaman una *medianta*, dotada del don de expresarse con facilidad, y un erudito de varia y poco profunda lectura, y si el público le aplaudiese sin más razón que la de estar viciado por el mal gusto, en verdad que no le censuraríamos. El edificio de su fama, fundado sobre tan frágiles cimientos, vendría á tierra al cabo por su propia pesadumbre, sin necesidad de que nosotros le aplicásemos la palanca de la crítica para derribarle. ¿Qué propósito nos llevaríamos por consiguiente en indisponernos con el Sr. Castelar y con el público, que tanto le quiere? Mas como creemos que el público tiene razón, y sobrada razón, en aplaudirle, si bien esta razón no sea siempre la misma que nosotros tenemos; como estamos persuadidos de que sin menoscabar sus facultades, que son portentosas, podría el Sr. Castelar dirigirlas á un fin mejor y más

elevado; y como le hacemos responsable del mal uso que pueda hacer de ellas, ya que Dios se las dió, no solo para acrecentamiento de su fama, sino para gloria y bien de los demás hombres; por eso censuramos que se deje llevar de fáciles aplausos, y tememos que, si persevera en la resolución que hoy sigue, venga á ser el *Zorrilla* de la elocuencia, ya que lo peor que puede ser un hombre como él es lo que el vulgo de sus semejantes, y aun el que tiene la audacia de criticarle en el presente artículo, envidiarían sin duda alguna. Si esto sucede por desgracia, sentiremos que digan de los discursos del Sr. Castelar lo que dijo un crítico extranjero del poema *Granada*, poema lleno de gigantesas flores retóricas, pero con poquísimo plan y concierto en todo. Dijo, pues, el crítico, no sabiendo cómo calificar aquel libro de tan desbaratada poesía, que para formar idea de él era necesario saber exactamente la significación de lo que llaman los españoles *música celestial*, porque *música celestial* y no otra cosa era el poema.

Nadie imagine, con todo, que acusamos al Sr. Castelar del vacío de sentido: ni cómo acusarle sin contradicción, cuando hemos dicho que vemos en él una naturaleza privilegiada, de la cual puede salir un gran sabio? Ni nadie entienda tampoco que le acusamos de indeciso; porque ¿quién en nuestro siglo tiene ideas fijas á los veinte y cinco años de edad? De lo que le acusamos es de confuso y vago, de ocultar su incertidumbre en esa vaguedad y confusión, y de tratar de conciliar las diversas ó irreconciliables opiniones que

combaten aún por la posesion de su alma, envolviéndolas todas como en una nube de oro. Elegir una opinion, la más á propósito para el público español, y defenderla sin fé por defender algo, sería una hipocresia, y celebramos que el Sr. Castelar no la tenga, dándonos con esta ingenuidad una prueba más de lo mucho que vale. Pero más celebraríamos que expusiese sus dudas con franqueza, ó que hubiese elegido asunto en que no las tuviese, ó que antes de subir á la cátedra las hubiese aclarado en su mente, trazando y levantando, no sobre suelo movedizo, sino sobre roca firme y segura, la hermosa é imperecedera fábrica de su *Historia*. Entonces no nos parecería al oírle, ya que oímos un fragmento de la *Profesion de fé del siglo xix*, ó de otro ditirambo neo-hegeliano, ya que oímos un discurso de Ozanan, de Augusto Nicolás ó de Genoude. Y no se diga que esta contradiccion se podrá resolver en una síntesis suprema; porque lo completamente contradictorio es imposible que se resuelva sino en lo absurdo, y lo absurdo no puede entrar en un entendimiento tan sano como el del Sr. Castelar.

En su primera leccion quiso éste trazarnos el plan que se propone seguir en el curso de todas ellas. Su idea, sin duda, es describir y explicar la caida del imperio romano y de la sociedad antigua, y el nacimiento de la nueva, fundada en los tres elementos distintos que vienen á combinarse en aquella revolucion magnífica y espantosa: el cristianismo, el imperio y los bárbaros. El Sr. Castelar nos mostrará á Cristo afirmando, con su sangre y sus milagros, la verdad

de su doctrina, doctrina perfecta desde luego, así en lo moral como en lo dogmático. El misterio de la Trinidad, la Encarnacion del Verbo, el Mesias, no nacional como los judios por la mayor parte le esperaban, sino venido á salvar y á redimir á las gentes, todo debe ser creido en el seno de la Iglesia primitiva, ortodoxa y católica, y no ser esta creencia un acto progresivo de la Iglesia, que va trasfigurando á Jesus, creándole á semejanza de su ideal, y revistiéndole, por una interna y psicológica evolucion, de la naturaleza divina. Pero si constituirá el progreso histórico de estos cinco primeros siglos la propagacion del dogma y de la moral por una parte, y por otra la determinacion y solemne declaracion de ese dogma en los Concilios y en los escritos de los Santos Padres. Mas esta misma obra no es en realidad, para un católico, de verdadero progreso, sino de conservacion y defensa, ya que implica la oposicion y el extravio de los herejes y el esfuerzo de los doctores católicos para conservar el dogma en toda su pureza.

El Sr. Castelar se empeña en un inmenso asunto, y deberá describirnos desde la predicacion de los Apóstoles hasta la de San Patricio en Irlanda, la de San Paladio en Escocia, y la de Ulfilas entre los godos, á quienes llevó la verdadera fé, la civilizacion y las letras. El Sr. Castelar tendrá que dar razon de todas las herejias y de la refutacion de ellas, desde las que nacieron casi al pié del Calvario, el morir en él el Redentor de los hombres, hasta las de Arrio, Nestorio, Eutiques y Pelagio. Tendrá que analizar las grandes produc-

ciones de la filosofía cristiana, las obras de los Padres de la Iglesia de Oriente, de los Crisóstomos, Basilio y Gregorios; y las de los Padres de la Iglesia latina, de los Gerónimos y Agustinos; y habrá de reproducir la crítica que hicieron éstos del paganismo y de la sociedad antigua, y dar á conocer cómo concurrieron á acabar con ella, levantando sobre su ruina la nueva sociedad y la Iglesia. Habrá de pintar vivamente la discordia nacida en el seno mismo de la sociedad cristiana á causa de las herejías, discordia que ya daba origen á obras literarias y filosóficas, unas defendiendo, otras oponiéndose á la verdadera fé; ya á sangrientos combates, á guerras civiles, á hechos heroicos, á actos de fanática barbarie, á milagros de humanidad, de constancia y de energia, y á inauditas y abominables crueldades. Habrá de seguir á la Iglesia desde el Calvario hasta el Capitolio; desde las Catacumbas y el Circo hasta que apareció el Lábarum en el cielo; contarnos el martirio de sus confesores, las apologías de sus defensores y los triunfos de sus apóstoles. Volviendo la vista al mismo tiempo al imperio que se desmorona, á los dioses que huyen, á la filosofía pagana que sucumbe, á la antigua sociedad que se disuelve, habra de investigar las causas de tan extraordinarios acontecimientos, y retratarlos la corrupción y la grandeza de Roma, las iniquidades de sus Nerones y Calígulas, y las admirables virtudes de sus Trajanos, Antoninos y Alejandro Severos, en los cuales, si no la fé, la moral cristiana obraba ya sus milagros. Tendrá que referir los esfuerzos de los gentiles

para sostener la sociedad que se desploma con sus antiguas creencias y para impugnar la religion naciente, y tendrá que explicarnos y refutar las doctrinas de Celso, de Porfirio, de Plotino y de tantos otros sábios gentiles. Nos presentará tambien el amor á lo maravilloso, y el misticismo, desesperado de la verdad nacida de la razon, renegando del discurso y apelando á la magia y á la teurgia, levantándose en el aire con Simon el Mago, resucitando los muertos con Apolonio, evocando á los génius invisibles con Jámblico y uniéndose con ellos por medio de mágicos conjuros; y el disgusto del mundo, y el horror de la vida que despuebla las ciudades y puebla los desiertos, que si produce, unido al catolicismo, las sobrenaturales virtudes de los Pablos y los Antonios, de los Pacomios y los Hilariones, engendra en las sectas heréticas el furor del martirio, y lleva á unos á buscar la muerte amenazando con ella á quien no los mate, y á otros á renovar con más frecuencia y ferocidad que nunca las mutilaciones horribles de los Coribantes. La confusion en tanto y la mal formada amalgama de religiones y creencias, venidas las unas de la India, de la Persia otras, y otras nacidas en la Grecia, en el Egipto ó en la Siria, fermentan en el imperio, y dan ser y vida, ya á la sublime constancia de Epicteto, ya á la endemoniada locura y á la no ménos sublime inconstancia de Peregrino, que pasa por todas las sectas, que se inicia y reniega sucesivamente de todas las religiones, y acaba por quemarse vivo por su propia voluntad en los juegos olímpicos y de-

lante de toda la Grecia. Junto á la hoguera de Peregrino oiremos las burlonas carcajadas de Luciano, y al par de las oraciones santísimas de los solitarios de la Tebaida, los gritos feroces de los asesinos de la hija de Teon. La fraternidad humana habrá sido, sin embargo, proclamada en el mundo por tan clara é inaudita manera, que la falta misma de antecedentes históricos mostrará palpablemente el origen divino y revelado de tan nueva doctrina. Y esta doctrina hará mejor la condicion del esclavo, de la mujer y del hijo, y ciudadanos de la misma ciudad de Dios al persa y al griego, al romano y al godo. El antiguo orden de la sociedad caerá por tierra para dar lugar á otro nuevo orden: en el mismo momento temeroso en que verá la humanidad sepultarse para siempre una gran civilización, despuntará la aurora de otra más grande: y si los magníficos templos serán arrasados y rotas las estatuas hermosísimas, el monje Telémaco pondrá término con su martirio á los combates de los gladiadores. Entre tanto los bárbaros del Norte, empujados los unos por los otros desde las fronteras de la China, y guiados como por un destino misterioso, se precipitan y caen sobre el imperio romano; le destruyen, y cruzando su raza vigorosa con la raza gastada por la antigua civilización, engendran las modernas naciones europeas, dominadoras del mundo. Aun antes de salir de las sombrías selvas de la Germania y de las llanuras desiertas de la Scitia, el agua del bautismo habia templado en muchos de estos bárbaros el ardor rudo de la sangre y la nativa crueldad de la na-

turalidad. La pintura que hizo de aquellos pueblos el Sr. Castelar, ya siguiendo á Tácito, ya á Jornandes, ya á los poetas é historiadores latinos de la misma edad, los cuales los miraron y describieron con la viveza y con la poesía del espanto, fué un trozo de elocuencia bello, acabado y sublime. El público le aplaudió con legítimo entusiasmo, y nosotros le aplaudimos entonces; y ahora le aplaudimos, porque la pompa de las palabras, la riqueza de las imágenes y el fuego de la expresión, se ajustaban allí con la terrible magestad del asunto.

Pero como ya hemos dicho, y más claramente se desprende del rápido bosquejo que acabamos de hacer, es tan grande, tan complicado y tan fecundo en cuestiones de la mayor entidad y trascendencia, el plan que el Sr. Castelar se propone seguir en el curso de sus lecciones, que mientras más lo reflexionamos, nos parece más árdua la empresa y más difícil el darle dignamente cima en las 24 lecciones que podrá tener el año académico del Ateneo. Suplicamos, pues, al Sr. Castelar que dé á este asunto todo el espacio y el estudio que requiere; que si no puede, como no podrá, tratarle en un año ó en dos, que le trate en cinco ó en seis; que se limite en el presente á explicarnos la historia del primer siglo; que estudie con detención toda la semana antes de presentarse á explicar; que suprima imágenes y que acumule ideas y hechos que vengan en apoyo de estas ideas, y que resuelva con valor, con originalidad, y firme y decididamente, aunque despues de un profundo exámen, todas las

cuestiones que brotarán á cada paso de esas ideas y de esos hechos, conforme los vaya exponiendo á su auditorio. Entonces creeremos que el Sr. Castelar hará, no una série de odas en prosa, sino una grande obra de enseñanza, de lo cual es muy capaz, si la impaciencia y la desidia no lo impiden.

Para nosotros no vale el argumento de que en este siglo se vive muy depriosa. Esta es una de esas muchas sentencias falsas ó sin sentido, que á fuerza de repetir las llegan en el dia á pasar por axiomas. En nuestro siglo se vive tan despacio como en cualquiera otro, y por lo mismo que hay más medios y facilidad de aprender, y mucho escrito sobre todo, se puede y se debe exigir del que enseña que estudie y medite concienzudamente, y que si no dice algo nuevo, diga al ménos, refutando las opiniones contrarias, terminante y despejadamente la suya.

Así demostrará el Sr. Castelar con la misma portentosa elocuencia, pero con más claridad y órden que en la primera leccion, que el cristianismo, lejos de ser contrario al progreso humano, es causa efficacísima de este progreso, que singularmente efectuan las naciones de Europa iluminadas por la luz de la fé. Porque hizo notar el Sr. Castelar que entre los antiguos pueblos no hubo esta idea de progreso; esto es, no se tenia conciencia de él: más no probó que el cristianismo viniese á darnos esa conciencia. Obra ha sido esta de la reflexion y de la moderna filosofia; y la doctrina que de ella ha dimanado no se ha de creer que se funde en la revelacion por huir del extremo de

los que suponen que de todo punto es contraria á ella. Nuestro Señor Jesucristo dijo, á la verdad, en el sermón de la montaña: *Sed perfectos como vuestro Padre, que está en el cielo*; pero se dirigia al individuo, al hombre interior, y no hablaba de la sociedad entera y del progreso que material y exteriormente puede hacer esta realizándose de un modo más ó ménos imperfecto en este *valle de lágrimas*. El fin de la perfeccion que Cristo proponia á los hombres está fuera de este mundo. El fin del progreso moderno está en el mundo mismo. La aspiracion que Cristo hacia nacer en los corazones, era una aspiracion infinita. La aspiracion del progreso moderno, cuando es infinita tambien, está en oposicion con la doctrina de Cristo, y, no ya los neo-católicos, sino los católicos deben reprobarla. Al morir Cristo, murió con él el viejo Adam y nació un Adam nuevo, lo cual ha de entenderse en sentido místico, como San Pablo lo entendia. Progreso vale tanto como ir de la imperfeccion á la perfeccion, y mal podia ser progresiva en su esencia una doctrina que desde luego era perfecta y por consiguiente incapaz de progresar y de mejorarse. Ni aún suponiendo que el progreso estaba en la propagacion de esta doctrina por todas las naciones, se ha de suponer que se equipare y univoque con el progreso, tal como se entiende ahora. Si el Señor dijo *Ite et docete omnes gentes*, no fué con el propósito de que instruyesen los Apóstoles al mundo y le preparasen para fundar la nueva Jerusalem en la tierra, sino para que hiciesen de modo que, al dejar la tierra esas gentes, pudiesen ser en el cielo

ciudadanos de la nueva Jerusalem: por eso el profeta Isaias llamó á Cristo *Padre del siglo futuro*.

Pero como el cristianismo es un gran elemento civilizador, aún prescindiendo de su poder sobrenatural y á un fin sobrenatural ordenado, los hombres, siguiéndole, serán más dichosos, si bien no puede deducirse de aquí que el cristianismo fuera en los primeros tiempos causa conocida de progreso. El fervor de los cristianos no se avenia, ni debía avenirse, con el pensamiento de hacer de una religion tan espiritual y tan mística, y de un Dios, cuyo *reino no era de este mundo*, instrumentos del desarrollo de la prosperidad y de la grandeza humana en este mundo mismo. En resolución, ni los cristianos de los cinco primeros siglos, ni los cristianos de muchos siglos despues, ni aún los cristianos de ahora, fueron ni son progresistas por el hecho de ser cristianos. Tal vez los gentiles fuesen más deliberadamente progresistas, porque pensando mucho en esta vida y poco en la otra, se debían inclinar á hacerla mejor, y del deseo de lograrlo había de nacer en ellos la creencia de que lo lograban. Sin embargo, así como la idea de la inocencia primera, de la primera culpa y de la edad patriarcal, limita entre los cristianos la doctrina del progreso, así la limitaba entre los gentiles la idea de la edad de oro, no pudiendo decir en un raptó lírico el más progresista de ellos sino

Jam redit et virgo, redeunt Saturnia regna.

Puede sostenerse, con todo, que la doctrina del

progreso, con tal de que éste se encierre dentro de los límites de la decaída é imperfecta naturaleza del hombre, y no se prolongue del modo infinito en que algunos le entienden, ya que no se apoye en el cristianismo, no le repugna tampoco.

Aun muchos racionalistas del día, siendo liberales, niegan el progreso, y ven en los pueblos bárbaros ó selváticos, no el gérmen de una civilización futura, sino la degradación ó el olvido de una civilización pasada. El sábio Bailly imaginó un pueblo primitivo civilizado en el Norte de Asia: no pocos historiadores y etnógrafos modernos suponen una nación misteriosa, que allá en los tiempos ante-históricos vivió en las faldas del Himalaya, y que tenía una intuición clarísima de las verdades divinas y humanas, las cuales propagó despues y difundió por todo el mundo en diferentes y consecutivas emigraciones: Salverte prestó á los pelasgos y á las naciones antiquísimas del Oriente extraordinarios conocimientos, que se perdieron entre el vulgo y dieron luego origen á las ciencias ocultas y á los misterios de Egipto, de Samotracia y de Efeusis; y los escritores gentiles nos hablan con asombro de la cultura moral é intelectual de los habitantes de la Atlántida, de los turdetanos y de los hiperbóreos. Zalmoxis era geta, scita Abaris y tracio Orfeo. En los poemas que se conservan de los bárbaros que vinieron del Norte á acabar con el imperio romano, en el Edda y en el Kalewala, se notan, al traves de mil fábulas monstruosas por la forma, una razón filosófica y una doctrina trascordada, como recuerdo confuso y

oscuras tradiciones de una época luminosa. Y quizás sea más verosímil atribuir el fundamento de estas fábulas, y el de las griegas y orientales, á vagas reminiscencias de ideas de otra edad que á presentimiento instintivo de futuras y más levantadas ideas. En todo lo cual hallan razones y argumentos los modernos apologistas del cristianismo para defender la creencia en una revelacion primitiva.

Nada más diremos de la primera leccion del señor Castelar, que no hemos leído, sino oído solamente. Las lecciones que vaya dando en lo sucesivo las examinaremos con mayor cuidado, y nos aprovecharemos para ello de su publicacion, si es que se publican íntegras en algun periódico. Nos complacemos en esperar que no serán dignas de censura, porque el señor Castelar tiene buen deseo, y solo de su buen deseo depende el que sean tales sus lecciones que no baste á encarecerlas nuestra alabanza.

DE LA DOCTRINA DEL PROGRESO

CON RELACION

A LA DOCTRINA CRISTIANA.

I.

Hemos visto reproducido en *La Discusion*, nuestro artículo sobre las cátedras del Ateneo, en el cual procuramos poner en su punto el notable mérito del Sr. Castelar, y las dificultades de la empresa que piensa llevar á cabo; dificultades que, lejos de arredrar la constancia del Sr. Castelar, y de anublar el íntimo y claro convencimiento que ha de tener de su aptitud, deben servirle de estímulo y poderoso incentivo. Si entre tantas maravillosas prendas de orador como reconocimos en el Sr. Castelar, tuvimos que censurar algunas faltas, bien se desprende de todo el contexto de nuestro artículo, que lo hicimos en la inteli-

oscuras tradiciones de una época luminosa. Y quizás sea más verosímil atribuir el fundamento de estas fábulas, y el de las griegas y orientales, á vagas reminiscencias de ideas de otra edad que á presentimiento instintivo de futuras y más levantadas ideas. En todo lo cual hallan razones y argumentos los modernos apologistas del cristianismo para defender la creencia en una revelacion primitiva.

Nada más diremos de la primera leccion del señor Castelar, que no hemos leído, sino oído solamente. Las lecciones que vaya dando en lo sucesivo las examinaremos con mayor cuidado, y nos aprovecharemos para ello de su publicacion, si es que se publican íntegras en algun periódico. Nos complacemos en esperar que no serán dignas de censura, porque el señor Castelar tiene buen deseo, y solo de su buen deseo depende el que sean tales sus lecciones que no baste á encarecerlas nuestra alabanza.

DE LA DOCTRINA DEL PROGRESO

CON RELACION

A LA DOCTRINA CRISTIANA.

I.

Hemos visto reproducido en *La Discusion*, nuestro artículo sobre las cátedras del Ateneo, en el cual procuramos poner en su punto el notable mérito del Sr. Castelar, y las dificultades de la empresa que piensa llevar á cabo; dificultades que, lejos de arredrar la constancia del Sr. Castelar, y de anublar el íntimo y claro convencimiento que ha de tener de su aptitud, deben servirle de estímulo y poderoso incentivo. Si entre tantas maravillosas prendas de orador como reconocimos en el Sr. Castelar, tuvimos que censurar algunas faltas, bien se desprende de todo el contexto de nuestro artículo, que lo hicimos en la inteli-

gencia de que criticando á una persona de tan superior capacidad, nos debian servir de norma y punto de comparacion el ideal del arte en que esa persona se ejercita, y el último extremo de lucidez á que puede y debe llegar en el asunto de que trata. Para concebir estas excelencias del arte, y para imaginar esta lucidez, basta tener un mediano entendimiento; mas para realizarlas, como queremos y deseamos nosotros que el Sr. Castelar las realice, se necesitan las mas poderosas facultades. Por donde comprenderán nuestros lectores dos verdades para nosotros muy importantes: 1.^a, que nos atrevimos á juzgar al Sr. Castelar sin atribuirnos sobre él superioridad en nada; y 2.^a, que nuestro juicio, si no ha sido favorable, pues el Sr. Castelar merece todo elogio, tampoco ha sido adverso, como hay quien lo pretenda.

El único escrúpulo que pesa sobre nuestra conciencia, y el que nos obliga á hacer aquí estas aclaraciones, es el haber intentado, sin prévio aviso, y lo que es peor, sin ser conocidos y estimados del público, criticar fria é imparcialmente al Sr. Castelar, desechando el tono hiperbólico y extremado que, tanto en la censura como en el elogio, suele por lo comun usarse en España. En este sentido se puede decir que nuestro artículo ha sido una *salida de tono*, y ha dado ocasion á que muchos vean en él un ataque á la reputacion literaria de la persona criticada. El Sr. Castelar, sin embargo (y lo sabemos á ciencia cierta), no ha visto esa hostilidad en nuestra crítica, sino la apreciacion desapasionada de los merecimientos que hasta

ahora tiene, el vivo y sincero deseo de que estos sean mayores, y la profunda conviccion de que habrán de serlo.

No creemos, por consiguiente, que al decir *La Discusion*, como ha dicho, que se propone refutar algunos de los asertos de nuestro artículo, salga á la defensa del Sr. Castelar, á quien en tanto estimamos. Solo creemos que *La Discusion* pueda y quiera entrar en polémica con nosotros en lo tocante á la doctrina del progreso: y temiendo el fallo de los redactores de tan ilustrado periódico, nos ha parecido conveniente, sin aguardar á que se publique la impugnacion de nuestro artículo, aclarar aquí lo que sobre dicha doctrina dejamos en él ligeramente apuntado.

Digimos en primer lugar que tenemos fe en el progreso. El progreso es para nosotros una creencia, no una ciencia. El progreso en que creemos está limitado por la misma condicion del hombre y del mundo: y de esta suerte, ya que no se funde en la doctrina cristiana, no se opone á ella tampoco. Pero suponiéndole ilimitado, como le supone Pelletan en sus dos famosos libros, *Profesion de fe del siglo xix* y *El mundo marcha*, el progresismo es anti-cristiano, y es tambien anti-científico, pues aunque se pueda demostrar por la historia que en todo y de continuo hemos progresado hasta lo presente, aun será difícil deducir de esta premisa que progresaremos siempre en lo futuro.

De la naturaleza íntima del horabre tampoco se puede deducir la doctrina del progreso, porque no

conocemos cumplidamente esa naturaleza íntima. Y en cuanto á las ideas fundamentales que hay en la mente humana, si unas sostienen la doctrina del progreso, otras le rechazan, al menos, como infinito ó ilimitado.

La idea de Dios puede en cierto modo considerarse como causa de progreso, porque la idea de Dios es el término de perfeccion y el ideal de nuestra especie en las diferentes edades. La idea de Dios, aunque de un modo vago, está preconcebida en la mente con anterioridad á cualquiera idea, y es como fuente de todas las ideas. Pero nuestro flaco entendimiento no comprende, ni en la mente divina, la existencia de esta idea (la idea que tiene Dios de sí mismo), á no limitar la omnipotencia y la grandeza de Dios dentro de su infinita sabiduría. A no ser así, nos parece que esta no podría abarcarlas. ¿Cómo, por lo tanto, ha de comprender y desenvolver esta idea nuestra mente finita, á no ser por abstraccion, negacion y oposicion? Si esta idea, aunque en germen, estuviese en nuestra mente de un modo positivo, su eterno desarrollo constituiría el eterno progreso; porque esta idea que en la mente de Dios concebimos desenvuelta y completa, jamás llegaría por un orden sucesivo á desenvolverse y completarse en la mente de la humanidad. Mas nosotros no acertamos á comprender lo infinito y lo perfecto sino por abstraccion de lo imperfecto y finito, y aun así lo comprendemos mal, pues oponemos á esa infinidad y perfeccion algo que las descabala y amengua.

Estas consideraciones nos inclinan á pensar que la idea de Dios no puede ser el germen del progreso, tal como se entiende en el día, sino el germen de una aspiracion infinita, que hallándose en contradiccion con lo imperfecto de los medios que naturalmente tenemos para llegar á realizarla, nos induce y obliga á buscar el último fin por medios sobrenaturales.

Las religiones todas se han llevado como propósito y mira principal la resolución de este problema. Y como los hombres entendiesen que habiendo en el corazon humano un infinito deseo, solo en un bien infinito podría el corazon aquietarse, columbraron asimismo, hasta con la sola luz de la razon, que habia otra vida, y pusieron en ella ese bien deseado que no podian hallar en la presente. San Agustin censura á Varron porque al pintarnos en esta vida al bienaventurado, reúne y pone en él multitud de calidades imposibles en un solo hombre, como son: larga vida, claro entendimiento, ciencia, hermosura, salud, robustez, bienes de fortuna, tranquilidad de espíritu y conciencia limpia de culpa. Por eso dijo el P. Fr. Luis de Granada que si Marco Tulio suponía que, siendo tantas las calidades que habian de concurrir en el orador para que fuese tolerable, era casi imposible que hubiese mas de uno en cada siglo, con más razon se debía suponer la imposibilidad de hallar en el mundo bienaventurados como los de Varron. Pero aun dando por sentado que en un solo hombre concurren estas perfecciones, no podemos, con todo, imaginar en él la bienaventuranza en esta vida, y el término y satis-

faccion de su deseo, y la plenitud del ser que esta satisfaccion presupone. Lo cual fuera de la religion, y bien considerado por los racionalistas, ha de tenerse por fin imposible de alcanzar, y, segun la doctrina de Cristo, ha de creerse obra de la gracia ó de la potencia divina, y ha de considerarse como un milagro. El hombre puede elevarse á ese fin, no por desenvolvimiento, sino por renovacion; no natural, sino sobrenaturalmente; no apoyándose en la vida anterior, sino en un principio más alto que nuestro propio ser y nuestra propia vida. En lo esencial de la religion cristiana no cabe por consiguiente la idea del progreso, tal como se entiende ahora.

No es esta cuestion tan profunda y tan árdua que tengamos que recurrir para resolverla al estudio de los Santos Padres y de los grandes teólogos: basta con que citemos el catecismo. Allí aprendemos á considerarnos como *hijos de Eva, desterrados en este valle de lágrimas*: allí aprendemos cuáles son las bienaventuranzas. *Bienaventurados los que lloran. Bienaventurados los que padecen. Bienaventurados los pobres de espíritu.* De todo lo cual se deduce que este mundo es un lugar de destierro y de prueba, y que la perfeccion que á él trajo el cristianismo, si bien no es contraria á la que pretende traer consigo el progreso, es del todo diversa. Desde luego se nota que la perfeccion moral que dá el cristianismo á sus bienaventurados no implica la intelectual y mucho menos la física. La más cuitada persona del mundo puede ser un bienaventurado y aun unirse con Dios en esta vida, lle-

gando al último ápice y extremo de la perfeccion. Lo cual parecerá extraño á los incrédulos; pero es á la par tan poético y sublime, que no puede ménos de causarles maravilla y espanto. La simplicidad llega al conocimiento de las más sublimes verdades, y la ignorancia llega á confundirse y á estrecharse con la ciencia misma, no por desarrollo y progreso del razonamiento, sino por la aniquilacion ó suspension de las potencias y sentidos, y por tan alto menosprecio de estas facultades, que muchos grandes santos han procurado pasar por simples á los ojos del mundo. Léanse, si no, las vidas de San Francisco de Asis, de San Pedro Alcántara, de San Felipe Neri, y de tantos otros, los cuales, sin ser simples por naturaleza, vinieron á serlo por la gracia. Para la perfeccion, que la bienaventuranza requiere, no es en manera alguna indispensable la agudeza y claridad del ingenio. Para conocer y servir á Dios de nada sirve ni vale la humana sabiduria. *Quia enim in sapientia Dei non poterat mundus per sapientiam cognoscere Deum, placuit Deus per stultitiam prædicationis salvos facere credentes.* En donde se nota, no ya consonancia, sino discordancia, entre la sabiduria del cielo y la del mundo, y en donde se confirma aquella otra sentençia del Apóstol: *Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus*, porque el fin de la sabiduria mundana y de la mundana prudencia está en este mundo, y el de la sabiduria divina en el otro, sin que la humana por sí sola pueda llegar hasta él.

Siendo, pues, infinito el término del deseo del al-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEX.

ma, y teniendo por principal objeto el cristianismo la satisfaccion de este deseo, no es posible que ordene los medios que tiene para lograrle á otro fin que por fuerza ha de parecer mezquino al verdadero cristiano. Aun el que no lo es aprecia en poco este fin, con tal que tenga un ánimo levantado que no se contente con la satisfaccion de los groseros apetitos de la carne, ó con el triunfo de una pueril vanidad, que se envanece de la escasísima y oscura ciencia que podemos adquirir en esta vida. No se opondrá, con todo, el cristianismo á los adelantos y mejoras en las cosas temporales; mas no se ha de creer que ponga en ellos la mira, teniéndola fija en mas alto y santo objeto. No se opondrá á ellos, porque solo pudiera oponerse en nombre de un ascetismo exagerado, y el Apóstol condenó este ascetismo, diciendo, *Caro concupiscit adversus spiritum, et spiritus adversus carnem*, y sentó como un hecho verdadero, y estableció como regla de conducta, que nadie aborrece ni debe aborrecer su propia carne. Lo que el cristiano debe aborrecer en ella son los desordenados instintos y la debilidad consiguiente á nuestra naturaleza decaída por el pecado. Mas la carne, lo mismo que el espíritu, son obras de Dios, y son, por lo tanto, buenos en su esencia, y no solo el espíritu, sino la carne tambien, aunque purificada y transfigurada, han de gozar de la gloria.

El mundo es asimismo bueno y hermoso, y si la doctrina cristiana le tiene por uno de los enemigos del alma, es en otro sentido diverso del que aqui le da-

mos ahora. Pero ni el mundo, ni cuanto en él se encierra, bastan á satisfacer el amor y la aspiracion del corazon cristiano, desasosegado mientras en Dios no se reposa. Por lo cual no queremos ni debemos gozar del mundo y de las cosas que en él hay, sino usar de ellas en esta peregrinacion de la vida como de un vehiculo y de una escala para encaminarnos y elevarnos á su origen y al nuestro, el cual es tambien nuestro fin, y no lo efimero y caduco. Y sustentamos aquí estas ideas, porque así como nos aflige y repugna el neo-catolicismo que absuelve y canoniza las maldades de los tiranos, aun nos aflige y repugnan más él neo-catolicismo que ve hasta en las más sangrientas y espantosas revoluciones un desarrollo legítimo de la idea cristiana. El uno coloca en los altares á Torquemada y á Felipe II; el otro á Marat y á Robespierre.

No ha de imaginarse, con todo, que el cristianismo no mejoró la sociedad. Antes creemos (y ya en este breve escrito, y en el artículo sobre las cátedras del Ateneo lo dejamos consignado) que el cristianismo cambió favorablemente las relaciones del esclavo, de la mujer y del hijo, con el señor y el padre de familia; que abolió los espectáculos sangrientos; y, en una palabra, que moralizó y santificó á los hombres. Las mismas virtudes con que gloriosamente resplandecieron algunos emperadores paganos, como, por ejemplo, Marco Aurelio y Alejandro Severo; y la misma filosofía de los alexandrinos neo-platónicos, en lo que tiene, tanto en la moral como en el conocimiento

de Dios, de más bello y completo que la antigua filosofía, lo atribuimos nosotros al cristianismo, de cuya doctrina se aprovecharon aquellos filósofos para contradecirle é impugnarle.

Nuestro intento ha sido solo demostrar que el cristianismo, aunque causa de renovacion, y aunque no se opondrá á la doctrina del progreso, con tal que se crea que éste no se levanta sobre la flaca, pecadora y decaída condicion humana, no podia ser progresista segun lo que esta palabra significa y vale en nuestra época.

Luego que Nuestro Señor Jesucristo predicó su santísima doctrina, la moral no pudo avanzar más en la teórica, porque nadie habia de completar ó corregir lo que Cristo hizo; y no avanza en la práctica, porque ahora no hay hombres más santos y excelentes que los Apóstoles, los mártires y los anacoretas de los primeros siglos de la Iglesia. Desde entonces tenemos á la vista el ideal de la perfeccion cristiana, y no hemos menester, para verle, de nuevas ciencias y de progresos intelectuales. Cristo nos dijo:— «Tomad la cruz, y seguidme. El que me siga no se perderá en las tinieblas.»

Si en la plenitud de los tiempos se extenderá tanto el cristianismo, que hasta los judíos se conviertan á él, no por eso estará todo el linaje humano dentro del gremio de los fieles. Aun habrá ateos, incrédulos, blasfemos y sectarios del Ante-Cristo. En el seno mismo de la Iglesia vivirán muchos réprobos, como en el arca los animales inmundos.

En cuanto al progreso de la ciencia, el cristianismo no le reprueba, pero tampoco se le propone como objeto importante é inmediato, á no ser con el fin de elevar la mente humana á un superior conocimiento de Dios, y de crear en nosotros al verdadero *gnóstico* que describe San Clemente de Alejandria. En este sentido comprendemos progreso en la filosofía cristiana; pero sobreentendiéndose la fe como requisito esencial de este progreso, y faltando á muchos en el dia, caen estos miserablemente en el panteismo y en el materialismo. Así es que en vez de progresar, reniegan del bien supremo, y mientras más tierna y enamorada tienen el alma, y más levantado el pensamiento, más honda es la desesperacion y más negro el hastio que los domina. Los ferro-carriles, los telégrafos eléctricos, la fotografia, el alumbrado de gas y las constituciones más ó menos democráticas, no bastan á consolarlos.

Este progreso, que casi podemos llamar mecánico, parte principalmente de descubrimientos materiales, que no presuponen el cristianismo. Tales son la invencion de la brújula, la de la imprenta, la de la pólvora y la aplicacion del vapor á las máquinas. La preponderancia y el mayor valer político de las naciones cristianas de Europa nacen en gran parte de estos inventos y de la fecunda manera con que se han aplicado á las necesidades y exigencias de los pueblos. Y si los de Europa se adelantan en cultura, en riqueza y en espíritu mercantil, industrial y belicoso, á los demas del mundo, no es solamente porque son cristia-

nos. Grecia y Roma no lo eran, y vencieron, y dominaron, y civilizaron á las otras naciones. Las razas que pueblan la Europa, ya sea por influencia del clima, ya por otras causas que no nos incumbe investigar, han sido en todos tiempos, al menos desde que empezó á escribirse la historia, más pujantes y más despiertas y activas que las demas razas. Si la primera civilización vino del continente asiático, es porque aquella parte del mundo fue la cuna de la humanidad, y porque allí quiso Dios hacer sus revelaciones.

Esto es, aunque desordenada y confusamente dicho, cuanto tenemos que decir ahora para explicar y corroborar los asertos que promete impugnar *La Discussion*, y esto nos servirá de punto de partida cuando repliquemos al mencionado periódico.

II.

El Sr. D. Emilio Castelar contestó ya en *La Discussion* del 24, no sólo á lo que dije, sino tambien á lo que pretende que dije al hablar del progreso en mi artículo sobre las cátedras del Ateneo. No acuso al señor Castelar de no haberme entendido en parte. Quizás fuese mia la falta; quizás yo no me explicase con la claridad debida. Con este recelo, y á fin de defenderme de graves inculpaciones, tendré ahora que ser prolijo para no ser confuso.

Bien claramente expresé, sin embargo, en el artículo á que nos referimos, que deseaba que el señor Castelar demostrase de una manera evidente que el

cristianismo, lejos de ser contrario al progreso humano, es causa eficazísima de este progreso, que singularmente efectúan las naciones de Europa iluminadas por la luz de la fe. Al expresarme así, no ponía yo en duda la influencia benéfica del cristianismo, que ha venido á darnos el conocimiento del verdadero Dios, y á proclamar entre todas las gentes y naciones aquella ley que dice: *ama á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á ti mismo*; ley en que se encierran todas las leyes y preceptos, y donde está por alta manera el germen de todo verdadero bien en este mundo y en el otro. Lo que sí ponía yo en duda era y es que este progreso de ahora esté de acuerdo con esa ley divina; y mas aun, que esa ley divina nos haya sido dada con el fin de cumplir este progreso; y por último, mucho mas aún, el que esa ley divina, ordenada principalmente á un fin mas alto, hubiese sido para los primeros cristianos *causa conocida* de un progreso desconocido entonces para ellos. De aquí deducía yo que el cristianismo no era progresista, si bien el progreso y los progresistas podían ser cristianos, lo cual necesita y merece una explicacion detenida.

Si por progreso hemos de entender vagamente el movimiento de la humanidad, que *el mundo marcha*, como se dice ahora, no habrá motivo de discusion entre el señor Castelar y yo; el cristianismo será progresista, lo serán el islamismo y el budismo, y todos seremos progresistas; cristianos, judios, mahometanos é idólatras. ¿Quién ha de negar verdad tan evidente, ni cómo, por muy aficionado que yo fuese á

nos. Grecia y Roma no lo eran, y vencieron, y dominaron, y civilizaron á las otras naciones. Las razas que pueblan la Europa, ya sea por influencia del clima, ya por otras causas que no nos incumbe investigar, han sido en todos tiempos, al menos desde que empezó á escribirse la historia, más pujantes y más despiertas y activas que las demas razas. Si la primera civilización vino del continente asiático, es porque aquella parte del mundo fue la cuna de la humanidad, y porque allí quiso Dios hacer sus revelaciones.

Esto es, aunque desordenada y confusamente dicho, cuanto tenemos que decir ahora para explicar y corroborar los asertos que promete impugnar *La Discussion*, y esto nos servirá de punto de partida cuando repliquemos al mencionado periódico.

II.

El Sr. D. Emilio Castelar contestó ya en *La Discussion* del 24, no sólo á lo que dije, sino tambien á lo que pretende que dije al hablar del progreso en mi artículo sobre las cátedras del Ateneo. No acuso al señor Castelar de no haberme entendido en parte. Quizás fuese mia la falta; quizás yo no me explicase con la claridad debida. Con este recelo, y á fin de defenderme de graves inculpaciones, tendré ahora que ser prolijo para no ser confuso.

Bien claramente expresé, sin embargo, en el artículo á que nos referimos, que deseaba que el señor Castelar demostrase de una manera evidente que el

cristianismo, lejos de ser contrario al progreso humano, es causa eficazísima de este progreso, que singularmente efectúan las naciones de Europa iluminadas por la luz de la fe. Al expresarme así, no ponía yo en duda la influencia benéfica del cristianismo, que ha venido á darnos el conocimiento del verdadero Dios, y á proclamar entre todas las gentes y naciones aquella ley que dice: *ama á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á ti mismo*; ley en que se encierran todas las leyes y preceptos, y donde está por alta manera el germen de todo verdadero bien en este mundo y en el otro. Lo que sí ponía yo en duda era y es que este progreso de ahora esté de acuerdo con esa ley divina; y mas aun, que esa ley divina nos haya sido dada con el fin de cumplir este progreso; y por último, mucho mas aún, el que esa ley divina, ordenada principalmente á un fin mas alto, hubiese sido para los primeros cristianos *causa conocida* de un progreso desconocido entonces para ellos. De aquí deducía yo que el cristianismo no era progresista, si bien el progreso y los progresistas podían ser cristianos, lo cual necesita y merece una explicacion detenida.

Si por progreso hemos de entender vagamente el movimiento de la humanidad, que *el mundo marcha*, como se dice ahora, no habrá motivo de discusion entre el señor Castelar y yo; el cristianismo será progresista, lo serán el islamismo y el budismo, y todos seremos progresistas; cristianos, judios, mahometanos é idólatras. ¿Quién ha de negar verdad tan evidente, ni cómo, por muy aficionado que yo fuese á

sostener paradoxas, habia de ponerme á sostener una tan absurda? El mundo marcha, pues, y en este sentido hay un progreso que nadie contradice. Y como nadie contradice tampoco que somos imperfectos; ni nadie, á no ser un malvado, quiere el mal de sus semejantes, todos desean, y no pocos esperan, que, en vez de ir de la imperfeccion en que estamos á otra mas honda, nos levantemos algo hácia la perfeccion. En este sentido son tambien progresistas todos los hombres, cualquiera que sea su religion, y cualquiera que sea su política. Calomarde era progresista en este sentido. Es por consiguiente necesario determinar y definir cuáles son las principales clases que hay de progreso, porque si seguimos usando la palabra sin definirla de antemano, se refugiará nuestro discreto antagonista en la significacion vaga y general de ella, y crearán los inexpertos que nos vence cuando se retira.

El progreso se puede entender (no digo que sea), de tres modos principales. El que está en armonia y es una consecuencia del cristianismo, y este es el que el Sr. Castelar sigue y defiende, segun afirma: el que es contrario al cristianismo y malamente se llama progreso; y el que es ageno al cristianismo, aunque el cristianismo no le repruebe.

El primer modo de progreso no falta quien sostenga que se cumplió y terminó mucho tiempo hace. Anunció el Señor y anunciaron sus discípulos que la santa palabra del Evangelio se extenderia por toda la tierra, y se extendió en efecto, ya que por donde

quiera ha sido predicada. «Así dice el P. Fr. Luis, »se acabó de henchir la tierra del conocimiento de »Cristo. Mas despues, añade, creció la prosperidad, »y con ella la ambicion, y la envidia, y las delicias, »y el avaricia, raiz de todos los pecados, y creciendo »los vicios, se fué disminuyendo la fé, porque este »es el principal azote con que Dios los castiga, como »él mismo lo amenaza en el Apocalipsi, avisando á sus »Iglesias que se enmienden y hagan penitencia, so »pena que vendrá contra ellas y les quitará el can- »delero de su lugar. Este candelero es la lumbre de »la fé.» Por donde se puede conjeturar que la Iglesia se acrecentó y floreció en otros tiempos; mas que por desgracia no se acrecienta ni florece como antes en los tristes que alcanzamos; en los cuales es punto incontrovertible que en vez de acrecentarse ha venido á estrecharse considerablemente en justo castigo de los pecados de los hombres. Porque apareció primero la secta de Mahoma, la cual dió por tierra con la cristianidad, que estaba floreciente en muchas provincias y regiones de África y de Asia; y luego ocurrió el cisma, y dividió á la Iglesia griega de la latina, y Lutero y los de su parcialidad predicaron despues la llamada reforma, y lograron separar del gremio de la Iglesia á varias de las más nobles é inteligentes naciones del mundo; vino, por último, la moderna filosofia, que empieza en Descartes y termina en los neohegelianos, y vinieron con ella la incredulidad, la indiferencia en materias de religion y el *egoteismo* y el *antiteísmo*, que son las más perversas doctrinas que ha ha-

bido nunca, las cuales cundieron entre los hombres como la zizaña y como toda mala simiente: por manera que muchos en el día no son cristianos sino en el nombre y la apariencia. Y aunque todo puede esperarse de la infinita bondad de Dios, todavía no hay razón fundada para creer, sobre todo si continúan las gentes en el camino que llevan ahora, que vaya la cristiandad acrecentándose.

La doctrina de Cristo ha sido predicada y es conocida en toda la tierra, y con esto quedan cumplidas las profecías. Si los hombres no la siguen, es porque Dios no les quita la libertad, ni los fuerza á seguirla, aunque los induce y mueve á ello con inefable y maravillosa dulzura; pero esta es cuestión altísima de la gracia y del libre albedrío en que nosotros, legos y profanos, no nos atrevemos á entrar. Baste saber que muchos conocen á Cristo, y no se vuelven á él; antes remiegan de su nombre y de su doctrina; y como siguen otras enteramente contrarias, no buscan el bien verdadero, sino un bien aparente y engañoso, y poniendo la mira y propósito en un fin limitado y mezquino, olvidan y menosprecian el único fin digno del hombre, el cual no solo fue criado á imagen, sino también á semejanza de Dios.

Yo no he negado, ni Dios permita que niegue nunca, su providencia paternal y santísima; pero sin negarla, puedo afirmar la existencia y permanencia del mal sobre la tierra. Sabido es asimismo que, en el sentido más cristiano, más filosófico y más comprensivo á la vez, el mal no existe sino con relación al bien

absoluto; porque todas las cosas, con relación á sus condiciones y naturaleza limitada, son perfectas, y no puede haber en ellas mayor perfección de la que tienen. Todas salieron de las manos mismas de Dios, que no puede hacer nada malo, y todas fueron creadas por su voluntad, que no se complace sino en lo perfecto y acabado, según su género y especie. Por lo cual, las criaturas todas están ordenadas con un orden sapientísimo, y van encaminadas á un fin no menos grande y excelente, del cual sólo columbramos lo bastante para adorar á Dios y darle gracias, y no para sustituirle y suplantarle en su providencia, cuyo complemento y justificación entenderemos en la otra vida, y no en la presente que vivimos. Y así se puede decir, sin temeridad, que es difícil, cuando no imposible, que todos los hombres se hagan unos santos y vengán á realizar en el mundo la doctrina de Cristo, y á reproducir el dechado maravilloso que en sí propio les dió Cristo, para que de él sacasen las muestras de todas las virtudes de que es capaz la naturaleza humana, ayudada de la gracia. Antes bien, se puede sostener, y yo sostengo, que distamos mucho de encaminarnos en el día á esa perfección, y que tal vez nos apartamos de ella volviendo la espalda á Cristo, que es su dechado y arquetipo. Y no se ha de presumir que hácia la consumación de los tiempos llegue ese progreso á cumplirse, porque no es posible olvidar las palabras del apóstol á Timoteo: «Has de saber, »le dice, que en los postreros días sucederán tiempos »peligrosos. Porque vendrán los hombres á ser muy

«amigos de si mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados, sin afeccion, sin paz, malisines, deshonestos, crueles, agenos de toda benignidad, traidores, protervos, hinchados, y más adoradores de los deleites, que de Dios, mostrando en lo de fuera una imagen y apariencia de religion, y estando muy agenos de ella.»

Por el contrario, el segundo modo de progreso, el que malamente se llama progreso, el que es enemigo del cristianismo, vemos que en efecto se va realizando en el dia. Las malas doctrinas se han extendido considerablemente, y si nos espantan, por un lado, la inmoralidad y la irreligiosidad que encierran, no podemos menos de admirarnos tambien, porque tambien se admira lo malo, de la sutileza y profundidad de la razon humana que tan sublime Babel de errores y de absurdos ha llegado á levantar por sí sola. No se ha de decir con todo que este desventurado progreso, que viene en contra del cristianismo, sea el que nos quiere hacer pasar el Sr. Castelar, no ya como en armonia con el cristianismo, sino como una emanacion, como una consecuencia de él, como el cristianismo realizado, y como el fin que los cristianos todos se propusieron y proponen.

El tercer modo de progreso es el que hemos llamado ageno al cristianismo; esto es, el que nada tiene que ver con la doctrina de Cristo, sino en cuanto á la intencion moral con que puede hacerse. Claro está que Dios no queda inerte, ni ageno á este progre-

so, porque lo esté el cristianismo. Dios que nos ha criado, y que nos conserva y mantiene, mantiene y conserva tambien ese progreso, que es obra inmediata nuestra y mediata suya, puesto que Dios es causa de todas las cosas. Y como el Señor nos hizo á su imagen, por donde entienden los teólogos que el alma es capaz de comprender á los demas seres y de modificarlos hasta cierto punto, el alma puede valerse de estos seres y darles nuevas formas y condiciones, y poner en ellos ciertas potencias y virtudes agradables ó provechosas. Todo esto se efectúa de un modo naturalísimo, valiéndose el hombre para ello de sus facultades naturales; las cuales son tan imprescriptibles que por muy dejado que esté de la mano de Dios, las puede el hombre conservar. Y así es que hasta los mismos réprobos las conservan en el infierno, y el alma de ellos, segun afirman doctos teólogos, no deja de ser imagen de Dios, aunque esté ardiendo en vivas llamas. Lo que pierde el alma es la semejanza con Dios, y la pierde por el pecado. De aqui viene á entenderse que es una asercion completamente desprovista de fundamento el tener por realizacion y consecuencia del cristianismo esas obras meramente humanas, y esas primorosas invenciones de nuestra época, que en gran parte constituyen lo que se llama progreso. Menos extraño seria que algun descontento de todos esos adelantos, porque tambien hay ó puede haber quien los condene, los atribuyese á inspiracion directa del demonio. Ello es lo cierto que no dimanan del cristianismo; esto es, que no tienen por origen

una revelacion sobrenatural. Dios nos dió facultades naturales para hacerlos, pero no nos reveló la manera y forma en que habian de hacerse, encomendando ese cuidado á la espontánea fuerza y energia del ingenio del hombre; el cual, ya sea chino, ya europeo, ya monje, ya seglar, ya protestante, ya católico, ya réprobo, ya santo, puede, en nuestro entender, haber inventado la imprenta, la brújula, la pólvora, los ferro-carriles y cualquiera otra máquina, artificio ó sistema.

En suma, y como deducion legitima de todo lo expuesto, creo que se puede asegurar que el primer modo de progreso no se verifica en el dia: esto es, que en digno y merecido castigo de nuestras culpas, no hay ahora progreso cristiano, y que los que se verifican son el anti-cristiano, malamente llamado progreso, y el que es ageno al cristianismo, y podemos llamar mecánico ó ingenioso. Pero estos dos modos de progreso que se verifican en el mundo, el uno lejos de llevarnos al bien, nos aparta de él, y no conduce sino á la perdicion de las almas, y el otro solo nos puede llevar á un bien engañoso y efimero, porque no hemos de imaginar que en las cosas perecederas y contingentes, y tan sujetas á mudanza y decaimiento, como lo están las de esta vida, pueda cifrarse el sumo bien, en lo cual convienen con nosotros hasta los filósofos paganos.

Hechas ya estas aclaraciones, y suplicando á quien me lea que recuerde lo que dije en mi primer artículo, que publiqué el 19 con el mismo título que

el que este lleva, voy á tratar de sincerarme de aquellas acusaciones del Sr. Castelar, de que no creo estar aun, con lo que llevé dicho, justificado y absuelto.

En primer lugar se me dirá que ademas de ese progreso mecánico, que es el único bueno ó indiferente, cuya existencia admito en el dia, se ha de contar con el progreso que se ha realizado, se realiza ó ha de realizarse en las instituciones políticas y sociales por influjo del cristianismo. En cuanto al que se ha realizado, ni le niego, ni le he negado nunca; mas por lo mismo que soy, ó quiero ser buen católico, no le llamo ni debo llamar progreso, sino regeneracion y redencion. Quédese el llamarle progreso para el señor Augusto Comte, *filósofo materialista de la extrema izquierda hegeliana*. La idea de progreso implica el tránsito gradual y natural de un estado á otro; y como ya indicamos en otra parte, el cambio que produjo el cristianismo en la sociedad y en el hombre, *no fué por desenvolvimiento, sino por renovacion; no fué natural, sino sobrenaturalmente; no fué apoyándose en la vida anterior, sino en un principio más alto que nuestro propio ser y nuestra propia vida*. Considerar el cristianismo como un progreso vale tanto como tenerle por una invencion humana. Llegada la humanidad, dicen los que tal piensan, á un nuevo periodo de desarrollo, dió de sí el cristianismo, como los árboles dan el fruto. Para no caer en error tan espantoso, llamo yo al cristianismo regeneracion y redencion. Veamos ahora de qué manera podrá entenderse que el cristianismo es causa de progreso.

No pudo ser causa conocida de progreso para los primeros cristianos; esto es, los primeros cristianos no pudieron ser progresistas, porque el progreso es uno de esos modernos é ingeniosos descubrimientos de que hemos hablado ya, y que no se conocian entonces; por manera, que mal se podia ver en el cristianismo la causa de un efecto desconocido. Como en el mundo se ha escrito mucho, y yo he leído poquisimo, no me atreveré á asegurar que no hubo autor, de los primeros siglos de la Iglesia, que hablase de que progresamos, en el sentido que esto se entiende ahora. Pero sí aseguraré que la creencia más vulgar, y más difundida y acreditada, era entonces, y ha sido mucho despues enteramente contraria, sin que los que tal pensaban y creian, dejasen por ello de ser buenos, y aun mejores cristianos que nosotros. ¿Cuántas veces los cristianos no han tenido por muy inmediata la profetizada fin del mundo? Y esto se ha creído y temido no sólo en la edad media, cuando tal espanto se apoderó de las naciones, creyendo que se acercaban los tiempos apocalípticos, sino muy recientemente, y hasta el año pasado, como sucedió entre pueblos, ó más cándidos que el nuestro, ó más vivos de imaginación; por ejemplo, en Alemania. ¿Qué idea ha habido de progreso hasta el tiempo de los enciclopedistas? ¿Antes era acaso verdad conocida que progresábamos? ¿No era, por el contrario, error popular, y muy arraigado, que el mundo estaba viejo? Feijóo ¿no le combatió en España, y en otros países otros autores? Aun en el siglo pasado, ¿se tuvo por ventura una idea

exacta del progreso? ¿En qué diccionario castellano ó francés, ó de cualquiera otra lengua, se hallaba el sustantivo *progreso*, ó su equivalente, en la acepción que tiene ahora? El verbo *progresar*, ¿no es tan neologismo, que cualquier purista, aun ahora, se desdeñaria de emplearle? Y si la palabra no existía, ¿era por otra razon sino porque no existía la idea? Voltaire, en el siglo pasado, se contentaba con creer, que vivía en un tiempo luminosísimo; mas ponía en la edad media las tinieblas palpables, de suerte que no entendia el progreso. Rousseau juzgaba que la verdadera felicidad y la perfeccion estaban en la vida selvática; y Helvetius decia que *l' esprit des lois* era de *l' esprit sur les lois*, porque Montesquieu habia entrevisto, en las instituciones, leyes y costumbres de los pueblos de la edad media, algo de razonable, y hasta si se quiere, de progresivo. Bailly y Salverte inventaron, por último, sistemas enteramente contrarios á la doctrina del progreso. De donde se deduce que esta doctrina es hija legítima de la época en que vivimos, y que Pelletan intituló, con sobrada razon, el elocuente libro en que la explica, *Profesion de fé del siglo XIX*. No podia, por consiguiente, el cristianismo haber sido para los cristianos causa conocida de un progreso, de un efecto que no conocian. ¿Fué, empero, el cristianismo causa recóndita y misteriosa de este progreso, recientemente puesto en claro?

Cuestion es esta sutilísima y complicadísima, y para resolverla seria menester escribir libros enteros, no ya un artículo de periódico. Yo no trataré, por lo

tanto, de aclarar, distinguir ni resolver aquí circunscindidamente todos los términos de la cuestión, la cual toma diferentes aspectos y se decide de diferentes modos, según el punto desde donde se mira. Pero confiado en la inteligencia y buena fé de los lectores, y depuesto el recelo de que no me entiendan, ó finjan no entenderme, para echarme en cara opiniones é ideas que no son las que yo presento y defiendo, voy á tocar ligeramente, y por estilo conciso, los principales modos que hay de responder á la cuestión: modos que todos concuerdan, á mi ver, en una idea más alta, la cual más fácilmente se concibe que se expresa. Tal al menos me lo parece á mí, que, si alguna virtud sintética tengo en el entendimiento, confieso con humildad que no tengo ninguna en la palabra.

Desde luego, si consideramos el cristianismo como un gran hecho histórico de inmensa trascendencia, no podemos menos de creer que ha ejercido y ejerce un influjo proporcionado á su trascendencia y á su grandeza; influjo que, mientras fuere inmediato, será excelente y benéfico, porque no desvirtuará ni perderá su origen y carácter divinos; influjo que, cuando fuere mediato, esto es, modificado y combinado con otros principios, pasiones é ideas de origen humano, podrá desnaturalizarse y torcerse, y producir el mal. En este mal, sin embargo, no verán el verdadero cristiano, ni el hombre de juicio, aunque no lo sea, el influjo directo y responsable del cristianismo, y todo lo atribuirán á la malicia y flaqueza del hombre. La penitencia que hace Teodosio es una consecuencia in-

mediata del cristianismo. El cristianismo prescribe una ley moral, y la sanciona con una pena. Teodosio infringe la ley, y recibe y acepta el castigo. Aquí la consecuencia es tan inmediata, tan clara, tan patente, que la malicia humana no ha podido torcerla y romperla, y la luz y la bondad del cristianismo resplandecen santa y suavemente en este hecho. El establecimiento de la inquisición, las matanzas del día de San Bartolomé, y hasta si se quiere, la revolución francesa, son para algunos una consecuencia mediata del cristianismo, ya que, sin presuponer el cristianismo como hecho histórico, no podrían explicarla. Mas del principio santo y divino saco aquí la razón humana una consecuencia dañada y perversa, y la responsabilidad de esta consecuencia no está en manera alguna en el principio, sino en la serie de deducciones por donde ha venido á caer el entendimiento en consecuencia tan espantosa y absurda.

Bien se nota, por poco que se reflexione, que la influencia inmediata no es progresiva, y que sólo la mediata lo es. Al decir que la inmediata no es progresiva, no queremos decir que existiese en un tiempo, y que no exista ahora. Esta es permanente en nosotros, es obra milagrosa y sobrenatural de la gracia, es don del Espíritu Santo, es lumbrera eterna que ilumina nuestras almas, y que ilumina las sociedades donde la religión subsiste, las sociedades que no han vuelto las espaldas á Nuestro Señor Jesucristo, y que no han renegado de su santo nombre y doctrina. ¿Pero qué sujeción á una ley progresiva puede haber en esa gracia,

en ese resplandor celestial, en esa energía para el bien que nos hace semejantes á Dios? ¿Acaso el Espíritu Santo reparte ahora sus dones con más abundancia que los repartía cuando los apóstoles andaban por el mundo, cuando llenaban las soledades multitud de piadosos anacoretas, cuando hubo tantos mártires, vírgenes y confesores gloriosísimos?

En la influencia mediata sí cabe progreso; pero tal vez se progresará alejándose del principio para llegar á las consecuencias extremas. Tal vez llegaremos hasta el último punto que esa luz del cielo alumbra con sus fulgores, y queriendo ir aun más adelante, perdaremos de vista esa luz, y caeremos en las tinieblas. Por eso es prudente decir que de las consecuencias, buenas ó malas, que podamos sacar de la religion, es responsable la razon humana. Si son buenas, la religion, que nos hace semejantes á Dios, que nos une á él, que nos da su gloria, nada tiene que envidiar á la razon por ese vano, pequeño y efímero triunfo. Y si las consecuencias y deducciones son malas, ó de incierta bondad, ¿por qué ha de ser el cristianismo responsable de ellas? Doctrinas, leyes, instituciones y costumbres hay ahora en el mundo que se combaten unas á otras, que forman diferentes partidos, y cuya bondad ó malicia distan mucho de estar demostradas. Así es que, si las considerásemos como consecuencias lógicas y exactas del cristianismo, le indentificaríamos con ellas, pondríamos en tela de juicio su bondad ó su malicia, y le haríamos asunto de nuestras frívolas disputas.

Donoso-Cortés creía que la teocracia, que la inca-

pacidad de la razon y su incompetencia para decidir las cuestiones más importantes, que el derramamiento de sangre humana, que el transformar en sacerdocio el oficio de verdugo y en altar el patíbulo, y que la obediencia pasiva de los pueblos, y el poder real limitado sólo por la penitencia que pudiera imponer un San Ambrosio, eran todas consecuencias legítimas del cristianismo. Yo, aunque *impar congressus Achilli*, aunque débil para luchar con aquel monstruo de ingenio y de elocuencia, traté, sin embargo, de refutar sus errores. ¿Cómo, pues, si he de ser imparcial y consecuente conmigo mismo, no condenar una doctrina que procede por el mismo orden que la del Sr. Donoso, aunque viene á parar á término distinto? ¿Cómo deducir de la religion de Cristo, y creer que por ella ha de realizarse en el mundo el sufragio universal y la milicia ciudadana; la reclamacion de todo derecho, cuando la perfeccion cristiana está en la devocion y el sacrificio; y los opíparos milagros de la economía social, cuando el cristianismo predica la pobreza y la abstinencia?

Pero se me dirá que además de esa influencia inmediata y permanente de la inspiracion, y además de esa influencia por medio de deducciones y raciocinios, hay otra influencia que es la que constituye el progreso legítimo, bueno é infalible. El cristianismo, se me dirá, se ha apoderado de la voluntad, ha compenetrado los entendimientos y se ha infiltrado en todas las ideas, fecundándolas y poniendo en ellas un germen, que debe desenvolverse y crecer, florecer y fructificar de un modo alto y soberanamente benéfico en las insti-

tuciones, en la vida, en las costumbres, en las ciencias y en el arte.

Y esta idea cristiana, que lo vivifica y fecunda todo, no solo se desenvuelve entre los pueblos católicos, sino que se ha unido tan estrecha é intimamente á la humanidad, y la ha transformado por tal arte, que aunque la humanidad reniegue de Cristo, no por eso se marchitará y agostará aquel gérmen en sus entrañas; el cual, ya que no dé frutos dignos del cielo, podrá, independientemente de la gracia, y por virtud propia y especialísima de la misma idea, producir bienes, limitados sí, pero inconcebibles é inexplicables sin presuponer el cristianismo.

De esta suerte si debe creerse que el cristianismo ha sido causa de progreso: mas antes de afirmarlo decidida y terminantemente, y antes de decir cómo es este progreso, y por qué orden y forma se ha ido realizando en la tierra, conviene hacer del asunto un detenido y concienzudo estudio en un artículo aparte. Su grandeza así lo requiere.

III.

Dijimos en el artículo anterior que el tercer modo de influencia del cristianismo en la sociedad, debía ó podia tenerse por progresivo: mas no podemos concederle sin previo exámen, porque las opiniones más extrañas y los errores más peligrosos han nacido de esta creencia. Cada uno entiende el progreso á su manera, y por consiguiente cada uno ha entendido á su

manera el cristianismo, resultando de aqui tantos falsos ó incompletos *cristianismos* en la conciencia humana, cuantas opiniones políticas, científicas ó artísticas pueden caber en ella.

Los novísimos apologistas del cristianismo, con la mejor intencion sin duda alguna, han dado á este punto más importancia de la que relativamente se merece; porque, viendo que se habian enfriado la caridad y la fé en los corazones, han querido traer de nuevo á los hombres á la religion, no por la excelencia esencial de ella, ni por amor puro y desinteresado hácia Dios, ni siquiera por deseo de su gloria, y por temor del infierno, sino predicándoles que el cristianismo es causa de progreso, á fin de que le amen por amor del progreso. Estos han dicho que el cristianismo es liberal para que los liberales sean cristianos: aquellos que es absolutista para que los absolutistas lo sean; y esotros, que la Virgen, la Magdalena, los santos y los ángeles son más á propósito que los dioses del paganismo para poemas y cuadros, y que los templos góticos son más sublimes, cuando no más hermosos, que los templos griegos, á fin de que tambien se conviertan los aficionados á la poesia y á las bellas artes. Pero ninguno de ellos consideró sobre cuán frágiles cimientos levantaba el edificio de sus conversiones. El así convertido no es verdadero cristiano: no es cristiano sino en el nombre, y hasta en el nombre dejará de serlo el dia en que se le antoje que el cristianismo no es liberal, si él lo es, ó que el cristianismo es liberal, si él es absolutista: el dia en que imagine que las

tuciones, en la vida, en las costumbres, en las ciencias y en el arte.

Y esta idea cristiana, que lo vivifica y fecunda todo, no solo se desenvuelve entre los pueblos católicos, sino que se ha unido tan estrecha é intimamente á la humanidad, y la ha transformado por tal arte, que aunque la humanidad reniegue de Cristo, no por eso se marchitará y agostará aquel gérmen en sus entrañas; el cual, ya que no dé frutos dignos del cielo, podrá, independientemente de la gracia, y por virtud propia y especialísima de la misma idea, producir bienes, limitados sí, pero inconcebibles é inexplicables sin presuponer el cristianismo.

De esta suerte si debe creerse que el cristianismo ha sido causa de progreso: mas antes de afirmarlo decidida y terminantemente, y antes de decir cómo es este progreso, y por qué orden y forma se ha ido realizando en la tierra, conviene hacer del asunto un detenido y concienzudo estudio en un artículo aparte. Su grandeza así lo requiere.

III.

Dijimos en el artículo anterior que el tercer modo de influencia del cristianismo en la sociedad, debía ó podia tenerse por progresivo: mas no podemos concederle sin previo exámen, porque las opiniones más extrañas y los errores más peligrosos han nacido de esta creencia. Cada uno entiende el progreso á su manera, y por consiguiente cada uno ha entendido á su

manera el cristianismo, resultando de aqui tantos falsos ó incompletos *cristianismos* en la conciencia humana, cuantas opiniones políticas, científicas ó artísticas pueden caber en ella.

Los novísimos apologistas del cristianismo, con la mejor intencion sin duda alguna, han dado á este punto más importancia de la que relativamente se merece; porque, viendo que se habian enfriado la caridad y la fé en los corazones, han querido traer de nuevo á los hombres á la religion, no por la excelencia esencial de ella, ni por amor puro y desinteresado hácia Dios, ni siquiera por deseo de su gloria, y por temor del infierno, sino predicándoles que el cristianismo es causa de progreso, á fin de que le amen por amor del progreso. Estos han dicho que el cristianismo es liberal para que los liberales sean cristianos: aquellos que es absolutista para que los absolutistas lo sean; y esoteros, que la Virgen, la Magdalena, los santos y los ángeles son más á propósito que los dioses del paganismo para poemas y cuadros, y que los templos góticos son más sublimes, cuando no más hermosos, que los templos griegos, á fin de que tambien se conviertan los aficionados á la poesia y á las bellas artes. Pero ninguno de ellos consideró sobre cuán frágiles cimientos levantaba el edificio de sus conversiones. El así convertido no es verdadero cristiano: no es cristiano sino en el nombre, y hasta en el nombre dejará de serlo el dia en que se le antoje que el cristianismo no es liberal, si él lo es, ó que el cristianismo es liberal, si él es absolutista: el dia en que imagine que las

tragedias de Sófoles valen más que los dramas de Calderon; el dia en que piense que el Partenon era más hermoso que la catedral de Búrgos; el dia en que crea que el Padre Santo y las comunidades religiosas son retrógados, y él sea progresista; ó el dia en que, siendo él moderado, se dé á cavilar y suponer que la igualdad, la fraternidad y la libertad, que predicó Nuestro Señor Jesucristo, son idénticas á las que se predicán ahora.

Nacerá tambien otro mal gravísimo de atribuirlo todo al cristianismo de esta manera inconsiderada é indistinta; porque todos sostendremos nuestras opiniones económicas, administrativas, políticas ó artísticas, como si fuesen otros tantos artículos de fé, y nos excomulgaremos, si no nos convenimos, lo cual será lo mas probable. Cada cual tomará la religion santísima por arma de partido, y la profanaremos, si es que ya no la estamos profanando.

Cuentan de cierto ciudadano francés que se presentó en la barra de la Convencion seguido de unos carros cargados de cálices y de otros sagrados objetos de oro y plata robados á los templos, y que, despues de llamar la atencion de los diputados hácia los objetos susodichos, exclamó con irreverente y blasfema presopopeya. «Sus, santos y santas, y bienaventurados de la córte celestial; id á la casa de la moneda, y dadnos en esta vida la felicidad que nos prometisteis en la otra.» Un católico sincero y desinteresado no podría decir que el hombre político que se vale de la doctrina de Cristo para autorizar y hacer triunfar sus ideas y su partido, se parece en extremo á este ciudadano?

Yo no sigo activamente ningun partido, no soy hombre político, como ahora se dice; mas si lo fuera, procuraria la realizacion de mis doctrinas, y el triunfo y ascension al poder de mi partido, no valiéndome para ello de la religion, sino sólo con la razon y el discurso que Dios naturalmente me hubiese dado; y no me atreveria á interpretar en mi favor, tal vez torcidamente, la doctrina de la Iglesia. Y aunque soy hombre de poca fé, y de menos virtud, pervertido y viciado, como otros muchos, por los malos libros de filosofia que ahora corren de mano en mano, deseo y espero que la fé vuelva á mi alma: mas no quiero que se funde en que la catedral de Búrgos es más linda que el Partenon, ni en que el cristianismo es progresista, y en que, siéndolo yo, debo ser cristiano, para seguir en armonía con el progreso: sino quiero que se funde en el amor mismo de Dios, y en el deseo de unirme á él, y en mi firme persuacion de que su providencia y su omnipotencia y su bondad son infinitas, y de que este mundo es finito, defectuoso y perecedero. «Volvi los ojos, dice San Agustín, á las otras cosas que están debajo de tí, Señor, Dios mio, y hallé que ni del todo son, ni del todo dejan de ser. Algo son por el ser que tú les diste, y no son, porque no son lo que tú eres.»

De este menosprecio del mundo, tan distante de lo que en el dia se entiende por progreso, están llenas las Escrituras Sagradas, y los libros de los Santos Padres: «Aquí no tenemos ciudad permanente, dice San Pablo; buscamos la que está por venir.» Y en otro lugar, explicándose de un modo mas claro, exclama:

«Porque muchos andan, de quienes otras veces os decía (y ahora tambien lo digo llorando), que son enemigos de la cruz de Cristo, y su fin es la perdicion, y su Dios el vientre, y su gloria para confusion de ellos que aman lo terreno. Mas nuestra morada está en el cielo, de donde tambien esperamos al Salvador Nuestro Señor Jesucristo, el cual reformará nuestro cuerpo abatido para hacerle conforme á su cuerpo glorioso, segun la operacion con que puede sujetar á sí las cosas todas.»

Yo no negaré, sin embargo, que, si prescindimos, aunque es mucho prescindir, de las diferentes calidades de la doctrina cristiana y de la moderna doctrina del progreso, espiritualista la una, y materialista la otra, ésta contando con una perfeccion y una felicidad ultramundanas, y aquella fingiéndose esa perfeccion y esa felicidad en esta vida, no concuerden y se armonicen ambas en la esperanza de una gran felicidad y de una gran perfeccion. Tertuliano, San Agustin y todos los Padres de la Iglesia han prometido esa felicidad y esa perfeccion á los justos: y San Gregorio de Nyssa ha llevado á tal extremo la magnitud de la promesa, y ha dilatado por tal arte, inflamado del amor divino, la infinita esperanza que agita las entrañas de la humanidad desde que se proclamó la Buena-Nueva, que muchos interpretan sus palabras en un sentido eterodoxo ó muy atrevidamente cuando menos. San Gregorio, dicen, no considera el mal sino como una negacion, como el no-ser, y espera que el mal tendrá fin con el fin de los tiempos. Ven tambien en la doctri-

na del Santo Padre un idealismo algo parecido al de Schelling, y suponen que Dios y el alma humana existen para él, y que lo demás no existe verdaderamente. Todos los fenómenos, las propiedades todas, toda la hermosura de la creacion, vendrán á parar al alma humana rica y completa con sus ideas, y guardándolo todo en sí. Entonces se acabará el mundo; entonces se enrollará el cielo como un libro, porque la sustancia material, la sustancia que no es inteligente ni inteligible, desprovista de los atributos, que no son, sino en cuanto por nosotros son percibidos, no puede menos de volver á la nada. Tal sera el último término de la educacion de la humanidad, y tal el fin del mundo. Entonces, dicen los que así interpretan al Santo Padre, fenecerá tambien toda malicia, y hasta los demonios se convertirán á Dios de nuevo.

Tomada esta doctriua en un sentido general y vago, es por excelencia la doctrina del progreso; progreso completísimo que termina en la aniquilacion del mal, y en la concentracion de todo lo creado en el alma humana, y del alma humana en Dios Señor Nuestro. Pero considerados los medios para llegar á este término, y aun distinguiendo bien el término mismo, se ha de confesar que no hay en el progreso cristiano nada de comun con el progreso que se proclama ahora. La nueva ciudad que buscan los progresistas está en la tierra, y la industria humana ha de levantar sus muros y sus alcázares. La nueva ciudad que busca San Pablo, es sobrenatural y *sobresensible*, y los ángeles, no los hombres, han de levantar sus alcázares y sus

muros. El juicio del hombre es el que ha de llevarnos al término del progreso moderno. El del progreso cristiano se cumplirá el día del juicio final, y Dios será quien juzgue. Lo más conveniente para el cumplimiento del progreso moderno es que el hombre viva en el mundo, y trabaje material ó intelectualmente en bien de la sociedad y del mundo en que vive. Lo más conveniente para el cumplimiento del progreso cristiano es la vida solitaria, contemplativa y penitente. «¿Por qué vives en el mundo, le dice San Gerónimo á Heliodoro; porque vives en el mundo, hermano mio, cuando eres mayor que el mundo entero? Mortifica tu carne, haz penitencia, abrázate con la pobreza, huye de los deleites, y cuando suene la trompeta y llegue el día del juicio, tú, que eres rústico é ignorante, te regocijarás, y te reirás de todos los sábios de la tierra, á quienes no valdrán los argumentos de Aristóteles: el necio de Platon y sus discípulos te inspirarán lástima.» También dice el mismo santo á Rústico, monje: «Nadie más dichoso que el cristiano á quien se le promete el reino de los cielos; nadie más trabajado, pues su vida pelagra de continuo; nadie más fuerte, pues vence al diablo; nadie más imbécil, pues que se separa de la carne.»

Estos sentimientos de San Gerónimo, que son asimismo los de todo cristiano en cuanto considera su doctrina como doctrina religiosa, en nada se oponen al progreso, aunque así lo pretendan los impíos. El fin que se propone el cristianismo con estos medios, es la perfeccion cristiana y la felicidad del cielo. El fin que

se propone el hombre de mundo, el cual, aunque no sea perfecto como el hombre espiritual, puede con todo salvarse por la gracia y la misericordia de Dios, es, ya que no la felicidad eterna, la mayor suma de bienes posibles en esta vida. No es extraño, por lo tanto, que sean los medios diferentes cuando lo son los fines. Así es que de la doctrina religiosa del cristianismo nacen inmediatamente tres sentimientos, opuestos en apariencia á los que favorecen la civilizacion, tal como se entiende ahora. Son estos sentimientos: 1.º El deseo del martirio que excluye la resistencia activa contra la tiranía: 2.º El anhelo de mortificar la carne, de vivir en la pobreza, y de tener en poco ó en nada los bienes de este mundo, lo cual es contrario al bienestar material; Y 3.º la propension á los milagros que se opondria al estudio de las ciencias, si no fuese por la consideracion que ya hemos apuntado, á saber: que el milagro, como todo medio cristiano, se dirige principalmente á un fin sobrenatural, y la ciencia á un fin naturalísimo. No es esto negar que las oraciones, las penitencias y las súplicas de personas espirituales y devotas impetren á veces la intercesion de los santos y el auxilio del cielo aun para producir milagrosamente bienes materiales como son dar salud á los enfermos, librar un pais de la pestilencia, y conceder á la patria gran prosperidad, tanto en las artes de la paz, como en las de la guerra. Sin duda que en este sentido las naciones cristianas llevan ventajas grandísimas á las que no lo son, ya que, á más de la universal providencia con que Dios mira y atiende á to-

das sus criaturas, pueden contar con una providencia especialísima y milagrosa. Por último, debe creerse también que, si el progreso de ahora es bueno, le apetecerán las personas espirituales, y apeteciéndole, pedirán á Dios que se cumpla, por donde acaso concurren eficazmente á su cumplimiento.

Concorre también al progreso de un modo natural (pero tan indeterminado, que todos los partidos extremos ó ningún partido social ó político puede sostener en esto sus doctrinas), la infinita esperanza que conmueve las entrañas de la humanidad desde que se anunció la Buena-Nueva. Esta esperanza, separada de su objeto condigno, y encaminada por una perversión, ó dígase mejor divergencia de sentimiento, hácia un fin mundanal, nos da ánimo y confianza, y es estímulo poderoso para realizar cualquiera progreso. Lo es asimismo el sentimiento cristiano de la importancia y dignidad del hombre, no porque éste sea príncipe, héroe ó sabio, sino porque es hombre tan solo. Mas este sentimiento está templado y casi neutralizado por la humildad cristiana y por la mansedumbre evangélica. Por eso si se olvidan estas virtudes, degenera el sentimiento de la propia importancia en el más monstruoso egoísmo. Del *magna enim quedam res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei*, que dijo San Agustín, venimos á caer en el *Homo sibi Deus* de los hegelianos novísimos. El progreso por donde hemos venido á caer en esta consecuencia, partiendo de la anterior premisa, se nota claramente en la historia. ¿Pero cómo atribuirle al cristianismo, cuando di-

mana del olvido de muchos de sus principios y de la incompleta inteligencia y exagerada aplicación de uno solo? ¿Cómo he de tener yo por consecuencia legítima del cristianismo, el orgullo caballeresco que esclamaba: *mis fueros, mis bríos; mis pragmáticas, mi voluntad*; ni las exigencias de la democracia que desconoce toda autoridad y rompe todo freno? Y sin embargo, hay quien atribuya todo esto al cristianismo. *El médico de su honra*, que se convierte en asesino para vengar su honor; Roque Queralt, que se hace bandolero por el mismo motivo, y Danton, que ordena las matanzas de setiembre para que triunfe la democracia, son tipos cristianos, según los que así discurren. La diferencia está en que, si es aristócrata el pensador neo-católico, defenderá al *Médico de su honra* y al valiente Roque, y condenará á Danton; y si es demócrata, viceversa. Ambos convendrán, sin embargo, en que son consecuencias del cristianismo el descontento y el hastío de tantos que de nada se hallan satisfechos, porque imaginan que se lo merecen todo, y que, faltos de fé para huir á los desiertos, se quedan en el mundo, insultándole de continuo y aburriendo á todos los vivientes con sus quejas y lamentaciones en verso y prosa. En suma, el personalismo monstruoso, plaga de nuestro siglo y singularmente de nuestra nación, se considera, por los que así discurren, como una consecuencia de la religión cristiana. Mas aunque no soy yo de los que menos se quejan, ni de los que menos descontentos están, ni de los que menos aprecio hacen de su persona, no por eso

me tengo por mas santo ni por mas *cristianizado*,

Hay en el cristianismo una ley moral, que es la ley del amor, y de esta ley dimanar infinitos bienes cuando se realiza en las instituciones. San Juan de Dios, San Vicente de Paul, las hermanas de la caridad y los misioneros, entre los cuales se han de tener á los jesuitas por los mas eminentes y gloriosos, no eran sin embargo progresistas. Pero nosotros no hablamos aquí de este punto, que ya hemos tocado en artículos anteriores. Nosotros hablamos del tercer modo de influencia del cristianismo, esto es, de la influencia que podemos llamar instintiva ó de mero sentimiento. Y así como hemos visto que el sentimiento religioso, y el de la propia dignidad é importancia, se pueden pervertir y se pervierten, vamos á ver ahora como esta ley de amor, fecunda en resultados benéficos y maravillosos cuando va unida á la fé, se pervierte y falsea considerada como instinto.

Del amor espiritual consagrado á la mujer han hecho grandes encomios los modernos apologistas, sin notar que el consagrarle á la mujer es una depravacion y una idolatria. La única excusa que tiene este elegante *fetichismo* es el dar por supuesto que se adora á la mujer como á un simbolo ó á una imágen. En Laura adoró Petrarca á lo bello ideal, y Dante en Beatriz á la ciencia divina: lo cual no impidió que ambos tuviesen otros mil amores al uso gentilico y profano. Solo Petrarca tuvo siete ú ocho hijos naturales, mientras andaba suspirando por Laura. Despues hemos imaginado desterrar completamente de nuestra sociedad á la

Venus antigua, saludable aunque de mala conducta; pero ha venido á reemplazarla otra Venus tísica y enteca, que no por eso tiene mejores costumbres, ni mas recato y compostura. De Aspasia hemos pasado á la *Dama de las camelias*. La escena se ha convertido en un hospital; la poesía lírica en los ayes de un cacoquimio calenturiento. ¿Cómo, pues, creen algunos que el cristianismo ha podido intervenir en tan abominable cambio?

Nace tambien instintivamente del sentimiento cristiano, segun estos extraños apologistas á que me refiero, un cierto linaje de lealtad anti-racional y desmedida, que si viene del cristianismo es por perversion, y no de otra manera. Sancho Ortiz mata por esta lealtad al hermano de su querida, y el conde Alarcos asesina á su noble y enamorada esposa. Tales son las hazañas que nos presentan como primores del arte cristiano.

Grandes, consoladoras, dulcisimas son las palabras que Nuestro Señor Jesucristo, al ir á espirar en la cruz, dijo al ladrón arrepentido que estaba á su lado: *En verdad te digo que pronto estarás conmigo en el cielo.* ¿Pero cómo he de creer yo consecuencia progresiva de estas palabras, que se confie cada cual en la misericordia de Dios, y que no atienda á la moral, confiando en ella? ¿Cómo he de aprobar, y llamar legitimo arte cristiano á los desafueros, infamias, insolencias y atrevimientos de los héroes facinerosos de *La Devocion de la Cruz* y de *El Condenado por desconfiado*? Los poetas que hicieron tales obras fueron eminenti-

simos: pero la tendencia es inmoral por todo extremo.

A todas estas cavilaciones peligrosas ha dado origen la singular manía de hacer del cristianismo algo parecido á la idea hegeliana, idea que se va desenvolviendo fatalmente en el seno de la humanidad y produciendo el progreso; idea que destruye la crítica histórica. En virtud de esta idea, no se atiende para reprobar ó aplaudir las acciones á la belleza moral de ellas, sino al fin social ó político á que van encaminadas; fin bueno ó malo, segun la opinion política ó social del que critica. En virtud de esta idea, y como deducion de la creencia en esta *unidad misteriosa del conjunto universal que se desarrolla eternamente*, la humanidad tiene que ser en cierto modo impecable é infalible. Religiones falsas ó verdaderas, leyes y costumbres y artes, todas estas cosas, si son reales, son buenas y legítimas, son otros tantos *momentos* del desarrollo de la idea. Si no desenvuelven la idea, no son reales sino vanas apariencias. Nada es real sino lo que realiza la idea ó está en ella latente antes de que se realice.

De la amalgama ó combinacion de la doctrina de Hegel con el cristianismo dimana el flamante progresismo cristiano. Veamos cómo éste discurre, poniendo algunos otros ejemplos. Para que del desenvolvimiento de la idea cristiano-hegeliana dimanen tambien una arquitectura, ha imaginado no se qué afinidad misteriosa entre el cristianismo y el estilo gótico. El que la escultura moderna no sea tan bella como la antigua, lo ha explicado igualmente de un modo satisfac-

torio, poniendo á salvo la susodicha doctrina del desenvolvimiento. Y en cuanto á la pintura, aún le ha sido más fácil la explicacion. En primer lugar, no ha hecho caso de la pintura cristiana, bizantina ó rusa, que es detestable, ni de la pintura de la edad media, que era bárbara, y sólo ha llamado pintura cristiana á la que empezó á florecer en la época del renacimiento con el estudio de lo antiguo; y en segundo lugar, como ni de Apeles, ni de Polignoto, ni de Timágoras, ni de tantos otros valientes artistas griegos se conoce obra alguna, hemos supuesto gratuitamente que son mejores las de los modernos. Así queda desmostrado que Nuestro Señor Jesucristo vino tambien al mundo á enseñarnos á pintar, aunque su enseñanza pictórica haya permanecido latente y en estado de incubacion por espacio de catorce ó quince siglos.

¿Habrà permanecido tambien latente y en estado de incubacion lo que se llama ahora *cristianismo social*, hasta que por los años de 1789 salió gloriosamente del seno de la revolucion francesa? ¿Habrà el cristianismo moral y religioso desenvuelto y preparado á las sociedades para que éstas saquen al fin á la luz del mundo ese otro cristianismo nuevo que ahora se proclama? Todavía tenemos que decir esta vez, aunque apuremos la paciencia de nuestros lectores, que es fuerza tocar esta cuestion en un artículo aparte.

IV.

De cuanto va dicho en estos artículos, á los cuales

simos: pero la tendencia es inmoral por todo extremo.

A todas estas cavilaciones peligrosas ha dado origen la singular manía de hacer del cristianismo algo parecido á la idea hegeliana, idea que se va desenvolviendo fatalmente en el seno de la humanidad y produciendo el progreso; idea que destruye la crítica histórica. En virtud de esta idea, no se atiende para reprobar ó aplaudir las acciones á la belleza moral de ellas, sino al fin social ó político á que van encaminadas; fin bueno ó malo, segun la opinion política ó social del que critica. En virtud de esta idea, y como deducion de la creencia en esta *unidad misteriosa del conjunto universal que se desarrolla eternamente*, la humanidad tiene que ser en cierto modo impecable é infalible. Religiones falsas ó verdaderas, leyes y costumbres y artes, todas estas cosas, si son reales, son buenas y legítimas, son otros tantos *momentos* del desarrollo de la idea. Si no desenvuelven la idea, no son reales sino vanas apariencias. Nada es real sino lo que realiza la idea ó está en ella latente antes de que se realice.

De la amalgama ó combinacion de la doctrina de Hegel con el cristianismo dimana el flamante progresismo cristiano. Veamos cómo éste discurre, poniendo algunos otros ejemplos. Para que del desenvolvimiento de la idea cristiano-hegeliana dimanen tambien una arquitectura, ha imaginado no se qué afinidad misteriosa entre el cristianismo y el estilo gótico. El que la escultura moderna no sea tan bella como la antigua, lo ha explicado igualmente de un modo satisfac-

torio, poniendo á salvo la susodicha doctrina del desenvolvimiento. Y en cuanto á la pintura, aún le ha sido más fácil la explicacion. En primer lugar, no ha hecho caso de la pintura cristiana, bizantina ó rusa, que es detestable, ni de la pintura de la edad media, que era bárbara, y sólo ha llamado pintura cristiana á la que empezó á florecer en la época del renacimiento con el estudio de lo antiguo; y en segundo lugar, como ni de Apeles, ni de Polignoto, ni de Timágoras, ni de tantos otros valientes artistas griegos se conoce obra alguna, hemos supuesto gratuitamente que son mejores las de los modernos. Así queda desmostrado que Nuestro Señor Jesucristo vino tambien al mundo á enseñarnos á pintar, aunque su enseñanza pictórica haya permanecido latente y en estado de incubacion por espacio de catorce ó quince siglos.

¿Habrà permanecido tambien latente y en estado de incubacion lo que se llama ahora *cristianismo social*, hasta que por los años de 1789 salió gloriosamente del seno de la revolucion francesa? ¿Habrà el cristianismo moral y religioso desenvuelto y preparado á las sociedades para que éstas saquen al fin á la luz del mundo ese otro cristianismo nuevo que ahora se proclama? Todavía tenemos que decir esta vez, aunque apuremos la paciencia de nuestros lectores, que es fuerza tocar esta cuestion en un artículo aparte.

IV.

De cuanto va dicho en estos artículos, á los cuales

ha dado motivo el elegantísimo y elocuentísimo del Sr. Castelar, publicado en *La Discusion* del 24 del último diciembre, no puede ni debe deducirse que el cristianismo no haya renovado el mundo, que no haya transformado y mejorado la sociedad, que no haya hecho del matrimonio un sacramento, que no haya declarado hermanos á todos los hombres, y que no haya consagrado como virtudes la fé, la caridad y la esperanza. Ni yo niego ni ignoro todo esto, porque ni niego ni ignoro el catecismo. Lo que ignoro ó niego es que el cristianismo, en el sentido estricto y determinado de la palabra, sea una doctrina política y social. Si esto concediera yo, y si esto entendiera, me haría inmediatamente defensor de la teocracia. De otro modo procedería con poca lógica. Pero justamente porque el cristianismo es doctrina moral y religiosa, y no lo es social y política, se ha establecido la division de los poderes espiritual y temporal que el Sr. Castelar menciona en su artículo, aunque para el Sr. Castelar es prueba contraproducente. Bueno será advertir, sin embargo, que aún están confundidos ambos poderes, espiritual y temporal, en no pocos Estados cristianos; y que donde el poder espiritual gobierna temporalmente, están los pueblos muy mal gobernados; y que donde el poder temporal se atribuye el gobierno de la Iglesia, la Iglesia está muy poco floreciente en ciencia y en virtudes. Así acontece en el imperio ruso, donde preside al santo sínodo permanentemente un general de caballería.

Nueva demostracion de lo que dejamos expuesto

es que, si bien se dice que hay política cristiana, y hasta se puede decir que hay asimismo economía social cristiana, esto se entiende sólo porque los autores, que de tales ciencias escribieron, eran cristianos y procuraron no apartarse de la verdad católica y de la moral de Nuestro Señor Jesucristo, y no porque dichas ciencias dimanasen legítima é inmediatamente de aquella moral y de aquel dogma. Por lo cual puede darse una política ó una economía que, siendo cristiana, sea falsa; y, por el contrario, una política ó una economía que sea verdadera, al menos en los pormenores de aplicacion, aunque no sea cristiana, por no serlo el sábio que la escribió y dispuso. Donoso-Cortés, De Maistre y Bonald son cristianos, aunque absolutistas: cristianos, aunque liberales, son ó han sido Gioberti, Rosmini y el P. Ventura; y cristianos, aunque socialistas, fueron Campanella y Tomás Moro, en *La Ciudad del Sol* y *La Utopía*. No por eso el cristianismo santifica y sostiene todas estas opuestas doctrinas y formas políticas y sociales. El cristianismo está por cima de ellas, y todas caben holgadamente dentro del cristianismo, siempre que guarden y cumplan los preceptos morales y religiosos. No tiene fuerza, por consiguiente, el argumento del señor Castelar de que *el cristianismo no puede ser de peor condicion que todas las religiones antiguas, las cuales han engendrado su forma política y social*. Precisamente por ser las religiones antiguas de peor condicion, engendraban en apariencia esa forma. Mas no era la forma la que se ajustaba, y entraba, y se inscribía

en aquellas religiones falsas y de mera invencion humana, sino las religiones las que se amoldaban y vaciaban en la forma social y política. No eran Mitras, ni Jupiter Capitolino los que hacian al hombre á su imágen y semejanza, sino el hombre el que hacia á su imágen y semejanza á los dioses. No era este *antropomorfismo* exterior solamente, sino íntimo y profundo. No era el dios de las religiones falsas el que se ponía por modelo á la humanidad, sino la humanidad la que se *objetivaba* y transfiguraba, y se ponía por modelo de sí propia, con todos sus vicios, aspiraciones y virtudes idealizados. De esto nacía que al adelantar, ó al transformarse, ó al perecer una civilización, ó la religion perecía, ó adelantaba y se trasformaba con ella; mas el cristianismo permanece inmutable, aunque se transforme la civilización, y la sociedad progresa ó muera.

A más de lo mudable y progresivo, había tambien en las religiones antiguas, y esto no puede negarse, ciertos principios permanentes y eternos, tal vez hallados con la sola luz de la razon natural, ó más bien restos de la revelacion primitiva. Pero estos principios eran idénticos donde quiera que existían, y en manera alguna condenaban ni favorecían la forma política y social de cada pueblo; ántes bien, eran lazo de union y fundamento de la moral entre todos. Por eso dijo Ciceron *que quitada la piedad para con los dioses, se quita la fidelidad y la conjuncion del género humano, y la excelentísima virtud de la justicia*. Platon, Jenofonte, Isócrates y otra multitud de autores genti-

les han dicho lo propio, conviniendo la mayor parte de ellos en la unidad de Dios, y sintiendo tan alta y dignamente de la Providencia divina, que se puede decir con Minucio Félix, que en este punto, *aut christiani nunc esse philosophos, aut philosophos fuisse jam tunc christianos*. « Dios es uno, dice Pitágoras: y no existe, como algunos creen, fuera del mundo, sino dentro del mundo todo, en todo el círculo, observando todas las generaciones. Dios es el motor de todos los siglos, el autor de sus prodigios y de sus obras, el principio de todas las cosas, la luz del cielo, el padre, la mente, el alma del universo, el movimiento de todas las esferas. »

Estas y otras semejantes doctrinas eran, aunque religiosas, propias de los filósofos. La religion, por el contrario, era política. Cada tribu ó casta tuvo en el principio su Dios. Se reunieron las tribus para formar la ciudad, y se reunieron los dioses de las tribus. Se reunieron muchas ciudades para formar un grande imperio, y en el panteon imperial se reunieron asimismo los dioses de todas las ciudades. El Dios desconocido estaba por cima de todos estos dioses *políticos*. Era el Dios *humano*, entónces solamente adorado de los sábios.

Las religiones antiguas eran profundamente políticas; eran la esencia del ser de cada pueblo. Lo último que abandonaba á un pueblo eran sus dioses. El pueblo conquistador adoptaba los dioses del conquistado. La religion sostenía de esta suerte las repúblicas; pero impedía el progreso de la humanidad, ha-

ciéndose política, é *informándose*, por decirlo así, en la constitucion íntima del Estado. Para dilatar, para adelantar, para mejorar esta constitucion, era menester, por consiguiente, ponerse en lucha abierta con los dioses. Era menester cambiar los dioses ántes de cambiarla. Por esta oposicion *divina* era más lento el progreso en las sociales antiguas. Por esta oposicion *divina* el progreso se realizaba en las esferas de la especulacion, y no en lo práctico de la vida y de las instituciones, que la religion habia invadido y petrificado. Pero vino el cristianismo, que no es doctrina política ni social, y fué por lo mismo, y es, y será, si no causa, ocasion de progreso. En todo aquello que como doctrina moral y religiosa consagró y reveló el cristianismo no cabe ya progreso alguno; pero en lo que no consagró ni reveló, se ejerce y seguirá ejerciéndose la ingenuidad humana, sin temor de luchar con Dios, que no se opone, como los dioses, á su progreso, aunque tambien sin invocar su nombre para autorizar un progreso, que acaso no lo sea.

De aqui puede deducir fácilmente el Sr. Castelar que convenimos con él en que Symmaco, como patriota, tenia razon en volver á levantar los altares de las divinidades falsas. La sociedad antigua, que él queria conservar, estaba fundada sobre aquellos altares. Pero tambien habrá de convenir el Sr. Castelar en que soy yo más liberal y más progresista que los liberales y progresistas neocatólicos: porque no colocando yo ni fundando la sociedad moderna sobre los altares de nuestra religion verdadera, les dejo libre

el campo para que la cambien, trastruequen ó renueven, sin ponerlos en oposicion con Dios, á no ser que falten á la moral cristiana, ó desconozcan la verdad católica, lo cual no es de temer del Sr. Castelar, que es tan piadoso y honrado. Pero de decir yo: cambiad la sociedad, que si es conveniente el cambio, yo le aprobaré y aplaudiré; á decir: cambiadla, porque el cristianismo quiere estos cambios, los manda, y no se realiza de otro modo, hay una notabilísima y gravísima diferencia, que es la que espero haber hecho notar á mis lectores.

Antes de pasar adelante, debo advertir aquí que Symmaco tuvo tambien otro motivo ó pretexto para restablecer el culto de sus falsos dioses, y era que, creyéndolos, ó fingiendo que los creia verdaderos, reconocia su particular providencia. *Di multa neglecti, dice, dederunt Hesperiae mala luctuosa.* En lo cual el Sr. Castelar y yo, como buenos cristianos, y tratándose de nuestra santa religion, hemos de estar más que de acuerdo con aquel ilustre patricio, sin que altere en lo más mínimo el estado de nuestra cuestion la creencia que ambos tenemos de que conviene dar culto á la divinidad para hacérsela propicia.

Hay otro punto y otro texto que cita tambien el Sr. Castelar en contra mia; pero que bien examinados no se oponen en manera alguna á cuanto llevo expuesto; antes lo afirman. «El dogma, dice el Sr. Castelar, en cuanto divino, es eterno, en cuanto eterno absoluto: en cuanto absoluto, no admite progreso. Tal es el sentir de la Iglesia. Pero el dogma, *al sujetarse á las*

»condiciones históricas de todas las ideas, al ser mejor comprendido en un siglo que en otro, se puede asegurar que en cierto sentido, sin embargo, progresa. »No soy yo quien dice esto; lo dice Bossuet, á quien el mundo ha llamado el último Padre de la Iglesia. »Por ser constante y eterna la verdad católica, dice, no »deja de tener tambien su progreso, que es conocida en »un lugar más que en otro; en un tiempo más que en »otro; más clara, más distinta, más universalmente, » Pero el Sr. Castelar no notó que el dogma, hablando severa y lógicamente, no puede ni debe someterse á las condiciones históricas de todas las ideas. Llamemos si se quiere *idea* al dogma; pero llamémosle *idea excepcional*. La razon es la primera que decide y debe decidir soberanamente de todas las ideas. Para decidir acerca del dogma está siempre la autoridad muy por cima de la razon. *In reliquis disciplinis omnibus primum locum ratio teneat, postremum auctoritas; theologia tamen una est, in qua non tam rationis in disputando, quam auctoritatis momenta quærenda sunt*, como dice Melchor Cano.

Esto no obsta con todo para que en la teología, por lo que esta ciencia tiene de humano, que es el discurso de que nos valem para aprenderla, haya ó pueda haber progreso; mas tambien hay decadencia, y más que decadencia extravío, siempre que la razon, alzándose del humilde lugar que le corresponde, desconoce las siete autoridades que estan por cima de ella. No ha de concederse, por lo tanto, que la teología pueda equipararse á las demás disciplinas, ni que

progrese á la manera que pueden progresar las demás. Creemos tambien que las palabras de Bossuet deben entenderse en este sentido, ó bien debe entenderse, que si la verdad católica es una y eterna, Dios puede dar su gracia y su luz sobrenatural á éste ó aquel individuo, á ésta ó á estotra nacion, ahora ó ántes ó despues, para que más clara, más distinta, más universalmente, conozcan lo que tuvo á bien revelarnos. Lo cual seria absurdo que lo sujetasen los modernos filósofos á una ley progresiva.

Tambien se diferencia la ciencia teológica de las otras en que es más trascendental y espantoso el extraviarse en ella, que el extraviarse en cualquier otra ciencia ó disciplina. Nada peor que la corrupcion de lo excelente. Nada más terrible que la herejía y los herejes. De ellos dice el apóstol San Juan: *Anti christi facti sunt, ex nobis exierunt, sed non erant ex nobis; nam si fuissent ex nobis, mansissent utique nobiscum*. Los herejes no son, por lo tanto, cristianos, y ántes bien deben llamarse anticristianos. Y así, no es temerario asegurar que los herejes han retardado ó extraviado en todos los siglos la marcha de la civilizacion. Los herejes concurren tanto ó más que los bárbaros á la caída de la civilizacion antigua y del imperio ya cristianizado. Los herejes, tanto ó más que los bárbaros, hicieron horrible y espantosa aquella época. Los herejes llamaron en su auxilio á los bárbaros, y como los donatistas en Africa, y los arrianos en muchas partes de Europa, les entregaron y vendieron las más civilizadas y florecientes regiones. Por

lo demás, ¿ que bárbaros más feroces podía haber que los que tenían por doctrina el asesinar gritando: *alabado sea Dios*: que bárbaros más bestiales que los que se mutilaban, ó forzaban á los demás hombres á que los matasen: que bárbaros más estúpidos que los que nada comían sin remordimiento; ni que bárbaros más obscenos que los que se reunían en conciliábulos secretos para entregarse á los más alicuosos deleites, y vencer la carne por tan extraña manera?

Es necesario, pues, una autoridad permanente é infalible para evitar ó condenar tales errores, y esta autoridad es la santa Iglesia católica, apostólica, romana.

La libertad civil y política, y la más adelantada civilización, no bastan á contrarestar estas doctrinas que llevan á los hombres á la demencia; ni la escasez de luces, y el yugo poderoso y enérgico de la autoridad temporal, bastan á extinguirlas.

En uno de los pueblos más libres é inteligentes del mundo, y en el pueblo más atrasado y sumiso de Europa, se dan igualmente, y se renuevan y retoñan las absurdas herejías de que acabamos de hablar al presente. Nadie ignora los delirios é inmoralidad de los *mormones* y de los *perfeccionistas* en los Estados-Unidos; y cuantos han estado en Rusia algún tiempo saben lo trabajado que está aquel imperio por las sectas más monstruosas. Allí los *flagelantes*, que después de azotarse, caen rendidos y se revuelven promiscua-

mente, cometiendo lo que llaman el *pecado de la caída*. Allí los que adoran á un hermoso jóven desnudo á quien llaman *verbo divino*. Allí los que imitan á Orígenes, y forman congregación de millares de hombres como los antiguos *valesianos*. Allí los que renuncian al noble don de la palabra, y no hay quien logre hacerlos hablar, ni aún en medio de los más rudos tormentos. Allí, en fin, otras muchas sectas no ménos feroces, ridículas ó gróseras. Si todo esto concurre á la civilización y al progreso, menester es una inteligencia muy sutil é ingeniosa para explicar como concurre.

La que si concurre verdadera y eficazmente es la santa Iglesia católica, apostólica, romana, dentro de la cual reducimos y limitamos lo que hasta ahora hemos llamado vagamente cristianismo; pero esta autoridad concurre al progreso, no dando reglas infalibles sobre lo político y social, sino atendiendo á que el dogma no se corrompa, y á que las costumbres no se relajen, y en lo demás dejando libre al ingenio humano para que descubra, averigüe, invente, mejore y perfeccione cuanto pueda y quiera.

Sobre estos puntos de la moral y de la fe debe velar y tiene jurisdicción la Iglesia. Contra ella no prevalecerán las puertas del infierno, y con ella estará el Espíritu Santo hasta la consumación de los siglos. Pero en cuanto al poder político que la Iglesia se atribuyó y tuvo en otro tiempo, y que aún en el día puede atribuirse, ni el Espíritu Santo la ilumina, ni es infalible la Iglesia. En la edad media los Papas,

los prelados y el clero eran los más sábios, no sólo en las cosas espirituales, sino en las temporales también, y por eso fué entonces legítimo y provechoso su poder político. En el día tal vez no lo sea, y tal vez por eso todos los liberales y progresistas aborrezcan la teocracia. Mas no porque hayamos despojado á la Iglesia de su poder temporal, hemos de despojarla asimismo del espiritual, y, manejándole á nuestro antojo, servirnos de él para nuestros fines temporales. Esta sería entre todas las herejías la más espantosa. Sería imaginar que nos lleváramos al Espíritu Santo á los clubs y á las redacciones de los periódicos. Y no porque mucha parte del clero trate de conservar aún antiguos privilegios y su influencia ó poder político, sirviéndose malamente de la religion para conservarlos; ni porque muchos legos y seglares, aconsejados, más por el propio interes, que por la piedad, traten de apoyar en la religion el absolutismo y mil rancios abusos, podemos nosotros tener excusa ó motivo, para apoyar en la religion, como por via de represalias, nuestras opiniones democráticas, malas ó buenas, y el progreso, tal como nos plazca entenderle. A mi vez es tan de lamentar el que haya neo-católicos teocráticos y absolutistas, como el que los haya demócratas, hegelianos y humanitarios.

Por estas consideraciones, y reconociendo yo en el señor Castelar un entendimiento elevado, buena fé, entusiasmo sincero, no comun erudicion, y, en suma, las buenas prendas todas que constituyen á un orador eminente; y temiendo al propio tiempo que caiga en

el deplorable error del neo-catolicismo democrático, he escrito estos artículos que, si algun mérito tienen, es la sinceridad y recta intencion, y el afecto con que están escritos hácia la persona que ha sido ocasion de ellos. Yo no repugno que el Sr. Castelar sea demócrata, liberal, progresista y católico ferviente, todo á la vez: ántes lo aplaudo y me complazco en ello. Lo que si repugno es que haga ó propenda á hacer una síntesis ó combinacion peligrosa de todas estas doctrinas, sosteniéndolas todas, ó haciéndolas dimanar de la santa doctrina de Nuestro Señor Jesucristo. Lo que si repugno es que el Sr. Castelar pueda ser tenido por discípulo de Lamennais, de Huet, de Bordas-Desmoullins, de Bouchez ó de Mazzini. Estos son los más famosos apóstoles de lo que apellidan ahora cristianismo ó catolicismo social y humanitario, y que yo nombro, y toda persona juiciosa nombrará conmigo, la más temerosa y disolvente de las herejías. Mazzini fué quien acabó de dar á esta doctrina una forma popular y completa. Tanto él, como Bouchez, habían ya borrado de las tres palabras de la bandera republicana, *libertad, igualdad y fraternidad*, la palabra libertad, sustituyéndola con la palabra *devocion*, que se avenia más con el espíritu cristiano y con las miras políticas de ambos. Por último, en 1850, cuando ya la revolucion habia sido vencida, escribió Mazzini un maravilloso discurso para confortar á sus correligionarios, y en él, con elocuencia y fuego dignos de mejor causa, expone las doctrinas del cristianismo humanitario. Hé aquí un párrafo de este discurso, y dígame en qué se

parece esto al verdadero cristianismo que hemos profesado hasta ahora.

«Hemos caído como partido político, volvámonos á levantar como partido religioso. El elemento religioso es universal é indestructible; está en todo, y en todas partes; generaliza y enlaza, y toda gran revolución lleva su sello. El elemento religioso brilla en el comienzo ó en el fin de toda revolución, y bendice sus primeros movimientos, ó santifica sus últimos resultados. De él nace la asociación; de él la síntesis que la formula; de él el mundo, que no puede regenerarse sino por la síntesis. Iniciadores de un nuevo mundo, sepamos comprender sus destinos. En ellos está escrita nuestra misión; misión grande y hermosa: grande como el mundo, hermosa como la verdad. Porque debemos construir la unidad moral; porque debemos fundar el catolicismo humanitario. Vamos á descubrirlos con la santa promesa de Cristo en la mano. Busquemos el nuevo evangelio, del cual, poco tiempo ántes de morir, nos legó Cristo la inmortal esperanza, el nuevo evangelio, desarrollo del primero, que no es sino el gérmen primitivo, como el hombre es el gérmen de la humanidad. Saludemos con Lessing ese porvenir inmenso, cuya palanca partirá de su punto de apoyo, la pátria, para conmover el mundo, que es su término; época gigante en la cual el eje del universo terrestre irá de Dios hasta la humanidad. Por el camino que cincuenta generaciones de mártires han sembrado con sus santos cadáveres, mártires nosotros, y prontos á morir como ellos,

»marchemos hácia el pacto de los pueblos, que formularán los pueblos mismos cuando llegue la hora de Dios, cuando todos acudan á confirmar de común acuerdo su obra en lo pasado, su misión en el porvenir, la función que cada uno de ellos representa en la asociación general, un Dios para todos, una ley para todos. Trabajemos para sentar los cimientos de este pacto, manifestación sublime del espíritu religioso; trabajemos en apresurar el instante decisivo del levantamiento de los pueblos: entónces la revolución convocará la convención grande, verdadero concilio general, cuyo primer acto será un acto de fé. Seamos, pues, hombres de fé. Sea nuestra guerra una santa cruzada. Resplandezca Dios sobre nuestra bandera, como resplandece sobre nuestros destinos. Reanudemos nuestras síntesis parciales á la gran síntesis; que por cima de todas las ruinas del mundo antiguo se levante un terreno sagrado sobre el cual puedan los pueblos quemar el incienso de la reconciliación; y si alguno se atreve á preguntarnos: *¿De dónde venís? ¿En nombre de quién predicáis?* sepamos contestarle: *Venimos en nombre de Dios y de la humanidad.*»

¿Quién más que yo, que soy entusiasta y algo poeta, podrá admirarse de este discurso como obra del arte? ¿Quién como yo, si hiciese abstracción del fin, que es diabólico, calificaría con más sinceridad esa elocuencia de divina? Pero ¿quién, por entusiasta que sea, podrá unimismar la doctrina de Mazzini con la del verdadero catolicismo? ¿Quién no vé en Mazzini

á un espantoso pseudo-profeta? ¿Quién no conoce su perversa intencion de prestar á las pasiones políticas todo el encono, todo el fanatismo, toda la acritud irreconciliable (á pesar de la reconciliacion que nos ofrece sobre las ruinas), y toda la fiereza maniaca de las pasiones religiosas? ¿Cómo, pues, no he de censurar yo, que tan alto aprecio hago del Sr. Castelar, que se incline un poco hácia las doctrinas de Mazzini? Sea el Sr. Castelar verdadero católico, y sea demócrata racional y no místico, y entónces le aplaudiré y le celebraré por católico y por demócrata al mismo tiempo. De todos modos, y á pesar del atrevimiento con que me he adelantado á censurarlo, bien sabe el Sr. Castelar que soy uno de sus muchos admiradores y mejores amigos.

DEL ROMANTICISMO EN ESPAÑA

Y DE ESPRONCEDA.

I.

Estudios de erudicion no falta hoy quien los haga en España, sobre cosas de España; pero mientras que la historia y la literatura nacional se cultivan con buen éxito, aun se nota entre nosotros, fuerza es decirlo, un lastimoso y muy notable atraso en otras ciencias y doctrinas. Nuestros sabios y nuestros periodistas apenas hacen más que imitar, copiar y traducir las ideas de los libros franceses; y alimentados y criados en la leccion y consideracion de estos libros, toman, sin querer, hasta su lenguaje, desvirtuando la hermosura y empañando el esplendor del nuestro. Y no queremos dar á entender que no haya en España profundos economistas, matemáticos sutiles y entendidos, médicos doctos, y políticos de altas miras y despejado ingenio; sino que aun no tenemos autonomia y movimiento propio: esto es, una política espa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

á un espantoso pseudo-profeta? ¿Quién no conoce su perversa intencion de prestar á las pasiones políticas todo el encono, todo el fanatismo, toda la acritud irreconciliable (á pesar de la reconciliacion que nos ofrece sobre las ruinas), y toda la fiereza maniaca de las pasiones religiosas? ¿Cómo, pues, no he de censurar yo, que tan alto aprecio hago del Sr. Castelar, que se incline un poco hácia las doctrinas de Mazzini? Sea el Sr. Castelar verdadero católico, y sea demócrata racional y no místico, y entónces le aplaudiré y le celebraré por católico y por demócrata al mismo tiempo. De todos modos, y á pesar del atrevimiento con que me he adelantado á censurarlo, bien sabe el Sr. Castelar que soy uno de sus muchos admiradores y mejores amigos.

DEL ROMANTICISMO EN ESPAÑA

Y DE ESPRONCEDA.

I.

Estudios de erudicion no falta hoy quien los haga en España, sobre cosas de España; pero mientras que la historia y la literatura nacional se cultivan con buen éxito, aun se nota entre nosotros, fuerza es decirlo, un lastimoso y muy notable atraso en otras ciencias y doctrinas. Nuestros sabios y nuestros periodistas apenas hacen más que imitar, copiar y traducir las ideas de los libros franceses; y alimentados y criados en la leccion y consideracion de estos libros, toman, sin querer, hasta su lenguaje, desvirtuando la hermosura y empañando el esplendor del nuestro. Y no queremos dar á entender que no haya en España profundos economistas, matemáticos sutiles y entendidos, médicos doctos, y políticos de altas miras y despejado ingenio; sino que aun no tenemos autonomia y movimiento propio: esto es, una política espa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ñola, una escuela filosófica española, un sistema científico cualquiera que se pueda llamar nacido en España. Solos dos hombres gloriosos, muertos por desgracia temprano, y de cuya fama *adhuc sub iudice lis est* (porque acaso la envidia sea como el amor, mas fuerte que la muerte); solo dos hombres gloriosos, Valdegamas y Balmes, han intentado dogmatizar sin apoyarse servilmente en una autoridad extranjera. Sus libros han recorrido en triunfo la Europa. Lo que por sí solo probaria, aunque no hubiese otras pruebas, que ni de la inspiracion filosófica, ni de la inteligencia de los asuntos elevados, ni de la voluntad perseverante y firme en la meditacion, carecemos los españoles; y que aquella esterilidad ó pereza nuestra, de que ya nos acusaba Scaligero, diciendo *aliqui Lusitani docti, pauci Hispani*, proviene de otras causas; las mismas sin duda que dan origen á nuestro atraso en la industria, en el comercio y en la agricultura; atraso que más que ninguna otra cosa, por ser tan grosero y materialista el siglo en que vivimos, nos echan en cara las naciones extrañas, sin considerar que aun somos ricos de más perfecta riqueza; la cual, aunque ofuscada y oculta, todavía está en nosotros, y ha de salir con el tiempo á dar luz y brillo. Porque á pesar de las discordias civiles y de las malas pasiones que han tomado cuerpo y vigor entre los que tratan de gobernarnos, la antigua virtud renace, y las aspiraciones sublimes se despiertan; y ya que no puedan realizarse en el mundo, adquieren forma y vida fantástica en la poesía.

Por eso hay una poesía española y poetas españoles con ser propio y no hijos de los extranjeros, como el filósofo español, que es hijo de Kant ó de Cousin, y el economista español que nos traduce y copia á Say ó á Bastiat. Sabido es que en las ciencias no se puede, como en poesía, fantasear ni inventar continuamente; pero tambien sabemos que, cuando no se hace sino repetir, casi no hay objeto ni motivo para escribir libros, en que solo la frase, si acaso, sea nueva. Y en muchas ciencias y doctrinas, repito, que no somos en el dia sino meros imitadores y copistas. Lo contrario sucede en la poesía; porque despues de haber dejado, por una feliz revolucion literaria, la senda fatal de imitacion de los clásicos franceses, y despues de haber renegado del Apolo de peluquin con polvos que tenia por Dios, volvió á tomar en el romance y en el drama sus antiguas y originales formas, y dió frutos sabrosísimos y preciosos.

El romance es nuestra poesía indigena, nacida entre nosotros, sin que nada le deba á la poesía griega, ni á la latina, ni á la italiana, ni á la francesa, que sucesiva ó simultáneamente han imitado, y siguen imitando los poetas académicos. Y del romance, de esa poesía popular, ha nacido nuestro teatro, el más rico, el más vario y el más sublime del mundo. ®

El romance es nuestra poesía, ó por lo menos el germen de nuestra verdadera poesía: y cuando esta decae y no muere, es porque en el romance se conserva viva, y el vulgo la sigue cantando en las ciudades, y los rústicos en las aldeas y despoblados; y ya

la cantan en coplas, ya en jácaras, ya relatando historias tan picantes como la de Gerineldos, ó tan tiernas y delicadas como la de aquella condesa que va peregrinando en busca de su esposo. Lo que Iriarte decia irónicamente al oír cantar al ciego, *aun hay en España poesía*, yo lo hubiera dicho de buena fé, si hubiese vivido en su tiempo. En los de decadencia y mal gusto se ve á los poetas olvidar sus extravagancias y ser grandes ó por lo menos ingeniosos, cuando escriben romances ó cosa parecida. Góngora, prevaricador del buen gusto, detestable en las *Soledades* y en el *Poli-femo* y mediano poeta en sus canciones endecasílabas, como por ejemplo, en la de la Armada invencible, es discretísimo, ameno, amoroso y divertido en los romances.

Los españoles ha tiempo que no somos devotos de la docta antigüedad. Poco nos ha molestado y corrompido el gusano roedor del abate Gaume. Saber griego entre nosotros era un prodigio, y saber latin punto menos, pues el poco que se aprendía en las escuelas se procuraba olvidar en seguida. Hay, sin embargo, regulares traducciones de algunos clásicos; pero nadie las lee, ó ya porque están hechas por eruditos las más, y poquísimas por poetas, ó ya porque al pueblo no le divierten los griegos y los romanos. A los españoles, á pesar de las sátiras, de los preceptos, y de los ejemplos de don Leandro Moratin, nos han gustado y nos gustan más las comedias de capa y espada que las de Terencio y Moliere; y los romances y las coplas más que las odas. Añádanse á esto las

frialdades insulsas de Venus y de Cupidillo, que de la corta inteligencia de los clásicos, y del vano deseo de imitarlos, sacaban nuestros poetas académicos, la compresion intelectual en que viviamos y la pobre y rastrera filosofía francesa del siglo pasado, que los liberales oponian al fanatismo de los frailes y al despotismo del gobierno, y se comprenderá la situacion de ánimo en que nos sorprendieron de consuno la muerte del rey, la guerra civil, la vuelta de los emigrados, la nueva aurora de libertad, la revolucion política, y la literaria del romanticismo. Las ideas tomaron nuevo giro; se pudo hablar y escribir; se entendió mejor lo que pasaba en el mundo y el adelanto de las otras naciones; deseamos alcanzarlas en su movimiento progresivo, y en literatura pensamos abrir nueva senda más original y más ancha. La secta de los románticos, que vino de Francia, como vienen todas las modas, se amoldó perfectamente á nuestras inclinaciones y carácter, y se hizo tan española como si hubiera nacido en España; porque si la palabra romanticismo quiere decir algo, no hay pais más romántico que el nuestro. Con todo, el romanticismo tuvo al principio mucho de ridículo, de pueril y de exajerado; y á pesar de los grandes poetas que siguieron la nueva secta, hicieron de ella los clásicos mil burlas merecidas. Pero de la misma contienda nació poco á poco una filosofía del arte más perfecta y comprensiva; las distinciones desaparecieron, y se llegó á entender que de lo bello y de lo feo, de lo ingenioso y de lo rudo, es de lo que se debe ocupar

el crítico, para admirarse de lo que naturalmente es hermoso, y desechar y condenar lo que, por moda ó convención, suele, en un momento dado, parecer bello al vulgo.

El romanticismo, por lo tanto, no se ha de considerar, hoy día, como secta militante, sino como cosa pasada, y perteneciente á la historia. El romanticismo ha sido una revolución, y solo los efectos de ella podían ser estables. Entre nosotros vino á libertar á los poetas del yugo ridículo de los preceptistas franceses y á separarlos de la imitación superficial y mal entendida de los clásicos; y lo consiguió. Las demás ideas y principios del romanticismo, fueron exageraciones revolucionarias que pasaron con la revolución, y de las cuales, aun durante la revolución misma, se salvaron los hombres de buen gusto.

El romanticismo que veinte años há apareció, ó si se quiere, resucitó entre nosotros, había aparecido en Alemania durante las guerras contra Napoleón, no solo como secta literaria, sino como doctrina filosófica y patriótica, que sacaba la edad media de su sepulcro y que armaba á sus guerreros católicos contra el pagano emperador de Francia. Nosotros, que no teníamos necesidad de evocar espectros para luchar con Napoleón, y que conservábamos vivas en el alma las ideas patrióticas, conservamos asimismo, en medio de aquel levantamiento contra los franceses, un respeto ciego por sus preceptos literarios, y hasta un amor decidido y un anhelo particular de seguir en todo sus ideas filosóficas. Así es que Quintana, el gran

poeta lírico, es el poeta más pagano que ha habido en España; y aunque por el sentimiento es sublime, las ideas que populariza son las más vulgares de la filosofía francesa del siglo pasado.

Cuando por medio de los franceses, y con las obras de Chateaubriand, Víctor Hugo y Mme. Stael, llegó á nosotros el romanticismo, llegó combinado con tan nuevas ideas, que los dos Schlegel que le proclamaron en Alemania, no le hubieran ya reconocido. Los franceses le habían añadido mucho de su propia cosecha, y habían tomado por romántico cuanto era alemán, aunque no fuese romántico, ni por tal pasase en Alemania. Nosotros hicimos lo mismo; y, como los franceses, añadimos á estos elementos del romanticismo, no solo cuanto nos pareció romántico en nuestro propio país, que no fué poco, sino otro romanticismo venido de un país diferente, y que por sí solo imprimió un carácter singular á la nueva literatura. Hablo de las obras de lord Byron, ingenio poderoso y originalísimo: y de las de Walter Scott, no ménos original, aunque no tan grande. Nos pintaba el primero las cosas presentes con el hastío de la vida, las tinieblas de la duda, los ayes de la desesperación ó la risa del sarcasmo, y Walter Scott las cosas pasadas con una verdadera y maravillosa segunda vista, y con los colores más brillantes y poéticos, aunque con una prolijidad á veces enojosa.

Los trastornos y revueltas porque hemos pasado, y lo extraordinario y nuevo de muchas cosas presentes, han despertado en los hombres gran vigor y agu-

deza de comprensión para las remotas, así en el tiempo como en el espacio; y de aquí nace (á par de las relaciones de viaje y de las historias *ad narandum non ad probandum*, en las cuales no se omite menudencia alguna por microscópica que sea), ese amor y cuidado con que se procura conservar en el día, en toda obra de arte, lo que llaman color local. Verdad es que este color suele ser falso; y en tratándose de la edad media, lúgubre en demasia. Muchos poetas góticos huelen á cementerio; y lo que es más, tienen una extraña predilección por lo deforme y por lo feo ideal. Afirman algunos impíos alemanes que esto proviene de que el cristianismo les diabolizó la naturaleza, que ellos habia divinizado; pero si verdaderamente la divinizaron, cuando eran gentiles, fué tan sin ninguna gentileza y con tanta barbarie, que á poca costa se les volvian diablos los dioses, aunque ántes no lo fuesen. No así Venus, Apolo, Minerva, las Musas y las Gracias. Nunca el cristianismo los ha convertido seriamente en diablos; y si han dejado de ser dioses, continúan siendo ficciones divinas. Goethe, príncipe de los poetas de este siglo; Goethe, á quien los románticos españoles y franceses pusieron entre sus maestros, y que en el sentido estricto de la palabra, no puede pasar por romántico, fué pagano, pero del paganismo griego, y no del alemán. Este egregio poeta prestó y añadió una idea peregrina al romanticismo, á saber, la de la poesía trascendental. Así como pensaron sus compatriotas en hallar la ciencia trascendental, así Goethe procuró poner esta ciencia en poesía; y en

la poesía, lo creado, lo increado, y el porqué y el cómo de todo ello. Esta fué la última faz con que se presentó entre nosotros el romanticismo. Veamos ahora qué carácter y fisonomía tuvo desde luego.

El romanticismo podia ser católico ferviente, incrédulo y blasfemo, amoroso y blando, terrible y endemoniado, y todo á la vez. El toque para ser romántico consistía principalmente en renegar de las divinidades del Olimpo; en hablar de Jehovah, ó en no hablar de Dios alguno; y en poblar el mundo, no ya de semi-dioses paganos, sino de ondinas, huries, brujas, sílfides y hadas, ó en dejarle vacío de toda apariencia que no fuese natural y conforme al testimonio de los sentidos.

En cuanto á la forma, los románticos la desatendian, presumiendo de espiritualistas, y poniendo la belleza en lo sustancial y recóndito. El poeta no escribía ni debia escribir por arte, sino por inspiracion; su existencia debia tener algo de escepcional y de extravagante; hasta en el vestido se debia diferenciar el poeta de los demás hombres; y el universo mundo le debia considerar como un apóstol, con mision especial que cumplir en la tierra. Víctima de su mision y de su génio, no comprendido por el vulgo, el poeta debia ser infeliz, debia ser una *planta maldita con frutos de bendicion*. En sus amores debia aspirar el poeta á un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y sin embargo, amar á una mujer con delirio, imaginando ver en ella á la maga de sus sueños, á la paloma del

diluvio y á la rosa de Jericó: mas al cabo debía *palpar la realidad*, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle, y menospreciarle, y *llorar sus ilusiones perdidas*; ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose á los piés de los altares, y entonando plegarias á la Virgen y á Jesucristo. En fin, ya estuviese enamorado, ya desengañado, ya hastiado, ya fuese incrédulo, ya creyente, todo poeta romántico debía hablar-nos siempre de sí mismo. Pero esta manía autobiográfica la disculpa yo, y hasta la alabo; pues no sólo proviene de lo reflexivo del siglo en que vivimos, y de los sistemas de filosofía, que ahora privan, todos ó casi todos psicológicos; sino que es además muy cristiana, y no desdice de la humildad evangélica. Un pagano no hablaba de sí mismo sino cuando despues de haber hecho grandes hechos, tenia razon para creerse un prodigio de ingenio, de valor ó de doctrina; y aún así hablaba poco. Cuando Marco Aurelio escribió, ya el cristianismo estaba en todos los corazones. A un cristiano, con ser hombre le basta, *magna enim quædam res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei*. así es, que llena el mundo de sus quejas, tribulaciones y esperanzas. ¿Y por qué no ha de llamar á sí la atención del mundo, cuando llama constantemente la de Dios, y le interesa y enamora hasta el extremo de hacerle tomar carne mortal y morir por amor suyo?

Otra de las ideas capitales de los románticos, presentada de mil maneras diferentes, consecuencia de la agitacion y malestar de los espíritus, y presentí-

miento del socialismo, era la idealizacion de los hombres patibularios, y la creencia de que sus crímenes se debían imputar á la sociedad mal organizada, y á la grandeza de sentimiento de los tales héroes, á quienes esta mezquina sociedad les venia estrecha. Pero si los poetas románticos suelen tomar por héroes de sus escritos hombres criminales, no hacen amar á estos hombres por sus crímenes, sino hacen que nos admiremos de las virtudes, que apesar de los crímenes, hay en ellos. Si éste es un defecto, existe aun más en la gran poesía clásica, y nunca la poesía moderna tuvo héroes tan tremendos y de tan fieras é indomables pasiones, como los de la familia de Atreo, como Medea, y como Mirra. El destino inflexible, ó alguna divinidad malévola los impulsaba al crimen. El héroe romántico es libremente criminal, y justiciable del crimen que comete. En nombre de la ley moral se le puede condenar, y le condenamos. Su única excusa, esto es, el único motivo porque le compadecemos, es porque alguna virtud muy alta mal dirigida, ó alguna idea grande mal interpretada, ó alguna pasión noble, le extravían. Si entendemos á veces que la sociedad mal organizada es parte en algunas maldades del individuo, como la ley moral está más alta que el organismo social, siempre queda salvo el derecho de imponer una pena en nombre de esta ley aunque el crimen que se castiga, no sea todo del castigado. La sociedad puede ser cómplice; y como la sociedad somos todos, todos solidariamente somos también cómplices en aquel delito: y la perturbacion,

que causa el crimen en la sociedad, nos sirve de castigo. El médico de su honra, por ejemplo, y Roque, el bandido generoso y valiente, que hace prisionero á D. Quijote, son de los que perdonamos, y cuyos crímenes caen sobre la sociedad y las preocupaciones del siglo en que vivieron. Y no por creer en esta imperfeccion social, y en la perfectibilidad de la raza humana es nadie socialista. La poesia romántica tiene á no dudarlo, algo de socialismo; pero de un socialismo más alto, que aún está por venir. La poesia es toda aspiracion y vaticinio. La mágia fué ántes de los ferrocarriles, del gas y del magnetismo: Séneca profetizó el descubrimiento de America, y Esquilo en Prometeo la Redencion; y Virgilio adivinó mucho del sentimiento moral del cristianismo, y hasta el progreso civilizador de Europa, extendiendo por toda la tierra sus costumbres, su poder y su ciencia:

—erit altera que vehat Argo
Delectos Heroas: erunt etiam altera bella,
Atque iterum ad Trojam magnus mittetur Achilles.

No pretendo yo negar que haya habido autores, que por medio de sus obras poéticas, del teatro y las novelas principalmente, hayan querido propagar ciertas ideas, no ya de un socialismo que está por venir aún como doctrina, sino de ese socialismo que ha amenazado desquiciar la sociedad hace pocos años; pero esto no prueba sino que la poesia, que por sí misma, y en sí misma tiene un nobilísimo fin, cual es la creacion de la belleza, puede á veces, rebajando-

se y desdoriándose, servir de instrumento á otros fines. No negaré tampoco el mal gusto de algunos, que buscando, solamente para sus dramas argumentos enmarañados y lances estupendos y terribles, los han buscado ya en las gacetas de los tribunales, ya en las antiguas crónicas, sin dar realce sino á lo feo y lo malo. Pero como lo malo y feo, feo y malo se queda, sin que estos dramaturgos y novelistas puedan ni quieran hacerlo pasar por hermoso y por bueno, aunque los acusemos de prosaismo, porque pintan las cosas como han sido y como son, y no como debieran ser, no me parece, con todo, que los podamos acusar de inmorales. Los hombres, que son buenos, no se enamoran de la maldad aunque la vean, sobre las tablas ó en una novela, salir triunfante de la virtud; porque en este mundo, real y positivamente estamos viendo esto muy á menudo, sin necesidad de recurrir á ficciones; y los hombres, que son malos, no aprenden nada que ellos ya no sepan sobre la maldad.

El saber, ensanchando el círculo de nuestras ideas, puede ser causa ocasional de nuevas virtudes, que de aquellas ideas se alimenten y vivan; pero no de nuevos vicios, porque el mal es cosa limitada, y facilmente se llega con la inteligencia á su último termino; y el bien es infinito, y mientras más campo abarca la inteligencia, más bien descubre, á donde llegar con la voluntad. Lo que sí puede dar el saber son los medios para cometer la maldad; pero nadie va á buscar estos medios en los libros de entretenimiento.

El verdadero y más notable defecto de los román-

ticos ha sido la verbosidad, que ellos llaman vaguedad; porque la pompa y magestuosa armonía de las palabras no encubre lo vacío de sentido. Nuestra lengua puede expresar los pensamientos con toda la concisión deseable, y muchos poetas españoles suelen ser concisos; los romanceros, sobre todo y los mismos poetas románticos cuando escriben romances. Pero cuando escriben odas, ó se dan á filosofar, como á menudo no saben siquiera lo que van á decir, ni entienden lo que dicen, arman una gerigonza y estruendo hueco, que acaso halague los oídos, pero que siempre se resiste á la traducción en una lengua extranjera, y hasta á una traducción en prosa y gramatical, hecha en nuestra misma lengua castellana. Muchos poetas románticos, cuando se sienten inspirados, van poniendo palabras unas en pos de otras, sin atender al sentido ni á los preceptos, que encierran con seis llaves, incluso los de la gramática. «No solamente (dice uno de estos poetas, y cuenta que es de los mejores), no solamente encerramos con seis llaves la gramática, sino que procuramos olvidarnos hasta de su existencia.» La gramática, según él, es un código convencional inspirado por la senectud.

De la afición á las palabras sonoras nace también lo falso, monótono y prolijo de las descripciones, que no están sacadas de la naturaleza misma, sino arregladas con palabras y frases ya usadas, y aun desechadas por otros poetas, y que sirven en todas ocasiones, vengan ó no á propósito: v. gr. *esponjado tulipan. ágil y pintado colorin, negro capáz, lúgubre son, fúne-*

bre ciprés, flotante tul, pliegues del viento y raudo torbellino.

Otro defecto del romanticismo español es la hipocresía: porque finje la fe que no tiene. Los versos místicos del día no valen, por lo sentidos, fervorosos y verdaderos, un villancico de los *Pastores de Belén* de Lope. Compararlos con los versos de Leon, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, sería una blasfemia.

Falta, por último, á la poesía romántica de España aquella majestad tranquila, y aquel mirar sereno, que aun en los momentos de más grande pasión, ostentan y tienden sobre las cosas y las ideas la verdadera poesía clásica, y la de Goethe y de Leopardi.

Nuestros poetas románticos han sido y son desaliñados por ignorancia ó por descuido; llorones por moda, ó porque en España no ha habido en mucho tiempo sino motivo de llorar; y muy á menudo, hinchados, palabreros, y vacíos de sentido. Mas á pesar de todo, yo entiendo que los debemos absolver por la inspiración y entusiasmo que suele haber en sus poesías; y porque muchos de ellos, que comenzaron á escribir cuando nada sabían, han ido después aprendiendo y corrigiéndose hasta llegar á un término razonable. Ni faltaron algunos, que nunca, ó rara vez, se apartasen de este razonable término: ya porque tuvieron la dicha de hacer mejores estudios, ó de estudiar algo antes de echarse á poetas; ó ya porque el claro entendimiento que tenían, los alumbraba para que del camino derecho no se apartasen, y la buena

voluntad les ponía estímulo para que se instruyesen.

Enumerar aquí uno por uno todos los poetas dignos de memoria, que últimamente ha habido en España, sería demasiado prolijo; y enumerar los malos y ménos que medianos poetas, que han ganado fama, y la popularidad efimera, que nació del capricho y del espíritu de partido, sería tan cansada como desagradable tarea. Baste considerar que no quedó ciudad de provincia donde no se estableciese un liceo, ó tertulia literaria con visos de academia; y allí el mayorazgo, el escribiente, el empleadillo y el estudiante, en fin todo jóven de cualquier condición que fuese, y no pocas muchachas, solían tomar los ensueños amorosos y melancólicos de la juventud, por estro y vocación poética, y se subían á la tribuna, y cantaban coplas de plé quebrado, y versos puntiagudos al empezar y al concluir, y gordos por el medio, y otras novedades más curiosas que entretenidas. Pero al son de este concierto universal, y cuando la furia del romanticismo se paseaba triunfante por toda la Península, descollaron tres ingenios tan altos y tan fecundos, que otros como ellos no habían venido á nuestro suelo, desde que murió Calderon.

II.

El primero de estos tres grandes ingenios es el duque de Rivas que, abandonando la escuela clásica francesa antes que el romanticismo pasase á España desde Francia, imaginó un romanticismo español sa-

cado de nuestros romances antiguos; y no imitándolos servilmente, sino tomando de ellos la forma y sabor, en cuanto de su propio estilo no se apartaban ni desconvenían, compuso sus preciosos romances históricos. Escribió también varias leyendas, canciones y dramas, y aun continúa escribiendo y coronando sus gloriosos blasones con el no ménos glorioso laurel de poeta.

En todas las obras del duque, se admira principalmente la espontánea lozania de la imaginación, sin que se descubra el más leve indicio de que ha sido violentada. *El Moro expósito*, leyenda histórica de extraordinaria belleza y grandes dimensiones, parece dictada por el duque en un solo día, y escrita por un taquígrafo mientras que el duque la dictaba. Y de esta espontaneidad nace, sin duda, que el duque tenga, más que otro alguno de nuestros poetas modernos, lo que se llama estilo propio. En el duque el estilo es el hombre, y cuando habla y cuando escribe, siempre el duque es el mismo: lo cual no acontece, por lo comun, en los demás autores; que ya toman para escribir una manera artificiosa, y totalmente se desvían de la naturaleza, ó ya despojándose de la individualidad propia, se ajustan y ciñen á cierta pauta, y entran á formar parte indistinta de un género cualquiera.

El duque es más bien un poeta de inspiración que un poeta reflexivo; pero á veces su inspiración es tan alta y profunda que, sin quitar á sus obras la frescura de lo instintivo, les presta ideas y pensamientos que parecen hijos de la reflexión más detenida. Y donde

esto se vé más claramente es en su admirable drama *Don Alvaro*. El sino ó la mala estrella, es decir, un conjunto de circunstancias fortuitas, ponen á D. Alvaro en ocasion de cometer delitos que su mismo honor le manda que cometa, sin que por eso su voluntad se tuerza é incline al mal. Antes al contrario, los lectores todos y los espectadores del drama hallan en su conciencia, que D. Alvaro no hace mal en matar á sus enemigos y en matarse despues; y no sólo le absuelven, sino que le condenarian si no se matara. Si D. Alvaro, con las manos llenas de la sangre que ha debido derramar, y con el recuerdo reciente de la muerte de la mujer amada, se volviese al convento y á sus penitencias, el público le silbaria. D. Alvaro tiene, por consiguiente, que suicidarse; y sin embargo, el duque no ha pensado en hacer la apologia del suicidio, ni en recomendarle en algunas ocasiones; ni tampoco ha pensado en presentarnos el juicio del hombre en contradiccion con el juicio divino.

La concepcion del D. Alvaro vale más que la ejecucion; pero hay en este drama pormenores bellisimos. La escena final, sobre todo, es un cuadro terrible, maravillosamente pintado; y las dos escenas del aguaducho y del meson de Hornachuelos, dos cuadros de costumbres llenos de verdad y del más gracioso colorido.

Se nota, por último, en las obras del duque, y singularmente en los dramas, aquella elegancia perfectísima, aquella delicada cortesania, y aquella primorosa compostura, que resplandecen en las damas y gala-

nes de nuestras antiguas comedias, y que rara vez se descubren en las comedias de ahora; en las cuales, por huir de lo campanudo y culto, se suele caer en el extremo contrario de lo inculto y plebeyo; y se sacan á las tablas duquesas y marquesas, que no hablan sino de peregil y de rábanos y que hacen mil *gaucheries*, cuando presumen de finas.

Zorrilla es otro de los corifeos del romanticismo, y el más fecundo de todos. Poeta de más imaginacion que sentimiento y gusto, es incorrecto y descuidado á veces, y á veces elegante, como por instinto. Florido, pomposo, arrebatado, sublime, vulgar, enérgico y conciso, desleído y verboso, todo lo es sucesivamente, segun la cuerda que toca; pero siempre simpático y nuevo, siempre popular y leído con placer y aplaudido y querido con frenesi de los españoles.

A par de los mayores defectos, hay en las obras de Zorrilla verdadera hermosura. Si el crítico más severo fuese descartando y condenando al olvido todo lo que Zorrilla ha escrito de incomprendible, de demasiadamente prolijo, de falso y de vulgar, y aun suponiendo que todo esto formase las tres cuartas partes de sus obras, siempre nos quedaria otra cuarta parte, que pondriamos nosotros sobre nuestras cabezas, y que, como joyas riquísimas y divino presente de las musas, conservariamos en el Narthecio de la memoria. [®]

Las mismas composiciones de Zorrilla, en que la inspiracion desfallece, en que apenas sabe el poeta lo que quiere decir, ó en que no dice nada sino palabras huecas, tienen tal encanto de armonia y de gracia

para los oídos españoles, que nos ceplacemos en oírlos, y los repetimos embelesados sin meternos á averiguar lo que significan y aun sin suponer que signifiquen algo. El amor de la patria, sus pasadas glorias, sus tradiciones más bellas y fantásticas, y las guerras, desafíos, fiestas y empresas amorosas de moros y cristianos; todo, vaga y confusamente, se agolpa en nuestra imaginación cuando leemos los romances, leyendas y dramas de Zorrilla: y todo concurre á dar á su nombre una aureola de gloria, que no se ofuscará nunca, aunque la fría razón analice y ponga á la vista mil faltas y lunares.

El otro eminente poeta y corifeo del romanticismo ha sido Espronceda. Espronceda, ménos fecundo que Zorrilla y que el duque de Rivas, pero más apasionado. Sus versos, cuando son de amores, ó cuando la ambición ó el orgullo le conmueven, están escritos con sangre del corazón: y nadie negará que este corazón era grande. En él se abrigaban pasiones veheméntísimas y sublimes. Espronceda,

con pensamientos de ángel,
con mezquindades de hombre,

hubiera sido más que Byron, si hubiera nacido dónde, y como Byron nació. Espronceda no podía escribir para ganar dinero, alumbrado por una vela de sebo, y en una mesa de pino. Como todo hombre de gran ser, que camina por el mundo sin la luz de una esperanza celeste, necesitaba Espronceda vivir, gozar y

amar en el mundo: y los deseos no satisfechos pervirtieron y ulceraron su corazón, que era bueno, y el abandono de su juventud y los extravíos consiguientes llenaron su alma de ideas falsas y sacrilegas. Mas á pesar de todo, la bondad nativa, la ternura delicada de su pecho y el culto y la devoción respetuosa con que se inclinaba Espronceda ante lo hermoso y lo justo, y con que adoraba y se confiaba en la amistad y en el amor, brillan en sus acciones como en sus versos.

Dicen los envidiosos que Espronceda no hace sino imitar á Byron. Yo confieso que le imita en algunas digresiones de *El Diablo-Mundo*, en el canto del *Pirata*, y en la carta de doña Elvira, de *El Estudiante de Salamanca*, que es casi una traducción de la de doña Julia. Pero estos envidiosos no comprenden ó no quieren comprender que D. Félix de Montemar no está tomado de Byron, y vale tanto ó más que los héroes de Byron; así como doña Elvira vale más que Medora y que Gulnara, cuando va loca de amor procurando en el jardín al traidor que la olvida, y cuando muere de dolor entre los brazos de su madre, bendiciendo aún la mano que la ha herido de muerte.

Doña Elvira es una creación admirable. ¿Quién no ha soñado con doña Elvira en sus ensueños de amor? Por lo general me parece cierto lo que dice el poeta italiano de que en las frentes estrechas de las mujeres no cabe el concepto del amor,

l'amorosa idea

Che gran parte d'Olimpo in se racchiude:
pero cuando esta idea penetra en el alma de la mujer,

y la baña con la luz de su gloria, la mujer la acoje y la acaricia, y la alimenta en su corazón, más vivo y más enérgico para el amor que el del hombre. Y estos riquísimos y delicados misterios, nadie mejor que Espronceda los sabe entender y descifrar, porque solo explica bien el amor el que sabe sentirle é inspirarle.

Doña Elvira es una mujer que vive y ama; y la vemos vivir y amar. En ella nada hay de fantástico sino la grandeza ideal, que debe poner el poeta en todas sus creaciones. Doña Elvira, como todos los personajes de Espronceda, aunque parezca extraña la comparación, es una potencia que tiene por raíz exacta la verdad. No así los personajes de Zorrilla, en cuya grandeza suele haber algo de sofisticado. Los mismos caracteres ya creados por el vulgo y engrandecidos por otros poetas, no llega á engrandecerlos Zorrilla sino desfigurándolos. Para dar una idea tremenda de don Juan Tenorio le hace apostar en una taberna, como un truhan fanfarrón, que matará á setenta ú ochenta hombres, y que seducirá á cien ó doscientas mujeres en un año. De esta laya de idealizadores son aquellos rabinos, que, para ensalzar á Dios, le dan no sé cuantas leguas de corpulencia; como si lo infinito cupiese en el tiempo y en el espacio, y se redujese á número y medida. ¡Cuán diferente del D. Juan Tenorio de Zorrilla es el D. Félix de Espronceda! D. Félix es más terrible que D. Juan, y le gana la apuesta y le mata, sin necesidad de poner por cuenta en un papel las mujeres seducidas y los enemigos muertos. Le basta á don Félix seducir á doña Elvira y matar á su hermano;

porque esta mujer y este enemigo, valen por un millón de los que apuntaba el otro en su lista.

En lo fantástico del cuento del Estudiante hay además una tan prodigiosa fuerza de imaginación, y una melancolía tan profunda y lastimera, que en vano se buscará más superioridad en la una, y más hondo sentimiento en la otra, ni en el Manfredo, ni en el Lara, ni en la Novia de Abydos, ni en el Giáour.

En los versos en que habla Espronceda de sus amores, de su desesperación y de sus desengaños, cada palabra es una lágrima; y toda aquella melodía interior é inefable del espíritu,

—memoria

acaso triste de un perdido cielo,
quizá esperanza de futura gloria,

se deja oír al través de lo armónico de su dición poética: la cual, salvo pocos lunares, es perfectísima y como de hombre que entiende la hermosura. Sirvan de ejemplo, y de objeto de admiración á quien los lea ó recuerde, el canto á Teresa, y los versos á Jarifa.

En fin, Espronceda, verdadera encarnación del romanticismo, en cuyo génio excéntrico y en cuyas pasiones tempestuosas nada había de adaptado solo á la poesía, sino que todo en su vida real se mostraba vivamente, murió de muerte temprana, víctima acaso de sus desórdenes.

Nos dejó Espronceda un poema no acabado cuyo título es *El Diablo Mundo*, en el cual, á la manera, ó

por más alta manera que Goethe en el Fausto, pensaba el poeta encerrar y explicar todo lo creado é increado, y legar á la posteridad un monumento más grande que *La Iliada* y que *La Divina-Comedia*. Esta pretension de escribir un vasto poema humanitario, la han tenido muchos en nuestro siglo; y así en España como en el extranjero, la han tenido en vano: pero los que, como Espronceda, no sólo tuvieron esta pretension, sino que fueron dignos de tenerla, merecen que se diga de ellos lo del filósofo: *Yo amo á aquel que desea lo imposible.*

Imposible es el propósito de Espronceda; y por eso el *Diablo-Mundo* forma un conjunto monstruoso, si bien por lo mucho que el poeta valia, el poema es bellísimo mirado por partes. Desgraciadamente no es Espronceda el único que ha querido escribir de esos poemas magnos. Otros mil poetas menores, descontentos ya de ser hombres de los que pasan por ingeniosos y discretos, y no contentos aun con ser apóstoles, y tener mision especial, se han convertido en génius y númenes, y han deseado producir su verbo, y encerrar en él todos los séres, como en el huevo de la Noche. De aquí proviene un nuevo linaje de romanticismo científico-nebuloso, digno de reprobacion.

III.

Mientras más se dilata el círculo de nuestras ideas, más difícil es abarcarlas todas en una. El cristianismo, más grande que el paganismo, no ha tenido un poema

que sea más grande que el de Homero. Hubo un tiempo en que el poema católico (digo católico en toda la extension de la palabra), pudo nacer. Este tiempo pasó, y no volverá nunca. Hubo un tiempo en que la teología imperó sobre el mundo con imperio absoluto, gobernó lo temporal y lo eterno, y fué grande y maravillosa como de origen divino. Entonces pudo darse el poema, y no se dió, porque Dante llegó tarde. Marco Polo habia ya viajado por Oriente; Santo Tomás, Scotto, San Buenaventura, San Bernardo, Abelardo, etc., habian escrito; y los judíos, los árabes y los griegos nos habian transmitido la ciencia y la incredulidad antiguas. Lo sublime y vario del argumento no cabe ya en la *Divina-Comedia*; y el poeta sin atreverse á tratarle directamente, le trata de una manera subjetiva, haciéndose el centro del poema, é introduciendo, en medio de toda aquella grandeza, sus pequeñeces, miserias, rencores y disgustos; los cuales, si bien nos interesan, porque somos hombres y compadecemos, y porque el poeta es altísimo é interesante, todavía no se ha de negar que disminuyen, si no aniquilan la *comprensibilidad* deseada.

Vino despues el renacimiento, vino la reforma, y se rompió la unidad. Volvieron los Dioses del Olimpo á luchar con el del Calvario. La razon empezó á analizar y á desenterrar las antiguas doctrinas. Luego descubrió nuevas filosofías, y la imprenta, y otros continentes en la tierra, é infinitos espacios en el cielo, y estrellas, y soles, y mundos sin fin. Y engreida, orgullosa y alucinada con esto, rechazó de todas partes la

por más alta manera que Goethe en el Fausto, pensaba el poeta encerrar y explicar todo lo creado é increado, y legar á la posteridad un monumento más grande que *La Iliada* y que *La Divina-Comedia*. Esta pretension de escribir un vasto poema humanitario, la han tenido muchos en nuestro siglo; y así en España como en el extranjero, la han tenido en vano: pero los que, como Espronceda, no sólo tuvieron esta pretension, sino que fueron dignos de tenerla, merecen que se diga de ellos lo del filósofo: *Yo amo á aquel que desea lo imposible.*

Imposible es el propósito de Espronceda; y por eso el *Diablo-Mundo* forma un conjunto monstruoso, si bien por lo mucho que el poeta valia, el poema es bellísimo mirado por partes. Desgraciadamente no es Espronceda el único que ha querido escribir de esos poemas magnos. Otros mil poetas menores, descontentos ya de ser hombres de los que pasan por ingeniosos y discretos, y no contentos aun con ser apóstoles, y tener mision especial, se han convertido en génius y númenes, y han deseado producir su verbo, y encerrar en él todos los séres, como en el huevo de la Noche. De aquí proviene un nuevo linaje de romanticismo científico-nebuloso, digno de reprobacion.

III.

Mientras más se dilata el círculo de nuestras ideas, más difícil es abarcarlas todas en una. El cristianismo, más grande que el paganismo, no ha tenido un poema

que sea más grande que el de Homero. Hubo un tiempo en que el poema católico (digo católico en toda la extension de la palabra), pudo nacer. Este tiempo pasó, y no volverá nunca. Hubo un tiempo en que la teología imperó sobre el mundo con imperio absoluto, gobernó lo temporal y lo eterno, y fué grande y maravillosa como de origen divino. Entonces pudo darse el poema, y no se dió, porque Dante llegó tarde. Marco Polo habia ya viajado por Oriente; Santo Tomás, Scotto, San Buenaventura, San Bernardo, Abelardo, etc., habian escrito; y los judíos, los árabes y los griegos nos habian transmitido la ciencia y la incredulidad antiguas. Lo sublime y vario del argumento no cabe ya en la *Divina-Comedia*; y el poeta sin atreverse á tratarle directamente, le trata de una manera subjetiva, haciéndose el centro del poema, é introduciendo, en medio de toda aquella grandeza, sus pequeñeces, miserias, rencores y disgustos; los cuales, si bien nos interesan, porque somos hombres y compadecemos, y porque el poeta es altísimo é interesante, todavía no se ha de negar que disminuyen, si no aniquilan la *comprensibilidad* deseada.

Vino despues el renacimiento, vino la reforma, y se rompió la unidad. Volvieron los Dioses del Olimpo á luchar con el del Calvario. La razon empezó á analizar y á desenterrar las antiguas doctrinas. Luego descubrió nuevas filosofías, y la imprenta, y otros continentes en la tierra, é infinitos espacios en el cielo, y estrellas, y soles, y mundos sin fin. Y engreida, orgullosa y alucinada con esto, rechazó de todas partes la

presencia inmediata y enérgica de Dios, y se puso á explicar humanamente las leyes del movimiento, de la vida y de la armonía cósmicas. A Dios le dejó allá muy lejos, y le redujo á una abstracción inerte; pero bien pronto conoció que Dios le faltaba, y se puso á buscarle, sin la luz de la fé, haciendo sistema sobre sistema, y cayendo en un caos de confusiones, difícil de poner en orden en prosa, é imposible en verso.

Aun existe otra imposibilidad grandísima para escribir el vasto poema; á saber, un asunto que circunscriba, y en el que encajen y se amolden bien tantas cosas; porque ponerlas en digresiones sería hacer principal de lo accesorio. El duque de Rivas sostenía una vez, con mucha gracia y juicio, que el *D. Juan de Byron* era un cuento verde, ménos divertido que *El Baroncillo de Faublas*, y atestado de discursos impertinentes al asunto. Espronceda, aunque en las digresiones le imita, y hasta le copia, en lo esencial se separa de él, y le vence y sobrepuja; y es anglo-mania y falta de patriotismo, creerle tan inferior á Byron, porque á veces le toma por modelo. Nada hay de Byron en la introducción del *Diablo-Mundo*, y sin embargo es admirable: acaso lo mejor que se ha escrito en verso castellano. El gigante de fuego es estupendo y magnífico, mientras llora y calla; y bien se le puede perdonar si cuando habla, salvo el buen lenguaje y las flores retóricas, se parece un poco á un domine que explica filosofía á los muchachos del colegio. Espronceda no era muy filósofo, ni ya la filosofía cabe en verso.

El elemento de que la poesía se sirve es la palabra, y la palabra contiene clara y determinadamente todas las ideas y sentimientos humanos, de lo que resulta que todos ellos son objeto de la poesía; mas el único fin de este arte, así como de los otros, es la belleza. Porque ¿quién negará la belleza, primor, elegancia y perfección del *Orlando*? Y sin embargo, ¿no se le puede decir al poeta lo que se cuenta que le preguntó Bembo? *¡Messer Ludovico, dove avete pigliato tutte queste...?* ¿Hay alguna sustancia filosófica en todo aquello? No hay más que la belleza, que vale tanto, y más que la verdad científica.

En los tiempos primitivos, cuando la princesa Nausica iba á lavar la ropa, la filosofía, las leyes, la religión y la economía social se confundían en una sola ciencia, y se encarnaban en una sola persona, que era á la vez legislador, poeta, profeta, guerrero y sacerdote. Entonces se pudo exclamar: *Dieta per carmina sortes, et vitæ mostrata via est*. Mas ahora, con esta nueva torre de Babel, ha venido la dispersión de las doctrinas, y cada una anda por su lado, y hay en ellas, como en la industria fabril, lo que llaman los economistas división del trabajo. Y la poesía debe y puede encargarse al buen gusto que escoja y se aproveche de estos trabajos para formar con ellos hermosas composiciones; pero no para meterse á bachillera, y mucho ménos para poner en verso la enciclopedia por medio de símbolos y figuras. Con esta comprensibilidad y simbolismo vendríamos á parar de nuevo á una especie de arte egipciaco, á fabricar eslinges é ídolos con

mil caras multiformes, y feas, y misteriosas, que no darian gusto, y darian acaso ménos ciencia que el *Caton cristiano*, ó el *Libro de los niños*.

Cuando todos los hombres eran niños, tenian razon los poetas de meterse á pedagogos, y los pedagogos á poetas. Orfeo, Museo, Lino, Hesiodo, Minos, Tales, Pitágoras y otros mil, pues sería nunca acabar enumerarlos, dieron lecciones en verso á la humanidad, y lecciones poéticas: porque en la Edad de oro la poesia y la ciencia iban unidas.

Verdad es que aun hay una poesia que se apellida didáctica; pero, ó no es didáctica, ó no es poesia. Plutarco está conmigo, y no cree en la poesia que no es fabulosa y embustera. Aristóteles afirma lo mismo, y añade que Empédocles no tiene de poeta sino el haber escrito en verso. Y si hubo, por el contrario, algunos que, escribiendo poemas didácticos, se conservasen muy valientes poetas, fué porque el verdadero fin que se proponian era deleitar y no enseñar; porque atendieron más al primor y belleza que á la verdad de lo que decian. Los diez años que pasó Virgilio corrigiendo las *Geórgicas* no fueron para añadir observaciones sábias sobre el cultivo y demás zarandajas campes-
 UNIV. DE BILBAO. BIBLIOTECA GENERAL DE BILBAO

niosas en que iba envuelta; y siento que estos poemas se hayan perdido los más. Pero los griegos mismos, á pesar del buen gusto natural en ellos, cuando trataban de escribir algo de parecido á nuestros vastos poemas, componian un poema tenebroso, como llamaban á la *Alejandra*, de Licofron.

Horacio, poeta y entusiasta, se va á veces del seguro, y se atreve á sostener que Homero (no para su época, sino en general), enseña mejor la moral que Crisipo: pero estas son invectivas rabiosas contra los estóicos; los cuales eran asimismo harto insolentes, y despreciaban la poesia, suponiendo que solo el sábio es poeta, y los poetas locos. Y lo sustancial del caso es que la poesia, aunque no enseña, conmueve, inclina al bien, entenece y levanta el corazon con su calor, inspiración y hermosura. El poeta, fiel enamorado de esta hermosura, debe por ella echar la enciclopedia á un lado, y libre de este bagaje incómodo, montarse en el hipógrifo, y volar al país de las hadas, como Wieland en busca de Oberon.

La ciencia posee una pasmosa energía anti-poética, y donde no llega para afirmar, llega para negar. Con todo, el poeta, que en el terreno propio de la ciencia se expone á perderse, tiene facultad y poder de pasar más allá, á campos aun no explorados, y apenas descubiertos. Por allí podrá pasearse, como D. Pedro de Portugal por las siete partes del mundo; conversar con seres nuevos y nunca vistos ni oídos, que se le aparezcan y nazcan de repente por natural virtud de la tierra ó del aire, como los duendes del padre Fuente

de la Peña ; y estudiar las ciencias ocultas con sábios y mágicos más prodigiosos que los de Faraon , y que el famosísimo Escotillo. Pero todo esto ha de decirlo por chiste, y el poeta romántico no es chistoso, ni quiere serlo, sino en las digresiones. Volvamos á la poesía seria y á *El Diablo-Mundo*.

He dicho que el gigante de fuego es estupendo, porque no solo simboliza el genio del hombre, como figura alegórica, sino que es además un diablo colosal, y pintado á lo vivo, aunque se convierte en catedrático cuando habla. Para ser diablo no es mucho lo que sabe, y hasta en sus dudas se muestra poco profundo. Mientras más sabe el hombre, van sabiendo menos los demonios. Comparad al de Sócrates con el de Espronceda. Espronceda reconoce la ignorancia del suyo, y no le pregunta nada al verle delante de sí. Dante preguntaba é indagaba cuanto había que indagar y que preguntar, de ángeles, condenados y santos.

El conciliábulo diabólico se desvanece al fin sin motivo, porque se juntó sin motivo, y solo para que Espronceda le viese. Mas no se ha de negar que fué soberbia vision, y aun mejores las que tuvo en sueños Don Pablo. Nada hay en poesía más rico y espléndido que las pompas de la inmortalidad de Espronceda, que bien se puede llamar suya, pues por ella será inmortal. Los cantos posteriores no responden ya á la grandeza del primer canto, ni responderian nunca como no se dilatase el espíritu del poeta por toda la prolongacion de los tiempos, ó traspusiese al menos dos ó tres mil años más allá de la fin del mundo.

Justamente en la indicada remotísima época comienza el prólogo del *Ashaverus* de Quinet. A Dios (él me perdone las blasfemias que no hago sino compendiar), fastidiado de verse solo con los elegidos, se le antoja crear otro mundo. Llama á los próceres del Em-píreo, y los consulta sobre sus planes. Dios va á publicar una nueva edicion corregida y aumentada de sus obras: y para que se juzgue y pondere bien el mérito del drama humano-divino-mundial, le pone en escena delante de aquel ilustre senado. Este drama, que se titula *Ashaverus*, y que está en prosa (para que se cumpla en él la palabra de Kant de que los poemas en prosa son prosa en delirio), contiene en sí toda la historia natural, metafísica y política; y hablan en él los montes, el Océano, las estrellas, las ciudades, Cristo, Leviatan, las vírgenes, las malas mujeres, los diablos, las sirenas, las pirámides de Egipto, los silfos, los titanes, el peje Macar, el pájaro Virateyna, y hasta el todo y la nada. El tal poema es una borrachera temerosa y solomne; y en punto á su moralidad y á su afirmacion filosófica, averíguelo quien pueda: yo hasta ahora nada he podido averiguar. En Fausto ya se trasluce algo.... ¡ la redencion por el amor! Margarita se lleva á Fausto al cielo, como Beatriz á Dante, Laura á Petrarca, y Eloisa á Abelardo; aunque ésta más bien le envia que se le lleva, puesto que Abelardo murió antes. En el *D. Juan Tenorio* de Zorrilla, hay la misma trama, imitada del *D. Juan de Marana* de Dumas, que la tomó del *Fausto* de Goethe. Ello es que esto de convertir á una bonita y nada

desdeñosa muchacha en escala de Jacob para subir al cielo, ha de parecer, por fuerza, mucho más agradable que los medios que antiguamente nos daban de mortificar la carne con ayunos y penitencias, y de estar siempre en conversacion interior.

Todos los modernos poemas humanitarios se dan cierto aire de familia. Fausto y D. Pablo debutan leyendo, y renegando del saber humano: ambos se renuevan ó se remozan; y Ashaverus y Adan tienen la misma duración que el mundo. Pero Goethe y Quinet tuvieron una muy feliz ocurrencia que Espronceda no tuvo, acaso por ser más arrogante que ellos. Hablo de que buscaron un personaje tradicional, hijo y amigo del vulgo, para hacerle centro de sus poemas. El nuevo Adan es nuevo del todo, y nadie le conoce. Al Judío errante y á Fausto los conocíamos tiempo ha, y de antemano nos interesaban. Ashaverus vive en las leyendas de la edad media, y encierra un profundo sentido alegórico. Se diría que estaba pidiendo un poeta que le diese más perfecta vida. Es la desesperacion y el hastio eterno de quien por orgullo reniega de Dios. Fausto es igualmente popular y simbólico. Es el sábio del renacimiento que por la ciencia pierde la fé; que busca la belleza y para hallarla resucita la antigüedad clásica; que se casa con la hermosura (con Elena), y engendra en Elena á Euforion, simbolo de la moderna poesía. Si no recuerdo mal, ó si no entendi mal, en Goethe todo se resuelve en Dios; y aun los diablos más feos y tiznados se tornan hermosos y santisimos como los serafines, y van á perder la individualidad, y á

identificarse y á embeberse en el Bien Supremo.

Lo que es del Adan de Espronceda no sabemos hasta ahora sino que anduvo en cueros por Madrid, y tuvo amores con una manola. Los caracteres de Adan, de la Salada y del tio Lucas, son verdaderos y bien entendidos; las aventuras que les van sucediendo tienen grande interés; y las descripciones y disertaciones que el poeta hace, no pueden ser más bellas: pero todo ello corresponde poquisimo al primer canto, á la Introduccion, y al intento atrevido y magnífico del poeta.

El poeta ha de escribir para deleitar, y no para enseñar, y acaso, escribiendo así, halle por inspiracion alguna nueva verdad; ó en la misma belleza de su poema se acrisolen, abriganten y purifiquen verdades ya conocidas, que aun están oscuras y envueltas en la escoria del error. El poeta no ha de ser el eco de los filósofos, sino la voz de la conciencia instintiva de la humanidad; ha de decir grandes cosas, por una iluminacion súbita, sin conocer ni reflexionar que las dice. Homero y Dante pronunciaron oráculos, que en el dia los filósofos desentrañan é interpretan. Si Dante y Homero leyesen estas interpretaciones, no las entenderian, y saldrian poniendo de embusteros á los tales filósofos, ó admirándose de haberlo dicho, como Mr. Jourdain de hablar en prosa. Y sin embargo, lo dijeron; y hé ahí lo que se llama inspiracion. Busca el poeta lo bello, y al encontrar lo bello, encuentra la verdad y la bondad, que en la esencia de lo bello están sustancialmente. El

hombre virtuoso hace una buena acción, y en esta acción hay hermosura: porque el triunfo de la ley moral es hermosísimo. El sabio descubre una nueva verdad y esta verdad ha de ser infaliblemente buena y hermosa. La verdad, la bondad y la hermosura, son accidentes de la misma sustancia. Si pudiéramos conocer esta sustancia, y elevarnos á ella inmediatamente, no habría necesidad ni de ciencia, ni de virtud, ni de poesía: las tres se confundirían en una sola, y nosotros en la sustancia infinita.

La ciencia, en la moral y en la estética, puede ocuparse de lo bueno y de lo bello científicamente: y la poesía puede alabar y cantar la bondad y la ciencia, como objetos poéticos. En cuanto á la virtud, no hay duda alguna de que resplandece más, si la poesía y la ciencia la adornan. Y aunque un hombre solo puede ser á la vez, por especial favor y benéfico influjo de los cielos, poeta, y virtuoso, y sabio, nunca se unificarán en él estas tres cualidades. Lo que se llamaba ciencia en los tiempos primitivos, no era más que poesía; y por eso los poetas fueron sábios, legisladores y filósofos. Hoy que entendemos lo que es la ciencia, nos es imposible desconocer que no se aviene con la poesía. La ciencia es reflexión y empirismo; la poesía instinto y revelación interior. La forma, por lo tanto, inmortaliza á los grandes poetas: porque el asunto de sus poemas no es sino el eco armonioso de las creaciones populares. El pueblo es el verdadero poeta creador. Aquiles había crecido, tan grande como es, antes que Homero le diese fama eterna en

sus versos. Antes de *La Divina Comedia*, inventó el pueblo leyendas que sirvieron de modelo á Dante, y hasta le señalaron su itinerario fantástico. Antes de Ariosto, se inventaron todas las locuras de Orlando, y todas las hazañas de los doce Pares. Antes de Virgilio, la mente popular había creado todos los portentos de la historia primitiva de Roma. Y antes de Hesiodo y de Esquilo, estaba ya nacida la mitología entera, con su Olimpo, dioses y semi-dioses.

Por último (y concretándonos á nuestros modernos poetas románticos), antes que el duque de Rivas y antes que Espronceda escribiesen las dos leyendas, *El moro Expósito* y *El Estudiante de Salamanca*, las cuales, por muy diferente estilo y manera, vienen á ser ambas lo mejor que se ha escrito en España, desde Calderon acá, los personajes más importantes de estas leyendas, sus aventuras, grandeza, y caracteres habían sido creados y ensalzados por el pueblo.

(Revista de Ambos mundos.)

SOBRE LOS CANTOS DE LEOPARDÍ.

I.

Cuanto el hombre quisiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida, porque sentirá mejor, y verá más claro los defectos de la corrupción humana. Al decir estas palabras el autor de LA IMITACION DE CRISTO habla sólo de la vida presente, y presupone una vida futura, en la cual será satisfecho este deseo infinito, que ahora nos atormenta, y que lo infinito sólo puede satisfacer. Y esta pasión de ánimo, y estas extraordinarias aspiraciones han dado sér á los místicos discursos, y alimento á las almas de los santos: almas inquietas y anhelantes por lo infinito, que sólo en lo infinito se pudieron aquietar, y que apetecieron la muerte para vivir mejor y más dichosa vida. *El amor de Dios es la muerte de quien vive, y la vida de quien muere,* decía Lulio; y Santa Teresa exclamaba ¡Señor! *ó padecer ó morir. Muero porque no muero; esto es, muero porque no logro libertarme de esta cárcel os-*

cura de mi cuerpo, que me impide ver la Divinidad, de que mi alma es una imágen; de que mi alma misma está llena. Si libre mi alma de los lazos que la sujetan y retienen, pudiera dilatarse y extenderse más allá del tiempo y del espacio, mi alma se confundiría con Dios, y comprendería á Dios en su esencia. Si el alma pudiera ensalzar ilimitadamente todas las perfecciones que en sí concibe, y reducirlas luego á una perfecta unidad, el alma concebiría á Dios, y se reposaría en él con eterno reposo.

De estos deseos que nacen y se arraigan profundamente en algunos corazones, vienen á engendrarse en ellos el disgusto y el menosprecio del mundo y aun de los hombres, por tal arte, que muchos filósofos impíos han culpado al cristianismo, y le han llamado doctrina enemiga del género humano. Mas no consideraron ni notaron bien estos filósofos que el cristianismo lejos de aumentar ese odio á la humanidad, si así quiere llamarse, le condena y aniquila, y que sólo aumenta y da objeto efectivo al amor inextinguible del alma: la cual, si por desgracia pierde la fé y con ella el objeto digno de su amor, se consume dentro de sí misma en un amor desesperado y sin objeto. Porque este menosprecio de las cosas perecederas, y este amor de lo infinito y eterno estan en las almas ántes del cristianismo, por naturaleza y no sobrenaturalmente; y el modo que el cristianismo tiene de hacernos amar á los hombres es por ese mismo amor que fuera del cristianismo nos hace despreciarlos y aborrecerlos. Dios ama á los hombres con grande amor, y

por amor de Dios nosotros los amamos. Nunca un poeta católico hubiera dicho, como Juvenal,

Terra males homines nunc educat atque pusillos:
Ergo Deus, quicumque adspexit, ridet et odit.

Aquí al poeta y el dios por quien habla el poeta sienten un aborrecimiento y un desprecio artísticos por el hombre: porque así le acontece al artista, que ve que su obra no responde á la idea que de ella ha preconcebido: y porque, á no dudar, el hombre real es una caricatura con respecto al tipo ideal, que el poeta tiene del hombre en su mente. Con respecto á ese tipo ideal que el hombre quisiera ver realizado en sí, uno mismo, por más que le ciegue el amor propio, se considera tan mezquino y tan bajo, que acaba por despreciarse; y mientras más sublime y más alto es el ideal de perfección que imagina, más profundo es el menosprecio en que se tiene; el cual, si va acompañado de la fé y de la esperanza de una rehabilitación por medio de la penitencia y de la gracia, es humildad cristiana, pero si no va acompañado de estas virtudes, es como la desesperación de Judas. Y el grito de esa desesperación que en nuestro interior levanta la conciencia, si por dicha se ahoga en los deleites sensuales y en el agitado devaneo del mundo, no por eso deja á veces de oírse temeroso y solemne. Hasta el poeta más jovial y libertino entre los poetas paganos suele caer, en medio de sus placeres, en esa desesperación melancólica, y así es que le dice á Lesbia

Soles occidere et redire possunt:
Nobis, quem semel occidit brevis lux,
Nox est perpetua una dormienda.
Da mi basia mille, deinde centum;

esto es, ahoga y hazme olvidar con tus caricias este pensamiento triste de la efímera vanidad de nuestra vida.

El universo con todas sus pompas y con toda su hermosura es un caos para el hombre sin fé: y este mundo en que vivimos, que para el cristiano es un valle de lágrimas, por el cual camina á un término dichoso, es para el hombre sin fé un valle de lágrimas aun más amargas y que solo se secan y fenecen con el ser propio suyo, que vuelve á perderse en los elementos de donde ha salido.

Y no hay que pensar que esta pasión de ánimo, que nos hace aborrecer y despreciar las vanidades del mundo, á nosotros mismos y á los demás hombres, sea una enfermedad que nos aqueje principalmente desde que el cristianismo se propagó; ni que tampoco se origine de la complicada, exquisita y defectuosa civilización de los tiempos modernos: porque antes se ha de creer que el cristianismo es un remedio eficazísimo de esta enfermedad para las almas enérgicas y grandes, que aun tienen la dicha de conservar la fé; y que la civilización, con todos sus defectos, es asimismo un remedio y un consuelo para ciertas almas no muy inteligentes ni de muy elevadas aspiraciones: las cuales se dan por contentas de los goces mundanos y de lo que llaman progreso, y tienen por cosa averi-

guada que la especie humana se va mejorando cada día; que el siglo de oro esta en lo porvenir y no en lo pasado; y que si bien cada hombre de por sí es infeliz y malo, sumando y uniendo muchas infelicidades y maldades de estas, por una prodigiosa y harto sutil manera, que aun está por descubrir, aunque ya tiene nombre, se podrán formar una felicidad y una bondad generales, perfectas á maravilla.

Esta creencia y esta esperanza suplen la creencia y la esperanza en Dios, que faltan á algunas almas vulgares: pero nada hay que supla la esperanza y la creencia en Dios, cuando carece de ellas un alma enamorada, grande y de soberana inteligencia. Y sin embargo, esta alma persevera en el amor infinito de un infinito vago y fantástico, porque no tiene objeto: y este amor hace brotar en ella el hastío y la desesperacion más horrible. El alma del estupendo poeta italiano Leopardi es una de esas almas: y sus cantos, de que ahora vamos á ocuparnos, la expresion más sincera, elocuente y hermosa de los tormentos que esa alma llena de amor y falta de fé ha padecido.

II.

En el hastío y la desesperacion de Leopardi no cabe duda que entraba por poco el mal estado de su salud. Desde la edad de veinte años padecía Leopardi atrocemente de los nervios y de las entrañas; pero la energía de su voluntad era tan invencible, y la claridad y despejo de su inteligencia tan grandes, que no se

ha de imaginar que su voluntad se amilanase, ni que se ofuscase su inteligencia por el mal físico: así como tampoco ni los bienes ni los goces pasajeros de este mundo las hubieran nunca satisfecho. El alma de Leopardi, aunque encarcelada en tan triste y dolorosa prision como la de su cuerpo, estaba siempre exenta y libre de alteracion alguna, que por influjo de su cuerpo pudiese modificarla: y ni en los escritos ni en el discurso de la vida del poeta se nota una vez sola que su dolor ó su alegría proviniesen de causas fantásticas; quiero decir, de esas alucinaciones que suelen tener las personas nerviosas y enfermizas. Y como además era incrédulo hasta el ateísmo, ni Dios se dignó nunca conducirle por sus caminos, ni el diablo quiso nunca perder su tiempo con palabras escondidas, ensueños místicos y elevaciones maravillosas. Impasible, pues, el alma de Leopardi, ó casi impassible al dolor físico, porque supo resistirle, y á los goces físicos, porque ni los buscó ni los tuvo; y no movida ni agitada por causa alguna sobrenatural, buena ó mala; entiendo que sólo á una causa filosófica se han de atribuir sus movimientos y agitaciones. Y esta causa no fué otra que el deseo inextinguible de una felicidad suprema, y la negacion absoluta de esta felicidad por el entendimiento. De aquí la lógica y serena desesperacion de Leopardi que presta tanto brio á sus versos.

Los versos de Leopardi no sólo son apasionados, amorosos y tristes, sino elegantísimos y perfectísimos de hermosura: la cual veia Leopardi escasa, confu-

sa y fugitiva en el Universo; y en el arte, purificada, limpia y permanente. Por eso amaba tanto la forma, y llegó á dársela tan admirable á sus versos. Con la forma, esto es, con el conjunto armónico, misterioso y singular de ciertas palabras, se expresan vagamente mil ideas inefables, que con las mismas palabras, por no hallarse apropiadas para ello, en vano se pretenderían expresar; por donde acontece amenuendo que en una sentencia poética haya dos sentidos que entender y desentrañar; el expresado por las palabras, y basta el entendimiento para comprenderle; y el expresado por el conjunto singular de las palabras, que solo el sentimiento puede comprender. De esta manera (y no como en la música que despierta en nosotros ideas que no están en la música misma), de esta manera, repito, declara la poesía, y está en la poesía aquello que las palabras por sí solas no alcanzan á encerrar y á declarar. De lo que resulta, que los que pretenden y logran, con este intento, la perfeccion de la forma, son eminentísimos artistas: y los que los acusan de retóricos sin alma, ó no la tienen ellos, ó no saben lo que se dicen. En la prosa es conveniente el bien concertado adorno en la frase, pero no necesario, sino para hacerla inteligible, mientras que en la poesía es de todo punto necesario. La poesía casi se puede decir que ha de ocuparse en cosas más que inteligibles: y esto me parece que daba á entender el célebre Carlyle al sostener que solo se debe cantar lo que no se puede hablar: ello es, que en la forma, construccion y organismo, por decirlo

así, del estilo de los grandes poetas, como Leopardi, hay un espíritu, que se pone en comunicacion con el espíritu del lector, si el lector le tiene, y le dice cosas, indecibles por otro medio. Pero ni de ese estilo, ni del espíritu que hay en él, podemos nosotros ponderar el valor, apreciar los quilates, ni percibir la hermosura si no es por el sentimiento. Analizarle sería buscar en un cuerpo muerto la vida y el alma. Basta lo que va apuntado para que se entienda cuán extraordinaria es la mágica elegancia de los cantos de Leopardi y lo que se puede penetrar con su lectura en el recóndito y tenebroso abismo de la conciencia del poeta. Allí se concibe lo infinito, el deseo de lo infinito y la infinita desesperacion de no conseguirlo.

Por lo que hace al sentido exotérico de los cantos de Leopardi, Leopardi es tan terminante y tan claro, que solo dejarán de entenderle los que carezcan de entendimiento; y, si bien el poeta no tuvo nunca el mal gusto de querer enseñarnos filosofía en sus versos, todavía se puede formar con ellos un sistema de filosofía moral; la moral de la desesperacion, como la llama Gioberti; y aun se puede sacar por induccion la filosofía primera en que se funda esta moral espantosa.

Supone Gioberti, grande admirador de Leopardi, que la incredulidad de este poeta proviene de la escuela filosófica que seguia, que era la de Descartes: y que, así como Hume con una dialéctica imperturbable vino á parar en un nihilismo metafísico, última consecuencia de aquella doctrina; así Leopardi dedujo de ella atrevida y desapiadadamente su moral desesperada.

Gioberti, como buen misogalo, y sin advertir que le quita á Leopardi mucha parte de su originalidad, quiere hacer recaer los pecados de Leopardi sobre los filósofos franceses; y no se atreve á confesar que un italiano pueda ser heterodoxo, incrédulo y blasfemo sin que los franceses le hayan pervertido. Gioberti se olvida á veces de Vanini, de Bruno, de Pomponazzi y de Maquiavelo. La filosofía psicológica, contra la cual tanto se enfurece Gioberti, y que, según él imagina, tuvo principio en Descartes, á quien por otro lado considera como metafísico de muy cortos alcances; esta filosofía existía ya antes de Descartes, y todo lo que Descartes y sus discípulos dijeron se encuentra ya con creces en las especulaciones de los antiguos sábios de Grecia y de Roma, y en las de los modernos de Italia, anteriores al cartesianismo.

Buscar de este modo la filiación de las ideas de un filósofo en las de otro filósofo suele hacernos caer en mil errores, y es por lo general inútilísima investigación: porque nadie puede ya concebir idea alguna, que no haya sido concebida por otros anteriormente, ni pensamiento filosófico que no hayan tenido otros. Si la historia de la filosofía fuera la historia y enumeración de estas ideas, en un pliego de papel se podría escribir. Por fortuna siempre hay novedad, cuando no en las ideas, porque el círculo de las ideas es por demás estrecho, y de difícil, si no imposible salida en la manera de encadenarlas lógicamente, y de presentarlas por medio de la palabra.

En este punto Leopardi es diferente de todos los fi-

lósofos franceses: y las ideas, buenas ó malas, santas ó impías, que Leopardi expone, si son á veces las de los filósofos franceses, mas es por coincidencia que por imitación. Y ¿cómo, atendida la pobreza de nuestras ideas, no dar á cada paso en esta coincidencia? Porque, en resolución, toda la filosofía se reduce á responder con más ó ménos ingenio, pero con poca variedad, y por lo regular poco satisfactoriamente á estas cuestiones que el mismo Leopardi encierra en seis ó siete versos.

L'acerbo vero, i ciechi
Destini investigar delle mortali
E dell'eternè cose: a che prodotta
A che d'affanni e di miserie carca
L'umana stirpe; a quale ultimo intento
Lei spinga il fato e la natura; a cui
Tanto nostro dolor diletto o giovi;
Con quali ordini e leggi a che si volva
Questo arcano universo, il qual di lode
Colmano i saggi, io d'ammirar son pago:

Vamos á ver ahora como responde Leopardi á cada una de estas cuestiones: pero antes de pasar adelante nos importa decir que Leopardi es filósofo en sus versos á pesar suyo; que si bien la suma de toda la filosofía es corta, es grandísima la suma de las otras ciencias, sin las cuales no se debe filosofar; y que todo esto no cabe, ni puede caber en verso. Así es que nosotros tenemos por gran poeta á Leopardi, no por su filosofía, sino por su sentimiento, y por la forma bella y perfectísima con que sabe expresarle.

III.

Lo primero que se ocurre al pensar en Leopardi, es que, hombre tan enamorado como él, debe buscar á Dios, para aquietar en Dios su corazón: pero Leopardi no le busca porque entiende que no le ha de hallar y que le aborrecerá si le hallare. Ni una sola vez nombra Leopardi á Dios en sus versos. Para Leopardi no hay más Dios que el destino, esto es, las leyes inflexibles de la naturaleza: la cual, solicita del ser, pero no de la felicidad de los que son, no se cura de que vivamos felices, sino de que vivamos. Si Leopardi se apasiona y personifica este destino, es para quejarse de él é insultarle; entonces le llama

il cieco dispensator de' casi.

il brutto

Poter ch'ascoso a comun danno impera.

Dios no es para Leopardi sino la idea de lo infinito objetivada; creacion metafisica, que repugna á su razon, y en la cua. no halla tampoco como poeta gran mérito ni hermosura. Los dioses del paganismo son preferibles, segun Leopardi. Ellos personifican las fuerzas y virtudes ocultas que difunden la vida por el Universo, y son como inteligencias secretas que mueven los ástros en el cielo, que dan ser á los seres, y prestan hermosura y animacion á las cosas todas. Quien crea este Olimpo, y quien crea todo lo bueno y grande es la imaginacion: la cual con la ciencia pierde

su vigor, y acaba por esterilizarse. Cuando no se entrevé aun el que llama Leopardi indigno misterio, la naturaleza se nos muestra cubierta de un velo, y habla poderosamente á la imaginacion, y la embriaga, y la esfuerza á que finja y fantasee mil creaciones maravillosas; por eso fueron tan sublimes los antiguos poetas,

á cui natura

Parló senza svelarsi, onde i riposi

Magnanimi allegar d'Atene e Roma.

Hoy que el misterio indigno se va patentizando, y desgarrándose el velo, que toda la naturaleza cubría, cuantas bellas creaciones pusimos en ella se desvanecen, y huyen asimismo para nunca volver. El mundo se achica y encoje, en vez de ensancharse, con los descubrimientos, y

assai più vasto

L'etra sonante, e l'alma terra e il mare,
al fanciullin, che non al saggio appare.

Los dioses, las ninfas, los fáunos, las regiones fantásticas é ignotas, la música de las esferas, y los génios que las agitan en arrebatada consonancia, todo desaparece,

E figurato è il mondo in breve carta;

Ecco tutto é simile e discoprendo,

Solo il nulla s'accresce.

Y en efecto solo se aumenta la nada. Lo infinito está

dentro de la misma conciencia humana; y cuando se ignora la grandeza del Universo, ponemos en él la grandeza imaginada por nosotros, nos hacemos centro de ella, y poblamos el espacio sin límites con las riquísimas creaciones de nuestra fantasía. Entonces el hombre puede aparecer á nuestros ojos como rey de la creación entera. Con los descubrimientos de la ciencia, por el contrario, el hombre, aunque vea y note en el Universo una grandeza desmesurada y pueda contar millones de millones de astros, y millones de millones de leguas de un astro á otro, no por eso, por más que sume y multiplique, podrá igualar con lo descubierto la idea de lo infinito que tiene preconcebida. Antes le sucederá que, con este nuevo conocimiento de lo que existe fuera de él, se pondrá en contradicción consigo mismo, y dudará de lo que ántes creía hallar dentro de sí. La consideración de la excesiva pequeñez de nuestro globo, de la ruindad del hombre que le habita y de la vanidad y el orgullo de este hombre mismo, que se imagina señor de todas las criaturas y hasta creador de lo creado, no puede causar sino tormentos, y no puede inspirar sino burlas sarcásticas: el cuento de *Micromegas* de Voltaire, ó estos dos versos también suyos.

O Jupiter, tu fis en nous créant
Une froide plaisanterie.

Lo que es Leopardí, más profundo y melancólico que el apóstol de la incredulidad, dice animado de ese impio sentimiento.

Veggio dall' alto fiammeggiar le stelle,
Cui di lontan fa specchio
Il mare, e tutto di scintille in giro
Por lo voto seren brillare il mondo.
E poi che gli occhi a quelle luci appunto.
Ch' a lor sembrano un punto,
E sono immense in guisa,
Che un punto a petto a lor son terra e mare
Veracemente; a cui
L' uomo non pur, ma questo
Globo ove l' uomo é nulla,
Sconosciuto é del tutto: e quando miro
Quegli ancor più senza alcun fin remoti
Nodi quasi di stelle,

.....
..... al pensier mio
Che sembri allora, o prole
Dell' uomo?

Y de esta contemplación del Universo, no sólo deduce el poeta la ruindad del hombre, sino que extraviado por su mal génio, no ve en el mundo orden, ni concierto, ni fin, y niega horriblemente, cuando no la existencia, la Providencia divina. En el Canto del pastor á la luna, dice de este modo:

E quando miro in cielo arder le stelle,
Dico fra me pensando:
¿A che tante facelle?
¿Che fa l' aria infinita, e quel profondo
Infinito seren? ¿che vuol dir questa
Solitudine immensa? ¿ed io che sono?
Così meco ragiono: e della stanza

Smisurata e superba,
 E dell' innumerabile famiglia;
 Poi di tanto adoprare, di tanti moti
 D' ogni celeste, ogni terrena cosa,
 Girando senza posa,
 Per tornar sempre là dove son mosse,
 Uso alcuno, alcun frutto
 Indovinar non so. Ma tu per certo,
 Giovinetta immortal, conosci il tutto.
 Questo lo conosco e sento
 Che degli eterni giri,
 Che dell' esser mio frale,
 Qualche bene o contento
 Avrà fors' altri; a me la vita é male.

La vida es un mal para el hombre que no se contenta con la vida como fin y objeto de la vida: de suerte que, según Leopardi, los que pueden vivir sin trabajar para vivir, son más desgraciados que los que viven trabajando para ganar la vida; porque la vida de éstos últimos tiene al cabo un objeto, aunque vano, y la vida de los otros no tiene objeto alguno. El poeta al menos no logra descubrirle. Se le dirá quizá que este objeto es el progreso de la humanidad hacia el bien; pero el poeta contestará que este progreso no basta á satisfacer su deseo de una felicidad infinita. Primero porque este progreso no es infinito; y aun que sea indefinido está limitado vagamente por las mismas condiciones y maneras de ser de la naturaleza humana: las cuales no deben cambiar, y si cambiaren, la especie humana transfigurada, ó por mejor

decir, trashumanada, no será ya la que es ahora, y por lo tanto ningun lazo podrá unirnos á ella, ni habrá solidaridad entre nosotros; y segundo, porque este progreso, dado caso que exista, es más superficial que sólido y efectivo. La imprenta ha hecho que la ciencia se difunda y que toquemos y bebamos de ella todas las inteligencias vulgares,

Sceso é il sapiente.
 E salita é la turba a un sol confine,
 Che il mondo agguaglia:

pero no ha conseguido crear filósofos más grandes que Platon, ni poetas más sublimes que Homero. La civilización aun no ha podido acabar con la miseria ni con la esclavitud: pero entre los esclavos del día no hay Esopos, ni Epictetos, ni Fedros. La filantropía no ha acabado con la guerra, y ésta sigue siendo cruel y espantosa. El amor á la libertad no impide que siga habiendo tiranos tan fieros y atroces como Nerón y como Caligula. Lo que es los Antoninos y Trajanos há mucho tiempo que no empuñan el cetro. A pesar de los adelantos de la medicina, las enfermedades antiguas no desaparecen, pero en cambio aparecen otras nuevas, más terribles y asquerosas, como por ejemplo, las viruelas, la sífilis, el cólera y la fiebre amarilla. Los medios de comunicación son más rápidos y seguros; y de ellos nos valemos para visitar lejanos países, para gozar á poca costa de las más extrañas producciones de los otros climas, para comunicarnos nuestros descubrimientos, nuestras epide-

mias, nuestros infortunios, bancarrotas y crisis monetarias; y para enviar asimismo con más prontitud, ejércitos que con bombas y otras invenciones admirables destruyan en un momento y reduzcan á cenizas las ciudades soberanas. A pesar de los nuevos prodigios de la gimnástica, aun no hemos tenido un Milon de Crotona, y á pesar de la flamante ciencia ortopédica, sigue habiendo jorobados, patiestebados y hombres y mujeres feisimos. Apénas tendríamos idea de la verdadera hermosura, si no se conservase aún el Apolo en el Vaticano. Dicen que el término medio de nuestra vida es ahora más largo que nunca; lo cual, aunque sea cierto, que lo dudo, no probará en todo caso sino que tenemos más tiempo para aburrirnos, para desesperarnos y para hacer y decir tonterías. Acaso vivamos más ahora, como acaso vivan más las plantas en invernáculo que las que viven al aire libre; pero las que viven en invernáculo tienen una vida raquítica y pobre. La supersticion dicen que ha desaparecido, pero yo no lo creo; ántes bien imagino que de poética y hermosa que solia ser, se ha vuelto fea y prosáica. Los profetas y los oráculos valen más que las mesas magnetizadas y que los sonámbulos. El dios de Delfos vale más que un pedazo de madera; y, no diré Isaias ó Daniel, sino el más ruin pseudo-profetilla samaritano vale más que todos los medios espiritualistas de los Estados-Unidos. Los crímenes siguen siendo tan frecuentes y atroces como en los tiempos antiguos; y, aunque no lo sean los suplicios, los criminales padecen más en ellos, porque

son en el dia más débiles, pusilánimes y nerviosos. En fin, de cualquier modo que uno interroque y examine su conciencia, ve que el progreso es una mentira, y para acreditarle de verdad tiene que recurrir al mucho algodón que ahora se teje, y á la baratura que tienen las calcetas, y á lo cómodamente que se viaja en ferro-carril, aunque sea en el de Madrid á Tembleque. Este es el progreso moderno, que no se ha de negar que tiene algo de ridículo. La ciencia de este progreso se llama economía política: y yo no sé si ella será tambien ridícula, pero es lo cierto que el gran poeta Leopardi se atreve á ridiculizarla de este modo:

Fortunati color che mentre io scrivo
 Miagolanti in su le braccia accoglie
 La levatrice, a cui veder s'aspetta
 Quei sospirati di, quando per lunghi
 Studi fia noto, e imprenderà col latte
 Dalla cara nutrice ogni fanciullo,
 Quanto peso di sal, quanto di carni,
 E quante moggia di farina inghiotta
 Il patrio borgo in ciascun mese: e quanti
 In ciascun anno partoriti e morti
 Scriva il vecchio prior: quando, per opra
 Di possente vapore, á milioni
 Impresse in un secondo, il piano, e il poggio,
 E credo anco del mar gl'immensi tratti
 Come d'aeree gru stuol che repente
 Alle late campagne il giorno involi,
 Copriran le gazette, anima e vita
 Dell'universo, e di s'avere a questa
 Ed alle età venture unica fonte!

Ni la economía política, ni los periódicos, ni todas las ciencias modernas podrán, según Leopardi, lavar á los hombres del pecado original y de la condenación que llevan escrita sobre la frente: no porque pecasen contra un Dios que Leopardi no reconoce, sino porque la naturaleza y el destino los condena, y

Porque el delito mayor
Del hombre es haber nacido.

A los que creen en el progreso moral, les responde Leopardi con esta tremenda profecía.

Questa legge in pria
Scrisser natura e il fato in adamantè;
E co' fulmini suoi Volta ne Davy
Lei non cancellerà, non Angliá tutta
Con le machine sue, né con un Gange
Dí politici scritti il secol novo.
Sempre il buono in tristezza, il vile in festa
Sempre e il ribaldo: incontro all'alme eccelse
In arme tutti congiurati i mondi
Siero in perpetuo: al vero onor seguaci
Calumnia, odio e livor; cibo de' forti
Il debole, cultor de' recchi e servo
Il digiuno mendico, in ogni forma
Dí comun regimento, o presso o lungi
Sien l'eclittica o i poli, eternamente
Sarà, se al gener nostro il propio albergo
E la face del di non vengon meno.

Desgraciadamente por lo que hoy estamos viendo, creo que se puede deducir que la profecía de Leopardi se cumplirá. En lo único que tienen alguna apariencia de razón los que defienden la época presente es en su-

poner que el fanatismo religioso se ha mitigado y que no es tan cruel como en otras épocas. Pero si verdaderamente el fanatismo religioso se ha mitigado ya, ¿dejarán por eso de existir otros fanatismos menos disculpables y más crueles acaso? En el día es verdad que no se sacrifican ya á los dioses, por el bien de sus pueblos, los Decios, los Curcios, las princesas vírgenes, ni los emperadores mejicanos: los cuales quedaban honrados y venerados entre los suyos, y tenían al morir este gran consuelo que las más modernas víctimas humanas de la Inquisición no podían nunca tener, porque al par de ser sacrificadas, eran deshonoradas: pero en cambio de estas víctimas del fanatismo religioso tenemos hoy más que nunca las del fanatismo político. El mismo fanatismo religioso puede renacer con las mismas formas que antes tenía, ó con otras nuevas. «Cuando los antiguos, dice Donoso Cortés, buscaban una víctima limpia de toda mancha é inocente, y la conducían al altar ceñida de flores para que con su muerte aplacára la cólera divina, satisfaciendo la deuda del pueblo, acertaban en mucho y erraban en algo.» ¿Quién nos asegura, pues, que no acertaremos en adelante de esta suerte? ¿El mismo Donoso Cortés no cree en la eficacia purificante de la sangre derramada de cierta manera? ¿No interpreta de este modo las palabras del Apóstol á los hebreos, *sine sanguine non fit remissio*? El error estuvo solo (y continua hablando Donoso Cortés) en creer que podía haber un hombre inocente y justificado hasta tal punto que pudiera ser ofrecido eficazmente en sacrificio por

los pecados del pueblo en calidad de víctima redentora. » Por eso sin duda tuvo que sacrificarse Dios mismo hecho hombre: mas no por eso dejarán de sacrificarse muchos hombres en lo sucesivo; ó ya porque no se crea en ese divino Redentor; ó ya porque se dude de la eficacia de su redención; ó ya porque no se juzgue completa y general esta eficacia.

Me parece que bastará lo que llevamos dicho para conocer los motivos y razones más ó ménos plausibles, que Leopardi tuvo ó pudo tener, para estar tan mal avenido con la vida, con el mundo, y con el destino inflexible que, no creyendo él en Dios, imaginaba que dirigia las cosas todas. La ciencia de los misterios, esto es, la religion, es la sola ciencia de las soluciones supremas: y no siendo Leopardi creyente, á pesar de su mucha filosofia, y á pesar de todas las filosofías hasta ahora imaginadas, habia de hallar mil dudas horribles, y ninguna solucion satisfactoria para ellas. No creyendo nuestro poeta en otra vida mejor, no era posible que se contentase con esta tan mala. La consideracion de que este mal es general y necesario no basta á que un hombre de ingenio se resigne. Los tontos solamente se resignan cuando los males son necesarios, y tocan á muchos ó á los más. El proverbio castellano lo dice. Leopardi tampoco podia consolarse con la idea de que era y seria siempre parte del gran todo; ni podia creer de buena fé que estaba en él, y que él estaba en el yo universal y absoluto, que nunca fenece. Opiniones son éstas en extremo ingeniosas; pero poco consoladoras, y poco comprensibles.

Veamos, pues, si en medio de sus dudas, tormentos y tinieblas, habia en Leopardi alguna idea, ó algun sentimiento que le consolase ó inspirase. Veamos cuál era el origen de su entusiasmo poético; que le tuvo, á no dudarlo, hasta el punto de ser el más gran poeta lírico de nuestro siglo.

IV.

Del inextinguible deseo de lo infinito nace el entusiasmo de Leopardi. Este deseo, aunque nunca satisfecho, aunque perpétua y constante causa del dolor del poeta, es sin embargo, el mayor bien que el poeta tiene, porque el poeta prefiere el dolor al fastidio; y porque ama este deseo inextinguible, que se sustenta de sí mismo, por no hallar otro sustento.

Hay en el amor de Leopardi algo del amor que Platon nos describe en el Banquete y en el Fedro: y mucho de aquel amor de que habla Esopo en la fábula maravillosa de Júpiter y Eros. Júpiter envia á Eros á renovar y á salvar el mundo y á encender en las almas escogidas y hermosas un fuego celeste engendrador de todo bien.

Los sentimientos de Leopardi eran cristianos: y para ser cristiano sólo le faltaba la fé. La caridad, en el más lato y perfecto sentido de la palabra, ardía en su pecho. El Amor divino, ese hijo de la Venus Urania, viene personificado en los cantos de Leopardi, y es el objeto de su adoracion y de su culto; su pensa-

miento dominante, y la única ilusion que le queda, despues de perdidas las demás.

Ratto d' intorno, intorno, al par del lampo,
 Gli altri pensieri miei
 Tutti si dilegnar. Siccome torre
 In solitario campo,
 Tu stai solo, gigante, in mezzo á lei.

Leopardi es religioso, y si no lo fuese no podría ser poeta. Su religion es el amor, su Dios el amor. Y no sólo en sus cantos despliega ese entusiasmo, sino tambien en sus discursos en prosa. Cuenta en uno de ellos, titulado *Historia del género humano*, que al principio tuvieron los hombres para su consuelo varios agradables y bellos fantasmas, cuyos nombres eran Justicia, Patriotismo, Gloria, Virtud, Esperanza, etc.: mas no contentos los hombres con estos fantasmas, desearon la Verdad, y la Verdad vino y arrojó de la tierra á la Virtud y á la Esperanza y á todas las demás ficciones. Sólo les quedó á los hombres el amor sensual, aunque liviano y pasajero, único alivio de sus penas. Terrible fué entónces el reinado de la Verdad, y los hombres desesperados y furiosos blasfemaron de ella. Júpiter y entónces (y prosigue hablando Leopardi), compadecido de nuestra suma infidelidad, propuso á los inmortales que alguno de ellos viniese á visitar y á consolar en tanto trabajo á la humana gente, y muy en particular á los que no mostraban ser, por ellos mismos, merecedores de la universal desventura, á lo cual, habiéndose callado

todos los otros dioses, Amor, hijo de Venus celeste, conforme en el nombre al fantasma así llamado, pero en virtud y en obras diferentísimo, se ofreció (pues su piedad es singular entre todos los númenes), á hacer lo que Júpiter proponia y á descender del cielo, de donde él nunca jamás habia salido ántes, por no sufrir el coro de inmortales, que entrañablemente le queria, que se alejase, ni por muy corto tiempo, del trato y familiaridad de ellos.....

.....Desde aquella ocasion, rara vez suele ya descender Amor, y poco se detiene, así por el escaso y ningun merecimiento de la gente humana, como porque los dioses soportan molestisimamente su ausencia; pero, cuando viene á la tierra, escoge los corazones más tiernos y más nobles de las personas más generosas y magnánimas: y allí se reposa por breve espacio, difundiendo en ellos tan peregrina y maravillosa suavidad y llenándolos de tan puros y elevados afectos, y de tanta virtud y fortaleza, que estos corazones gozan, por la gracia de Amor, de un sentimiento desconocido al resto de los hombres; no de algo parecido á la bienaventuranza, sino de su esencia misma!

Este sentimiento beatífico que Amor puso en el corazón de Leopardi es, no sólo el manantial de su entusiasmo, sino tambien el único motivo que el poeta tiene para apreciar en algo la vida, y para preferirla á la muerte.

Pregio non ha, non ha ragion la vita
 Se non per lui, per lui ch' all' uomo é tutto:
 Sola discolpa al fato,

Che noi mortali in terra
 Pose a tanto patir senz' alcun frutto;
 Solo per cui talvolta,
 Non alla gente stolta, al cor non vile
 La vita della morte é piu gentile.

El pensamiento de este Amor divino reviste en un principio la forma del amor sensual, y se confunde y amalgama con él. La imaginacion entónces pone en una mujer su pensamiento amoroso; y en esta mujer toda la hermosura y la perfeccion toda, que es capaz de concebir. Más tarde, ó ya porque el ardor de la juventud ha pasado, ó ya porque se reconoce que no existen en la mujer las perfecciones imaginadas, ese Amor divino se pone en Dios que es su verdadero origen, así como es su verdadero objeto y su verdadero fin. Cuando, por desgracia, se duda de Dios y no se le puede amar, se ama á este Amor como se ama á una idea: idea sin copia, ni correspondencia, ni objeto que la represente en el mundo: idea vaga que parece estar dentro de nosotros mismos, y que se fija á veces, aunque de paso, y derrama su hermosura en las cosas que vemos y que entendemos: idea que encendió en Leopardí el amor de la mujer querida, el amor de la patria y el amor de la humanidad; y que, perdidos ya, entibados ó mal apagados estos amores, continuó siendo ella sola la causa y el objeto del amor de Leopardí. La única ocupacion seria, el único asunto de la vida, era para este místico acto de nuestro poeta pensar, soñar y adorar en su idea, ya desnuda de toda apariencia, ya en cualquiera de sus manifesta-

ciones fenomenales. Leopardí no buscaba en la poesía sino formas nuevas y hermosas, donde esa idea se pudiese dignamente encarnar. Fuera de esta idea nada esperaba encontrar Leopardí digno de su amor, ni en el mundo y la vida, ni más allá del mundo y de la vida. Su desden era soberbio y horroroso, pero sublime.

Da che ti vidi pria
 Di qual mia seria cura último obbietto
 ¿Non fosti tu? quanto del giorno é scorso
 ¿Ch' io di te non pensassi? ai sogni miei
 La tua sovrana imago
 ¿Quante volte mancò? Bella qual sogno,
 Angelica sembianza,
 Nella terrena stanza,
 Nell' alte vie dell' universo intero,
 Che chiedo io mai, che spero
 ¿Altro che gli occhi tuoi veder piu vago?
 Altro piu dolce aver che il tuo pensiero?

Pero este mismo fantasma de hermosura, esta dama-duende, esta idea fugitiva que Leopardí amaba, se le iba muy á menudo de la imaginacion, y le dejaba solo: ó ya porque la imaginacion no tenia bastante fuerza para sostenerse con la idea querida en los espacios imaginarios, ó ya porque la razon, que nunca abandonaba al poeta, disipaba la ilusion como un ensueño. Entonces del mismo sentimiento que habia nacido el amor nacía la desesperacion y el deseo de la muerte. La muerte y el amor son hermanos, segun el poeta, y á ambos dedica una de sus más bellas

canciones. Del amor nace todo bien y todo mal cesa con la muerte. Cuando el amor no puede dar todo el bien deseado, la muerte destruye el deseo, y por consiguiente el mal. El que ama verdaderamente, desea morir. Con la muerte logrará, fuera de este mundo, el bien que le pinta y hacia el cual le mueve el amor, ó dejará de desear, si es imposible y fantástico su deseo.

Este afán y adoración de la muerte del místico ateo, presenta caracteres muy semejantes, aunque por distinto camino, al empeño de mortificar la carne, de aniquilar los sentidos, de padecer el martirio y de acabar con la vida de los místicos creyentes. La vida de Leopardi debió ser un continuo sacrificio de la vida; y sin duda Leopardi se hubiera suicidado si las enfermedades que padecía, y que con el intenso trabajo de su pensamiento, él mismo acrecentó, si no produjo, no hubiesen prematuramente dado fin á su existencia. Bien se pueden poner sobre su sepulcro estos tres versos, en los cuales trata el poeta de retratar á Alfieri:

Disdegnando e fremendo, immacolata
Trasse la vita intera,
E morte lo scampó dal veder peggio.

V.

Ya hemos visto que la mujer que Leopardi amó es, como él mismo dice, «la mujer que no se encuentra. No se sabe si esta mujer haya nacido ya, ó deba nacer algún día. Lo único que se sabe es que no vive

ahora en la tierra, y que no somos sus contemporáneos.» La mujer, según Leopardi la veía y comprendía, es un ser muy inferior al hombre é incapaz de percibir siquiera los sentimientos que sabe inspirar. Leopardi no podía poner seriamente su amor en objeto tan indigno: y por eso acaso (á lo ménos así lo aseguran los amigos y biógrafos del poeta) bajó éste á la tumba en el mismo estado perfecto, en que podría un santo de los más santos é immaculados.

En el amor de la patria no fué Leopardi mucho más feliz. La patria que él amaba no era tampoco su contemporánea; pero al ménos esta patria habia existido en otro tiempo, y el amor de Leopardi pudo alimentarse de recuerdos, y con la vista de las ruinas y con el estudio de los grandes autores y la admiración de los héroes maravillosos que en otra época produjo.

O patria mia, vedo le mura e gli archi
E le colonne e i simulacri e l'erme
Torri degli avi nostri;
Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi
I nostri padri antichi.

Todo este canto á Italia, los cantos á Angelo Mai, y al monumento de Dante, y algunos otros, están inspirados por un tan doloroso, sublime y extraordinario amor de la patria, y escritos por un estilo tan bello y tan alto, que para hacer conocer el mérito de ellos sería menester citarlos todos. Yo para mí tengo que nada

canciones. Del amor nace todo bien y todo mal cesa con la muerte. Cuando el amor no puede dar todo el bien deseado, la muerte destruye el deseo, y por consiguiente el mal. El que ama verdaderamente, desea morir. Con la muerte logrará, fuera de este mundo, el bien que le pinta y hacia el cual le mueve el amor, ó dejará de desear, si es imposible y fantástico su deseo.

Este afán y adoración de la muerte del místico ateo, presenta caracteres muy semejantes, aunque por distinto camino, al empeño de mortificar la carne, de aniquilar los sentidos, de padecer el martirio y de acabar con la vida de los místicos creyentes. La vida de Leopardi debió ser un continuo sacrificio de la vida; y sin duda Leopardi se hubiera suicidado si las enfermedades que padecía, y que con el intenso trabajo de su pensamiento, él mismo acrecentó, si no produjo, no hubiesen prematuramente dado fin á su existencia. Bien se pueden poner sobre su sepulcro estos tres versos, en los cuales trata el poeta de retratar á Alfieri:

Disdegnando e fremendo, immacolata
Trasse la vita intera,
E morte lo scampó dal veder peggio.

V.

Ya hemos visto que la mujer que Leopardi amó es, como él mismo dice, «la mujer que no se encuentra. No se sabe si esta mujer haya nacido ya, ó deba nacer algún día. Lo único que se sabe es que no vive

ahora en la tierra, y que no somos sus contemporáneos.» La mujer, según Leopardi la veía y comprendía, es un ser muy inferior al hombre é incapaz de percibir siquiera los sentimientos que sabe inspirar. Leopardi no podía poner seriamente su amor en objeto tan indigno: y por eso acaso (á lo ménos así lo aseguran los amigos y biógrafos del poeta) bajó éste á la tumba en el mismo estado perfecto, en que podría un santo de los más santos é immaculados.

En el amor de la patria no fué Leopardi mucho más feliz. La patria que él amaba no era tampoco su contemporánea; pero al ménos esta patria habia existido en otro tiempo, y el amor de Leopardi pudo alimentarse de recuerdos, y con la vista de las ruinas y con el estudio de los grandes autores y la admiración de los héroes maravillosos que en otra época produjo.

O patria mia, vedo le mura e gli archi
E le colonne e i simulacri e l'erme
Torri degli avi nostri;
Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi
I nostri padri antichi.

Todo este canto á Italia, los cantos á Angelo Mai, y al monumento de Dante, y algunos otros, están inspirados por un tan doloroso, sublime y extraordinario amor de la patria, y escritos por un estilo tan bello y tan alto, que para hacer conocer el mérito de ellos sería menester citarlos todos. Yo para mí tengo que nada

hay mejor en poesía; al ménos no recuerdo haber leído poesías que me hayan hecho impresion más profunda.

Pero donde está como concentrada toda la desesperacion de Leopardi y recapitulada toda su doctrina espantosa es en el último canto de Safo, y en el Bruto Minore. Nosotros hemos dicho ya qué doctrina es la de Leopardi y hemos notado y hecho notar á los lectores la belleza de sus cantos. Bien se nos alcanza, sin embargo, que para comprender y apreciar toda esta belleza no bastan nuestras pobres observaciones y conviene leer con atencion al mismo poeta.

Muchos doctos italianos, Mr. de Sainte-Beuve en Francia, y en Inglaterra *The quarterly Review*, han tratado de la vida y de las obras todas de Leopardi. Nosotros solo hemos hablado de sus cantos; y aun esto no basta para poder apreciar á Leopardi como poeta. Sus Paralipómenos de la Batracomiomaquia, poema satírico, donde segun la confesion del crítico inglés que hemos citado, tiene el poeta la misma facilidad y gracia que Byron en el D. Juan, y la misma agudeza y brio que Swift en la sátira política, demuestra que Leopardi sabia tocar todos los tonos y que era siempre un altísimo poeta. Los italianos proclaman á Leopardi, como poeta perfecto, rival del Tasso, y rival de Galileo, como perfecto prosista. El asiduo y profundo estudio que hizo Leopardi de los clásicos griegos y latinos y de su propia lengua contribuyó poderosamente á darle la felicidad de expresion, la sencillez y ternura de estilo, y la pureza, primor y armonía

de lenguaje, que notamos en todas sus obras, que le hicieron digno de aquellos títulos, y que le conquistaron asimismo el de eruditísimo y sábio filólogo. Niebuhr le tenia por tal cuando aun Leopardi no pasaba de la edad de veinte y dos años. Leopardi conocia ya las literaturas y las lenguas griega, latina, hebrea, italiana, francesa, española, alemana é inglesa. Nosotros, exclama el crítico inglés de *The quarterly Review*, nos acordamos involuntariamente de Hermes, del cual canta Homero.

ἦώς γεγονώς μέσω ἡματι εγκιβάρειν,
εσπεριος Βοῦς κλέψεν εκηβόλου Απόλλωνος.

Leopardi ha traducido los idilios de Mosco y otras muchas poesías griegas y latinas: ha escrito una obra sobre los errores populares de los antiguos; y ha comentado y anotado varios autores: todo lo cual no nos incumbe tratar en este momento. Como Leopardi amaba la forma, esto es, la belleza, hasta el extremo de creer que la virtud misma no era más que una obra de arte, y el hombre virtuoso un artista eminente, la literatura griega y la forma del pensamiento griego, por ser las más correctas, hermosas y acabadas, fueron las que él más estudió; llegando á amoldar su pensamiento en aquella forma hasta el punto de no distinguirse, cuando él queria, una obra suya de la de un antiguo poeta helénico. Así fué que su himno original á Neptuno pasó entre los más eruditos y pers-

picaces, por la traducción de un manuscrito recién descubierto. Sus traducciones en prosa de Jenofonte, Isócrates y Epitecto son más bien reproducciones que traducciones: y sus anacreónticas originales en griego parecen escritas por el mismo Anacreónte. Además hay publicados de Leopardi los *Pensamientos*, los *Diálogos* y la correspondencia, obras todas que son la admiración y la gloria de Italia, y que apenas se conocen en nuestro país. La filosofía de Leopardi en sus diálogos y sus pensamientos, es idéntica á la de sus cantos, aunque más clara y metódicamente expuesta. Leopardi, como ya hemos dicho varias veces, es un místico ateo. No le faltó más que la fé para ser cristiano; ni más que ser cristiano para ser santo: y es digno de ser estudiado, no sólo como eminencia literaria y filosófica, sino también como carácter extraordinario y grande. Sus extravíos, su falta de religión, creo firmemente que más fueron resultas de la naturaleza de su ingenio y de la manera y método que siguió en sus estudios, que consecuencia de sus horribles padecimientos y de su malaventurada vida. «Antes de morir, dice Leopardi mismo, quiero protestar contra esa invención de la debilidad y de la vulgaridad, y rogar á mis lectores que procuren destruir mis observaciones y mis razonamientos y no acusar mis enfermedades.»

(*Revista de Ambos Mundos.*)

OBRAS POÉTICAS DE CAMPOAMOR.

I.

Voy á hablar á nuestros lectores de uno de los más delicados y graciosos poetas, que España ha tenido en estos últimos tiempos; y como no soy amigo de inquirir vidas ajenas, no me pondré aquí á contar menudamente la suya. Solo diré que vive aún, que se llama Campoamor, y que anda por esas calles de Madrid tan bueno y tan contento, que da gloria verle. Su melancolía (de la de sus versos hablo, pues en su conversacion es alegre como unas sonajas), tiene más de la languidez dulcísima que sucede al placer en una naturaleza sana y pagana, que de verdadera y legítima

picaces, por la traducción de un manuscrito recién descubierto. Sus traducciones en prosa de Jenofonte, Isócrates y Epitecto son más bien reproducciones que traducciones: y sus anacreónticas originales en griego parecen escritas por el mismo Anacreónte. Además hay publicados de Leopardi los *Pensamientos*, los *Diálogos* y la correspondencia, obras todas que son la admiración y la gloria de Italia, y que apenas se conocen en nuestro país. La filosofía de Leopardi en sus diálogos y sus pensamientos, es idéntica á la de sus cantos, aunque más clara y metódicamente expuesta. Leopardi, como ya hemos dicho varias veces, es un místico ateo. No le faltó más que la fé para ser cristiano; ni más que ser cristiano para ser santo: y es digno de ser estudiado, no sólo como eminencia literaria y filosófica, sino también como carácter extraordinario y grande. Sus extravíos, su falta de religión, creo firmemente que más fueron resultas de la naturaleza de su ingenio y de la manera y método que siguió en sus estudios, que consecuencia de sus horribles padecimientos y de su malaventurada vida. «Antes de morir, dice Leopardi mismo, quiero protestar contra esa invención de la debilidad y de la vulgaridad, y rogar á mis lectores que procuren destruir mis observaciones y mis razonamientos y no acusar mis enfermedades.»

(*Revista de Ambos Mundos.*)

OBRAS POÉTICAS DE CAMPOAMOR.

I.

Voy á hablar á nuestros lectores de uno de los más delicados y graciosos poetas, que España ha tenido en estos últimos tiempos; y como no soy amigo de inquirir vidas ajenas, no me pondré aquí á contar menudamente la suya. Solo diré que vive aún, que se llama Campoamor, y que anda por esas calles de Madrid tan bueno y tan contento, que da gloria verle. Su melancolía (de la de sus versos hablo, pues en su conversacion es alegre como unas sonajas), tiene más de la languidez dulcísima que sucede al placer en una naturaleza sana y pagana, que de verdadera y legítima

melancolía. Su misticismo no es sino el propio deleite pasado por alquitara, para extraer de él la más sublime quinta esencia. Su moral es tan blanda, que cuando se pone sério y nos reconviene, no asusta ni á los niños de la escuela: y de todas sus sátiras no se puede sacar, por más que se expriman, ni siquiera un adarme de hiel, sino alguna sal y pimienta, con que se sazona y hace más deseable el fruto prohibido.

Campoamor tiene su sistema filosófico; y hasta le ha reducido últimamente á cuerpo de doctrina, publicando un libro, del cual pienso ocuparme cuando Dios me dé favor y atrevimiento para penetrar y escudriñar aquellas profundidades. Entretanto baste saber que su filosofía es optimista, en consonancia con el carácter del autor, aunque él no quiera confesarlo, por seguir la moda del día, que nos inclina á llorar y á quejarnos de todo. Pero Campoamor es cándido y natural, hasta cuando quiere mostrarse mas taimado y artificioso, y deja siempre ver á las claras que está satisfecho de sí mismo y de todo cuanto le rodea, que todo lo halla dispuesto y ordenado para el bien, y que las cosas no pueden estar mejor de lo que estan, pues hasta sus defectos son perfecciones, si se atiende al enlace y trabazon con que van encaminadas y convienen á la universal armonía.

Esta conclusion, á que viene á parar, á mi ver, la filosofía de nuestro poeta, ya expuesta en prosa metódicamente, ya con raptos líricos en verso, no será nueva ni original, si se quiere; pero no se ha de negar que es originalísimo el encadenamiento de racionios,

que no nos incumbe examinar ahora, por donde viene Campoamor á dar en ella como en su centro; porque su centro es el optimismo. Dichoso él, que está dotado de una imaginacion risueña, de un alma excelente y de un temperamento suave. En fin, si no fuera porque se ha abusado de la expresion *buena pasta*, diciendo que la tienen los tontos, diría yo de Campoamor que la tiene bonísima, creyendo hacer de su persona el más cumplido elogio, y suponiendo, ó más bien dando por cierto y averiguado, que en él se hallan y concurren todas aquellas raras cualidades que tanto deseaba Juvenal, y que le pedia á los dioses, recapitulándolas en estas breves palabras: *Mens sana in corpore sano*.

Como esta salud superabundante, y muy singularmente en la mocedad, no cuadra bien con ciertos preceptos, los poesías de Campoamor, donde se encomian, ó si no se encomian se pintan con dulces palabras las transgresiones de esos preceptos mismos, debieron ofender y ofendieron á los hipócritas que las acusaron de inmorales. Yo que no soy santo, sino débil y pecador, si los hay, no me atreveré nunca á acusarlas como ellos: y aunque no pretenderé tampoco, como algunos críticos visionarios, que nuestro poeta es una especie de Caton cristiano, y que no describe el vicio sino para ponerle remedio, ni descubre la herida sino para catarla, todavía diré en su abono que los vicios que pinta son tan pequeñuelos, y tan poco hondos sus pensamientos pecaminosos, excusados en parte por la ternura en que vienen envueltos, que no pueden em-

peorar el estado de la sociedad ni corromper las costumbres. A lo más que contribuirán estas poesías es á dar cierto barniz de elegancia y delicadeza á las malas costumbres que ya existen, de ser inconstantes los que bien se quieren, de no saber resistir á los halagos, y de exclamar en ciertas ocasiones:

VERITATIS
 «Es imposible, Victoria,
 que haya un tormento,
 que me haga olvidar la gloria
 de este momento.
 No, quien dicha tan cumplida
 á ver llegó,
 Ni en la eternidad la olvida:
 ay! no! ay! no!»

Campoamor es un poeta del amor y la hermosura, muy favorito y popular entre las damas; y no pasa de una simplicidad ingeniosa el atribuirle la misión de moralizar el mundo como si fuera algun capuchino. Se parecen los críticos que tal dicen, al reverendo padre maestro fray José de Valdivielso que, al aprobar las novelas harto libres de Doña María de Zayas, comienza así: *En este honesto y entretenido libro no hallo cosa que se oponga á la moral cristiana.* Yo que no soy ni como el padre Valdivielso ni como esos críticos que entienden acaso la moral cristiana de muy diferente manera, digo terminantemente que en el libro de Campoamor hallo cosas que en cierto modo se oponen á esta moral; pero creyendo yo, como creo, que la moral cristiana es más firme y duradera, y ejerce y debe

ejercer en las almas mucho más influjo que cuantas poesías se han escrito, absuelvo las de Campoamor y las pongo sobre mi cabeza, no porque moralizan, y mucho menos porque desmoralizan, sino porque son bonitas en su género. Verdad es que estas poesías pintan con colores demasiado vivos la mundana hermosura; pero la pintan tan hermosamente que á los que la aman les prestan cierto sentimiento poético; y á los que son ascetas y mortifican sus carnes no les hacen ni les pueden hacer daño alguno. Tomar por catecismo las poesías de Campoamor ó quemarlas por corruptoras, valdría tanto como poner en los altares á la Venus Calípiga cual si fuese una devota imágen, ó hacerla pedazos imaginando que el que la hizo tenia el diablo en el cuerpo y queria endiablarnos á todos con la vista y consideracion de aquellos encantos.

Esta diversidad de opiniones, reprobando unos un libro por infernal, y ensalzándole otros por divino, proviene de una mismísima opinion, nacida á su vez del exagerado amor propio, en el dia más que nunca subido de punto de los hombres de letras; los cuales suponen que cuanto ellos escriben, no solo ha de divertir ó interesar á la gente, sino que ha de ejercer en la sociedad una grande influencia, ya saludable ya funesta, y otras inocentadas por este orden. Porque, si verdaderamente hay libros que han influido de este modo, se puede asegurar que son contados; y si bien se examina, así estos, como los más, no son sino el eco de las ideas y preocupaciones de la época en que sus autores vivieron. Lo cual es más cierto é indudable si

se refiere á los libros de entretenimiento, que no suelen entretener ni llenar por lo tanto su objeto cuando son muy morales. La humanidad está corrompida y se entretiene con la pintura poética de su propia corrupcion. Algo más libres que las poesias de Campoamor, en las cuales al cabo no se falta jamás á la decencia, son las de Ariosto y los cuentos de Boccacio, y estan, si no consentidos, tolerados en todas las naciones cultas y religiosas.

Claro se ve que yo coloco las poesias entre los libros de entretenimiento, y que no afirmo de estos tiempos lo que Horacio de los primitivos.—*Dictæ per carmina sortes, et vitæ monstrata via est.* No negaré por eso que en verso y prosa, y tanto en discursos y tratados científicos como en coplas y novelas, se pueden propalar máximas subversivas de la moral y de las leyes; pero no es este el caso de las poesias de Campoamor, ni tampoco faltan al decoro debido, ni salen de los límites de la ereacion artística para convertirse en arengas revolucionarias. Bien sabemos que hay libros que por inmorales, peligrosos ó indecorosos, se deben condenar. Y para que no se diga que incurrimos en contradiccion explanaremos nuestro pensamiento con el mismo simil de la Venus Calipiga de que ya nos hemos servido: porque si esta Venus, en vez de estarse quieta y tranquila sobre su pedestal de mármol, bajase de él por arte de encantamiento, y, ya de carne y hueso, se fuese correteando las calles de la ciudad con el mismo traje y ademan que tiene en el Museo, en vez de ser admirada de los

doctos y discretos, sería escándalo de todos y vendría á parar en una casa de correccion.

Apuntadas estas razones, quedarán convencidos los que me lean, al menos así lo espero, de que las poesias de Campoamor, ya que no son un compendio del Lárraga, tienen á lo más una inmoralidad ligera é inofensiva, como la Venus, que se queda sosegada en su Museo; si bien el poeta confiesa ingénuamente que lo que es él anduvo vagando por toda España, para inspirarse sin duda,

«Haciendo el Don Juan Tenorio
Con doncellas de labor.»

Pasemos ahora á considerar las inspiraciones de esta Musa andariega y enamorada.

II.

Del Petrarca ha dicho otro eminente poeta que

«Amore nudo in Grecia, nudo in Roma,
D'un velo candidissimo adornando,
Rendea nel grembo a Venere celeste:»

Y aunque yo soy grande admirador del Petrarca, y más aún del Dante, que, poniendo mayor espiritualismo en sus amores, llega á hacernos dudar de la existencia corpórea de Beatriz, y nos la trasforma en figura simbólica de la ciencia divina, todavía entiendo que los poetas platónicos, sucesores de aquellos dos grandes ingénios, han vuelto enclenque al amor sano y robusto de los antiguos, á fuerza de arroparle y en-

volverle en velos y cendales más ó ménos cándidos.

Por otra parte, el amor platónico suele ser un lazo que se tiende á las personas incautas para hacerlas caer en otro género de amores. Léase, si no, lo que declara Byron sobre este punto, cuando ve que Doña Julia cae en brazos de Don Juan, á pesar de todos sus propósitos. El amor platónico, esa adoracion de la mujer, habrá nacido, si se quiere, del cristianismo (ya que Platon poco ó nada tiene que hacer con este amor platónico, aunque le damos su nombre por ajustarnos al uso corriente): mas habrá nacido del cristianismo como nacieron de él las heregías. ¿Qué es más el amor platónico que una heregía? Sin duda que el cristianismo pone en el alma ese amor sublime é infinito; pero dedicarle á un ser finito es una profanacion y una ceguera lastimosa. Razonablemente, aunque se enfaden las mujeres, no debemos amarlas sino como se ama al prójimo, y casi nunca las amamos de otra manera: y desengañense y entiendan que cuando ven en nuestros amores mayor vehemencia, proviene ésta de causas mucho menos metafísicas; y crean que la vanidad ofendida y excitada por la coqueteria y los obstáculos, y la terquedad y el capricho, hacen más constantes y rendidos amadores que todas las flechas de oro que dispara el hijo de la Venus Urania; el cual vive con los inmortales, rara vez viene al mundo, y contados son los corazones que halla dignos de sentir sus heridas.

Campoamor, á quien yo no le niego que haya sentido esas heridas, y hasta creo que en los *eyes del alma*

se muestre inspirado per ellas, fingiéndose un cielo que adorar, y elevando á él sus suspiros: está por lo general contento de las cosas de este mundo, viéndolas al través de mil ensueños que aun se las tornan más hermosas; y en sus versos de amor, á pesar de todos los discretos y sutilezas con que los adorna, se descubre siempre al materialista. Cuando se encuentra poseido de un amor más santo, tiene el buen instinto de dedicársele á Dios, pidiéndole perdon de sus culpas. Mas por lo comun, ni le aqueja ese deseo de lo ideal y de lo ultramundano, ni su carácter alegre permite que los remordimientos vengan á perturbarle á menudo. Ved aquí los versos más sinceros que acaso haya escrito Campoamor en toda su vida. En ellos describe admirablemente la dichosa condicion de su alma.

«Hay almas como la mía,
que no tienen pesadumbres,
y pronto, cuando las tienen,
su grave peso sacuden.

Almas felices en todo,
que sólo sus gustos cumplen,
siguiendo tantos placeres
cuantos pesares rehuyen.

Almas en fin, que no hay pena
que felizmente no endulcen,
próximo mal que no espanten,
lejano bien que no busquen.

Que siempre á los seralines
ven en los aires azules;
junto á las verdades, sueños;

entre las tinieblas, luces;
 Flores sin fin en los llanos,
 puentes y luz en las cumbres,
 en los estanques sirenas,
 y sílfides en las nubes.
 Dichosas almas que tienen
 el delirar por costumbre,
 y siempre hermosas visiones
 con tierno afán las circuyen.
 Que penetrando en el cielo
 roban osadas su lumbré,
 y luego pintan el mundo
 con un color que seduce.»

Este mundo seductor que el poeta nos pinta es el encantado paraíso de los deleites, el cuadro en cuyo centro coloca á la mujer, y donde todo concurre á dar más realce á su hermosura; flores, árboles, aromas, céfiros, luz y armonías de la creación entera. Campoamor es un furibundo pagano, y se podría poner muy en duda su salvación, si, como ya he dicho, no se arrepintiese de vez en cuando de sus extravíos y pidiese á Dios perdón de ellos humildemente. Mas por desgracia y por una singular anomalía, cuando hace por ganar la gloria del cielo con estos actos de contrición, es cuando menos gloria poética adquiere; y cuando más poeta se nos figura, es cuando está menos místico y contrito. Quédense, pues, sus poesías místicas y tristes para que Dios se las pague y se las descuenta de sus pecados, y hablemos nosotros de las profanas y alegres.

La primera parte de las poesías de Campoamor se titula *Ternezas y flores*: ternezas y flores de la primavera de su vida, frescas, lozanas y escritas con toda la efusión de un alma enamorada. Aquí apenas hay arrepentimientos ni misticismos; todo es amor y alegría. La misma forma, aunque no se puede decir que Campoamor haya hecho estudios muy profundos de la lengua, es perfecta por instinto. La riqueza y espontaneidad de su imaginación hallan sin esfuerzo alguno la manera más adecuada y elegante de expresar los sentimientos y pensamientos, y de engalanarlos con imágenes floridas. Romances hay en esta primera parte como los mejores romances amorosos que jamás se escribieron; y quintillas tan bellas, armoniosas y dulces, como las célebres de Gil Polo. Hé aquí como principia la composición titulada *El Amor de la Sierra*.

«A tiempo que sube ufana,
 matizando el horizonte
 de púrpura la mañana,
 cantando de un fresco monte
 baja una linda serrana.

«Con voz que á la alondra afrenta,
 al campo alegrando viene,
 y aunque triste se lamenta,
 mucho en oíría contenta
 por lo que de dulce tiene.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

«No hay céfiro, ave ni fuente
que con su voz no avasalle;
por eso á su son doliente
responden tan dulcemente
los ruseñores del valle.

«En su purísimo acento
hallan los tristes dulzura,
los tibios grato ardimiento,
los afligidos contento,
y los amantes ternura.

«Deja el rebaño olvidado,
y es, á mi entender, locura
pensar que cuida el ganado
la que tan solo se cura
de un amoroso cuidado.»

Para citar todas las bellezas que contiene esta primera parte sería menester hacer de este artículo un libro. Me limito, pues, á aconsejar al lector que compre este tomo de poesías, lindamente impreso por el Sr. Rivadeneira, y que lea y relea la primera parte y las *Doloras*; que si esta lectura no le divirtiere, ya puede estar seguro de que no tiene buen gusto ni afición á los versos.

Pero antes de llegar á las *Doloras* no me parece justo que el curioso lector salte por cima de los *Ayes del alma*; entre los cuáles se encuentra tal cual *ay*, que no desdice del autor de las *Ternezas y flores*. El ingenio al fin, aunque se empeñe en producir cosas contrarias á su indole y condicion, siempre muestra lo

que vale; y singularmente cuando vale mucho, como el de nuestro poeta. Entre sus *Ayes* hay dos prolongadísimos. Es el uno un fragmento, ó mejor diré una coleccion de fragmentos de un poema sobre el tremendo asunto de Juicio final (Dios nos le dé á todos): y el otro una leyenda titulada *Ei alma en pena*, que no es tan triste como el nombre lo indica; que habla de amores y de otras aventuras más de este mundo que del otro, y que se lee con interés y está escrita con facilidad y con gracia.

Todavía antes de llegar á las *Doloras* debemos dar otro salto. Aun están de por medio las *Fábulas*, y las hay de toda laya; políticas, filosóficas, religiosas, morales, etc. Campoamor ha tenido ya sus disgustillos y desabrimientos (¿quién no los tiene en esta vida?) y en sus correrías por esos mundos ha recogido larga cosecha de desengaños y documentos, que ofrece en estas fábulas á la juventud inexperta. Escritas con bastante ingenio y en estilo natural y sencillo han alcanzado menos fama de la que merecen; acaso porque el género no está de moda en el día. Citaremos con todo una de estas fábulas para satisfacer en parte la curiosidad de los que no las conozcan.

El alcornoque y la enredadera. ®

«Nació una enredadera
al pié de un alcornoque descarnado,
vistióle de manera,
que fué en la primavera,
siendo un bodoque ruin, blason del prado.

«Como propios primores
lucía el corcho vil ajenas galas,
siendo con tantas flores
envidia de pastores
y blanco del amor de las zagalas.

«¡Oh! qué árbol tan florido,
decían; qué gentil, qué primoroso!
elogio merecido,
pues gracias al vestido
por Dios qué el alcornoque estaba hermoso.

Mas llegaron sin cuento
del otoño las ráfagas sonoras,
y soplando violento
dejó alcornoque el viento,
al que el idolo fué de las pastoras.

«¡Cuantas de esta manera,
Elvira, adoran á un galán bodoque,
y hasta que el aura fiera
lleva la enredadera,
no advierten que han amado á un alcornoque.

IV.

Después de haber dado rápidamente noticia de los *Ayes del alma* y de las *Fábulas* pasemos á ocuparnos de las *Doloras*.

Lo primero que se ocurre al oír esta palabra, es preguntar su significacion y si es la *Dolora* algun género de poesía no conocido hasta lo presente y que por su novedad y extrañeza ha menester un nuevo nombre para clasificarse y distinguirse.

A la primera pregunta sobre la significacion de la *Dolora* poco nos atrevemos á contestar. El capricho solo movió acaso al autor á dar á sus versos este nombre, como pudiera haberles dado otro cualquiera. Quizás la señora de los pensamientos del poeta, en aquella ocasion, se llamase Dolores: y en honor suyo se decidiese él á llamar *Doloras* á toda esta serie de composiciones. Quizás, por último, por sentirse herido de precoces desengaños, y con cierto dolor en el alma, llamase *Doloras* á los versos inspirados por este dolor; dando á entender que era un dolor endeble y suave, como si fuese un dolor hembra; una *dolora*, y no un dolor verdadero y masculino.

En cuanto á la novedad de la composicion, que ha de justificar la novedad del titulo que se le ha dado, diremos que hay en efecto alguna novedad. El poeta quiere que entre en cada una de estas composiciones algo de esa filosofia mundana, que la experiencia le ha enseñado; y pone en ellas consejos y observaciones importantes al rumbo que debemos seguir en este mar alborotado de la vida. La forma dulcemente magistral, satírica y maliciosa; el estilo ni muy familiar, ni muy elevado; la moraleja misma de cada una de estas *Doloras*, que siempre viene á versar sobre la ciencia práctica del mundo; el ir casi todas dirigidas á alguna muchacha, que es el auditorio de que gusta Campoamor, y al que trata de adiestrar en sus filosofías; el tono ligero de las *Doloras*, que por mas que se desespere en ellas el poeta, y diga horrores de la humanidad, ni nos hace mella, ni nos pone compungi-

dos, porque siempre vemos al través de la máscara trágica, que la cubre, la fisonomía jovial y cariñosa del poeta, y porque se conoce que habla por hablar, y que no nos condena, sino que nos compadece, creyendo mas en la debilidad que en la maldad humana, y perdonandola por consiguiente; todo concurre á justificar hasta cierto punto la pretension de Campoamor de hacer pasar sus *Doloras* por un género nuevo. Falta saber si este género es bueno ó malo. Pero algo ha de dejar el crítico por decidir, para que el público lo decida. Solo diré que temo mucho que nadie, sino el Sr. Campoamor, haga nunca *Doloras*, y que si alguno las hiciere, y procurare imitarle, las hará pésimas. Las de Campoamor son, sin embargo, excelentes, y algunas se pueden poner al lado de lo mas selecto que hay en *Ternezas y Flores*: pues si carecen de la frescura de estas (ya que á veces mientras mas bellas y lozanas son las flores, mas desabridos suelen ser sus frutos) todavía tienen un no sé qué de misterioso y picante, que les presta la intencion que lleva el autor, y el aire comicamente sentencioso, que toma al escribirlas. No citamos ninguna de estas *Doloras*, por estar convencidos de que el lector, despertada su curiosidad por lo que hemos dicho, va á comprarlas y á leerlas.

(Revista peninsular.)

LAS ESCENAS ANDALUZAS

DEL SOLITARIO

But ne'er didst thou, fair mount, when Greece was young,
See round thy giant base a brighter choir
Nor e'er did Delphi, when her Priestess sung
The Pythian hymn with more than mortal fire,
Behold a train more fitting to inspire
The song of love than Andalusia's maids etc.

BYRON.—Childe Harold.

II.

Dice el discreto y originalísimo Carlyle, que si le propusieran que su patria no hubiese nunca dominado la India oriental, ó no hubiese nunca tenido á Shakspeare, elegiría sin vacilar lo primero: porque

dos, porque siempre vemos al través de la máscara trágica, que la cubre, la fisonomía jovial y cariñosa del poeta, y porque se conoce que habla por hablar, y que no nos condena, sino que nos compadece, creyendo mas en la debilidad que en la maldad humana, y perdonandola por consiguiente; todo concurre á justificar hasta cierto punto la pretension de Campoamor de hacer pasar sus *Doloras* por un género nuevo. Falta saber si este género es bueno ó malo. Pero algo ha de dejar el crítico por decidir, para que el público lo decida. Solo diré que temo mucho que nadie, sino el Sr. Campoamor, haga nunca *Doloras*, y que si alguno las hiciere, y procurare imitarle, las hará pésimas. Las de Campoamor son, sin embargo, excelentes, y algunas se pueden poner al lado de lo mas selecto que hay en *Ternezas y Flores*: pues si carecen de la frescura de estas (ya que á veces mientras mas bellas y lozanas son las flores, mas desabridos suelen ser sus frutos) todavía tienen un no sé qué de misterioso y picante, que les presta la intencion que lleva el autor, y el aire comicamente sentencioso, que toma al escribirlas. No citamos ninguna de estas *Doloras*, por estar convencidos de que el lector, despertada su curiosidad por lo que hemos dicho, va á comprarlas y á leerlas.

(Revista peninsular.)

LAS ESCENAS ANDALUZAS

DEL SOLITARIO

But ne'er didst thou, fair mount, when Greece was young,
See round thy giant base a brighter choir
Nor e'er did Delphi, when her Priestess sung
The Pythian hymn with more than mortal fire,
Behold a train more fitting to inspire
The song of love than Andalusia's maids etc.

BYRON.—Childe Harold.

II.

Dice el discreto y originalísimo Carlyle, que si le propusieran que su patria no hubiese nunca dominado la India oriental, ó no hubiese nunca tenido á Shakspeare, elegiría sin vacilar lo primero: porque

verdaderamente la posesion de la India, y las ventajas todas que puede traer consigo, aunque no faltan economistas que las pongan en duda, habrá de perderlas al cabo Inglaterra; pero Shakspeare durará siempre. Los hombres de su misma lengua y raza, que en California y en Australia, y en mas remotas y apartadas regiones, si es posible, le lean en lo futuro, se envanecerán por él de ser ingleses, ó de descender de ingleses; y, rota la union política, será Shakspeare simbolo de union mas alta, y lazo de fraternidad entre estos pueblos. De modo que el mas firme cimiento de la nacionalidad, y el mas seguro indicio de la duracion vital, y de la grandeza de una raza, es que no sea muda, y que haya dado dignamente al mundo su pensamiento y su palabra.

Si Camoens no fuese tan español como Lope de Vega, y como Cervantes, si no le llamasen sus compatriotas mismos príncipe de los poetas españoles, y si Portugal y Castilla no fuesen España, creeriamos que *Os Lusitadas* eran el mayor obstáculo á la union futura de ambas naciones. Los pueblos tienen un alma inmortal como los individuos; y Camoens es el alma colectiva de los portugueses. Los pueblos que no tuvieron nunca hombres asi, son pueblos sin alma.

Sucede á veces sin embargo que este espíritu de vida, que esta inteligencia secreta de las naciones duerme, como el alma duerme en la infancia del individuo, ó se aletarga sin morir en un desmayo; pero entonces, aunque de una manera informe y vaga, se manifiesta en la poesia popular este espíritu maravi-

lloso, y con ella deja traslucir y vaticinar su nueva encarnacion y mas gloriosa epifania.

Cuando el espíritu de España tuvo que decir su pensamiento al mundo, pensamiento de fé religiosa y de entusiasmo caballeresco, se encarnó en Calderon y en Teresa de Jesus, y en otros grandes santos y poetas altísimos. Hoy, como no tiene que decir pensamiento alguno, ni los poetas nos satisfacen por ingeniosos y originales que sean; ni los filósofos y políticos nos parecen originales. Estos toman, y tienen que tomar fatalmente su pensamiento del espíritu de otras naciones; y la originalidad de aquellos proviene solo de lo pasado, y rara vez de lo futuro, aunque en los poetas hay, y debe haber, don de profecía, con el que columbran lo porvenir en sus éxtasis y ensueños.

El espíritu de esta nacion anda entretanto en busca de pensamiento nuevo; y si bien el antiguo le va abandonando, todavia anima con él al vulgo, y le mueve á grandes acciones, como aconteció en la guerra de la independencia. Por desgracia este pensamiento antiguo está ya tan fatigado y exhausto, que apenas llega hasta las clases superiores; las cuales, por una consecuencia lógica de lo que va dicho, viven sin pensamiento propio; y tomando pensamientos ajenos de aqui y de alli, producen nuestras mezquinas é infelices desavenencias, sin responder nunca, con su valor y energía, á la energía poderosa del vulgo. Por eso el gigantesco movimiento de 1808, debiendo encontrar semi-dioses, casi no encontró hombres que le

dirigieran; y no pudo llegar donde hubiera indudablemente llegado con una direccion digna de él.

Buscando, pues, pensamiento nuevo, y viviendo, á mas no poder, con los recuerdos y pensamientos antiguos, está aun en el vulgo el espíritu inmortal de la nacion española, y dá de sí tibia luz en las poesias y costumbres populares. El novelista y el autor dramático se han aficionado por consiguiente á buscar y á desentrañar esta poesía y estas costumbres en el mercado y en otros sitios, donde se cantan las seguidillas de D. Preciso, y algunas mejores aun, y se leen los romances de ciego. Dicen los cortesanos que esto es de *mal tono*; pero qué remedio, si en los salones ni lengua, ni costumbres españolas se pueden hallar ahora? En cambio los sainetes de D. Ramon de la Cruz son españolísimos; y muy españolas son tambien las escenas andaluzas del *Soltario*, de las cuales vamos á ocuparnos en este artículo.

II.

Andalucía es un pais predispuerto naturalmente para ser el asiento de una civilizacion original. Ya desde los tiempos mas remotos, los turdetanos que (si no me equivoco, pues todo es posible) ocuparon gran parte de Andalucía, tuvieron, segun testimonio de Strabon, muy sábias leyes escritas en verso, y otros poemas y libros notables. Todas las razas que han habitado despues en Andalucía se han alzado, inspiradas por aquellas encantadoras regiones, á ma-

yor altura de civilizacion, que en otras regiones del mundo, donde antes ó despues han vivido. Los romanos tuvieron allí á los Sénecas, á Lucano, y á Silio-Itálico: los godos á San Isidoro de Sevilla; los árabes y los judíos á una pléyada inmortal de sábios, de poetas, y de artistas: y en la época moderna, los mejores pintores y los líricos mas sublimes de España han sido andaluces. Aquel clima de Andalucía y la benéfica influencia de aquel cielo inspirador son decididamente los mas á propósito para fecundar el ingenio, y producir la hermosura. ¡Cuan hermosas no son las mujeres de Andalucía! Desde Anacreonte hasta Byron, ¿qué poeta extranjero de buen gusto no las ha celebrado en sus cantos? Acaso esta misma hermosura y bizarría de la mujer andaluza contribuya en gran manera á infundir en el ánimo de los que, por haber nacido en el mismo suelo, tienen la dicha de verlas y tratarlas de continuo, esa ternura y ese entusiasmo que los hace poetas. Aunque bien puede ser asimismo que, encendida y arrebatada la imaginacion y enamorada el alma de los andaluces, pongan y estampen en sus hijas aquella hermosura ideal con que sueñan perpetuamente.

Ya Gauthier ha dicho que no son los artistas ingleses los que han copiado á la naturaleza en esas damas aristocráticas y elegantes, y en esas hermosas, arrobadas y pudibundas doncellas, que nos pintan en los libros de Keepsake; sino que estas damas y estas doncellas han llegado á fuerza de ver estos Keepsakes, á ajustar y á amoldar maravillosamente sus formas y

fisonomía al capricho en un principio ideal y fantástico de los dibujantes. Y yo he notado en Roma que las mujeres transteverinas se parecen en extremo á las estatuas y bustos de deidades y de matronas que hay en el Vaticano y el Capitolio: no porque conserven la contextura y semblante de sus antepasadas, que quizás sirvieron de modelo á dichas estatuas; sino porque, de puro mirar y considerar estas obras de arte, han modificado el ser natural que antes tenían, hasta el punto de ponerle en armonioso y perfectísimo acuerdo con la creación del artista. De manera que se puede muy bien asegurar, volviendo á nuestras andaluzas, que son tan hermosas por ser los andaluces tan poetas; y que los andaluces son tan poetas por ser ellas tan hermosas.

¿Por qué, pues, en una tierra tan poética, algunos de nuestros poetas, verdaderamente egregios, no llegan nunca á ser verdaderamente populares? Porque á unos los inspira, como á Zorrilla, el pensamiento de lo pasado; y en otros se descubre, como en Espronceda, un no sé qué de peregrino en el pensamiento, tomado del espíritu de otras naciones: desgracia irremediable de los tiempos, no falta que se deba imputar á estos dos ingenios portentosos. El mismo Quintana mezcla al entusiasmo de la libertad, y al furor patriótico contra la dominación francesa, que le hicieron tan grande, las ligeras doctrinas de los filósofos del siglo XVIII, si ya entonces por demas vulgares en Francia, extrañas á la índole y condición de los españoles.

A la región andaluza, á esa tierra de la poesía deben ir los poetas á buscar inspiraciones, y á sorprender en el seno del pueblo la vida latente del espíritu inmortal de la patria. El duque de Rivas, en su drama de *Don Alvaro*, se siente poseído de este espíritu, así en los cuadros populares del aguaducho, del meson de Hornachuelos, y de la portería del convento, como en la parte elevada y trascendental del drama, y hasta en la fatalidad que persigue á *Don Alvaro*, fatalidad, no griega, sino española; no nacida de la ira de una divinidad caprichosa, ni del destino, ó del acaso, sino consecuencia providencial y lógica de una primera falta. Todo esto hace del drama de *Don Alvaro* un trasunto vivo y elevadísimo de nuestras costumbres y de nuestro gran ser, y del duque el más español, y acaso el primero de nuestros poetas contemporáneos.

El *Solitario* ha tenido razón en ponerse á considerar detenidamente este raudal de poesía, que nace en su tierra (porque también es andaluz el *Solitario*); y de subir, ó digase bajar hasta su oculto origen, que es la gente menuda y plebeya de Andalucía. Esta gente es la que ha inventado ó perfeccionado esas danzas alegres del Bolero, el Ole, el Jaleo de Jerez, la Tirana, la Cachucha y el Fandango, que alborotan y regocijan los sentidos y potencias, y por las cuales nos vamos haciendo famosos, á falta de mejor fama en lo presente, allá en los países extranjeros. De Andalucía han venido, como de su centro, los mejores lidiadores de toros, de á pié y de á caballo, que se han co-

nocido, y de que se ha espantado el universo-mundo. Y cuan menudamente, y con cuanta copia de recóndita y revesada erudición no nos refiere el *Solitario* los altos y bajos, cambios, decadencia, transformaciones y progresos de estos bailes y tauromaquias? Leyendo al *Solitario* se ve pasar por delante de nuestros ojos *quella schiera infinita d'immortali* que, comenzando en Anton Boliche, inventor del bolero, llega por ahora hasta la Nena y la Petra Cámara; y que partiendo del mismo Cid Campeador, que ya toreaba en Madrid á mediados del siglo xi, se extiende hasta Pedro Romero, cantado por Moratin en una oda pindárica, y hasta Pepe Hillo y Montes que, no contentos de hacer mil prodigios hazañosos, redujeron ambos á reglas de arte la manera de hacerlos, *tomando ora la espada, ora la pluma.*

En Andalucía nació Manolito Gazquez, el rey de la hipérbole, el príncipe de la mentira poética y sentenciosa, que envuelve en sí mas verdades que la verdad misma: y el *Solitario* nos refiere sus agudezas y dichos memorables, como Jenofonte los de Sócrates: pues si Sócrates y Manolito Gazquez no dejaron nada escrito que se sepa, ambos son igualmente famosos por las discreciones que supieron pensar y decir á sus discípulos y secuaces.

Salieron tambien de Andalucía, y salen aun otros héroes, dignos sucesores de Rinconete y Cortadillo y de Guzman de Alfarache, que el *Solitario* nos pinta de realce, y con tanta verdad, que no parece sino que estan vivos. Notabilidades son estas desconocidas en

la corte, en el *gran mundo*, y en las regiones políticas: pero de las que pensaria cualquiera que eran copia y remedo muchas de estas mas conocidas notabilidades. Puede que el *Solitario* escriba con el tiempo sus vidas paralelas, imitando las de Plutarco. En el interin, con cuatro rasguños y pinceladas, que no necesita mas el *Solitario*, ha dado razon al mundo de quien es él, y de quienes son sus héroes; y ahí estan v. g. Pulpete, Balbeja, y el Sr. Lipende, que no me dejarán mentir. Pocos toques de mano maestra bastan á retratar á estos insignes varones, que con ser la verdad misma, todavia estan circundados de una aureola de poética grandeza.

Pero qué noticias y documentos, si curiosos, importantes, y si importantes entretenidos, no nos ha dado el *Solitario* sobre los poetas y músicos populares de Andalucía, que por la gracia de Dios, y sin auxilio de academias, cantan polos, tiranas, playeras y seguidillas, como ruiseñores y ángeles del cielo? Si algun dia llegamos á tener en España grandes compositores, como los de Italia, Alemania y Francia, con estos desconocidos y humildes han de aprender á inspirarse; sin dejar por eso de dar nueva luz y vida á esa gran música sagrada, que está como muerta, y tiene por sepultura los archivos de nuestras antiguas catedrales. Sin duda que en el siglo xvi, época de nuestras mayores glorias, tuvimos grandes maestros. Español fué el que fundó y dió leyes al conservatorio de música napolitano, de donde han salido al mundo los Bellinis, los Mercadantes, los Tambu-

rinis, y tantos otros compositores y cantores maravillosos: y no dejaria de ser maravilloso Salinas, cuando inspira á Fr. Luis de Leon aquella sublime oda, que comienza:

El cielo se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música estremada
por vuestra sabia mano gobernada.

Pero si ha de venir nueva era de gloria musical para España, al vulgo de Andalucía se la deberemos principalmente, por habernos conservado en el tabernáculo del alma el fuego sacro de la inspiracion, la forma y manera propias de nuestra música, y hasta algunas tradiciones de escuela.

« De toda Andalucía, dice el *Solitario*, Sevilla es la depositaria de los universos recuerdos de este género, el taller donde se funden, modifican y recomponen en otros nuevos los cantares y bailes antiguos, y la universidad donde se aprenden las gracias inimitables, la sal sin cuento, las dulcísimas actitudes, los vistosos volteos, y los quiebro delicados. Desde luego haremos notar, añade despues el *Solitario*, que la *Caña* es el tronco principal y primitivo de muchos de estos cantares, y parece ser con poca diferencia la palabra *Gannia*, que en árabe significa canto. Nadie ignora que la *Caña* es un acento prolongado que principia por un suspiro, y que despues recorre toda la escala y todos los to-

« nos, repitiendo por lo mismo un propio verso muchas veces, y concluyendo con otra copla por un aire mas vivo, pero no por eso menos triste y lamentable. Los cantadores andaluces, que por ley general lo son la gente de á caballo y del camino, dan la primera palma á los que sobresalen en la *Caña*, porque viendose obligados á apurar el canto, como ellos dicen, ó es preciso que tengan mucho pecho ó facultades, ó que pronto den al traste y se desluzcan. Por lo regular, la *Caña* no se baila, porque en ella el cantador ó cantadora pretende hacer un papel exclusivo. Hijos de este tronco son los *oles*, las *tiranas*, los *polos*, y las modernas *serranas* y tonadas. La copla por lo regular es de pié quebrado. El canto principia tambien por un suspiro; la guitarra ó la tiorba rompe primero con un son suave y melancólico por *mi menor*, pasando alternativamente... Y son muy de notar, prosigue, los toques y particularidades de este canto, que, por lo mismo de ser tan melancólico y triste, manifiesta honda y elocuentemente que es de música primitiva. En él es verdad que no se encuentra el aliño, el afeite ó la combinacion estudiada é ingeniosa de la nota italiana; pero en cambio, cuánto sentimiento, cuánta dulzura, y qué mágico poder para llevar al alma á regiones desconocidas y apartadas de las trivialidades y materialismo de lo presente! Por eso el cantador, como el ruiseñor ó el mirlo de la selva, parece que solo se escucha á sí mismo, menosprecian-

« do la ambicion de otro canto y de otra música vo-

« cinglerá que apetece los aplausos del salón ó del teatro, contentándose solo con los ecos del apartamiento y la soledad. »

Así describe nuestro autor las maravillas de la *Caña*; y de este modo, ó por modo mas acabado y gentil, si cabe, nos pinta y refiere todas las artes y costumbres andaluzas, mostrándose curtido en ellas, y empapado en las mejores doctrinas. Dejo de citar mas, por no hacer muy largo este artículo: pero recomiendo la lectura de las escenas andaluzas al que quiera conocer la flor de nuestras costumbres populares, y ver, casi como con los ojos, lo que es un baile en Triana, una feria en Mayrena, un *roque* y un *bronquis*; al que quiera saber en que consiste la gracia y hermosura de nuestras mujeres, y su gala, primor y aseo en el vestir: y al que quiera penetrar, con la imaginacion del *Solitario*, en este mundo de encantos, raíz, vivero y almacén, donde se cria cuanto es verdaderamente castizo y propio de España.

III.

Réstanos ahora defender al *Solitario* de las absurdas acusaciones de algunos, que suponen ser pesado su libro y estar escrito en language anticuado, extraño y artificioso. A lo de pesadez, no tengo mas que replicar, sino que no lo entienden, ni saben gustar aquella miel de azahar, y aquel venero cabalino de su libro, y que por eso les parece pesado. Quédense para quien son. Acaso ellos hayan leído sin cansarse los numerosos volúmenes del *Judio errante* y de *Mar-*

tin el expósito, traducidos en una gerigonza bárbara, y llaman con todo pesadez á encerrar y compendiar en un libro de trescientas páginas toda la enciclopedia de artes y ciencias, vida, hechos y dichos memorables de los bien plantados, de los decidores de chistes, de los tañedores de vihuela, de los lindos cantadores, de los montadores de caballos, de los llamados atrás, de los alanceadores de toros, y sobre todo de aquellos del brazo de hierro, y de la mano airada. Fuerza es confesar que la gente tiene en el día el gusto muy estragado, si no se complace y se deleita con estas cosas. Lo que yo estoy por decir y sostener, en vista de los tesoros que amontona y hacina el *Solitario* en tan pocas páginas, es que en vez de hartarme, me quedo á media miel de lo que dice; y que le grado y declaro prototipo de concision, y Tácito de nuestros tiempos, en que tanto papel, y tan chapuceara, inútil y desagradablemente embadurnamos.

Pero aunque pecase algo de prolijo, aunque se anduviese en florecos y se entretuviese mas de lo justo, y aunque se dilatase demasiado en cosas de poca entidad y sustancia, ¿ como criticarle y zaherirle por ello, cuando todo el mundo sabe, y Cervantes lo confirma y corrobora, que muchos donaires y gracias no se pueden decir en pocas palabras; y cuando acaso emplee tantas el *Solitario* para mostrarnos todo el primor y armonia de nuestra lengua, tan maltratada y desfigurada hoy, y tan despojada por los ignorantes de la mejor parte de su riqueza?

Las *Escenas andaluzas* son en efecto un dechado

de perfeccion como language y estilo; y bien puede y debe estudiarlas el que desee, en vez de hablar *gringo*, hablar el idioma castellano, no solo puro y limpio

de aquellas expresiones
necesitadas de tomar unciones,

como las llama el Padre Isla (y bien puedo yo atreverme á citarle); sino un idioma sonoro y rico, asi en el giro de la frase, como en las palabras. Estas palabras y estas frases, que se hallan en los autores de los pasados siglos, si bien se van ya desterrando de la sociedad elegante, que habla casi francés, se conservan aun, y se oyen en los Percheles de Málaga, en Triana, y en otros liceos y academias del mismo orden y categoria.

La gente que olvida su lengua es la que se enseña contra el *Solitario*, y asegura que le entiende, y que paladea tan poco sus discursos, como si estuviesen en lengua hebraica; pero este debe contestarles lo que Fray Luis de Leon á sus émulos, que casi por idéntico modo y motivo le criticaban. « No conocen estos, escribe, que el bien hablar no es comun, sino negocio de particular juicio, asi en lo que se dice, como en la manera como se dice. Y negocio, que de las palabras que todos hablan, elige las que convienen, y mira al sonido de ellas, y aun cuenta á veces las letras, y las pesa, y las mide, y las compone, porque no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino tambien con armonia y dulzura. Y si dicen que no es estilo para los humil-

« des y simples, entiendan que asi como los simples tienen su gusto, asi los graves, los sabios, y los naturalmente compuestos no se aplican bien á lo que se escribe mal y sin orden: y confiesen que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesta lo es. Y si acaso digeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escribieron en nuestra lengua, poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario. »

Esto que entonces decia Fray Luis, porque aun no habia prosistas castellanos, puede ahora repetirlo el *Solitario*, porque pronto dejará de haberlos, si siguen las cosas el rumbo que llevan: Por un lado, los que solo leen libros franceses, bebiendo en ellos toda su doctrina, y dudando que haya en los españoles algo que aprender, nos traducen las ideas que suelen pillar al vuelo en aquellos libros, no con frase castiza, sino con frases y palabras francesas, pues imaginan, no conociendo nuestros autores, que la lengua española es pobre, y no se presta á traducir bien tan peregrinas novedades. Estos adulteran la lengua, y acaban lastimosamente con ella. Y por otro lado, los escritores de *buen gusto*, los de la *difícil facilidad*, los de la *sobriedad discreta y cortesana* la empobrecen: porque ya destierran de sus escritos unas palabras que les parecen anticuadas, ó pedantescas ó altisonantes, y ya proscriben y anatematizan muchísimas por viles y plebeyas: por donde la lengua viene á quedar reducida en voces y giros, ganando acaso algo en preci-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

sion y claridad, si bien perdiendo mucho en riqueza, número y poesía. Cuando suceden estas cosas es menester escribir consultando á los autores antiguos y al pueblo, que tambien conserva la hermosura y abundancia del idioma. De otro modo el idioma se perderia, ó degeneraria al menos. Por eso, La Fontaine tomaba las expresiones de Marot y de Rabelais; y Malherbe decia: *J'apprends tout mon francaís á la place Maubert*. El Solitario sigue en esto á La Fontaine y á Malherbe, y dice, como Platon, que el pueblo es su maestro de lengua. Courier, admirable escritor, y grande hablista, adoptó y preconizó este método en Francia. En Italia, para sacar á la lengua de la indigencia á que la redugeron los escrúpulos y finuras de Metastasio y otros autores de tocador, han tenido los grandes autores que valerse del mismo método. Si el Solitario peca, ya se puede disculpar con estos ejemplos.

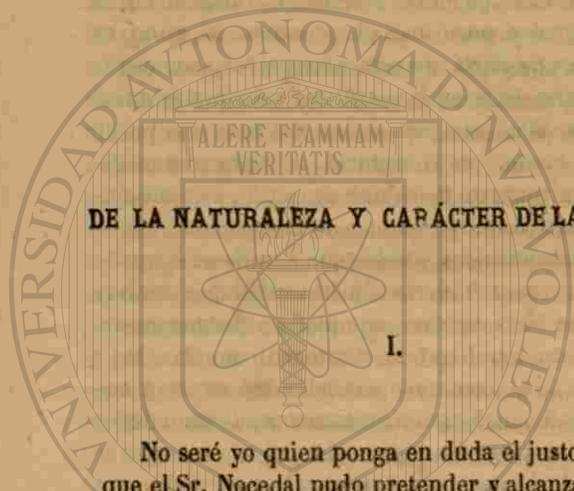
Las *Escenas andaluzas* son en resolucion excelentes, por mas que se esfuerce los criticos de salon en probar lo contrario: y los criticos franceses, tan descontentadizos, y tan aficionados á poner defectos, y á hallar detestables nuestras obras, han encomiado y ensalzado esta, como se merece.

D. Tomas Rodriguez Rubí, aunque con menor primor de estilo, ha escrito tambien en el modo andaluz un volumen de poesías salpicado de agudezas. Por este orden se han escrito asimismo algunas comedias de costumbres andaluzas; y aunque este género de comedias decae, y con razon, pues se ha abusado de

él, creyendo algunos que todo el toque del habla andaluza consiste, no ya en revestir de imágenes y de otras calidades peculiares el pensamiento, sino en pronunciar de cierta manera estropajosa, indicando esta pronunciacion en la escritura, y disfrazando feamente las palabras; todavia se puede creer y aun tener por cierto, que la zarzuela, ú ópera cómica española, que vuelve á cultivarse con éxito, se debe singularmente á las inspiraciones de Andalucia.

Cuentos andaluces son los que aun no se han coleccionado como debieran: y en verdad que los hay tantos y tan buenos, que bien pudiera formarse con ellos un libro tan divertido y extenso como las *Mil y una noches*; ó al menos una coleccion tan amena y curiosa como la que hicieron los hermanos Grimm de los cuentos alemanes. De esperar es que algun escritor desenfadado é inteligente llene al cabo este vacío, que no es el solo que se nota en nuestra literatura, la cual, por lo mismo que es tan rica, tiene grandes obligaciones que cumplir, y á la cual, por lo mismo que debemos y queremos considerarla como la expresion del pensamiento de un gran pueblo, acaso la juzgemos, en ciertas épocas y ocasiones, de un modo que parezca á algunos harto severo. Dispensen estos la falta, en gracia de la intencion recta y sana. ®

(Revista Peninsular.)



DE LA NATURALEZA Y CARÁCTER DE LA NOVELA.

I.

No seré yo quien ponga en duda el justo título con que el Sr. Nocedal pudo pretender y alcanzar la honra de sentarse entre los dignos individuos de la Academia Española. Bástanle los que nadie puede negarle, de escritor elegante y de orador elocuentísimo. Si el ser además un docto jurisconsulto, un diestro abogado, y uno de los hombres políticos mas importantes de nuestra patria, no es precisamente lo que se requiere para entrar en la mencionada Academia, no ha de negarse, con todo, que estas envidiables y honrosas cualidades, dan grande autoridad á quien las posee, y le hacen merecedor de cualquiera distincion por extraña que parezca.

El discurso que pronunció el Sr. Nocedal en su recepcion vino á confirmarme en mi pensamiento. Este

discurso, por lo bien escrito y aún por lo bien leído, justificó la eleccion de la Academia. A los que nos dejamos seducir por la tersura y belleza del estilo, nos deslumbró el Sr. Nocedal hasta el punto de que aplaudiésemos las ideas que expone; pero estas ideas, por desgracia, no resisten al detenido exámen que se hace de ellas en la lectura, y condenadas más que por falsas, por vulgares, dejan reducido el discurso á una mera, aunque brillante declamacion.

Escrito ya aunque no publicado este artículo, han aparecido otros sobre el mismo asunto en varios periódicos de la córte. Uno de ellos acusa de plagiarlo al Sr. Nocedal; pero mi intento no es acusarle ni defenderle. Yo trato de impugnar las teorías de su discurso, poco me importa que esas teorías sean propias del nuevo académico, ó estén tomadas de una obra francesa, que confieso no haber leído.

Yo doy por cierto, que si el Sr. Nocedal hubiese escogido asunto más conforme á la índole de sus severos estudios, hubiera acertado á componer una disertacion, en la cual el fondo no desdijese de la forma. ¿Qué elevadas razones y qué tesoros de filosofía política no hubieran salido de sus lábios, si en vez de ocuparse de novelas hubiera desenvuelto en su discurso la idea que apunta al principio de él, de que el idioma es prenda de nacionalidad y signo de raza? ¿Con qué brio y con qué fervor no nos hubiera demostrado, que es menester conservar nuestro idioma en toda su pureza, porque en él está el espíritu, el alma del pueblo? ¿Con qué evidencia no hubiera pro-

bado que una lengua como la nuestra, en la cual han encarnado Cervantes y Calderon sus divinos pensamientos, no sólo es un blason glorioso, sino tambien una promesa de la inmortalidad y de la excelencia del pueblo que la habla? El Sr. Nocedal hubiera deducido de aquí la importancia de la Academia, defensora y guardadora de la pureza del lenguaje, y hubiera condenado, hasta como á reos de lesa nacion, á los que á sabiendas le corrompen, afean y destruyen, sin considerar que está en él lo mas duradero y esencial de la vida de las razas y de las nacionalidades.

Si bajo el yugo de los turcos no hubiera conservado la Grecia el habla de Homero, ni hubiéramos presenciado en nuestra edad la sublime resurreccion de aquella nacion, ni se hubiera admirado el mundo de las hazañas de los suliotas, ni del heroismo de Missolonghi, ni de la constancia y valor de Kanaris, Botzaris, Tsaveias y otros dignos émulos de Temístocles y de Leonidas. El Dante, creando una lengua literaria, comun á todos los Estados italianos, hizo nacer en las almas la constante aspiracion á la unidad política de Italia que, merced á los dichosos esfuerzos de la casa de Saboya, propende al cabo á realizarse; y Camoens, escribiendo *Os Lusíadas*, levantó el mayor obstáculo á la union de su pueblo con España, porque magnificó el lenguaje y santificó el signo característico de independencia de la nacionalidad portuguesa.

En suma, yo entiendo que el Sr. Nocedal, hubiera podido escribir un magnífico discurso sobre la importancia y significacion política de los idiomas y sobre la

conveniencia de velar por el esplendor y pureza del que nosotros hablamos; pero el Sr. Nocedal, como ya hemos dicho, pasó ligeramente de este asunto al de las novelas, en el cual, harto se conoce que no está tan versado como en jurisprudencia, administracion y otras ciencias de gobierno.

El Sr. Nocedal empieza por aceptar como buena la definicion lastimosa que del género de *poesía* de que vamos á ocuparnos dá el Diccionario de la Academia.

Llamo á la novela *poesía*, aunque las novelas por lo general se escriben en prosa, porque ni son historia, ni ciencia, ni filosofía, y aunque no estén en verso no dejan de ser parto de la imaginacion poética. El mismo Sr. Nocedal está mas que de acuerdo conmigo, cuando califica de *poemas* las novelitas de costumbres de Fernan Caballero. Poesía, pues, son las novelas, aunque poesía libre del metro y con mayor licencia para descender de lo sublime y noble á lo vulgar y pedestre que lo que extrictamente se llama poesía. El Sr. Nocedal condena, sin embargo, la novela, valiéndose de la autoridad del Diccionario, á que se limite á lo pedestre y vulgar, ya que ha de estar siempre tejida de los casos que comunmente suceden; lo cual si fuera exacto, nos llevaria á negar á las mejores y más discretas é ingeniosas novelas la calidad de tales. ¿Quién ha de creer, por ejemplo, que todo lo que se cuenta en el Quijote sucede ó puede suceder comunmente, aun dadas las costumbres y las creencias de la época en que el Quijote se escribió? Los palos recibidos y los molimientos y la mala ventura del pobre D. Quijo-

te serán de los que comunmente suceden, pero no está en eso lo esencial de la ficción de Cervantes. Si alguien hubiera dado de palos y molido los huesos y lastimado el alma á un loco ó un cuerdo, de los que comunmente suceden ó hay en el mundo, y Cervantes hubiera escrito las desventuras de ese loco ó de ese cuerdo, Cervantes hubiera compuesto una prosáica representación de la realidad y no la ficción peregrina, gloria de nuestra literatura. Pues qué, ¿sucede comunmente que haya en el mundo real un personaje tan bello, tan rico de amor, de fantasía y de otras nobles prendas, tan lleno de fé y tan apasionado de lo ideal, tan extraño, en suma, y tan único como D. Quijote? El poeta, ¿no le ha sacado del fondo de su alma, simpatía, extraordinario, nuevo y dotado de una vida fantástica inmortal y más clara que la de los más grandes héroes de la historia?

La diferencia que media entre la historia y la poesía está en que la historia pinta las cosas como son, y la poesía como debieran ser; por lo cual, dice Aristóteles, que la poesía se adelanta y es mucho más filosófica que la historia. Si la novela se limitase á narrar lo que comunmente sucede, no sería poesía, ni nos ofrecería un ideal, ni sería siquiera una historia digna, sino una historia, sobre falsa, baja y rastrera.

Imposible parece que el Sr. Nocedal, por sobrado amor al Diccionario de la Academia, haya venido á caer en el error teórico de los *realistas*. Y digo teórico, porque en la práctica los mismos realistas son idealistas sin saberlo. Feydau, Flaubert y Champfleury, se

finjen y nos presentan un ideal, aunque perverso y abominable. Lo ideal es condición esencialísima de la poesía; un buen ideal dará por resultado una buena poesía; uno malo, una mala; pero ningún ideal, no dará por resultado ni poesía, ni novela, que merezcan estos nombres.

El Sr. Nocedal incurre en la equivocación de citar á Cervantes como autoridad crítica. No será el señor Nocedal más que yo entusiasta de Cervantes, y sin embargo, no le doy autoridad ninguna. Cervantes era un poeta inspirado, no un crítico reflexivo. Creaba maravillas como por un instinto ó una virtud del cielo; pero no sabía analizar ni explicar el secreto de esta virtud. Moisés (y permítaseme que me valga de esta comparación sagrada) hacia prodigios con su vara, y no tan solo no sabía como los hacia, sino que ignorante acaso de las ciencias naturales, no acertaba á ponderar toda la grandeza de esos prodigios mismos. Así, Cervantes escribe el Quijote, y ni acierta á explicar como ha obrado aquel prodigio, ni á estimarle en toda su grandeza, á no ser vagamente y más por sentimiento que por reflexión. Por reflexión, Cervantes prefería el Persiles.

La crítica literaria, por otra parte, ó estaba muy atrasada ó no existía en España en la época de Cervantes, lo cual, por manera alguna se opone á que hubiese inspiración, y á que escribiesen Calderón, y Lope, y Moreto, y Garcilaso, y Mendoza. Homero y Hesíodo escribieron, no sólo sin crítica literaria, sino hasta sin gramática. Algunos siglos después fué cuan-

do se le ocurrió á un sofista dividir los nombres en masculinos y femeninos, lo cual, pareció la más absurda novedad, y dió ocasion á las mismas burlas que más adelante la poética de Aristóteles y que la estética en el día han promovido y promueven.

Deduzco yo de lo dicho, que citar ahora á Cervantes, como autoridad crítico-literaria, equivale á sostener en química una opinion contraria á las de Thenard, Liebig ú Orfila, apoyándose en la autoridad de Lulio, de Cornelio Agripa ó de Paracelso.

Hay un pasaje en que el glorioso manco de Lepanto se diria que quiere desterrar de la novela lo sobrenatural y maravilloso; y esto basta para confirmar al Sr. Nocedal en la idea de que el Diccionario de la Academia tiene razon que le sobra. No son, pues, novelas, ni hay para que darles semejante titulo, *Las mil y una noches*, el *Persiles*, y hasta la *Galatea*, aún cuando no sea más sino porque nunca hubo pastores tan atildados y discretos. Tampoco serán novelas, aunque el Sr. Nocedal las llame novelas, aquellas *portentosas tradiciones de la comarca, que en las aldeas refiere una anciana junto al hogar, y aquellos cuentos que una tierna y adorada madre os narraba* y que casi siempre solian ser de hadas, hechiceras, asombros y otras cosas que no son de las que *comunmente suceden*, sino de aquellas que, como dice el mismo Sr. Nocedal, *no hay medio de que sucedan en lo humano*.

El Sr. Nocedal y la Academia quieren con razon que la novela sea verosímil: pero el Sr. Nocedal ha hecho una deplorable confusion de la verosimilitud

vulgar y de la científica, con la verosimilitud artística ó estética: de lo que debe parecer verdadero en el mundo encantado de la fantasia, con lo que puede parecerlo ó no parecerlo en nuestro mundo real, segun las diversas preocupaciones, la religion y la ciencia del que juzga y decide. Para el Sr. Nocedal, por ejemplo, y para mí, que somos buenos católicos, nada hay tan verosímil como el que haga milagros un bienaventurado siervo de Dios; para un fisico ó un quimico racionalista nada hay más absurdo: mucha parte del vulgo cree aún en los duendes, y el Sr. Nocedal y yo no creemos: los persas y los árabes creen en las hadas, en las peris y en los génios, y los europeos creen ó han creido en las brujas: los mahometanos tienen por artículos de fé las patrañas del Koran, y los indios las encarnaciones de Brahma. Pregunto yo, ¿á cuál de estos criterios hemos de apelar para escribir una novela verosímil?

Creo que á ninguno. En el mundo de la fantasia, que es el mundo de la novela, debemos admitir, no ya como verosímil, sino como verdaderos todos los legítimos engendros de la fantasia. El criterio de la verosimilitud fantástica es el que decide sobre la legitimidad de esos engendros, sometidos en su nacimiento, en su desarrollo y vida, á ciertas leyes de conveniencia y de lógica. Así, por ejemplo, un hombre dotado de la facultad de volar nada tiene de inverosímil en novela: pero lo tendria, si el poeta que le crease no tuviese al propio tiempo bastante magia de estilo y bastante virtud representativa para trasladarnos á las

regiones imaginarias en que es verosímil que un hombre vuele y para pintárnosle de modo que, á despecho de nuestra incredulidad, le veamos ir por el aire. Por lo demás, este hombre, salvo la rareza del vuelo, debe ser parecido á los otros hombres en su modo de obrar, pensar y sentir. Podremos prestarle índole, inteligencia y pasiones sumamente extraordinarias, pero, supuestas estas premisas, todos los actos, razonamientos y sentimientos del hombre volador, deberán ser lógicas y bien deducidas consecuencias de ellas.

Párese un momento el Sr. Nosedal, y considere las ridículas contiendas que se suscitarían si, para decidir de la verosimilitud de las obras poéticas, nos valiésemos del mismo criterio que para juzgar de la verosimilitud de los casos del mundo real. Supongamos que en una hermosa novela histórica se pinta la batalla de Clavijo y aparece el Apóstol sobre un caballo blanco, matando moros. Yo tendré entonces por absurda y ridícula la novela, porque entendido el caso materialmente, no puedo admitirle por cierto. Personas piadosas ó crédulas hay aún, sin embargo, que le tienen por positivo. ¿Quién, entre esas personas ó yo, ha de decidir que el caso es verosímil? Claro está que ninguna. Pero busquemos la verosimilitud estética del caso y la hallaremos todos. La verosimilitud estética está en la conciencia de los guerreros cristianos, fervorosos y entusiastas, que entonces combatieron por Cristo contra los infieles. Ellos tuvieron bastante fé en el alma para ver al Apóstol que combatía á su la-

do, como los griegos vieron á Aquiles muchas veces, y los romanos á Quirino y á Castor y Polux. Y siendo esto cierto, como indudablemente lo es, no sólo es verosímil, sino también estéticamente verdadera la aparición del Apóstol. La visión de aquellos espíritus creyentes, y no otra cosa es la que se *objetiva* y presenta en la obra de arte. Los que no creen en apariciones de muertos van al teatro y creen en la sombra de Banco que toma asiento en el festín. Donde realmente está la sombra de Banco es en la conciencia criminal y turbada de Macbeth: pero los espectadores penetran en la conciencia de aquel asesino, y allí, en un tiempo y en un espacio fantásticos, y no en el teatro, con todo aquel artificio más ó menos grosero de escotillones, cuerdas y telas pintadas, ven el horrible espectro que se alza amenazador y espantoso.

¿Qué hombre, que esté en su cabal juicio, podrá creer en el siglo XIX en *El convidado de piedra*? Pero, ¿quién (á no ser Moratin y los de su secta, para los cuales todo lo sublime que no estuviese en los clásicos griegos y latinos, y en los preceptistas franceses del siglo de Luis XIV, era el libro de los siete sellos), ¿quién ha de negar la sublimidad de la leyenda de D. Juan Tenorio? ¿Quién ha de negar, aunque todo lo niegue, el poder y la virtud de la conciencia popular y religiosa, que, en nombre de Dios, condena al malvado y al ateo, y que prestando vida misteriosa á la estatua de mármol, suscita en ella un vengador terrible de las inultas abominaciones del impío?

Creo, pues, que lo sobrenatural no debe ni pue-

de desterrarse de las representaciones estéticas; pero, como lo sobrenatural no está en armonía con lo común, menester es admitir también en la novela, ó en cualquiera obra de arte, lo misterioso y lo extraordinario. De otra suerte, no podría cumplirse aquel juicioso precepto de Horacio;

*Nec deus intersit, nisi dignus vindice nodus
Inciderit.*

Voy á explicarme y para ello me valdré del mismo ejemplo de D. Juan Tenorio, comparando el de Tirso con el de su imitador Molière. Claro está que, para que el milagro de la estatua se justifique, conviene que D. Juan sea una figura grandiosa, casi inverosímil según el criterio vulgar, un héroe tan satánico que no basten los hombres á castigarle y se requiera la intervencion de la Omnipotencia divina que trastorne á este fin las leyes de la naturaleza. Esto lo entendió ó lo adivinó Tirso, y su D. Juan merece que Dios ó el diablo se ocupen de él tan especialisimamente. Molière, con una crítica más vulgar y sin la inspiracion del poeta español, hace de su D. Juan un personaje más común, más verosímil. El D. Juan de Molière, apenas seduce doncellas; con muchas no es el burlador, sino el burlado, que es lo que comunmente sucede; el don Juan de Molière apenas mata hombres y hasta tiene que disfrazarse y huir para que no le apaleen. Así es que, siendo más verosímil el personaje de Molière que el de Tirso, en Tirso es lógico y digno y estéticamente verosímil el desenlace, y en Molière no lo es, á

lo que yo entiendo. Su D. Juan no merece morir de milagro, sino en presidio ó de una buena paliza.

Vea, pues, el Sr. Nocedal como no solo es permitida, sino hasta indispensable en ciertos argumentos la creacion de personajes dotados de facultades intelectuales, morales ó físicas, superiores á las que comunmente concedemos á los hombres del mundo real. Aún en el mismo mundo real, ¿me quiere decir el Sr. Nocedal, qué fisiología ó qué psicología ha de juzgar y fallar sobre la verosimilitud de la extension de las facultades humanas? ¿Somos acaso poseedores de la verdad infinita? ¿Hemos descubierto acaso todas las leyes de la naturaleza y señalado con precision los límites de lo posible? ¿No hay, más allá de todas las regiones y épocas que ha explorado la ciencia, un universo incógnito é inexplorado, que puede el artista poblar á su antojo, sin que, no ya el criterio estético, pero ni el propio criterio científico tenga razones valederas y suficientes para negar la realidad de tales creaciones? Y no hay que decir que ese otro universo está lejos, más allá de las estrellas remotas, porque vivimos en él y respiramos el ambiente que en él se respira. En la superficie, en la corteza, en lo para nosotros sensible é inteligible de las cosas que nos rodean, está ó puede estar la verdad conocida; pero en el fondo, en lo íntimo de las cosas todas, aún de las más vulgares, hay un abismo misterioso y arcano, donde la imaginacion puede perderse y soñar maravillas. Cualquiera hombre de imaginacion poética tiene debajo de su cama ó detrás del estante de sus libros

los siete castillos de las siete hadas, que pensaba ver don Quijote en el fondo del gran lago de pez hirviente.

El Sr. Nocedal sostiene tambien que nada extraordinario ni fuera del orden natural debe acontecer en la novela para que de ella resulte alguna enseñanza; *porque imaginar que de elementos absurdos se pueden sacar deducciones prácticas y consecuencias útiles, es pensar lo excusado.* Pero yo no puedo admitir este aserto, sopena de creer que no es absurdo que los animales hablen y discurran como nosotros, ó de negar toda moralidad á las fábulas de Esopo. Absurdo es que Minerva, bajo la figura de Mentor, acompañe á Telémaco en sus peregrinaciones, y la obra de Fénelon está llena, á pesar de todo, de enseñanza moral, política y filosófica. Absurdos son los viajes de Gulliver, y no deja de reflejarse en ellos vivísimamente la negra é irreligiosa misantropía de quien los compuso. Absurdos son, por último el *Cándido* y el *Micromegas*, y no por eso dejan de sacarse de ambas novelas los más terribles argumentos de que los impíos pueden valerse para negar la bondad de la creación divina y para fundar, en los grandes descubrimientos astronómicos modernos, no la grandeza de Dios, sino la ruindad é insignificancia del hombre, indigno de que Dios se ocupe de él con especial providencia.

En las novelas de W. Scott, que elogia el Sr. Nocedal porque en ellas *no se preparan y complican y desentazan los acontecimientos por otras causas y resortes distintos de los comunes en la vida*, intervienen,

sin embargo, adivinos, brujas, espectros y otros seres sobrenaturales y misteriosos. Aquel novelista, si la memoria no me engaña, unió además el precepto al ejemplo y escribió un discurso sobre el empleo de lo sobrenatural y misterioso en las novelas.

Ya se entiende que lo fantástico ha de emplearse con sobriedad y discernimiento, para lo cual dan reglas los que han escritos sobre filosofía del arte, y para lo cual, aún sin reglas, pueden servir de guía el buen gusto y la feliz inspiración del que escribe.

Debo asimismo advertir aquí, que al empleo de lo sobrenatural se oponen á veces razones de conveniencia que si bien no se fundan en la doctrina estética, son aún más atendibles. Dios, desde luego, según un hombre de nuestra civilización le concibe en su mente, no debe intervenir de un modo inmediato en un poema por sublime que éste sea. ¿Qué forma hay adecuada á lo infinito y espiritual del ser divino? Pero la Virgen, los Santos y los Ángeles pueden estéticamente ser representados, y sin embargo, muy rara vez conviene que se representen para evitar una profanación, y para no convertir nuestra religión santa y verdadera en una mitología ó en una teurgia. La comedia de *El Diabólico predicador*, artísticamente considerada, es chistosísima y buena, pero es detestable, si se mira por el lado de la religión, porque hace intervenir sus misterios en una farsa indecorosa. Lo mismo puede decirse del San Miguel, que aparece en el Orlando del Ariosto, con la diferencia de que el Ariosto, según lo que yo sospecho de su poquísima

piedad, hace adrede la caricatura del Arcángel, y en *El Diablo predicador* peca de inocente y de candoroso el poeta. Homero pecó del mismo modo contra las divinidades gentílicas, y no pudo libertarse de los anatemas de Platon.

Concluyo, pues, diciendo que el empleo de lo sobrenatural y misterioso es permitido en las novelas, y muy conveniente cuando se hace con discrecion y mesura; que los seres sobrenaturales, hijos de las falsas religiones ó de la supersticion popular, son más á propósito que los verdaderos seres sobrenaturales para que intervengan en la ficcion de un poeta; y que los entes sobrehumanos, de cuya existencia sabemos por revelacion, pueden, á pesar de los peligros mencionados, aparecer en un poema, en una leyenda ó en un cuento, ya sea en verso, ya en prosa, con tal que el autor nos los presente de un modo digno y con el conveniente decoro. En este último género poco habria, á mi ver, en español, más perfecto, si conforme está bien ideado y trazado, estuviese bien escrito, que la historia de *Lisardo y la monja Teodora*, que D. Cristóbal Lozano pone en sus *Soledades de la vida y desengaños del mundo*.

II.

Dejamos sentado que lo fantástico no se puede excluir de la novela, no que toda novela ha de participar por fuerza de lo fantástico segun lo que generalmente se entiende por esta palabra.

La novela es un género tan comprensivo y libre

que todo cabe en ella, con tal que sea historia fingida. Sin embargo, como toda buena novela tiene algo de poesía, siempre intervienen y siempre procuran los novelistas que intervengan en sus obras lo extraordinario, lo ideal, lo raro y lo peregrino. Por eso se llama *novelresco* lo que no sucede comunmente.

Este horror de lo comun, que tienen con razon los novelistas, ha llevado á unos, como á Chateaubriand y á Cooper, á imaginar las suyas en el seno de los bosques vírgenes de América, y á crear sus personajes entre los hombres selváticos, en lucha con la naturaleza, abandonados á la propia energía, libres y exentos de las leyes sociales, no sujetos á la tutela de un gobierno y campando por sus respetos, sin cédula de vecindad, sin reglamentos de policia y sin pasaporte. *Sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad*; como los caballeros andantes.

Otros novelistas han ido, como Byron, á buscar sus héroes entre los *klephtas* y los piratas griegos; otros, como Méry, en la India, entre los fanáticos sectarios de Siva y de la Diosa Durga; y otros, como Mérimée, en *Cármén* y en *Colomba*, han venido á España ó han ido á Córcega, procurando hallar todos un ménos complicado orden social, en que el hombre esté más cerca de la naturaleza y en que se muevan más libremente sus pasiones y sus pasos no sean de continuo vigilados, ni sus actos prevenidos ó castigados al punto.

Es inudable que uno de los más sublimes espectáculos, que á nuestro espíritu puede ofrecer el poeta,

piedad, hace adrede la caricatura del Arcángel, y en *El Diablo predicador* peca de inocente y de candoroso el poeta. Homero pecó del mismo modo contra las divinidades gentílicas, y no pudo libertarse de los anatemas de Platon.

Concluyo, pues, diciendo que el empleo de lo sobrenatural y misterioso es permitido en las novelas, y muy conveniente cuando se hace con discrecion y mesura; que los seres sobrenaturales, hijos de las falsas religiones ó de la supersticion popular, son más á propósito que los verdaderos seres sobrenaturales para que intervengan en la ficcion de un poeta; y que los entes sobrehumanos, de cuya existencia sabemos por revelacion, pueden, á pesar de los peligros mencionados, aparecer en un poema, en una leyenda ó en un cuento, ya sea en verso, ya en prosa, con tal que el autor nos los presente de un modo digno y con el conveniente decoro. En este último género poco habria, á mi ver, en español, más perfecto, si conforme está bien ideado y trazado, estuviese bien escrito, que la historia de *Lisardo y la monja Teodora*, que D. Cristóbal Lozano pone en sus *Soledades de la vida y desengaños del mundo*.

II.

Dejamos sentado que lo fantástico no se puede excluir de la novela, no que toda novela ha de participar por fuerza de lo fantástico segun lo que generalmente se entiende por esta palabra.

La novela es un género tan comprensivo y libre

que todo cabe en ella, con tal que sea historia fingida. Sin embargo, como toda buena novela tiene algo de poesía, siempre intervienen y siempre procuran los novelistas que intervengan en sus obras lo extraordinario, lo ideal, lo raro y lo peregrino. Por eso se llama *novelresco* lo que no sucede comunmente.

Este horror de lo comun, que tienen con razon los novelistas, ha llevado á unos, como á Chateaubriand y á Cooper, á imaginar las suyas en el seno de los bosques vírgenes de América, y á crear sus personajes entre los hombres selváticos, en lucha con la naturaleza, abandonados á la propia energía, libres y exentos de las leyes sociales, no sujetos á la tutela de un gobierno y campando por sus respetos, sin cédula de vecindad, sin reglamentos de policia y sin pasaporte. *Sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad*; como los caballeros andantes.

Otros novelistas han ido, como Byron, á buscar sus héroes entre los *klephtas* y los piratas griegos; otros, como Méry, en la India, entre los fanáticos sectarios de Siva y de la Diosa Durga; y otros, como Mérimée, en *Cármén* y en *Colomba*, han venido á España ó han ido á Córcega, procurando hallar todos un ménos complicado orden social, en que el hombre esté más cerca de la naturaleza y en que se muevan más libremente sus pasiones y sus pasos no sean de continuo vigilados, ni sus actos prevenidos ó castigados al punto.

Es inudable que uno de los más sublimes espectáculos, que á nuestro espíritu puede ofrecer el poeta,

es el del libre alvedrío, que sin coacción material, ejerce la facultad, sí tremenda, nobilísima, de elegir lo bueno ó lo malo, de salvarse ó de perderse: y es también indudable que, si bien los bandos, leyes y reglamentos, y la vigilancia que suele haber en las bien concertadas repúblicas, no coartan la libertad interna, limitan en lo exterior el ejercicio de esta facultad y de otras energías del alma, buenas ó malas; porque, cuidaado y velando por nosotros la sociedad toda, á su desvelo y cuidado dejamos muchas cosas, en que de otra suerte desplegarían maravilloso poder nuestra voluntad y nuestro entendimiento. Con esta teoría se explica el encanto del *Robinson* y de otras novelas por el estilo. No voy yo hasta afirmar con ciertos filósofos que en una sociedad muy culta y bien ordenada sería absolutamente imposible la novela; pero sí afirmo que es más poético y novelesco el personaje que cumple su propia voluntad, que el que cumple la voluntad de otro; el que se defiende á sí mismo, que el que remite la propia defensa á un poder superior y extraño. Los contrabandistas son más poéticos y novelescos que los carabineros y que los vistas de aduana, y el valiente bandido Roque Guinart, y el terrible capitán Rolando, mas novelescos y poéticos que los cuadrilleros y los alguaciles, que nos pintan el *Gil Blas* y el *Quijote*. Los trágicos griegos comprendieron instintivamente esta verdad, y fingieron todos sus personajes entre los tiranos y los príncipes que hacen lo que se les antoja, que no reconocen superior y que sólo á la divinidad dan cuenta de sus acciones.

En el mundo en que vivimos, particularmente los individuos de la clase media, tenemos á menudo que seguir un carril, amoldarnos en una misma turquesa y ajustarnos á cierta pauta, todo lo cual amengua y descabala y aun destruye la *autonomía* novelesca, ó por lo ménos impide su manifestacion y desarrollo. A no ser un foragido, esto es, á no estar fuera de la sociedad, ó á no ser un mendigo, esto es, á no estar libre de muchas de las exigencias sociales, cualquiera honrado *burgués* de nuestros dias se halla muy en peligro de que jamás le suceda cosa alguna que tenga visos de las que en las novelas suceden. Solo el tener uno mucho dinero le salva de este peligro. Por eso yo, siguiendo la opinion contraria del Sr. Nocedal, no le escatimo sus tesoros fantásticos al novelista; ni pongo tasa á sus liberalidades con *Montecristo* ó con *Abul-Casen*. El dinero es en ocasiones la piedra angular de un edificio poético, así como la falta del vil metal impide que se levanten otros, cuyo plano y traza no pueden ser mejores.

Se me responderá á esto que hay novelas muy bonitas é interesantes, sin hadas, sin asombros y sin riquezas fabulosas, sino con personajes comunes que viven en una honrada medianía sin que les sucedan casos y lances notables y de estruendo; más aunque así lo concedamos, no hemos de conceder de ningún modo que lo extraordinario ha de tenerse por de mala ley. Aun en las mismas representaciones en apariencia más prosáicas de la vida real, pone el autor, si son buenas, cierto misterioso idealismo. De otra suerte se

expone á caer en la groseria de Paul de Kock ó de Pigault Lebrun, ó en el bajo realismo de algunas comedias de Breton, como *Dios los cria y ellos se juntan*. *El qué dirán y el qué se me dá á mí*, y otras.

El novelista cómico puede limitarse á pintar personajes, y á narrar sucesos vulgarísimos y hasta soeces, si gusta; pero ha de ser como contraste satírico de un ideal de limpieza, perfeccion y decente compostura, que ha de estar siempre presente y ha de purificar ó poetizar aquellos cuadros. La escena en que Cervantes nos pinta la cita nocturna de Maritornes y los bestiales apetitos del arriero, viene á transformarse en una sublime poesía irónica, merced á los elevados sentimientos de D. Quijote.

Hay otra clase de novelas, en las cuales, examinadas superficialmente, nada sucede *que de contar sea*. En ellas apenas hay aventuras ni argumento. Sus personajes se enamoran, se casan, se mueren, empobrecen ó se hacen ricos, son felices ó desgraciados, como los demás del mundo. Considerados aislada y exteriormente, los lances de estas novelas suelen ser todo lo contrario de memorables y dignos de escritura; pero, en lo íntimo del alma de los personajes, hay un caudal infinito de poesía que el autor desentraña y muestra, y que transforma la ficción, de vulgar y prosáica, en poética y nueva. Produce esto en el lector un encanto parecido al que tendría un zahorí que, caminando por una estéril llanura, penetrase con la vista en lo profundo de la tierra y viese allí los montones de piedras preciosas que han acumulado los gnomos: una ilusión

semejante á la de Ferragut, en *El Bernardo*, cuando á la luz de la lámpara mágica se le convierte en hermosa y jóven señora la vieja hechicera Arleta, y la pobre choza, en espléndido palacio.

De esta clase de novelas son modelos bellísimos muchas de Jorge Sand, sobre todo, las campestres. Sus rústicos son verdaderos rústicos, tostados del sol, encallecidas las manos del trabajo, mal vestidos, peor comidos y sin una peseta: no son ideales y cortesanos pastores, engalanados de rosas y de moños, sin mas ocupacion que componer artificiosos versos ó tocar el caramillo y en familiar convivencia y trato con las ninfas y los faunos y hasta con el mismo Amor y otras divinidades superiores; pero el Amor y la poesía los visitan interiormente y sacan de sus almas una luz encantadora, cuyo resplandor esclarece y trastrueca la escena como si la poblasen los faunos, las ninfas y todo el coro de las musas inmortales. No entro ahora en la cuestion de si Jorge Sand es un escritor más ó ménos inmoral ó anti-social: solo sostengo que es un eminente poeta.

Suelen ser sus novelas de las que buscan lo ideal dentro del alma y que podemos llamar *psicológicas*.

De este género no negaré que se ha abusado mucho cayendo autores ingeniosísimos, como Balzac, en lo falso y en lo minucioso; y otros, aunque siempre verdaderos, pecando de prolijos, que es falta muy común entre los novelistas ingleses, empezando en Richardson y no excluyendo al autor de *Waverley*, reformador y renovador de la novela histórica.

Sobre este linage de novelas pronuncia el Sr. No-
cedal sentencias, á mi ver, muy justas, pero vagas y
sujetas por consiguiente á una mala interpretacion. Voy
á tratar de darles la interpretacion legitima. Para ello
debemos observar primeramente, que dentro de un
tiempo y de un espacio conocidos, siendonos conoci-
das tambien cuantas cosas en ese espacio y en ese
tiempo se encierran, no es dado imaginar lo más mí-
nimo. El poseedor y el conocedor de un atlas geográ-
fico moderno jamás hubiera escrito las peregrinacio-
nes del infante D. Pedro de Portugal, ó de Simbad el
marino, y Niebuhr, con su severa crítica histórica,
no solo no hubiera escrito *La Ciropedia*, que es una
novela histórica que falsifica la historia, pero ni si-
quiera hubiera escrito la historia de Tito Livio, porque
es una historia en su entender llena de novelas. *La
Ciropedia*, sin embargo, y los cuentos del infante don
Pedro y de Simbad, no puede negarse que son muy
lindos. Lo son además las leyendas del rey Artús y
muchas proezas del Cid y de Bernardo del Carpio, y
Las guerras civiles de Granada, de Ginés Perez de Hita,
y no pocas otras leyendas históricas que falsifican
evidentemente la historia. Luego esta falsificacion no
es un pecado anti-estético: será á lo más una falta de
tacto y de conveniencia en las circunstancias actuales,
en que muchos, sabiendo ó pretendiendo saber la his-
toria, no consentinos que nos la desfiguren, ni para
distraernos é interesarnos un rato. Ahora hay otras
delicadezas que allá en los buenos tiempos antiguos
no se usaban, y ni Tirso se atreveria á poner lacayos

y ginoveses y Calle Mayor en la córte del rey David,
ni Calderon el mar en la capital de Polonia.

En el dia es menester dar á la novela y al drama
históricos lo que se llama el color local y de la época, y
aunque la exactitud en estas cosas más es mereci-
miento de arqueólogo y de erudito que de poeta, toda-
vía dá muestras de serlo eminente quien aprovecha
con acierto esos materiales que la ciencia proporcion-
a y adorna con ellos sus ficciones sin aburrirnos ni
fatigarnos. W. Scott, si bien algo prolijo á veces, es
admirable por su verdad histórica, y si aplaude el
lector en él al erudito por lo que sabe, aún aplaude
más al inspirado, por lo que adivina. Nadie ignora
que leyendo el *Ivanhoe* concibió Thierry el pensamien-
to de su *Historia de la conquista de Inglaterra por
los normandos*. La separacion de ambas razas de ven-
cedores y vencidos, su diversa condicion social du-
rante muchos siglos, y las consecuencias que de ello
se originaron y dieron fundamento y causa al desen-
volvimiento político de Inglaterra, son hechos históri-
cos apenas sospechados por los historiadores hasta
que W. Scott los consignó en el cuento susodicho.

Siguiendo despues las huellas de W. Scott, se han
escrito infinitas novelas históricas con más ó ménos
acierto, y se ha usado y abusado del color local, so-
bre todo del de la edad media. No ha faltado asimis-
mo quien haga excursiones á más remotas edades,
como Bulwer en *Los últimos dias de Pompeya*, y Gau-
tier en *La novela de la momia*, en que nos pinta cir-
cunstanciadamente á Oph, Tebas ó Diópolis magna,

capital de Egipto, en tiempo del Faraon contemporáneo de Moisés.

Tiene este género no pocos inconvenientes, más no son los mayores los que el Sr. Nocedal señala. Oír hablar á los procuradores de las villas y ciudades del siglo xiv como á los periodistas de oposicion en el dia, tal vez no tenga mucho de extraño, porque las pasiones y los sentimientos de los hombres se parecen en todos los siglos. Yo tengo por muy árduo y por punto ménos que imposible el fijar los límites y señales que separen, con toda distincion y claridad, las ideas y sentimientos comunes á la humanidad en todas las épocas, de aquellos que solo son propios de una edad ó de un momento de la historia. ¿Quién ha escudriñado con bastante profundidad los anales del corazon y de la inteligencia de todo el género humano, para poder decir á ciencia cierta, esto es lo que se pensaba en el siglo iv, y esto es lo que se sentia en el siglo ix? Ya se entiende que hablamos de pensamientos generales, morales é metafísicos, no de aquellos que se refieren á invenciones, insituciones y otras cosas concretas que, no existiendo entonces, mal podian dar lugar á pensamiento alguno. Es evidente que en la edad media nadie podia pensar en la direccion de Ultramar ó en la Academia española. Yo doy tambien por averiguado que nadie pensaba entonces en telégrafos eléctricos, ni en pararrayos, si bien algunas personas eruditas aseguran que ya los hubo en Judea en el temple de Salomon.

Menester es no ser muy severos con los anacro-

nismos metafísicos, aunque no sea más que por lo difícil que es ponerlos en evidencia. Seguro estoy de que al Sr. Nocedal le parece un anacronismo todo lo que piensa, y dice el marqués de Posa en el *D. Carlos* de Schiller: pero, ¿cuánto no se podría aducir en contra de este parecer? En otras ocasiones el anacronismo es patente, pero se perdona en gracia del buen uso que ha hecho de él el poeta: así la esclava griega, aquella bellissima figura del *Sardanápalo* de Byron. No hablemos de los poetas anteriores á nuestro siglo, tan celosos de la verdad histórica. En ellos todas las pasiones y los pensamientos son anacrónicos. Los personajes de Calderon, Racine y Corneille, nos parecen personajes del siglo xvii y cortesanos de Madrid y de Versalles, por más que se vistan á la romana, á la griega ó á la babilonia. Por dicha son personajes humanos, que es lo que más importa y lo que más el arte requiere. Peor fuera caer en el extremo opuesto y á fuerza de querer dar el tinte de época determinada á los pensamientos, creencias y pasiones, fantasear personajes que nada tengan de humanos y que no sientan, ni piensen, ni hablen como los del mundo.

La lengua española del siglo xiv está escrita, vive materialmente en los documentos y en ellos podemos estudiarla y verla. Sin embargo, la mayor parte de los que han compuesto, en el dia, versos ó prosa en *fabla antigua*, recelo mucho que han hablado una fabla que nunca se habló, ni en lo antiguo, ni en lo moderno; Idéntico es mi recelo á propósito de los *Contes drolatiques* de Balzac. ¿Qué no tendrè, pues, que recelar de

sentimientos, ideas y otras cosas metafísicas que no se conocen sino por los efectos? Si para escribir una novela histórica se hubiese de proceder con la nimia escrupulosidad que el Sr. Nocedal exige, sería menester una erudición sobrehumana y no se escribiría esta clase de novelas.

En cuanto á la fidelidad en los retratos de los personajes históricos, también hay mucho que decir. No es tan hacedero obedecer el precepto del Sr. Nocedal y *reproducir fielmente los verdaderos rasgos del modelo, sus costumbres y su alma*. Sería necesario que hubiese una historia fehaciente, autorizada de un modo legal, para que todos se aviniesen con lo que dijera, y tan honda que lo desentrañase todo, sin dejar alma de hombre célebre por descubrir, á fin de que los novelistas pudieran copiarla. Una historia, por ejemplo, que dirimiese la contienda de los que creen un monstruo á Felipe II y de los que casi le creen un santo.

Por lo comun no es el novelista quien calumnia con *falsedades y mentiras al personaje que yace en el sagrado de la tumba*. Quien le calumnia, si calumnia hay, es el historiador á quien el novelista ha seguido. La cuestion no es de crítica literaria, es de crítica histórica. Y crea el Sr. Nocedal que no pocas veces sería la cuestion tan cómica y tan difícil de decidir con buenas razones, como la que tuvieron D. Quijote y Cardenio sobre la honestidad ó amancebamiento de la reina Madásima. Ariosto ha dicho de la de Cartago.

Elisa, che ebbe il cor tanto pudico,
Or riputata viene una bagascia
Solo perché Maron non gli fu amico.

Esto no obsta para que sea muy digno de reprehension el historiador ó el novelista que premeditadamente insulta la memoria de algun héroe ó de algun ilustre personaje á quien todos sus compatriotas veneran. No hay más horrible ni más infame profanacion histórica que la cometida por Voltaire con la heroína Juana de Arco. Manchar la fama de la doncella de Orleans es deslustrar una de las más nobles glorias de Francia. ¿Qué grito de indignacion no se alzaría en nuestro país si algun perverso y mal avisado novelista se atreviese á poner en duda la clara virtud de Isabel la Católica? España volvería por ella, porque España toda es heredera de su gloria y debe defenderla como un buen hijo defiende el nombre y la memoria de su madre.

Hay personajes históricos, cuya grandeza y bondad son tan evidentes para todos, que la conciencia pública los ha santificado y canonizado. Los pueblos han cifrado en ellos su gloria, han puesto en ellos su alma, han reconocido en ellos su ideal. ¿Quién abrirá los lábios para hablar de ellos, que no los bendiga y los colme de alabanzas?

Pero ya hemos hablado bastante sobre la novela literariamente considerada; pasemos ahora á tratar de su moralidad y de sus tendencias religiosas, filosóficas y políticas.

III.

Ya que hemos examinado de qué suerte ha de ser verosímil la novela, pasemos á hablar de su moralidad.

Sobre este punto no puedo ménos de estar completamente de acuerdo con el autor del discurso que ha dado ocasion á este corto trabajo: las novelas han de ser morales ó al ménos inocentes. A lo que no me resigno es á conceder como una verdad incontrovertible, que las novelas del día son más deshonestas, torpes y dañinas que las que en otros tiempos se escribieron. Yo no puedo exclamar con el Sr. Nocedal: *Vuelvan las musas á morar en regaladas florestas, con su gracioso antiguo continente, ceñida de flores la cintura; dejen de andar á pié y descalzas, desaseadas y en cabello por esas calles, y tornarán á ser queridas y respetadas. Vuelvan, vuelvan los tiempos en que el auditorio se entregaba en brazos de la rtsa, ó derramaba lágrimas de ternura sin miedo ni escrúpulo en el teatro y sin peligro en la lectura de cuentos, narraciones y novelas.* Como esos tiempos felices jamás han ocurrido, nadie puede desear que vuelvan.

Yo sostengo, por el contrario, que toda buena literatura, y muy singularmente las buenas novelas que ahora se escriben, son mil veces más morales y decentes que las que en lo antiguo se escribieron, y fueron tenidas por buenas y ejemplares.

Empecemos hablando de la decencia. La decencia, el recato y el comedimiento en el lenguaje, no son la

moralidad misma; pero son clara muestra del respeto que á la moralidad se tiene. Así como en un salon elegante y entre personas cultas, no se sufrirían las palabras y frases que se consienten y hasta se aplauden en una taberna ó en un garito, así en nuestra sociedad más culta y mejor mirada que las antiguas, no se sufren las groserías é insolencias que entónces no escandalizaban. El escritor público, ni aún como cita, ni aún para censurar, puede repetir ahora los dichos infames y las malas palabras que entónces se usaban sin que los oídos se ofendiesen, y tal vez sin que el rubor asomase á las mejillas de nadie. Todos nuestros autores, Quevedo, Tirso, Lope, el mismo Cervantes, están llenos de tales impurezas. Fácil nos sería recordarlas si no temiésemos ofender á nuestros lectores. Entre los autores extranjeros acontecia lo propio. ¿Quién escribe en el día con la desvergüenza, el cinismo y el impudor de un Aretino, de un Rabelais ó de un Boccaccio? El mismo Shakspeare se sirve de espresiones que en el día pasarían por *shocking* en boca de un carretero inglés. ¿Qué autor, por licencioso que fuese, se atrevería, por ejemplo, á poner ahora, en boca de alguno de los personajes de un drama, estas palabras que Yago dice al padre de Desdémona; *Your daughter and the moor are now making the beast with two backs?*

Y no se diga que este modo de expresarse es cándido y patriarcal, y que las costumbres eran entónces mejores, aunque no habia tanta hipocresía. No habia entónces tanta hipocresía, porque sencilla y buena-

mente las costumbres eran mucho peores y groseras. El vicio que hoy mancilla y degrada, tal vez se excusaba entonces como falta ligera ó graciosa travesura. El *Jorge Dandin* de Molière, el *Marido burlado y puesto en ridiculo*, se ha dado en el teatro, en el gran siglo de Luis XIV, sin que nadie se escandalice. Doña María de Zayas y Sotomayor, señora muy principal de Madrid, publica entre sus novelas *ejemplares*, una, titulada *El Prevenido engañado*, en la cual se cuenta con notable complacencia una série de adulterios chistosos, cuya moraleja es que todo hombre debe tratar de casarse con mujer de entendimiento para que le engañe con disímulo y sin que él lo sepa. El engaño, siendo, según Doña María de Zayas, cosa natural y asimismo precisa, lo único que se podía evitar era que por estupidez de la esposa, se hiciese sin arte y llegase el marido á entenderle, como le acontece al pobre héroe de la novela mencionada, que tomó mujer tonta de puro *prevenido*. No sé yo qué señora de España, por *despreocupada* que fuese, se atrevería hoy á dar al público novelas *ejemplares* por el estilo; ni tampoco creo que ningun censor se atreviese á aprobarlas, como el padre Fr. José de Valdivieso, autor del poema de San José, persona de autoridad y razonable teólogo, aprobó las de doña María, diciendo que *en aquel honesto y entretenido libro, no hallaba cosa que se opusiese á la moral cristiana*.

¿Qué poeta, querido y mimado de la corte de Roma, publicaría hoy algo parecido al *Jocondo*, al *Perro precioso*, al lance del *Ermitaño* y de *Angélica* y

á otros cuentos y episodios del Ariosto? ¿En qué teatro se consentiría hoy la representacion de la *Mandragola* de Machiavelli, que fué representada delante de Leon X?

Sería cuento de nunca acabar el ir citando obras de imaginacion, escritas en los buenos tiempos antiguos y notoriamente deshonestas. Otros vicios, más feos aun que la deshonestidad, se reian cuando no se perdonaban. Para mi señora Doña Esperanza de Meneses y Quiñones, no tiene Cervantes una palabra de reprobacion, y en verdad que no nos dá mejor ejemplo que la *Dame aux camélias*, si bien se muestra mejor instruida en su oficio. ¿Qué idea formaríamos de la sociedad española del tiempo de Felipe IV, si nos atuviésemos al retrato que nos hace de ella Quévedo?

Es indudable que hay en toda la sociedad europea, particularmente entre los pueblos que van al frente de la civilizacion, no sólo un gran progreso material, sino tambien progreso moral.

A pesar de las declamaciones contra el mercantilismo de la época, no es el dinero tan poderoso móvil de las acciones de los hombres como lo ha sido en otras edades. La idea de que con dinero no hay honra de mujer ó de hombre que no se pueda comprar, idea tan repetida por los autores antiguos, y tan fecunda en chistes, se tendría hoy por soez y chavacana, no ya en un libro, sino emitida en un casino ó en una cena de la *maison dorée* entre calaveras y mujeres perdidas.

¿Qué mujer honrada no juzga hoy su honra y su virtud á prueba de pobreza, y hasta á prueba de

hambre? Yo tengo por cierto, que no sólo las mujeres honradas, sino hasta algunas de las mujeres galantes y poco escrupulosas, se habian de ofender si se las aplicase el chiste de Lope:

No estaba pobre la feroz Lucrecia,
Que á darle D. Tarquino mil reales,
Ella fuera más blanda y ménos necia.

El sentimiento de la propia dignidad es en el día más vivo y profundo que nunca, y hasta la hembra más infeliz se juzga capaz, sin creer por eso que se coloca entre las heroínas, de resistir á todos los Tarquinos, si los Tarquinos no le gustan.

En el día, sin embargo, se compadece, ya que no se disculpa á la mujer que ha sido pervertida desde la niñez, antes que la conciencia y el pudor se despierten en su alma; se la considera capaz de arrepentimiento y de redención, y aún se vé en ella, por profanada que haya sido, á una criatura de Dios, hecha á su imágen y semejanza. Esto no es *levantar en alto figuras de prostitucion, y convertirlas en modelo de virtud y de grandeza*. Augier, en *La aventurera*, Victor Hugo en *Marion de Lorme*, y hasta el mismo Dumas, á quien no defiende sino relativamente, en su *Dame aux camélias*, no son tan inmorales como lo es en sus cuentos de cortesanas el más inocente de los autores de los buenos tiempos; no convierten á sus heroínas en otras tantas Magdalenas; pero tampoco las hacen llorar, porque se les acaba la salud ó el dinero, sino por más altas y nobles razones.

El caballero de Grioux, en *Manon Lescaut*, estafa, roba y hace del ruñan, sin perder la estimacion de su querida, y sin dejar de ser todo un caballero. El abate Prevost, autor de la linda novela, pues no se ha de negar que la novela es muy linda, no condena acerbamente la conducta de su héroe, antes bien le pinta como una interesante victima del amor. En el día, el caballero de Grioux, haciendo tales hazañas, hubiera dejado de ser caballero, y hubiera perdido la estimacion de todos; tal vez hasta la estimacion de la enamorada cortesana, su cómplice. El novelista, que hubiese narrado sus aventuras, nos le hubiera pintado como un sugeto despreciable. La conciencia pública es hoy mas delicada que entonces. En prueba de esta verdad, aduciré otro ejemplo tomado de nuestra propia literatura. Tirso, en *La Villana de Vallecas*, nos pinta á un señor oficial, muy hidalgo, muy valiente, que vuelve de Flandes á España á pretender una encomienda, y que, á pesar de toda su hidalguía, roba la maleta, los papeles, el dinero y el nombre á otro caballero indiano. Todo esto, así por el efecto que produce en los demás personajes del drama, como por la sencillez y benevolencia con que el poeta lo mira, no pasaba entónces de una broma, de una travesura discreta. ¿Qué autor dramático osaría en nuestro tiempo atribuir travesura semejante á un oficial que volviese de la guerra de África?

No sólo en novelas, sino en historias ó relaciones de hace siglos, se ven caballeros pobres que buenamente se dejan mantener por señoras ricas, sin per-

der su crédito. Hoy, aunque suele alguna vez acontecer lo propio, siempre se censura con severidad al mantenido.

Tampoco se ponen hoy tan á menudo, en novela ó en comedia, damas que se dejan seducir y que, vestidas de hombre ó con cualquiera otro disfraz poco decente, se van por esos mundos, de venta en venta y de meson en meson, en busca del querido que las deja: ni se vé, como en *La devocion de la cruz*, á una monja que se escapa del claustro, que mata á diestro y siniestro y que se transforma en capitán de bandidos.

En las antiguas obras de entretenimiento, pasma á veces el candor ó la inocencia de inmoralidad, la cual se puede confundir con la ignorancia y la grosería, pero no con la moralidad misma. ¿A qué juventido de ahora se le ocurriría enviar mensajes á su novia con *Celestina*, como á *Melibea* se los enviaba *Calisto*? Se responderá que las señoritas de ahora no viven en tanto recogimiento y retiro; pero esta no es razon, porque si el recogimiento y el retiro han de servir para que tengamos que valernos de *Celestinas*, harto mejor es que las señoritas vayan á bailes, tertulias y paseos, y reciban en casa descubiertamente á sus galanes.

En suma, de cualquiera modo que esta cuestion se mire, es fuerza convenir en que la sociedad presente, no sólo es más culta, sino también más moral que la pasada, y en que la literatura amena, reflejo de la sociedad, tiene que ser y es, en el día, más moral y delicada que ántes, aunque puede y debe serlo mu-

cho más con el progreso de la civilizacion. Sabemos y confesamos, que áun se publican muy malos libros; pero no peores que los antiguos. ¿Qué libro moderno español se puede comparar á *La C... comedia*, escrita en tiempo de los Reyes Católicos? Es cierto que el infame materialismo francés del siglo XVIII, los escándalos de la Regencia y la monstruosa relajacion de las Córtes de entónces, concurren á producir un enjambre de libros obscenos é impíos; pero ¿quién los lee ya y no los detesta?

Hoy vivimos en una época mas seria, y la juventud no se ocupa tanto de galanteos y de libertinaje. La juventud de ahora, tal vez peca por el extremo contrario, tal vez es demasiado formal, y sin pensar en amores, se dedica á la filosofía, á la política y á las especulaciones mercantiles. Yo no defiendo esta precoz formalidad, hasta me parece antipática y ridícula en muchos; pero es indudable que existe y que hace ménos frecuentes la seduccion y las relaciones criminales entre ambos sexos. Al jóven que se pone á descifrar aquel intrincado laberinto de *La doctrina de la ciencia* de Fichte, ó que se calienta la cabeza con meditaciones y armonías económicas, ó que prepara un discurso, atiborrado de sabiduría, para pronunciarle en el Ateneo ó en la Academia de Jurisprudencia, casi se le pasan las ganas de enamorar y le parecen *antíno-mias* las mujeres. Es, por consiguiente, más bien un preservativo que un escollo de la castidad ese cúmulo de elucubraciones filosóficas y políticas en que ahora todos nos hundimos.

Se lamenta el Sr. Nocedal de que esas elucubraciones políticas y filosóficas invadan el campo y jurisdicción de la novela. ¿Mas cómo extrañarlo ni cómo remediarlo aunque lo lamentamos, cuando esas elucubraciones han invadido también toda nuestra vida? ¿Cómo extrañarlo, cuando sucede ahora tan á menudo lo que un amigo me refirió poco há, de un coloquio que sorprendió entre dos enamorados, los cuales estaban hablando del origen del derecho y del desestanco de la sal?

Yo soy más que nadie partidario *del arte por el arte*. Creo que la poesía tiene en sí un fin altísimo, cual es la creación de la hermosura. Creo que la poesía, y por consiguiente la novela, se rebajan cuando se ponen por completo á servir á la ciencia; cuando se transforman en argumento para demostrar una tesis. Yo creo, por último, que si los autores de estas novelas doctrinales son legos, como sucede con frecuencia, ó lo trastruecan y confunden todo, ó nos enseñan cosas olvidadas ya de puro sabidas, redundando todo ello en muy notable menoscabo del esparcimiento, regocijo y deleite que de la lectura nos prometíamos. No condeno, sin embargo, que las doctrinas se divulguen por medio de las novelas. Si unas doctrinas son malas, otras son óptimas, y al cabo, en nuestro siglo, ni hay iniciación, ni misterios, ni enseñanza *esotérica*: todo se sabe por todos, mejor ó peor, más temprano ó más tarde. Sin novelas, lo mismo que con novelas, hubiera habido siempre socialistas, panteístas, neo-católicos y otros sectarios. En los primeros tiempos del

cristianismo, hubo mas heregías que ahora, y apenas se escribían novelas.

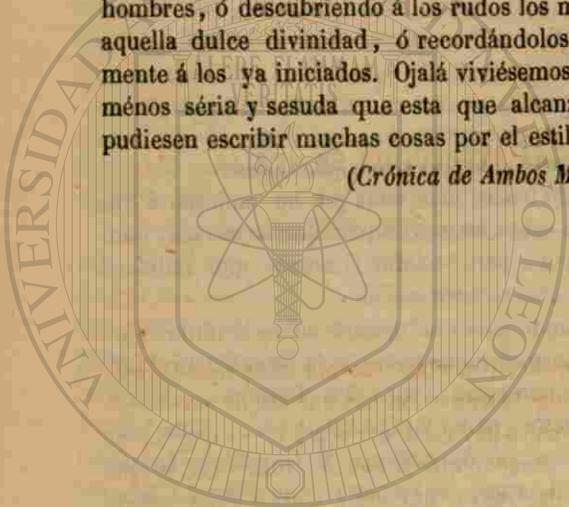
No es esto conceder que la novela dogmática haya nacido en nuestra edad. *Nihil novum sub sole*. La novela dogmática es tan antigua como la novela misma. *La Ciropedia* es una novela política, y el cuento de Apuleyo, singularmente el hermoso episodio de los amores de Psiquis y Cupido, está lleno de símbolos de las más profundas doctrinas platónicas.

No quiero hacer mas citas por no molestar á mis lectores. De sobra he escrito para que se cansen, aunque harto poco para aclarar el asunto que indica el epígrafe de este somero estudio.

Resumiendo ahora mi opinión sobre la última parte, ó sea sobre el dogmatismo de la novela, diré que, por regla general, no le apruebo. Perdonó, sin embargo, á Goethe, sábio tan profundo como poeta eminente, que en el *Aprendizaje de Guillermo Meister* hable tanto de artes, de comercio, etc., etc.; á Jacobi, que esponga la filosofía del sentimiento en su *Woldemar*; y á Tirso, que en *El condenado por desconfiado*, nos dé un drama teológico sobre la predestinación y el libre albedrío. Pero no todos los hombres de imaginación son hombres de ciencia, y no siendo lo, es lo mejor escribir novelas para deleitar honestamente sin sermones ni disertaciones, bien sean progresistas, como dicen que son las de Ayguals de Izco, que yo no he leído, bien sean retrógradas, como las de Fernan-Caballero, escritor de mérito, sin duda, pero que aún le tendria mayor, si no se propusiera probar.

Feliz el autor de *Dafnis y Cloe*, que no consagró su obrilla á Minerva, ni á Témis, sino á las ninfas y al Amor, y que logró hacerse agradable á todos los hombres, ó descubriendo á los rudos los misterios de aquella dulce divinidad, ó recordándolos deleitosamente á los ya iniciados. Ojalá viviésemos en época ménos seria y sesuda que esta que alcanzamos y se pudiesen escribir muchas cosas por el estilo.

(Crónica de Ambos Mundos.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

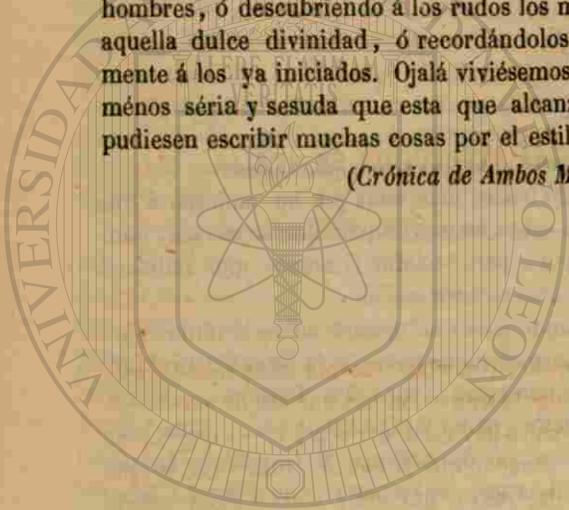
DE LA REVOLUCION EN ITALIA.

I.

Vivimos, dicen muchos, en una edad agitadísima, en un período de transición, en una era de revoluciones en que nada hay estable y seguro, en que no se conoce más derecho que la fuerza, más justicia que la voluntad del mayor número; pero los que así se lamentan, niegan de un modo implícito, la evidente, providencial y perpétua agitacion del humano linaje. Todos los períodos de su vida son otros tantos períodos de transición y de revoluciones. Desear el continuo reposo é imaginar que en algun tiempo le hubo, es creer que la humanidad cayó durante algun tiempo y puede caer de nuevo en un desmayo apacible; es pensar que ya ha tocado el término oscuro é indefinido de su carrera, y que podemos pararla para que en él se repose y duerma tranquila. Seria, pues, temerario y absurdo empeño el de los amantes de lo pasa-

Feliz el autor de *Dafnis y Cloe*, que no consagró su obrilla á Minerva, ni á Témis, sino á las ninfas y al Amor, y que logró hacerse agradable á todos los hombres, ó descubriendo á los rudos los misterios de aquella dulce divinidad, ó recordándolos deleitosamente á los ya iniciados. Ojalá viviésemos en época ménos seria y sesuda que esta que alcanzamos y se pudiesen escribir muchas cosas por el estilo.

(Crónica de Ambos Mundos.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE LA REVOLUCION EN ITALIA.

I.

Vivimos, dicen muchos, en una edad agitadísima, en un período de transición, en una era de revoluciones en que nada hay estable y seguro, en que no se conoce más derecho que la fuerza, más justicia que la voluntad del mayor número; pero los que así se lamentan, niegan de un modo implícito, la evidente, providencial y perpétua agitación del humano linaje. Todos los períodos de su vida son otros tantos períodos de transición y de revoluciones. Desear el continuo reposo é imaginar que en algún tiempo le hubo, es creer que la humanidad cayó durante algún tiempo y puede caer de nuevo en un desmayo apacible; es pensar que ya ha tocado el término oscuro é indefinido de su carrera, y que podemos pararla para que en él se repose y duerma tranquila. Seria, pues, temerario y absurdo empeño el de los amantes de lo pasa-

do, si procurasen hacerla retroceder, ó el de los que se precian de conservadores, si quisiesen pararla. No es esto lo que les incumbe, si bien tienen que cumplir un destino altísimo, si bien son y nunca dejarán de ser parte principal en el movimiento y desarrollo de la historia. En esa *pompa*, en esa *teoría* sacratísima de la raza del hombre, en esa peregrinación maravillosa hacia la tierra prometida, si hay y conviene que haya profetas para que columbren lo porvenir, son asimismo necesarios los guardadores de la antigua sabiduría y de la experiencia de los siglos; aquellos que sin poner obstáculo al progreso, le siguen y prudentemente le ordenan; aquellos que conservan, como en el arca de una nueva alianza, las tradiciones que han de legitimarle, santificarle y hacerle fecundo, enlazándole con lo pasado. El criterio de estos es el que debemos y queremos adoptar al juzgar el grande espectáculo que hoy nos ofrece la conmovida Europa; espectáculo que ha de mirar el filósofo con serenos ojos, confiando en la Divina Providencia y en el instinto divino de la humanidad, desechando vanos temores y ahogando la envidia, que no por ser patriótica deja de ser mezquina.

España tuvo la primacía durante dos siglos, en este gran sistema de Estados europeos, confederados tácitamente por una misma civilización y por una misma tendencia, animados del mismo espíritu y caminando al mismo fin de extender por todo el orbe la fé cristiana con la persuasión, las ciencias y las artes con el comercio y con la guerra. Postrada ya España y pre-

dominantes Inglaterra y Francia, todavía nos queda el consuelo de poder afirmar que, hasta sin tener en cuenta los raros descubrimientos de nuestros días, sobre todo las aplicaciones del vapor y de la electricidad, eficaces y poderosos medios, nuestro predominio fué, más que los de ahora, benéfico á la civilización del mundo, á la propagación del cristianismo, á la elevación y redención de las razas degradadas, bárbaras ó selváticas, y á la comunión y consorcio de ellas con lo más noble y dichoso del linaje humano. En la época en que predominaban los españoles, todos los pueblos eran, más que en la presente, fanáticos, codiciosos y crueles: pero ni la crueldad, ni la codicia, ni el fanatismo bastaron á impedir que asimilásemos á nosotros á los indios de ambas Américas, haciéndolos compatriotas y hermanos nuestros. No así la gente anglo-sajona, que jamás se mezcla con el pueblo vencido; que no puede ni sabe conquistar sino humillando, extinguiendo ó arrojando para siempre de sus hogares á la gente conquistada.

No en balde ni fuera de propósito vienen aquí las anteriores reflexiones. La postración de España no es sino relativa. Otras potencias de Europa, singularmente las dos arriba mencionadas, se le han adelantado, con rápido crecimiento, en población y en riqueza: pero España aún puede alcanzarlas. Nación cual la nuestra, que tan grandes obras ha obrado, no muere nunca y solo decae temporalmente. En ella vive un espíritu inmortal que ha de enjendrar sin duda un nuevo y sublime pensamiento y que ha de divul-

garle por el mundo con sus armas y con sus naves. España, pues, puede mirar impasible y serena los acontecimientos que hoy se realizan y se preparan. Unida y armada para la propia defensa, aperebiéndose á cumplir, en lo futuro, destinos más altos, y segura de que, aún en el estado actual, lograria, en una gran contienda, inclinar notablemente la balanza con el peso de su espada, ni debe recelar para sí los infortunios de unos, ni envidiar la suerte de otros, si bien las flaquezas y errores ajenos han de servirle de escarmiento saludable y los aciertos de estímulo y de incentivo. Si llega la hora de un temeroso choque entre las dos potencias preponderantes, España, regida por un gobierno firme, prudente y de altas miras, ora haciendo respetar y valer su neutralidad, ora poniéndose de un lado, no es de temer que padezca mengua y si de esperar que logre ventajas.

En esta situación, á mi ver, favorable, España y cualquiera español, sin ponerse en contradicción, por amor de la patria ó por empeño de parecer en extremo celoso de su bien y seguridad, con los intereses generales del mundo, pueden imparcialmente juzgar los hechos que ahora se ofrecen á su exámen y entre ellos el mas culminante y trascendental, el conato de independencia y union de Italia.

¿Y quién ha de negar que este conato es santo y noble, que esta aspiracion es legítima? Es cierto que Italia desde la caída del imperio romano, no ha estado unida en un sólo reino sino bajo dos reyes bárbaros, Odoacro y Teodorico: pero muchas veces y con ad-

mirable poder y gloria ha estado confederada. La confederacion era acaso la única unidad posible en la edad media, en que no habian llegado á formarse las grandes nacionalidades; y confederacion hubo en Italia. No hubo unidad completa; pero tampoco en Francia, en la Gran Bretaña, ni en nuestra patria la hubo. Si despues estas últimas naciones se han unido é Italia no, no por eso se ha de argüir que la unidad es imposible y absurda, aunque sea difícil sobremanera.

Dos causas principales han concurrido y concurren á que se retarde, á que tal vez no se logre la unidad de Italia, y su integridad é independencia: dos causas que honran y ensalzan á Italia, no que la desdoran. Es una el esplendor y poder de sus repúblicas, cuyo recuerdo parece que se opone á confundirse y perderse en un sólo Estado; es otra, el señorío temporal del Papa.

El primer obstáculo no es tan difícil de superar, sobre todo, cuando ya no existe sino como recuerdo. El condado de Barcelona era aún glorioso en realidad cuando se unió con Aragon, y Aragon cuando se unió con Castilla. Gloriosísima, maravillosa como una epopeya, fué la vida independiente de Portugal, y aún seguiria unido á España, á no ser por la torpeza y des-gobierno de los reyes austriacos. El segundo obstáculo es el que nos parece casi insuperable.

A pesar de todo, los italianes, y más los egregios que los vulgares, y más los que han vivido en edad relativamente próspera que los que han vivido en períodos de abatimiento, han deseado siempre con ar-

dor la unidad y la independencia de la patria, haciendo todos constar de esta suerte que la patria común existía y existe y no es una mera fórmula geográfica, como supuso el príncipe de Metternich. Petrarca, en sus canciones, Dante, en su *Monarquía* y en su poema soberano, y Machiavelli en todas sus obras políticas, aspiran á la unidad de Italia. En nuestros días, no ha nacido, sólo se ha renovado esa aspiración.

Italia no ha dejado nunca de ser fecunda en grandes ingenios. Sin embargo, puede asegurarse que desde principios de este siglo empezó en ella un renacimiento y desarrollo del espíritu que no podía menos de preparar y producir al cabo, en el terreno práctico, una revolución grandísima. Parini, con sus sátiras, avergüenza á los ociosos y á los afeminados, Alfieri enciende en las almas el amor de la libertad y de las grandes hazañas, Manzoni eleva el corazón con sus religiosos y patrióticos cantares, Leopardi presta á muchos italianos el furor de su desesperación, Amari se complace en recordarles las terribles *Visperas sici-lianas*, Romagnosi les enseña las ciencias políticas, Rosmini, Galuppi y Mamiani los arrebatan á las esferas de lo ideal con sus altas filosofías, y hasta un monje de Monte-Casino, el padre Tosti, escribe la historia de la liga lombarda y hace revivir en la memoria de sus contemporáneos la gloria de aquellos que se igualaron en Legnano con los héroes de Maratón y de Platea.

Entretanto, las revoluciones de otros pueblos y su

anhelo contagioso de libertad, la heroica guerra de la independencia de España, la no menos heroica de Grecia y hasta los estremecimientos convulsivos de Polonia, que se agitaba por sacudir el yugo, ofrecieron ejemplo é infundieron en Italia la emulación y el entusiasmo. Así es que, en todo el primer tercio de este siglo, han sido frecuentes en Italia las conjuraciones y los alzamientos. Tanto los fervorosos conspiradores de las sociedades secretas, cuanto muchos hombres de gobierno soñaban, como medio y hasta como fin de independencia, con el reino único, de que el primer Napoleon les había dado el modelo, aunque no independiente y cabal. Por otra parte, no faltaban republicanos y demócratas que suspiraban ó por una confederación de repúblicas ó por la república una é indivisible. Patriotas más avisados querían la liga de los príncipes contra el extranjero; pero los príncipes recelando, acaso no sin motivo, de los patriotas, y atraídos por lazos de parentesco y gerarquía, se ligaban los más con el emperador de Austria, contra los patriotas, y no entre sí, y con los patriotas, contra el emperador. De este modo pesaba el despotismo austriaco, *la tiranía de los bárbaros*, como en Italia los llaman, sin querer convencerse de que ya no lo son, no sólo sobre Milan y Venecia, sino también sobre casi todos los Estados independientes. Esta tiranía, con todo, no era sentida del vulgo, sino de la clase ilustrada y aristocrática. El campesino de Lombardía no se avenía mal con la dominación austriaca y tal vez vivía con ella dichoso. *El lazaron* de Nápoles y el al-

deano de la Calabria acaso ignoraban que habia en el mundo una Lombardía, y que Lombardía estaba en Italia, y que era conveniente que Italia estuviese libre y unida. El espíritu de revolucion era, por consiguiente, y aún lo seguía siendo en 1848, más que popular, aristocrático, escolástico y literario. Por esta razón, sin contar con la poderosa falta de acuerdo entre los príncipes y con la falta de avenencia entre republicanos y monárquicos, tuvo, á mi ver, tan mal éxito el levantamiento de 1848 y 1849. Si despues se ha hecho popular ese espíritu de revolucion, milagro ha sido de la actividad de los propagadores, de la torpeza y poco tino de los gobiernos á quienes no convenia, y de la astucia y constancia del gobierno á quien conviene, y para quien, no sin aventurar mucho y no sin hacer inmensos sacrificios, va grangeando hasta ahora provecho crecido y no menor importancia.

Al transformarse ese espíritu de revolucion en espíritu popular, de literario y aristocrático que era, se ha descartado del pensamiento neo-güelfo y se ha hecho neo-ghibelino; de federativo, con el Padre Santo á la cabeza de la federacion que era entre muchos, se ha hecho unitario, con Victor Manuel por jefe. Examinemos rápidamente cómo y hasta qué punto se ha verificado este cambio.

Considerando los hombres prudentes que para arrojar al Austria del suelo italiano era menester ó el auxilio extranjero, ocasionado á trocarse en nueva tiranía; ó la union de Italia en un sólo reino, para lo

cual convenia echar por tierra los trocos de algunos soberanos, no excluyendo el temporal del Padre Santo, lo cual era punto ménos que imposible sin acarrear la ira de todos los Estados católicos; ó por último, una liga de los príncipes reinantes; empezaron, desde los tiempos de Gregorio XVI, á pensar en esta liga, poniendo al frente de *la accion* á la casa de Saboya, y como presidente, director y santificador del *pensamiento*, al Papa. Esto fué lo que algunos calificaron de partido neo-güelfo. Vinieron á dar importancia y vigor á este partido la aparicion y la súbita celebridad de un libro singularísimo así por la inmensa doctrina como por la viva y seductora elocuencia que en él resplandecen. Hablamos de *El Primado italiano* de Gioberti.

Nunca se ha hecho de la religion católica una aplicacion más elevada y grande á la filosofia de la historia y á los negocios profanos de la política. El libro de Gioberti puede servir de modelo y dechado á todos los escritores neo-católicos. Gioberti supone, como todos ellos, un lastimoso extravío de la humanidad, que empieza con el renacimiento y con la reforma, y que prosigue aún en espantable progreso. Gioberti, para corregir este extravío y marcar á los hombres el buen sendero, hace causa comun, ó mejor diré, considera como la misma causa la del predominio de su patria en la *accion* y en el *pensamiento* y la del bienestar, armonía y salud del género humano. La teología católica es para Gioberti la virtud que crea y el lazo que une las ciencias todas; la filosofia platónica, hija de la

tradicion y revelacion primitivas, santificada, iluminada y completada despues por el catolicismo, la única filosofia primera; la ontologia de la *fórmula ideal*, el fundamento del derecho, de las leyes y de toda metafisica. Para Gioberti, Descartes es un mal filósofo, su escuela psicológica un sistema necio y mezquino; la critica de Kant y todas sus consecuencias, un panteismo absorbente que destruye la libertad del hombre. Para Gioberti la civilizacion se ha torcido y viciado, va en rápida decadencia, desde el momento en que Italia, maestra de las gentes, empezó á decaer en el orden intelectual y en el orden político. Levantar á Italia de su postracion, es para Gioberti la salvacion de Europa, es levantar de nuevo en alto el *labarum* de la civilizacion cristiana, restablecer la armonía y la unidad, reponer, donde conviene y es justo, la iniciativa, el magisterio y la virtud de todo progreso. El admirable fervor, la erudicion vária y profunda y la argumentacion vigorosa de este libro fascinan, cuando no convencen.

Difícil es dar cuenta en el breve espacio de este ligerísimo escrito de esa enciclopedia de Gioberti, donde se tocan todas las cuestiones que han podido y pueden agitar al espíritu humano, y donde, al propio tiempo, sin que lo voluminoso de la obra sirva de obstáculo, se hace de la manera más eficaz la propaganda revolucionaria. Baste decir, que *El Primado italiano* de Gioberti, leído por muchos y explicado y puesto por ellos al alcance del vulgo, preparó y precipitó la revolucion en Italia. Los moderados y con-

servadores y las altas clases de la sociedad se hicieron revolucionarios con el libro de Gioberti, tan monárquico y tan partidario del Papa. No pocos amantes de lo pasado se mostraron también deseosos de la revolucion, imaginando sin duda que con ella iba á renacer el esplendor de Italia y que iban á renovarse los buenos tiempos antiguos y á recobrar el pontificado su preponderancia política en el mundo. Hasta muchos de los republicanos y demócratas, y tal vez el mismo Mazzini, fueron por un momento ó fingieron ser *giobertistas*.

En esta disposicion de los ánimos, vino á ocupar la cátedra de San Pedro un varon virtuosísimo, de corazón verdaderamente italiano, ansioso del bien general y sediento del amor de los pueblos. Exento de mundana ambicion, nadie podia imaginar que Pio IX fuese un príncipe guerrero, un Papa batallador, como Julio II; esto repugnaba además abiertamente con la cultura de nuestro siglo, en el cual ni en sueños es tolerable ver al Vicario de nuestro Señor Jesucristo entrando por asalto en una ciudad, ó combatiendo al frente de un ejército. Muchos esperaban, con todo, que el Padre Santo, movido de su bondad y de su anhelo de que Italia fuese libre, consagraria la guerra contra los austriacos, como una nueva cruzada, é imitaría hasta cierto punto á Alejandro III, tomando *misticamente* la direccion de la empresa.

Con tan halagüeñas esperanzas estalló á poco la revolucion por toda Italia á los gritos de ¡viva la liga italiana! ¡viva Pio IX! ¡viva Gioberti! El *himno de*

Pio IX fué la *marsellesa*, fué el himno de Riego de aquellos patriotas. La revolucion tomó el carácter neo-güelfo del libro de Gioberti. La erudicion, la filosofía, la teología y hasta el misticismo, que intervinieron en ella, la hicieron por lo pronto más propia de las clases elevadas y cultas que de la indocta plebe. Los austriacos eran *los bárbaros* y los soldados de la patria *los cruzados*; los tres colores de la bandera italiana simbolizaban las tres virtudes teologales; fé, esperanza y caridad. Italia misma estaba figurada por estilo profético en la hermosa Beatriz, que, despues de largos años de dolor y de prueba, se le apareció á Dante en el paraíso terrenal, vestida con ropas de esos tres colores significativos.

Los primeros movimientos de la revolucion tuvieron, por consiguiente, cierta indole científica, bien expresada en los congresos *dei scienziati*, y cierto viso de buen tono, de elegancia y hasta de galantería, merced á las princesas, duquesas y otras damas aristocráticas, que predicaban la santa liga, que con sus blancas y suaves manos colocaban en el pecho de los jóvenes caballeros *la cruz roja* y que los animaban y los hacían más *caldi d'amor patrio* con una dulcísima sonrisa. Entre estas ilustres promovedoras de la libertad y de la independencía, descollaba la nobilísima, poética y erudita Princesa de Belgiojoso.

El rey de Cerdeña, Carlos Alberto, tomó al fin el glorioso apodo de *la spada d'Italia* y se puso con todo su brio á servir á la revolucion. Las más gratas ilusiones llenaron el alma de los patriotas; ántes de que In-

glaterra ó Francia pensáran en ofrecerles apoyo, le desecharon, con aquel dicho celebérrimo de *Italia farà da sé*.

Entretanto, el bondadoso Pio IX, ensordecido con los cánticos de alabanza, con las aclamaciones y los vivas, y cegado por el humo del incienso que ardía en su obsequio en toda la Península, no acertaba á descubrir claramente la tormenta que iba arreciando, ni á comprender, en toda su extension y trascendencia, el inmenso compromiso en que él mismo se había puesto. Pero los otros príncipes de Italia, y singularmente el rey de Nápoles, más amigos del Austria y del propio bienestar y reposo, que de hacer de libertadores y propugnadores del *bel paese dove il si suona*, comprendían y aún exajeraban todos los peligros de la revolucion, renegaban *cordialmente* del Papa, que á su vez, la había promovido, y prohibían que en sus Estados se cantase el himno del Papa, como si este himno fuese una blasfemia.

La revolucion de Francia, el socialismo y el comunismo, el derecho al trabajo, la Icaria, Proudhon, los húngaros, Kossuth, la asamblea nacional de Francfort y los filósofos alemanes, armaron poco despues, tal estrépito en toda Europa, que vacilaron los tronos, ardió el mundo en motines, guerras civiles y asonadas, y no faltó quien creyese que eran llegados los tiempos apocalípticos y que se acercaba la consumacion de los siglos.

Los príncipes de Italia que hasta entónces habían seguido de muy mala gana el movimiento nacional,

empezaron á serle abiertamente contrarios. Si por lo pronto contemporizaron con él, fué cediendo á la fuerza. El temor de los trastornos, el pavor que la democracia infundía, se acrecentaba y se corroboraba en ellos con el continuo recelar de la ambicion de Carlos-Alberto y con el amor que los vinculos de familia y la comunidad de intereses les inspiraba por el Austria. Así fué que ninguno de ellos entró de buena fé ni eficazmente en la liga, ninguno de ellos se confederó contra *los bárbaros*, ninguno de ellos desenvainó su espada para coadyuvar con *la de Italia* en la noble causa de la independencia. Los patriotas empezaron, al fin, á abrir los ojos y á notar el desatino del plan de Gioberti, tan sublime y deslumbrador en la teórica.

Los valientes ciudadanos de Milan y de Venecia habian sacudido las cadenas, y el principe de Saboya salia á la defensa de su libertad con un ejército bien organizado; pero los otros pueblos de Italia, si permanecian quietos nada podian hacer por sus hermanos, porque los principes no lo querian; y si trataban de agitarse ó se agitaban para obligar á los principes, tenian que consumir tiempo, fuerzas y entusiasmo en luchas intestinas. Sólo podian acudir y sólo acudieron en auxilio de Carlos Alberto pocos y mal disciplinados voluntarios, mozos por la mayor parte de escogida educacion y blandas costumbres, más avezados á disputar en las aulas y á danzar en los saraos, que á soportar el peso de las armas y las fatigas del campamento. La plebe, sobre todo la napolitana, poco ó

nada entendia de su fraternidad con los lombardos.

Con todo, Pio IX, y aqui hablamos de él como soberano, como señor temporal y no como Pontífice, hubiera podido remover los obstáculos, aunar los esfuerzos, vigorizarlos y dirigirlos contra el enemigo comun. Pio XI, apoyándose en la revolucion, hubiera podido obligar al rey de Nápoles á enviar en favor del de Cerdeña un ejército de cuarenta ó cincuenta mil combatientes; hubiera podido reunir en los Estados pontificios, en Toscana y en los ducados, otro ejército no ménos numeroso; hubiera podido autorizar la santa liga, haciéndose jefe de ella, ordenar y encaminar al mismo objeto todas las voluntades, todas las energías, y hacer, en suma, sin el socorro extranjero, que Italia fuese libre desde los Alpes hasta el Adriático. La situacion general de Europa estaba incitando á realizar este proyecto. Francia republicana y dividida en bandos no se hubiera opuesto: en Alemania, donde ardía la revolucion, no se hubieran armado en favor del Austria, y este imperio, destrozado por interiores discordias, hubiera ofrecido corta resistencia á tan tremendo choque.

Gran plan hubiera sido éste en otro siglo; pero en el nuestro no era posible que el Padre comun de los fieles se declarase jefe de una liga armada contra católicos, suscitase discordias y guerras, y olvidase los deberes de Pastor y de Vicario de Jesucristo por los de príncipe temporal y patriota.—Pio IX, lleno de escrúpulos, retrocedió espantado ante la exigencia de que él mismo se pusiese al frente de aquella sangrienta lu-

cha, y se horrorizó de aquella tempestad revolucionaria, á cuyo crecimiento y desarrollo tal vez con su bondad había contribuido.

La revolucion exasperada salvó entonces los límites de lo justo, rompió todo freno, se manchó con el asesinato de Rossi y ocasionó la fuga de Pio IX.

La reacción entretanto había logrado triunfar en muchos países, y rota en Novara la espada de Italia, y en Nápoles ahogado en sangre el espíritu de la revolución, sólo quedaron en pié las repúblicas de Roma, Toscana y Venecia, de las cuales, las dos últimas cedieron al fin al poder austriaco, y la primera se derrocó al empuje de las bayonetas extranjeras, concitadas en todo el orbe católico por el mismo que Italia soñó un día como libertador. Pio IX, sin embargo, no puede ser tachado de falta de amor á la patria. Un amor más alto, una más santa caridad, un imperioso deber de conciencia le movieron sin duda á llamar en su auxilio á los franceses, á los españoles y á aquellos mismos austriacos, aborrecidos dominadores de su patria.

Así acabaron de disiparse los generosos ensueños Gioberti y así se comprendió que era una ilusión irrealizable la de libertar á Italia con la liga de los príncipes, más que italianos, austriacos.

El partido neo-güelfo acabó ó fué tenido por absurdo: el Papa ántes que italiano, por católico; ántes que príncipe, por jefe visible de la Iglesia. El mismo Alejandro III, que se presentaba ántes como modelo de Pio IX, se comprendió al fin que no había peleado

por Italia; sino por la Iglesia contra Federico Barbaroja, y que, reconocido por este emperador como Papa, se separó de la liga y acaso contribuyó á hacer inútiles aquellas hazañas heroicas que en pró de la independencia obraron las ciudades de Lombardia.

Apenas quedaron, por lo tanto, otras esperanzas que las de los demócratas en un nuevo y mas vivo incendio revolucionario del mundo, y las que dá César Balbo en su libro de este título, aunque más propiamente pudiera llamarse *de los desengaños*. Italia, segun César Balbo, no podia ser libre sino cuando feneciese el imperio de los turcos y fueran repartidos sus despojos entre las naciones prepotentes, las cuales darian á Italia libertad é independencia, y al Austria compensacion con la parte más pingüe de los desmembrados dominios osmanlies.

Por fortuna ó por desgracia, que esto aún está por ver, no se contentaron los políticos de Turin con las esperanzas de César Balbo, y cifrando las suyas en el esfuerzo y fortuna de la dinastía sabauda, se fueron reponiendo de las pérdidas, espjaron otra ocasion más favorable, y adoctrinados y escarmentados por la experiencia, buscaron alianzas poderosas y se aperecieron á nuevos combates, sin contar ya con el Padre Santo, ni con ninguno de los otros príncipes de su misma nacion,

Rápidamente, ya que no permiten mayor extension

cha, y se horrorizó de aquella tempestad revolucionaria, á cuyo crecimiento y desarrollo tal vez con su bondad había contribuido.

La revolucion exasperada salvó entonces los límites de lo justo, rompió todo freno, se manchó con el asesinato de Rossi y ocasionó la fuga de Pio IX.

La reacción entretanto había logrado triunfar en muchos países, y rota en Novara la espada de Italia, y en Nápoles ahogado en sangre el espíritu de la revolución, sólo quedaron en pié las repúblicas de Roma, Toscana y Venecia, de las cuales, las dos últimas cedieron al fin al poder austriaco, y la primera se derrocó al empuje de las bayonetas extranjeras, concitadas en todo el orbe católico por el mismo que Italia soñó un día como libertador. Pio IX, sin embargo, no puede ser tachado de falta de amor á la patria. Un amor más alto, una más santa caridad, un imperioso deber de conciencia le movieron sin duda á llamar en su auxilio á los franceses, á los españoles y á aquellos mismos austriacos, aborrecidos dominadores de su patria.

Así acabaron de disiparse los generosos ensueños Gioberti y así se comprendió que era una ilusión irrealizable la de libertar á Italia con la liga de los príncipes, más que italianos, austriacos.

El partido neo-güelfo acabó ó fué tenido por absurdo: el Papa ántes que italiano, por católico; ántes que príncipe, por jefe visible de la Iglesia. El mismo Alejandro III, que se presentaba ántes como modelo de Pio IX, se comprendió al fin que no había peleado

por Italia; sino por la Iglesia contra Federico Barbaroja, y que, reconocido por este emperador como Papa, se separó de la liga y acaso contribuyó á hacer inútiles aquellas hazañas heroicas que en pró de la independencia obraron las ciudades de Lombardia.

Apenas quedaron, por lo tanto, otras esperanzas que las de los demócratas en un nuevo y mas vivo incendio revolucionario del mundo, y las que dá César Balbo en su libro de este título, aunque más propiamente pudiera llamarse *de los desengaños*. Italia, segun César Balbo, no podia ser libre sino cuando feneciese el imperio de los turcos y fueran repartidos sus despojos entre las naciones prepotentes, las cuales darian á Italia libertad é independencia, y al Austria compensacion con la parte más pingüe de los desmembrados dominios osmanlies.

Por fortuna ó por desgracia, que esto aún está por ver, no se contentaron los políticos de Turin con las esperanzas de César Balbo, y cifrando las suyas en el esfuerzo y fortuna de la dinastía sabauda, se fueron reponiendo de las pérdidas, espjaron otra ocasion más favorable, y adoctrinados y escarmentados por la experiencia, buscaron alianzas poderosas y se aperecieron á nuevos combates, sin contar ya con el Padre Santo, ni con ninguno de los otros príncipes de su misma nacion,

Rápidamente, ya que no permiten mayor extension

las di mensionen de este periódico, hemos tratado de explicar las causas principales del descrédito en que cayó en Italia el partido neo-güelfo ó de Gioberti. En vano este filósofo entusiasta se habia esforzado por dar nueva vida á la preponderancia política del pontificado, no sólo en Italia, sino en el mundo; en vano revivia la memoria de Gregorio el Grande, constituyendo la confederacion itálica, de Gregorio II, declarándose presidente y jefe de las ciudades que sacudian el yugo de los longobardos y de los griegos, de Gregorio VII, que humilló á los emperadores de Alemania, y de Alejandro III, que dirigió, consagró y bendijo aquella liga, vencedora de siete poderosos ejércitos germánicos. En vano se recordaban la energía, el valor, el patriotismo y las virtudes guerreras de otras épocas de ménos gloria para Italia, aunque para el pontificado igualmente gloriosas; y en vano se traian á la memoria las hazañas de Julio II y hasta las bizarrías de Clemente VII y de Pablo IV, amenazando el uno á Carlos V con la guerra para defender *la libertad de Italia en la cual, decia, consiste el honor y la seguridad de la Santa Sede*, y proclamándose el otro con marcada intencion política *in excelso militantis ecclesie throno super gentes et regna constitutus*, bizarrías ambas á que dieron lastimosa y airada respuesta Borbon y el duque de Alba. En vano se procuraba dar un colorido liberal y patriótico á la resistencia pasiva, pero noble, de Pio VII contra el tirano de Europa. En vano, por último, no considerando que eran otros los tiempos, animó una inmensa esperanza, con el advenimiento

de Pio IX, á todos los corazones italianos. Pio IX se vió obligado á disiparla; Pio IX tuvo que decir á los diputados que le pedian la guerra contra el extranjero; *pensad en que Roma no es ya grande por su poder temporal, sino por ser el asiento de la Iglesia católica.*

Estas palabras fueron la abdicacion terminante de la preponderancia política del Papa: abdicacion que no hizo Gregorio VII desde su destierro de Salerno, ni cuando Roberto Guiscard saqueaba á Roma; abdicacion que no hizo Clemente VII, prisionero de Carlos V; abdicacion que no hizo Pio VII cuando tan indignamente fué arrancado de su trono y llevado léjos de su patria, sin que hubiese un italiano que saliese á su defensa: pero abdicacion ya necesaria en nuestros dias, en los cuales las naciones adultas, si en las cosas de la fé pueden y deben seguir sometidas al jefe de la Iglesia, rechazan á veces su dominacion temporal y aun muchas se asombran de verle contender por ella con todo ahinco y sin perdonar medio alguno.

Esta abdicacion, por otra parte, era en extremo conveniente para desvanecer los ensueños ambiciosos de los italianos. Roma, ni con un tribuno como Arnaldo da Brescia ó Rienzo, celebrado por Petrarca, ni con un buen emperador, como Dante queria, ni con el Papa-príncipe, como habia pretendido Gioberti, era ya la Roma que inspiró este verso á Virgilio:

Tu regere imperio populos, romane memento.

Roma no era ya grande sino por ser *el asiento de la Iglesia católica*, y por sus recuerdos y sus ruinas.

Para acometer, pues, la grande empresa, no ya de reconquistar el mundo, sino de unir y libertar á Italia, eran menester otro pueblo y otro príncipe que los de Roma.

El mismo Gioberti, aunque infatuado con la política preponderancia romana, hubo de reconocerlo hasta cierto punto, designando al príncipe sabauo como jefe de la *accion*, y dejando el *pensamiento* al Papa. «Vos, le dice á Carlos Alberto, estais armado y puesto sobre el límite de la Península para rechazar con una mano á los extranjeros, y para convidar con la otra y llamar á vos á los príncipes y á los pueblos. Y damos por cierto, que en tal caso, vuestra virtud haria por nuestra patria lo que, un siglo há, hizo por la suya Federico de Prusia, cuando con un pequeño ejército se defendió contra toda Europa; y que renovaria los milagros de heróica constancia con que un antepasado vuestro salvó la capital y el reino, cuando más enemiga se mostraba la suerte. Por lo cual, valeroso príncipe, espera Italia que nazca de vuestra stirpe su redentor: y se atreve á dirigiros las siguientes palabras, que un italiano libre (Machiavelli), dirigia hace tres siglos á un su eminente compatriota: *Ponga mano vuestra itustre casa en este negocio, con aquel ánimo y con aquella esperanza con que se acometen las empresas justas, á fin de que bajo vuestra bandera sea nuestra patria ennoblecida, y bajo vuestros auspicios se verifique lo que dijo Petrarca:*

*Virtú contra il furore,
Prendera l'arme é fia il combatter corto,
Che l'antico valere
Negl'italici cor non é ancor morto.»*

Y no fué solo Gioberti; los liberales todos de Italia, salvo algunos exagerados demócratas, reconocieron en el Piamonte lo que ahora se llama la *hegemonia*, esto es, la fuerza, la mision, el derecho del predominio. El Piamonte era la Macedonia de aquella nueva Grecia; Carlos Alberto debia imitar á Filipo: acaso hubo italianos apasionados y fervorosos que imaginaban ya ver en su hijo á un Alejandro. En su na, no hubo medio que no se emplease para excitar la ambicion de la casa de Saboya. Hasta se acuñó una medalla con un leon que apretaba entre sus garras al águila austriaca, y con la efigie de Carlos Alberto, que llevaba esta leyenda: *guardo mi estrella*. El mismo Radetzki aguijoneaba á aquel príncipe á combatir contra él, apellidándole, en son de burla y de desprecio, *futuro rey de Italia*.

No negamos que la casa de Saboya ha sido siempre ambiciosa; pero muy á menudo ha justificado su ambicion con grandes hechos. Nosotros, españoles, no podemos olvidarlo, sin olvidar la victoria de San Quintin. Nosotros no decimos como el famoso Spinola, «que no se comprende por qué ceguedad España y Francia, en vez de empeñarse en continuas guerras por el Duque de Saboya, no se pusieron nunca de acuerdo para dividirse sus Estados, y acabar con

una potencia pequeña y egoista, que no reconocia otro derecho que el de la fuerza, no se creia ligada por ningun tratado, y estaba siempre pronta á poner fuego á Italia á la menor esperanza de engrandecimiento (1).

Indudablemente, la casa de Saboya ha pensado siempre en engrandecerse, y en esto se asemeja á otras muchas casas, á todas las casas soberanas: pero en nuestra época, creemos que su ambicion, en un principio al ménos, ha sido sobradamente motivada y justificada. Los actos que de esta ambicion debian seguirse, fueron, hasta para los italianos más prudentes, hijos de la necesidad, y más que prematuros, tardíos. Los príncipes todos de Italia habian dado ya libertades á sus pueblos, los austriacos habian ya ocupado á Ferrara, violando los tratados, y trayendo sobre sí la protesta del Papa, y el príncipe de Metternich habia escrito ya su insolentísima carta al gran Duque de Toscana, llamando *absurdas* las reformas, oponiéndose á que se hicieran, y mezclándose en los negocios interiores de un modo denigrante y atentatorio á la independencia de todos los Estados de Italia: el Papa era liberal; el Gran Duque de Toscana era liberal, y ambos estaban ya desavenidos con el Austria, y el rey de Nápoles aparentaba ya por fuerza ser liberal, aunque no lo fuese; cuando Cárlos Alberto tuvo que decir, que estaba pronto á refrenar la *insolencia del extran-*

(1) Victor Cousin. La jeunesse de Mazarin.—Palabras citadas con aplauso por *La civiltà cattolica*, entre cuyas virtudes no resplandece el patriotismo.

jero, y tuvo que dar á su pueblo las reformas de que gozaban ya los otros. Más que adelantarse, quiso el rey de Cerdeña aparecer en esto reacio; más que tomar la iniciativa, quiso aparecer como movido por extraño impulso y por la imprescindible necesidad. Su amigo querido César Balbo, á quien, á pesar de su prudente liberalismo y de sus pacíficas esperanzas, habia tenido el rey léjos de sí por demasiado liberal, pudo exclamar entónces, lleno de alegría: *por último.... veintisiete años hacla que estaba esperando en Cárlos Alberto (1)*. Pero Cárlos Alberto, si correspondió á esta esperanza fué, como hemos dicho, despues que la necesidad parecia que le impulsaba á ello, y despues que los milaneses, habiendo logrado, en cinco dias de un batallar heróico, arrojar de Milan á los austriacos, le llamaron en su auxilio.

Conocidos son del mundo todo el progreso y término infelicísimo de las dos campañas que hizo Cárlos Alberto por la libertad de su patria. Los celos y rencillas de los otros príncipes, más que los excesos re-

(1) Sabido es que el mismo César Balbo no queria la guerra, sino las reformas liberales, la liga pacífica entre los príncipes italianos y la futura independencia de los Estados sujetos al Austria, también por medios pacíficos, como ya hemos dicho; Gioberti no era más belicoso, lo cual les valió, á él y á Balbo, el siguiente epigrama: ®

Italia mia, non é, s'io scorgo il vero,
Di chi t'offende il difensor men fero.
Grida il Gioberti, che tu se' una rapa
Se tutta non ti dai in braccio al Papa:
E il Balbo grida: dai tedeschi lurchi
Liberal non ti possono che i turchi.

volucionarios, contribuyeron á que todo se perdiera. El rey abdicó y murió de dolor en tierra extraña: la integridad del Piamonte se debió á la intercesion de Francia y de Inglaterra, y la paz se compró por la enorme suma de 70 millones de francos. Con tan tristes auspicios se ciñó Victor Manuel la corona. Victor Manuel sofocó, sin embargo, pronta y enérgicamente la sublevacion de Génova, é hizo reinar el órden en sus Estados sin destruir la libertad, como hicieron otros príncipes prevaleiéndose de los desmanes revolucionarios para faltar á sus juramentos.

Mientras que el rey de Nápoles encarcelaba ó declaraba traidores y viles al ministro Bozzelli, que habia redactado la Constitucion, y á cuantos se habian mostrado liberales y patriotas, en el Piamonte se levantaba una magnífica estatua á Cesar Balbo, el cual siguió muy de cerca á mejor vida á su desgraciado amigo y señor; al que él mismo habia llamado *sommo martire dell'indipendenza, somma vittima dell'invidie italiane* (2).

Cuando Balbo quiso y hasta hizo la guerra, fué porque ya no habia otro remedio: ni él ni su señor la promovieron. Tampoco contribuyó el Piamonte entonces á que saliesen de sus Estados el Papa y el Gran Duque de Toscana. Nadie ignora, por el contrario, con qué afán Gioberti, siendo ministro, trató de que ambos soberanos fuesen restablecidos por las armas piamontesas, así por amor al Padre Santo, así por evitar que fuese, como fué, violentísima la reaccion, como por no ver, como vió, hollado por soldados de varias naciones extranjeras el corazon de Italia.

(2) Véase *La liberté en Italie* de Gaillard. Balbo era de

Victor Manuel, á pesar de tantos desengaños, ni renegó de la libertad, ni desesperó de la salud de la patria, y mientras que los otros príncipes doblaban la cerviz al yugo austriaco, y eran dóciles instrumentos de la política de los extranjeros opresores, cifrando en ellos la seguridad y duracion de la propia tiranía, él hizo que en su reino prosperasen las libertades constitucionales, y se preparó á nueva lucha de más seguro éxito.

Un eminente hombre de Estado, el Conde de Cavour, le secundaba en esta empresa. Al propio tiempo que el país se reorganizaba, ganaba nombre y crédito entre los extraños. La bandera constitucional del Piamonte, con los tres colores italianos, volvía á ondear gloriosa en el sangriento campo de Tchernaiá. El Conde de Cavour tomaba despues asiento en un congreso europeo. El Piamonte, aquel pequeño Estado, se colocaba en medio de las grandes potencias de Europa, y hacia oír su voz y abogaba por la causa italiana. Por un agosto enlace estrechaba, por último, su alianza con el Emperador de los franceses, y

familia nobilísima. Cincuenta de esta familia combatieron en Legnano. El, con sus cinco hijos, combatió en Pastrengo. Uno de sus hijos ha servido en Crimea de soldado raso.—La estatua de Balbo se hizo por suscripción, como aquí la de Mendizabal, y ora sea porque aquel italiano valla más que nuestro español, ora por que *l'invidie italiane*, de que él se quejaba, no son tan eficaces como las nuestras, lo cierto es que nadie se opuso allí á que la estatua se erigiera, y que los diputados piamonteses, aunque Balbo cuando murió era de la minoría, le votaron por unanimidad exequias nacionales.

tal vez, desde luego, le arrancaba la promesa de prestarle su auxilio contra el dominador de Lombardía.

La ocasión no podía ser más á propósito para que esta promesa se cumpliera. Austria, á la verdad, gozaba de paz interior y contaba con un ejército numeroso y disciplinado, pero se habia enajenado las simpatías de todas las potencias. No podía esperar socorro, ni de Rusia, hácia cuyo gobierno habia mostrado la más negra ingratitud, hasta el extremo de maravillar al mundo, cumpliendo la profecía del príncipe de Swartzenberg; ni de la Gran-Bretaña, donde el gobierno la miraba con despego por su conducta en la guerra de Oriente, y en las inmediatas negociaciones diplomáticas, y donde el pueblo, tan amante de la libertad aún en los otros países, cuando esta libertad no se opone á su propia dominacion y al interés de su comercio, la aborrecia por sus excesos en la reaccion, habiéndolo mostrado hartamente, y faltando á las leyes de la hospitalidad, con un famoso general austriaco, á quien se acusaba de verdugo azotador de mujeres: ni tal vez, por último, de los otros Estados alemanes, donde, á pesar del lazo federal, Prusia, conteniendo por la *hegemonía*, é influyente si no dominante, ya que no desease, era de presumir que viera con íntimo deleite la humillacion de su rival.

El Emperador de Francia hubo de comprender entónces que, sin el más mínimo recelo de coalicion y con no poca probabilidad, cuando no certidumbre, de materiales provechos, podia desenvainar la espada, hartar de gloria á su pueblo, siempre sediento de

gloria, rodear y proteger la cuna de su hijo con nuevos laureles, ganarse la voluntad de los liberales, favoreciendo una causa tan de ellos, y salir, aunque tarde, por primera vez á campaña para igualar ó superar las de su tío. Este plan, sin embargo, se hubiera frustrado ó dilatado en su cumplimiento por la proposicion de Rusia de someter al exámen de un congreso la situacion de Italia, si el famoso *ultimatum* de 19 de abril de 1859 no hubiera hecho que se realizara.

Austria, despues de aceptar la proposicion de Rusia, provocó la guerra. Tal vez la movió á ello el mal estado de su hacienda, empeñada, como otras muchas de varias potencias de Europa, en sostener un ejército superior á los recursos de la nacion, lo cual puede hacer preferible á la paz *armada* una guerra, que dé motivo ó pretexto para vivir sobre el país conquistado ó para imponer contribuciones extraordinarias, cargando la mano á las provincias rebeldes (1), ó que traiga por resultado una paz más segura y ménos costosa. Tal vez, el emperador Francisco José quiso, como mozo, hacer alarde de sus bríos, y viéndose con tantos soldados, sintió una irresistible curiosidad de ponerlos á prueba. Tal vez, y esto parece lo más cierto, se originó el *ultimatum* de

(1) Para saber las inmensas y extraordinarias contribuciones impuestas por el gobierno austriaco á Lombardía y Venecia, así en 1848 y 49 como despues, véanse las *cartas á lord Derby*, publicadas por Dentu. Por contribucion de guerra pagaron los italianos, sometidos al Austria, en 1848 y 49 solamente, 88 millones de francos. Sólo la propiedad territorial, ha pagado allí en diez años 1,125.77000 francos.

errados cálculos diplomáticos del Conde de Buol, el cual vió las cosas de muy diferente manera que Napoleón III. Mientras éste entrañaba en el pensamiento de las naciones europeas, el conde de Buol se atenia á las palabras de sus gobiernos y confiaba en ellas, interpretándolas favorablemente. Lord Derby había puesto en boca de la reina Victoria, al abrir, aquel mismo año, el parlamento, que *mantener la fe de los tratados era el objeto de su constante solicitud*, y el gabinete prusiano había hecho las más reiteradas protestas de amistad al de Viena, asegurándole que estaba decidido á sostener el *statu quo* territorial de Italia. Esto bastó, sin duda, para que el Conde de Buol imaginase que la Confederación germánica, y quizás Inglaterra, iban á ponerse de su lado; que Europa toda iba inmediatamente á vedar que la paz se rompiese, y que Francia no osaría hacer la guerra contra la voluntad de toda Europa. Así, pues, con el propósito de dar al Austria una posición más digna y motivo de exigir más en un congreso, se redactó probablemente el *ultimatum*; pero ni la Confederación germánica se agrupó bajo la bandera del Austria, ni la Inglaterra salió á la defensa de los tratados, dejándola encomendada á la vocinglería de los periódicos absolutistas, y el Austria, en cumplimiento de su amenaza, tuvo que invadir el Piamonte. Napoleón III acudió entonces á la defensa de su aliado con poderosísimo ejército, y se renovaron en Italia la revolución y la guerra.

No es dado asegurar hasta qué punto deseaba Na-

poleón III la revolución en Italia; pero sí, que la deseaba. Al verle ir en apoyo de Víctor Manuel, nadie podía dudar de su deseo. La gente de Módena, Parma y Toscana, distraída la atención de los austriacos á un asunto más perentorio y urgente, había de sacudir el yugo de los príncipes que en el de los austriacos se apoyaba. Esto era inevitable. El Emperador de los franceses debía preverlo. El Emperador debía prever asimismo, porque harto conocidos le eran el carácter y los antecedentes de los príncipes italianos, que los que cayesen del trono y abandonasen su tierra, habían de buscar un asilo en el campamento austriaco; que el de Nápoles y el de Roma habían de ver con ceño aquella empresa; y que el del Piamonte había de hacer la más eficaz propaganda para unir á sus Estados los de los otros. Porque mientras estos soberanos se mostrasen, más ó menos descubiertamente, enemigos acérrimos de la patria común, Víctor Manuel había de combatir denodadamente por ella, compitiendo él y su ejército con los soldados de su poderoso valedor, los cuales se creen, no sin disculpa para tanta jactancia, los primeros del mundo, y haciendo forzosamente del reino de Cerdeña el núcleo y el nervio de la nacionalidad italiana. Por eso puede decir Máximo d'Azeglio (1), aunque con sobrada pasión y dureza para los caídos, no sin cierto asomo de fundamento que «el Piamonte ha hecho la más invencible de todas las propagandas, la del valor, la de la libertad unida

(1) La politique et le droit chrétien au point de vue de la question italienne.

al orden, la de la reforma de las leyes, la del honor militar, la del entusiasmo patriótico. Su rey hacía la propaganda en medio de las balas y de la metralla, mientras que los príncipes destronados, después de haber huido, no de las violencias, sino del desprecio de sus súbditos, se habían pasado al enemigo. Estos príncipes, por su parte, hacían también la propaganda, y cada una de las dos propagandas ha dado su fruto (1).

No seré yo quien sienta que para que este fruto madurase, acaso antes de sazón, no empleó el Conde de Cavour artes menos heroicas é inocentes que las de su Monarca: pero en el movimiento que siguió á la entrada del ejército francés en Italia y á sus primeras victorias, había algo de irresistible y fatal, á que tenía que ceder Cavour mismo. Su responsabilidad es menor desde entonces, porque vá como arrastrado á pesar suyo.

En nada se nota más esta distinción que hacemos

(1) En esta dura y cruel invectiva contra los príncipes destronados, no debe comprender Azeglio al Duque de Parma Roberto, niño aún, bajo la tutela de su madre, que no podía tomar más varonil resolución en tan lamentables circunstancias. Es muy triste que haya sido depuesto de aquel ducado un niño inocente, pero también se ha de atender á que el tal ducado, desde 1731, en que se extinguió la dinastía de Farnesio, ha pasado por más manos, y éstas extrangeras, ha sido vendido, cedido, y cambiado más veces que cualquier predio rústico ó urbano, que cualquiera ingenio de azúcar con sus correspondientes negros; por lo cual no es extraño que una vez, al cabo de tantas, tengan voto los parmesanos en la cesión de sí mismos.

de la responsabilidad de la conducta de Cavour, ántes ó después de la guerra, que en la anexión de la Saboya á Francia. Si Francia, como aparece, exigió la Saboya, después de la guerra, no hay pretexto que la disculpe de esta exigencia interesada y opuesta á lo ofrecido, y que deslustra un poco los laureles ganados sobre el Austria, más por miras de ambición, que por el triunfo de una grande idea, idea que, á pesar de lo prometido, no triunfó tampoco por completo al firmarse la paz de Villafranca: Cavour, sin embargo, queda disculpado, porque cede á una necesidad imperiosa y se humilla ante la ley del agradecimiento. Si Francia exigió la Saboya ántes de la guerra, toda la responsabilidad es de Cavour, y responsabilidad inmensa, ya que por esta cesión, no pocos escritores, si bien parciales, como los de la *Revista de Edimburgo*, acusan al rey de Cerdeña de haber manchado ú roto el escudo de sus armas, de haber renegado de su prosapia y de haber vendido su gloriosa cuna. Por dicha, el rey de Cerdeña halla en este, como en otros puntos, más defensores que contrarios, los cuales defensores, sin desconocer lo doloroso del sacrificio, le dan por bien hecho en tan alta ocasión como la de vengar á un padre, y realizar el pensamiento á que un padre consagró la vida. La nación italiana tampoco debe vituperar, sino compadecer por esto á Víctor Manuel. Claro es que la nación española condenaría á cualquiera que pensase en proponer la cesión de una provincia á Francia, aunque fuera á trueque de Gibraltar, de Portugal y de sus colonias: pero la nación

española tiene vida propia y grande, y puede esperar de sí misma cualquier aumento, en cuyo caso no se hallaba Italia, que ni vida propia tenía sino para llorar esclava.

Al quebrantar, no al romper, sus cadenas, Napoleón III empezó á demoler un edificio que se mantenía firme, y en cuyo centro, si aborrecido de muchos, se vivía con cierta seguridad, aunque lúgubre como la seguridad de una cárcel. No es, pues, de admirar que vacile ahora el resto del edificio, ni que haya quien quiera derribarle del todo para levantar otro nuevo sobre sus ruinas.

Esta obra de demolición y de reconstrucción en que Italia se halla empeñada ha hecho nacer cuestiones importantísimas. No vamos nosotros á buscarles una solución; pero si trataremos de explicarlas en el artículo siguiente, que será el último de este breve trabajo. Sólo repiteremos ahora que, sin negar la ambición del Piamonte, dentro de ciertos límites y hasta cierto punto la disculpamos. Ambición que se enlaza con los nobilísimos é inmortales sentimientos del amor á la libertad y del patriotismo, ambición que va acompañada del valor guerrero y político bastante á luchar por estos sentimientos con persistencia y energía, es innegable que adquiere una legitimidad más eficaz á veces y más valedera que otras de que mucho se habla y á que se apela frecuentemente. Esta legitimidad la concede á veces el recto juicio, que suele ser revolucionario á despecho de los tratados. A fin de que el Piamonte no la pierda, conviene, con todo, que rija y gobierne su

ambición con el freno de la prudencia, sin dejarla correr desatentada tras de nuevas conquistas y sin adoptar por divisa aquellas palabras de un personaje de Eurípides, palabras que César tenía siempre en los labios: *bueno es ser justo; más para reinar es permitida la violación de la justicia*

III.

Los portentosos adelantos de la industria, las grandes riquezas por ella creadas, el aumento de población consiguiente, la facilidad y prontitud de comunicaciones y la centralización y buen orden administrativos, conspirando tal vez á que en un porvenir cercano se realicen los ensueños de paz universal, dan por lo pronto á los modernos Estados de Europa un poder desmedido y á las guerras una violencia y unas proporciones horribles. Los medios de destrucción, hoy más eficaces que nunca, no sólo contribuyen á ello, sino que acaso no consienten que la ciencia militar, propiamente dicha, esto es, la estrategia, dé, como en otras edades, tan clara muestra de sí: porque si bien la artillería y los movimientos en grandes masas son de importancia suma, suelen á menudo decidir la contienda, siendo para algunos lo único que la decide, el mayor valor personal, el empuje y la destreza de los soldados, los cuales, igualándose en la excelencia y perfección de las armas, en la severidad

española tiene vida propia y grande, y puede esperar de sí misma cualquier aumento, en cuyo caso no se hallaba Italia, que ni vida propia tenía sino para llorar esclava.

Al quebrantar, no al romper, sus cadenas, Napoleón III empezó á demoler un edificio que se mantenía firme, y en cuyo centro, si aborrecido de muchos, se vivía con cierta seguridad, aunque lúgubre como la seguridad de una cárcel. No es, pues, de admirar que vacile ahora el resto del edificio, ni que haya quien quiera derribarle del todo para levantar otro nuevo sobre sus ruinas.

Esta obra de demolición y de reconstrucción en que Italia se halla empeñada ha hecho nacer cuestiones importantísimas. No vamos nosotros á buscarles una solución; pero si trataremos de explicarlas en el artículo siguiente, que será el último de este breve trabajo. Sólo repiteremos ahora que, sin negar la ambición del Piamonte, dentro de ciertos límites y hasta cierto punto la disculpamos. Ambición que se enlaza con los nobilísimos é inmortales sentimientos del amor á la libertad y del patriotismo, ambición que va acompañada del valor guerrero y político bastante á luchar por estos sentimientos con persistencia y energía, es innegable que adquiere una legitimidad más eficaz á veces y más valedera que otras de que mucho se habla y á que se apela frecuentemente. Esta legitimidad la concede á veces el recto juicio, que suele ser revolucionario á despecho de los tratados. A fin de que el Piamonte no la pierda, conviene, con todo, que rija y gobierne su

ambición con el freno de la prudencia, sin dejarla correr desatentada tras de nuevas conquistas y sin adoptar por divisa aquellas palabras de un personaje de Eurípides, palabras que César tenía siempre en los labios: *bueno es ser justo; más para reinar es permitida la violación de la justicia*

III.

Los portentosos adelantos de la industria, las grandes riquezas por ella creadas, el aumento de población consiguiente, la facilidad y prontitud de comunicaciones y la centralización y buen orden administrativos, conspirando tal vez á que en un porvenir cercano se realicen los ensueños de paz universal, dan por lo pronto á los modernos Estados de Europa un poder desmedido y á las guerras una violencia y unas proporciones horribles. Los medios de destrucción, hoy más eficaces que nunca, no sólo contribuyen á ello, sino que acaso no consienten que la ciencia militar, propiamente dicha, esto es, la estrategia, dé, como en otras edades, tan clara muestra de sí: porque si bien la artillería y los movimientos en grandes masas son de importancia suma, suelen á menudo decidir la contienda, siendo para algunos lo único que la decide, el mayor valor personal, el empuje y la destreza de los soldados, los cuales, igualándose en la excelencia y perfección de las armas, en la severidad

de la disciplina y aún en la instrucción especial de sus jefes facultativos, acaban por encomendar al propio brío la victoria, y riñen una serie de simultáneos y singulares combates. No es esto decir, con Courier, escritor ingenioso y que no era lego como nosotros, que no haya ciencia militar, sino que la inspiración vale más que la ciencia, y que valen más la resolución y energía con que un general se aventura que los cálculos y experiencia con que se apercibe. Hay quien asegura que los austriacos, observando todas las reglas de arte, ganaron infinitas veces, en simulacro, la batalla de Solferino, y sólo la perdieron cuando la pelearon de veras. Pero sometiendo estas dudas ó cavilaciones profanas al fallo de los autorizados y entendidos en el particular, todavía puede afirmarse que las guerras, aunque, por la mayor humanidad con que se hacen, son menos de temer para los que no toman inmediatamente parte en ellas, causan, en el día más que en otras épocas, estragos y muertes entre los que pelean. Estos, por lo comun, eran en lo antiguo relativamente pocos, porque ni el país que enviaba un ejército solía contar con recursos para mantenerle tan numeroso como ahora, ni proporcionarlos el país invadido, ni por su pobreza indemnizar los gastos después del vencimiento. Hoy, por el contrario, los ejércitos son ó pueden ser numerosísimos como los de aquellos pueblos del Norte, que impulsados providencialmente por un misterioso estímulo, ó movidos del hambre y acosados por pueblos no menos feroces, cayeron sobre el imperio romano. Hoy producen la civi-

lización, el refinamiento de las artes y los progresos de la economía política, lo que ántes la imprevisión y la barbarie; esto es, que un millon de hombres se encuentre, se combata y se destruya en un campo de batalla, lo cual, aunque se presta admirablemente á ello el ardor guerrero, no apagado, sino más vivo y poderoso que nunca con la varonil civilización de la moderna Europa, repugna á la creciente filantropía y á las ideas económicas que ahora privan y con las cuales se avienen mal las pérdidas de hombres y de dinero, gasto improductivo que ocasiona la guerra á vueltas de graves perturbaciones en el crédito y de no menor paralización en los cambios.

Sin duda Napoleon III pensó en todas estas cosas sobre el sangriento campo de batalla de Solferino. Sin duda su corazón se movió á piedad al ver tanta generosa sangre vertida. Sin duda recordó aquellas nobles y cristianas palabras que Luis XV dirigió en Fontenoy al general inglés prisionero: *¿No valdria más pensar seriamente en la paz que hacer morir á tanto valiente?* Asimismo, temió tal vez el Emperador de los franceses que la revolución en Italia fuese más allá de lo que le convenia y se disgustó de que ya hubiese ido algo más allá de los límites que él le habia puesto, al decir, *no vamos á Italia á fomentar desórdenes, ni á quebrantar el poder temporal del Padre Santo, á quien hemos vuelto á colocar sobre su trono.* Parecieron además al Emperador hartos subidos precios para el rescate de Italia los ya hechos sacrificios, y los mayores que aún habria que hacer para apoderarse de casi inespugnable

fortalezas, y vencer, no solo al ejército que aún se hallaba delante, sino á 150,000 hombres que habia en los Estados de Venecia, y á otros 100,000 que se extendian desde Trieste á Viena, y que por los ferrocarriles podian inesperadamente acudir y entrar en batalla. Receló, por último, el Emperador que las otras potencias alemanas, alarmadas de sus triunfos, sospechosas de su ambicion y recordando la amistad y lazo federal que al Austria las ligaba, tomasen al cabo parte con ella para sostenerla en la posesion de unas provincias que los tratados de 1815 le aseguraban. Así es que, atendiendo más á tan altas consideraciones que á la promesa de hacer libre á Italia desde los Alpes al Adriático, dijo Napoleon III en una proclama que la lucha iba adquiriendo proporciones que no estaban en relacion con el interés de Francia en aquella guerra formidable, y se decidió á tomar la iniciativa para celebrar la paz.

Los preliminares de Villafranca fueron el resultado de esta decision. En ellos se pactaron cosas imposibles ó al ménos en extremo difíciles y que no se han cumplido, como era de prever. Ambos Emperadores, sin embargo, estrecharon entre sí una amistad sincera y grande, aunque repentina, y se causaron mutuamente una impresion indeleble (ineffacable); pero los duques de Toscana y Módena no volvieron á sentarse en el trono (del de Parma no se habló en Villafranca, lo cual dió lugar á una protesta del gobierno español, que no surtió mejor efecto); y la Confederacion italiana, con una provincia austriaca incluida en ella, no llegó

á realizarse, ni el Padre Santo quiso ó pudo ser presidente honorario de Confederacion tan inaudita. La revolucion siguió, pues, su marcha, mientras que en Zurich se conferenciaba para la celebracion del tratado de paz. Allí se determinaron los límites entre las provincias italianas de Austria y las recién cedidas al Piamonte. Allí se exigió por Austria y se obtuvo del Piamonte, en virtud de esta cesion, que reconociese como suya la deuda lombarda de 150 millones de francos y parte de la deuda general austriaca, hasta la suma de otros 250 millones. Allí, empero, tampoco fué posible conseguir la reposicion de los archiduques, la Confederacion, las reformas liberales del Padre Santo y del Rey de Nápoles y los demás puntos convenidos y que ambos Emperadores habian juzgado conducentes á la pacificacion de Italia. A fin de que esta pacificacion se lograra, así como tambien con el concienzudo propósito de que fuesen aprobados los nuevos arreglos territoriales por las potencias que firmaron el acta final del Congreso de Viena, se pensó entónces en un nuevo Congreso, en el cual interviesen Austria, Francia, la Gran-Bretaña, Prusia, Rusia, Portugal, España y Suecia.

El Piamonte, á pesar de su acrecentamiento de poblacion y territorio, se hallaba entretanto, en una situacion dificilísima. Habia hecho gastos enormes y contraido deudas para sostener la guerra; celebrada ya la paz, pero insegura, debía seguir gastando en sostener un grande ejército; y esta misma paz traia á sus deudas un aumento de 400 millones de francos,

sin contar lo que además tendría que pagar al Austria por la adquisición de los ferro-carriles de Lombardia. El gobierno se sentía al mismo tiempo arrastrado por la revolución que no le era dable contener, y sobre todas estas dificultades venía al cabo á ponerse la que suscitó Francia, exigiendo la Saboya y el condado de Niza.

Hemos dicho que la anexión de la Saboya á Francia fué para el Piamonte un doloroso sacrificio, causa de las más acerbas censuras por parte de sus contrarios. La anexión de Niza lo fué más. Triste era para el Rey de Cerdeña dejar á Francia un estado que fué, durante muchos siglos, el asiento solariego de sus mayores; pero la cesión de Niza y de su territorio, que siempre han debido considerarse como tierra italiana, envolvía una contradicción patente cuando se trataba de que toda Italia fuese una y libre de dominio extranjero.

Dos cosas principalmente han ofuscado el principio justificador de la revolución y de la guerra, y han hecho que la guerra y la revolución sean condenadas con cierta apariencia de justicia. Es la primera que el Véneto y el temeroso cuadrilátero hayan quedado en poder del Austria, y la segunda, que guarde para sí Francia el condado de Niza; con lo cual, en vez de hacer á Italia libre, como se dijo, quedan, no ya una, sino dos naciones extrañas que dominan en parte de su territorio continental y que amenazan el resto.

Con la pérdida de la Saboya, pierde además el Piamonte sus mejores soldados; ahora que tanto se habla de fronteras naturales, se queda sin fronteras

naturales; y dá su propiedad legítima y fundada en larga prescripción y títulos reconocidos, por la precaria, intranquila y disputada posesión de otras tierras. El voto de los pueblos italianos, estamos persuadidos de que, por ahora al ménos, es de unirse al Piamonte; pero esto no se justifica y aclara con el sufragio universal, que cuenta innumerables incrédulos y que dista mucho de parecer infalible, aunque tal vez llegue á serlo dentro de tres ó cuatro siglos, cuando el estado social sea muy otro de lo que es ahora: esto se podrá aclarar y justificar por completo, el día en que Francia aparte de Italia su mano protectora, y el Austria vuelva á combatir con Italia solamente.

Para cuando llegue ese día, quizás no muy lejano, día inevitable, si las esperanzas de César Balbo no se cumplen con la disolución del imperio turco, el Piamonte debe prepararse; y ya internado en la senda que sigue, y escarmentado y receloso de alianzas itálicas, más que por ambición por una fatal necesidad, tiene que buscar ó que aceptar nuevas anexiones. Esto parece que sólo puede remediarse ó por medio del Congreso europeo, há tanto tiempo anunciado y no reunido, ó con una más enérgica mediación que la hasta hoy ejercida por Inglaterra, Francia y Rusia, cuyos consejos, si estuviesen en consonancia, podrían convertirse en mandato.

Por desgracia ó por fortuna de Italia, las naciones preponderantes de Europa, en virtud del desacuerdo y diferentes miras que tienen sobre este punto, han convenido hasta lo presente de un modo tácito ó ex-

preso en la no intervencion. La revolucion vá, pues, caminando y nadie acierta á predecir su paradero y término. Europa toda asiste á ella, como á un espectáculo, ora censurando, ora aplaudiendo, pero sin consentir que nadie dé auxilio á los actores, á no ser con cierto recato y tal vez con la idea de hacer más lucida la funcion. Así es que, si por una parte se envian dineros y armas á Garibaldi y hasta se sospecha que se protege indirectamente su desembarco en Sicilia, por otra se envian armas y dineros al gobierno de Roma, y se le permite el alistamiento de voluntarios irlandeses, alemanes, franceses y suizos, para que peleen contra italianos.

Este reposo con que miran los gobiernos de Europa la revolucion italiana, se explica ó se disculpa. La revolucion no se ha manchado hasta ahora con grandes crímenes, venganzas, robos y muertes, por más que los periódicos absolutistas declamen y la acusen á menudo vagamente, y por más que los desórdenes sean propios é inevitables en época de trastornos y guerras civiles, en las cuales no es posible impedir que tomen parte la gente foragida y desmandada, más audaz y dispuesta para la accion, que los hombres de bien por lo comun mansos y pacíficos. Aun así, no creemos que pueda citarse, entre los hechos reprobables de los revolucionarios, algo de tan inútil crueldad como el bombardeo de Palermo, ni algo de tanto desorden é inmotivado derramamiento de sangre humana como el reciente motin de la guardia real en Nápoles gritando *abajo la Constitucion*.

Crímenes se han cometido en Italia por alguien que sirve la causa de la revolucion, y crímenes que deben reprobarse altamente; pero no crímenes que basten á condenar la revolucion en cuyo nombre se han cometido. En Italia y fuera de Italia, en la edad presente y en las pasadas edades; apenas hubo jamás revolucion, contra-revolucion ó reaccion, más exenta de crímenes que esta que hoy en Italia se vá llevando á cabo.

La gran cuestion entre los acusadores y los defensores de la revolucion italiana no está, por consiguiente, en los hechos, sino en los principios, los cuales tienen más importancia y trascendencia que los hechos, y así pueden ser legítimos, inocentes y saludables, como viciosos y dañinos. Claro está que estos principios que se discuten y sobre los cuales los enemigos de la revolucion italiana dictan sentencia condenatoria, y la de absolucion los amigos, no son el principio fundamental. Sobre este no cabe discusion de buena fé. La union y la independenciam de la pátria comun podrá ser una ilusion irrealizable, engañosa y fecunda en amarguisimos y ásperos desengaños; pero nadie se atreverá á negar que es noble y generosa. El principio, cuya bondad se discute no es este, sino aquellos que se están aplicando á la realizacion de la unidad y de la independenciam deseada.

Hay tambien que distinguir entre los principios que paladinamente proclaman los revolucionarios, y los manejos é intrigas de que se valen, con más ó ménos disimulo, para lograr sus intentos. No ne-

gamos, ni disculpamos los malos medios, aunque se ordenen á un buen fin; pero el emplearlos nos parece frecuente y lastimoso achaque de la humana naturaleza. Si adolecen de él los revolucionarios italianos, los que allí defienden el régimen antiguo están aun más plagados del mismo mal, siendo su peor síntoma la impía mezcla que hacen de lo divino y de lo humano, y la ceguedad ó la descarada osadía con que identifican su mala y casi perdida causa, con la de nuestra santa y verdadera religion, la cual ha de salir siempre triunfante, á pesar de ellos y de su aparente y nociva alianza.

De lo primero que acusan estos al Piamonte es de la anexion de los Ducados y de la Emilia, la cual anexion suponen que es contra todo derecho. Ojalá se pudiesen formular razonablemente acusaciones semejantes; porque sería prueba de que había, en efecto, en Europa, un derecho constituido, reconocido de todos y fundado en la eterna justicia, derecho que fuese un crimen espantoso infringir y que asegurase la paz perpétua, mejor que el equilibrio europeo, cuyo sostenimiento ha hecho verter más sangre que se hubiera vertido sin equilibrio alguno, y mejor que la preponderancia de dos ó tres naciones, que si están de acuerdo, tiranizan y humillan á las otras, y si no lo están, se combaten encarnizadamente, envolviendo en la contienda al mundo todo. Pero ¿dónde está ese derecho respetado y digno de serlo? ¿Está en los tratados de Viena? ¿A cuántas cosas de las que allí se trataron no se ha faltado ya? Basta citar la separacion

de Bélgica del reino de los Países-Bajos. En aquellos tratados, por otra parte, ni se atendió á la justicia, ni se pensó en hacer una obra duradera, sino una obra de circunstancias, una obra, como dijo el mismo príncipe de Talleyrand, de la reaccion contra la revolucion, de las dinastías llamadas entonces exclusivamente legítimas, contra las dinastías revolucionarias ó napoleónicas. Los soberanos legítimos debían, *ex jure postliminii*, volver á ocupar sus tronos, y volver en este sentido las cosas todas á su antiguo estado; pero aun así, tal vez Joaquin Murat hubiera conservado el trono de Nápoles, á pesar de la casa de Borbon, si no hubiese sido una especie de Ajax Telemonio, más terrible y duro para combatir, que agudo y listo para las intrigas diplomáticas y políticas. Mientras tanto, donde no hubo dinastía legítima que reclamase, el antiguo régimen no volvió á restablecerse, aunque los pueblos hubiesen sido notablemente perjudicados, ó por las dinastías revolucionarias, ó por otras. Así es, que Venecia no volvió á ser república, ni Polonia monarquía. Mas para convencerse por completo de que ni siquiera se observó el principio, que al fin, aunque absurdo, es un principio, de devolver á cada dinastía sus antiguas posesiones, considerando á los pueblos como un patrimonio ó heredad de los soberanos, citaremos por ejemplo, entre no pocos que pudieran citarse, el que viene aquí más á propósito, el del Padre Santo, á quien despojó el Congreso de Viena, á pesar de la protesta del Cardenal Consalvi, de todo el territorio ferrarés, al Norte del Pó, y de Aviñon y

del Condado venaisino, dando el Austria el derecho, contrario á la independenciam y soberanía de los Estados Pontificios, de guarnecer á Commachio y á Ferrara. *Pour que la révolution finisse*, habia dicho el ya citado Principe de Talleyrand, *il faut que le principe de la légitimité triomphe sans restriction*: pero como ese principio no ha triunfado sin restriccion, no es extraño que la revolucion continúe; no es extraño que los pueblos de Italia se den á un soberano, italiano de pensamiento, cuando no de origen, con el mismo derecho con que han sido dados ó vendidos, en otras épocas, á otros soberanos ménos nacionales.

Surge, sin embargo, de estas anexionés una cuestion, que muchos pretenden que sea religiosa, y no meramente política; la del poder temporal del Papa. Sobre ella, desde que se publicó el folleto titulado *Le Pape et le Congrès*, debido, segun todos los indicios, á la inspiracion de un augusto personaje, han aparecido en Francia, en Italia y hasta en España, ora en favor, ora en contra del folleto susodicho, otra infinidad de ellos y no menor número de artículos de periódico y de cartas pastorales, logrando entre ellos ruidosa celebridad los de Monseñor Dupanloup, por la poca ó ninguna caridad cristiana con que trata á todos los que no piensan como él, sin perdonar á sus predecesores, y los de Villemain y Lacordaire, por lamericada y altísima reputacion literaria de que ambos gozan.

En todos estos escritos se ha discutido extensamente sobre el origen y legitimidad del poder tem-

poral, y á ellos remitimos á nuestros lectores. Al hablar de esto, no haríamos sino repetir lo que tantos han dicho ya. Solo diremos, en resúmen, que el poder temporal, ora se funde en donaciones falsas ó verdaderas, como las de Constantino y la princesa Matilde, ora en rapiñas inicuas, como las de César Borgia, ora en conquistas benéficas, como las del Cardenal de Albornoz, cuyas hazañas habrán leído los suscritores á este periódico en los eruditos artículos del Sr. Cánovas, es una soberanía *profana*, como todas las demás que hay en el mundo. No se puede sostener tampoco que esta soberanía es indispensable á la salud del catolicismo, porque ofenderíamos á una religion eterna, y contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno, si supusiésemos que el vasallaje de tres millones de hombres, y la posesion de un poco de terreno, eran la garantía de su duracion y de su independenciam. Sostendremos, con todo, que es decoroso y conveniente que el Padre Santo sea soberano, esto es, que no viva en país gobernado por otro poder que el suyo. Más, para esto, le basta al Sumo Pontifice la ciudad de Roma; y es de poco provecho, y corta gloria puede traer á la religion, el que conserve ó recupere el Papa ciudades, tierras y súditos, que no le hacen más independiente porque no le defienden, sino que le obligan á buscar contra ellos proteccion y defensa, ya en un ejército austriaco, ya en un ejército francés, ya en un ejército de aventureros advenedizos.

No deseamos por esto que violentamente se le arranque al Sumo Pontifice otra porcion de sus Estados, ni

ménos que pierda el Rey de Nápoles los que le quedan en la Península. Sólo deseamos que estos príncipes entren de buena voluntad en la via de las reformas y en la alianza con el Piamonte, y que el Piamonte cese de proteger á Garibaldi en su atrevida y prematura empresa de la total union de Italia. Porque si el Papa y el Rey de Nápoles siguen, por una parte, siendo favorables á los austriacos y contrarios á la idea italiana, nunca será posible la obra de la regeneracion, teniendo en casa al enemigo más acérrimo: y, por otra parte, si el deseo de ver á Italia libre y unida no se refrena con la prudencia, harto bien se puede conjeturar y temer que se malogre: el Papa podria huirse de Roma, como la vez pasada, sublevando de nuevo contra su nacion la ira de muchos Estados católicos, y si esto no sucediese, y si que Garibaldi, terminada felizmente su empresa, dilatase sin interrupcion los dominios de Victor Manuel, desde el Etna hasta los Alpes, ni este soberano, ni el heróico guerrillero, podrian ya atajar la corriente revolucionaria; y arrastrados por ella irian á chocar contra los austriacos, y quizás á perderse, como en las campañas de 1848 y 1849, ó más miserablemente todavía.

Apesar de nuestro amor á Italia, maestra de las gentes, madre fecundísima de grandes capitanes, sábios poetas y artistas, cuna de las artes, y hermoso trono desde donde dictan sus leyes, y son la admiracion del orbe, no desconocemos que el pueblo italiano, carece aún de union y de decision bastantes, para luchar con el Austria, y sacudir por sí sólo el yugo de la tiranía.

Verdad es que la organizacion militar de toda la Península pudiera lograr esta victoria: más para ello se necesita tiempo, y la revolucion quizás no le dé, y quizás apele de nuevo á Francia, mostrando su debilidad y exponiéndose á un desden, ó á cambiar de yugo al querer quitársele de encima. Francia, que no ayudó de balde la vez primera, ayudaria ménos la segunda. La sangre de un pueblo y sus tesoros no se prodigan por mera filantropía y por una gloria estéril.

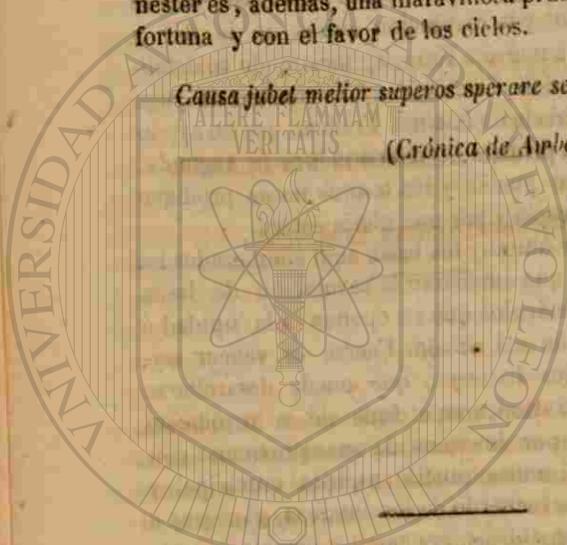
No son, por último, los hasta aquí enumerados los únicos peligros que amenazan la revolucion de Italia y los únicos obstáculos que se oponen á la unidad é independencia de esta nacion. Fuerza es vencer asimismo la interior discordia, que puede desarrollarse más vigorosa que nunca en el seno de la revolucion triunfante, ora por los celos de unas provincias con otras, ora por el nunca muerto espíritu municipal y por el renaciente recuerdo de los antiguas, gloriosas é independientes repúblicas, ora por los manejos y aspiraciones de Mazzini y de sus secuaces.

Tan ingentes dificultades son estas, que no creemos que se superen, y recelamos que tambien esta vez tengan deplorable término las halagüeñas ilusiones de los italianos. Si no sucediese así, y se realizasen, el éxito legitimaria la gloria de Victor Manuel: hasta sus más declarados enemigos le llamarian gran príncipe: hasta los que ahora llaman á Garibaldi capitán de bandidos le llamarian entonces general ilustre, insigne patriota y hombre de los más extraordinarios del presente siglo. Mas, para esto no basta el valor, no bastan

el entusiasmo y la constancia que ambos tienen ; me-
nester es, además, una maravillosa prudencia, con la
fortuna y con el favor de los cielos.

Causa jubel melior superos sperare secundos.

(Crónica de Arbos Mundos.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOBRE EL LIBRO TITUDADO,

EL PAPA Y LOS GOBIERNOS POPULARES,

POR D. MIGUEL SANCHEZ, PRESBITERO.

I.

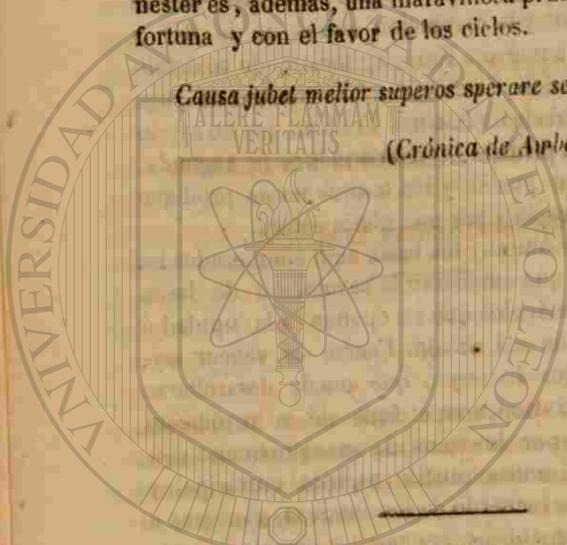
El autor del libro, cuyo título va en el epigrafe, ha sido no pocas veces altamente encomiado en nuestro periódico. Los absolutistas han creído ó supuesto creer, ya que nuestros encomios provenían de que el Sr. Sanchez se había hecho liberal, ya de que nosotros queríamos lisonjear su amor propio para que se viniese á nuestro partido. No recordamos bien si fué *La Regeneracion* ó si fué *La Esperanza* la que, con este motivo, nos hizo la extraña honra de apellidarnos sirenas, y la no menos extraña ofensa de suponernos antropófagos y de atribuirnos la endiablada intencjon de devorar á un clérigo; *bocado de regalo*, segun el mencionado periódico.

Nosotros por dicha, ni hemos soñado jamás en que el Señor Sanchez se hubiese convertido al liberalismo, ni mucho ménos hemos tratado de seducirle y devorarle.

el entusiasmo y la constancia que ambos tienen ; me-
nester es, además, una maravillosa prudencia, con la
fortuna y con el favor de los cielos.

Causa jubel melior superos sperare secundos.

(Crónica de Arbos Mundos.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOBRE EL LIBRO TITUDADO,

EL PAPA Y LOS GOBIERNOS POPULARES,

POR D. MIGUEL SANCHEZ, PRESBITERO.

I.

El autor del libro, cuyo título va en el epigrafe, ha sido no pocas veces altamente encomiado en nuestro periódico. Los absolutistas han creído ó supuesto creer, ya que nuestros encomios provenían de que el Sr. Sanchez se había hecho liberal, ya de que nosotros queríamos lisonjear su amor propio para que se viniese á nuestro partido. No recordamos bien si fué *La Regeneracion* ó si fué *La Esperanza* la que, con este motivo, nos hizo la extraña honra de apellidarnos sirenas, y la no menos extraña ofensa de suponernos antropófagos y de atribuirnos la endiablada intencjon de devorar á un clérigo; *bocado de regalo*, segun el mencionado periódico.

Nosotros por dicha, ni hemos soñado jamás en que el Señor Sanchez se hubiese convertido al liberalismo, ni mucho ménos hemos tratado de seducirle y devorarle.

Nuestras alabanzas han sido completamente desinteresadas. Desde el momento en que conocimos al Señor Sanchez, nos persuadimos, como lo estamos hoy, de que dicho señor es *absolutista-teocrático* y de que la firmeza de su carácter y la sinceridad de sus convicciones no consentían que estas se mudasen de repente por el débil reclamo de unos cuantos encomios de gaceta. Hemos encomiado, pues, al Sr. Sanchez por amor de la imparcialidad, y nada más que á fuer de imparciales. Hemos encomiado al Sr. Sanchez porque nos parece el más racional y el más juicioso entre casi todos los escritores de su partido; porque le creemos un doctísimo teólogo, lleno además de vária y extensísima erudicion, sagrada y profana, y porque nos admiramos de su fácil y singular elocuencia, de la viveza de su fantasia, de la claridad de su entendimiento, de su prodigiosa memoria, de su actividad incansable y de la fecundidad extraordinaria de su ingenio. El señor Sanchez, si quiere, puede escribir más que el Tostado, puede hacer sudar las prensas publicando un tomo cada mes, y puede, al mismo tiempo, sin fatigarse ni mucho ni poco, predicar todas las mañanas en una iglesia y pronunciar por la tarde ó por la noche tres ó cuatro largos discursos en el Ateneo.

Al par que hemos recomendado al Sr. Sanchez y hemos reconocido las calidades ya referidas, no hemos podido ménos de hacer notar en él un defecto que las desluce algo. Al señalarle hoy nuevamente, con motivo de la publicacion de su obra, no hacemos sino confirmar y ratificar nuestro juicio.

Este defecto tiene, á no dudarlo, una excelente disculpa; la de que el Sr. Sanchez es muy mozo aún y está dotado de grande entusiasmo. Pero disculpar el defecto no es desconocerle, y nosotros conocemos y señalamos en el Sr. Sanchez cierta falta de reflexion y de espíritu generalizador y filosófico. Su ódio á la filosofia de Kant, de Fichte, de Hegel ó de Schelling, no debiera borrar en sus obras la huella de toda otra filosofia. La perspicacia de sus ojos para ver cada cosa en particular no debiera ser estorbo para que las viese reunidas y alcanzase á comprender mejor el conjunto de ellas. Su menosprecio de las nebulosidades alemanas no le debiera inducir en ocasiones á confundir lo vulgar con lo claro. Y por último, su amor á la sencillez y á la *utilidad práctica é inmediata* no debiera nunca llevarle á valerse de argumentos pueriles, que, si para el vulgo tienen fuerza, hacen sonreir desdeñosamente á quien no lo es, y traen mas daño que provecho á la causa, por excelente que sea, que con ellos se sostiene. Desengáñese el Sr. Sanchez; mejor es no ser á veces comprendido, que no valerse de argumentos tan comprensibles, que no solo los comprenda sino que los refute el mas lego.

Empezando por el titulo de la obra, á cualquiera se le ocurre que es un titulo vicioso. El mismo Sr. Sanchez tiene ciertos escrúpulos de conciencia, y se vé obligado á explicarnos el titulo.

En los dos epígrafes que autorizan y preceden á toda la obra, no es ménos de censurar la intencion con que se puede sospechar que han sido puestos. El

primero está tomado de las Sagradas Escrituras, y nos pinta el disgusto de Samuel porque el pueblo hebreo pedía un Rey, y no quería ya sufrir por mas tiempo el gobierno de los sacerdotes. El pueblo hebreo, de quien cuidaba Dios con especialísima providencia y á quien se puede afirmar que el mismo Dios gobernaba, hacia muy mal en querer un Rey; pero de los demás pueblos ni puede ni debe decirse lo mismo. Bien lo sabe el Sr. Sanchez. El segundo epigrafe es mas singular aún. Es un argumento diabólico de Proudhon, un argumento de que se vale en la mas impía de sus obras para hacer odioso el Catolicismo. Supone que una vez aceptada nuestra santa religion, aceptamos implicitamente el yugo sacerdotal, aceptamos la teocracia. El Sr. Sanchez, léjos de reprobar este absurdo, le pone como texto al frente de su libro, sin correccion ni advertencia alguna.

Pasemos ahora á examinar el cuerpo de esta obra, que tiene, á nuestro ver, tan extraviada cabeza.

Por fortuna no hallamos en la obra misma el extravío y las paradejas que los epigrafes y el título nos habian hecho sospechar. Mil veces se ha dicho y repetido que el estilo es el hombre, y en esta ocasion tenemos nosotros que repetirlo tambien. La viveza, la energia, el ímpetu y la bondad generosa del carácter del Sr. Sanchez se reflejan en su estilo y le prestan un verdadero encanto. La facilidad con que se conoce que el libro está escrito hace tambien fácil su agradable lectura. El libro de EL PAPA Y LOS GOBIERNOS POPULARES no se suelta de la mano hasta que se termina, por

poco aficionado que sea el lector á este linaje de cuestiones politico-religiosas. De la forma de la obra que examinamos, creemos que no se puede hacer mayor elogio. Si no hay que admirar en ella la grandilocuencia y elegancia de Donoso Cortés, tampoco hay que deplorar sus extravagancias. La dición del Sr. Sanchez es mas correcta y castiza que la de Balmes, á la cual se asemeja en la claridad y en la sencillez.

El fondo del libro, prescindiendo ya de la forma, es lo que vamos á juzgar con algun detenimiento.

Nosotros estamos de acuerdo con el Sr. Sanchez en que es muy conveniente en España la unidad religiosa. Quiera el cielo que no se rompa nunca. Más, para que no llegue á romperse, nos parece que, en el día de hoy, la tolerancia es el medio más adecuado. Una violenta represion, á más de ser inútil, porque no podría aislarnos del resto del mundo, y apartarnos de la corriente de las ideas, é incomunicarnos con los herejes, é impedir que todo pensamiento humano salvase los Pirineos y los mares y se infiltrase en la atmósfera que aquí se respira, seria odiosa para las naciones prepotentes donde hay otras creencias y donde las que nosotros tenemos ya felizmente se toleran. *Convenimos en que no conviene en un país donde todos son católicos, dar licencia, en favor solo de algunos extranjeros, para que se levanten templos de otras religiones; pero tampoco conviene, por ejemplo, la suspicacia con que á veces se persigue la propaganda protestante, completamente ineficaz, por más que se diga, en nuestra nación. Considérese cómo son ahora tratados los católicos*

en Inglaterra, y en Rusia, y en otros pueblos herejes ó cismáticos, y cuánto nos desagradaría y afligiría que, por celo religioso ó para tomar represalias, fuesen perseguidos, como en otras épocas lo fueron. Todavía está vivo el recuerdo de las persecuciones crueles del emperador Nicolás. No queramos imitarle.

De la primera afirmación sobre la unidad religiosa pasa el señor Sanchez á hablar de lo que importa á España conservarse fiel al Catolicismo. Para demostrar esto, bastaría demostrar que el Catolicismo es la única Religión verdadera; pero nuestro autor no escribe su libro para los que aman las cosas por su bondad intrínseca, sino para aquellos que las aman por la utilidad que traen consigo, y así solo trata de probar que el Catolicismo nos ha sido útil y provechoso.

Este medio algo egoísta de conservarnos católicos quizás pudiera censurarse un tanto. Si alguien, se dirá, hubiera de ser católico *por mero interés mundano*, casi sería mejor que no lo fuese. Sin embargo, hay algunos intereses mundanos muy respetables y que se avienen perfectamente con la Religión. Si el Sr. Sanchez se hubiera ocupado en demostrar, como le hubiera sido fácil, que la Religión Católica es el más firme fundamento de la moral, y que, siguiéndola el pueblo sería virtuoso, y que nada trae más utilidad y más gloria á un pueblo que la virtud de los hombres que le componen, nosotros aplaudiríamos y convendríamos con su razonamiento, sin hacer la objeción más leve. Con lo que no convenimos del todo es con la clase de provecho que dice habernos traído el Cato-

licismo, y menos convenimos aun con que se apele á este medio de persuasión y con que se ponga este señuelo de vanidad nacional para hacernos amar la Religión de nuestros padres.

El Sr. Sanchez, con gran talento, que no se le puede negar, amontona y agrupa hechos históricos para demostrar que España ha sido una gran nación con el Catolicismo, y que, sin él, no ha sido nada; pero el Sr. Sanchez falsea, tuerce ó interpreta mal la historia en muchas ocasiones, para ajustarla á su sistema.

España, en primer lugar, no era más que una expresión geográfica ántes de la conquista de los romanos. España no formaba un sólo Reino, ni una sola República, sino varias. Y sin embargo, recuerde bien el señor Sanchez cuántos siglos tardaron los romanos en dominear por completo la libre y altiva cerviz de aquellos primitivos españoles que aún no eran católicos. Por el contrario, católicos eran ya los españoles cuando la invasión de los visogodos herejes y de otras hordas más bárbaras que acudieron del Norte, y los españoles se rindieron sin resistencia: católicos eran, y hasta gobernados algo teocráticamente estaban los españoles, cuando un puñado de musulimes conquistó la Península en pocos días. Entonces formaba toda España una sola gran nación; pero no pudo resistir á pocos moros y árabes; mientras que siendo pagana, Numancia, una sola ciudad suya, resistió á todo el poder de Roma en su mayor auge, y desbarató ejércitos mayores y mejor disciplinados que los que

trajo Taric ó Muza. Vea el Sr. Sanchez cómo un impío, valiéndose de sus propios argumentos, le demostraria lo contrario de lo que él pretende demostrar, á saber; que el Catolicismo no da bríos á los ánimos belicosos, ántes los enerva. Lo cierto es que el Catolicismo, menos que ninguna otra religion, puede tener por objeto el que los hombres peleen bravamente batallas campales.

Supone tambien el Sr. Sanchez que no tuvo España glorias propias suyas hasta despues de hacerse católica. Marcial, Séneca, Lucano, Pomponio Mela, los Balbos, Silio Itálico, Trajano y Adriano, no eran españoles, porque escribieron en latin, ó vivieron en Roma y fueron ciudadanos de Roma. Entonces no cite tampoco el Sr. Sanchez, ni tenga por glorias de España, á un San Isidoro, á un Osio, á un Aurelio Prudencio. Tambien estos escribian en latin y tambien estaban sujetos á una dominacion extranjera.

Es asimismo un empeño singular el de querer demostrarnos que *el genio español languidece cuando se aplica á ciencias ó cultos que no llevan la augusta sancion del Vicario de Jesucristo*. No parece sino que desea el Sr. Sanchez que nos conservemos sumisos á la Iglesia para escribir bien, ó pintar bien, ó perorar bien. Pero no solo el argumento, sino el hecho mismo de que en España no ha habido genios no católicos, es inexacto á todas luces. Ya hemos citado á Séneca, á Lucano, á Trajano y á otros gentiles españoles, que en nada ceden á los genios que hubo despues. Entre los judíos de España descollaron asimismo

filósofos y poetas eminentes, como Jehuda Levita y Maimonides, y, entre los mahometanos, brillaron hombres tan extraordinarios como Averroes.

La propension del Sr. Sanchez á ligar los destinos del Catolicismo con los de España de tal suerte que, cuando el Catolicismo prospera, España prospera, y al revés, España decae cuando decae el Catolicismo, nos parece muy extraviada. En primer lugar implica contradiccion el hacer de una religion *católica, universal, para todos*, algo que redunde en singular provecho y ventaja de una nacion sola; esto es judaismo puro; y en segundo lugar, no creemos que la opinion del Sr. Sanchez pueda apoyarse en la historia. Los últimos años del siglo xv, cuando un Alejandro VI se ceñia la tiara, ó el siglo xvi, época de la *reforma*, en que dejaron de ser católicas muchas grandes, ilustres y poderosas naciones europeas y en que el turco estaba en su mayor pujanza, pesando duramente sobre los pueblos cristianos, no nos parece que sea el momento de mayor prosperidad del Catolicismo. Aquel, sin embargo, fué el momento de mayor prosperidad de la nacion española.

Tampoco aprobamos las consecuencias que deduce el Sr. Sanchez de que nuestros soldados hayan vencido amenudo en los combates al grito de ¡Santiago! Bueno es tener la creencia piadosa de que este Santo Apóstol ha combatido por nosotros en diversas ocasiones; pero esta creencia ni es exclusiva de nuestra nacion ni de nuestra Religion. San Dionisio, San Jorge, San Estéban y otros Santos, tienen tambien

sus naciones favoritas, y pelean por ellas, ó al ménos así lo creen ó han creído los húngaros, los franceses y otros pueblos. Minerva y Juno peleaban por los griegos; Marte y Vénus por los de Troya; Aquiles, hasta en la época del Bajo Imperio, cuando ya eran cristianos los griegos degenerados de entónces, se supone que vino al mundo, y entró en batalla, y peleó por ellos, matándoles muchos enemigos. Quirino y Castor y Polux no eran ménos activos y poderosos aliados de las armas de Roma.

Pero supongamos, por un instante, que los argumentos de nuestro autor están fundados en hechos exactísimos, supongamos que, en efecto, España ha dominado á las otras naciones y ha sobresalido entre ellas, gracias al Catolicismo. ¿Qué se podrá deducir de aquí? Que, atendido el interés mundano y patriótico, todos los españoles debemos ser católicos: pero ese mismo interés mundano y patriótico hará que otros pueblos no quieran serlo. Grecia era un gran pueblo con el Gentilismo y no lo es en el día. Pónganse, pues, los griegos á discurrir como discurre el señor Sanchez, y volverán á ser gentiles, y adorarán á Juno y á Minerva, en vez de adorar á Jesucristo. Discurren así los romanos, y volverán á los ritos y ceremonias que estableció Numa. Piensen de este modo los ingleses, y perseverarán en sus errores protestantes, ya que son tan temida y rica y floreciente nación desde que los siguen. Dése, en suma, alguna más amplitud al argumento del Sr. Sanchez, y volveremos á aquellos siglos bárbaros, en que cada pueblo

tenia un Dios que le protegía, y en que las guerras no eran sólo humanas, sino divinas, peleando las divinidades de uno y otro pueblo, y venciendo el pueblo cuya divinidad podía más.

Afortunadamente no necesitamos los españoles acudir á estos sentimientos egoistas de orgullo nacional, para seguir siendo buenos católicos. Para ser católicos hay otros motivos más nobles; y si tal vez tenemos los hombres mucho de interesados, y si no todos somos bastante buenos para decir sinceramente,

Aunque no hubiera cielo yo te amára,
y aunque no hubiera infierno te temiera,

todavía no queremos el cielo para España y el infierno para los otros pueblos, sino cielo é infierno para todos, según los méritos de cada uno, y esperando siempre de la misericordia de Dios que sean muchos los que se salven, aunque sean beduinos.

Sentimos de veras que una persona de tan generosos sentimientos como el Sr. Sanchez, y tan llena de la caridad cristiana y de la moderna filantropía, que no es más que esa caridad, aplicada, no ya al individuo, sino á las naciones, á la sociedad y á todo el humano linaje, se haya creado tan miseros y egoistas adversarios, y se haya valido, para convencerlos, de razones tan poco valederas y tan contrarias al espíritu liberal del siglo presente.

Nosotros careceremos de doctrina, de elocuencia y de ingenio, y reconocemos lo mucho que tiene de

todo esto el Sr. Sanchez: por eso desconfiamos de convencerle y de traerle al liberalismo; pero no podemos ménos de decir que el Sr. Sanchez, si fuera liberal, aplicaria mejor á la política su doctrina religiosa, y seria un escritor admirable.

No procuraria entónces persuadirnos á que fuésemos católicos para ver si Santiago venia en nuestro socorro y humillábamos bien y sujetábamos á las otras naciones, sino que diria, como Manzoni, que era católico y liberal:

Tutti fatti a sembianza d'un solo;
Figli tutti d'un solo riscatto.
In qual ora, in qual parte del suolo,
Trascorriamo quest'aura vital,
Siam fratelli: siam stretti ad un patto;
Maledetto colui che lo infrange,
Che s'innalza sul fiacco che piange,
Che contrista uno spirto immortal.

No ignoramos que cuando se trata de las relaciones privadas de hombre á hombre, no hay buen católico que no profese la doctrina de los bellisimos versos que acabamos de citar; pero, por desgracia, los absolutistas se ciegan de tal modo con la pasion política, que olvidan esa misma doctrina cuando se trata de las relaciones de nacion á nacion ó de gobernantes á gobernados, y si no la olvidan, no la tienen tan en cuenta, ni en la práctica ni en la teórica, como la tienen los liberales. Crea el Sr. Sanchez que el bueno y legitimo liberalismo no es más que la doctrina del

Evangelio aplicada á la política, aplicacion que no saben hacer los absolutistas y los reaccionarios.

Otro dia hablaremos de la segunda parte del libro del Sr. Sanchez, que trata casi exclusivamente del poder temporal del Papa.

II.

Vamos á seguir examinando este interesantísimo libro con el sentimiento de que las condiciones de nuestro periódico no nos permitan hacer de él el detenido análisis, que seria indispensable para poner en su punto las inmensas y trascendentales cuestiones que en cada página suscita.

El Sr. Sanchez y sus doctrinas no pueden ser estimados en su justo valor, empleando pocas palabras y escribiendo sólo dos ó tres artículos ligerisimos; pero desgraciadamente tendremos que limitarnos á esto, y ser, por consiguiente, muy concisos, tocando sólo los puntos más capitales de la obra de que damos cuenta.

Para evitar equivocaciones, empezaremos por decir que el Sr. Sanchez es un absolutista teocrático del antiguo régimen, y no pertenece á la perversísima secta de los neos. No niega, como ellos, la razon humana, no cree en el grosero sensualismo tradicionalista, no proclama y pide la esclavitud de los hombres, tiene fé en el progreso, y no apoya en el derecho divino el poder de los Reyes, ántes bien adopta las juiciosas opiniones de Belarmino, de Soto, de Fray

Juan de Sta. María y de otros teólogos publicistas de los tiempos pasados. El Sr. Sanchez, en suma, puede pasar por un liberal, y hasta por un revolucionario, comparado con Donoso Cortés. Pero, sin embargo, *el señor Sanchez tiene un extraño aborrecimiento á todas las escuelas liberales de nuestra época*, y del conjunto de la obra resulta claramente la persuasión en que se halla el autor de que son racionalistas, esto es, irreligiosas, las modernas escuelas liberales. La mayor parte de los argumentos del Sr. Sanchez se funda ó toma su fuerza en esta imaginada y á su ver irremisible impiedad de los liberales. Si el Sr. Sanchez no nos creyese impíos, el Sr. Sanchez sería liberal como nosotros. Y decimos que el Sr. Sanchez nos cree impíos, no porque lo seamos á sabiendas, con plena conciencia de que lo somos, sino porque seguimos una doctrina que sin remedio conduce á la impiedad. El que no vé esto, es porque es un *cándido*. Se deduce, pues, que el Sr. Sanchez nos pone como en prensa con un terrible dilema; ó hemos de confesar que no tenemos religion, ó que somos muy menguados de entendimiento.

El asunto principal de la obra del Sr. Sanchez es probar que el poder temporal de los Papas *es dogma de la Iglesia y necesario al Catolicismo*. Quien de esto dude ó lo niegue es tambien cándido ó irreligioso. ¿Qué nos importa, pues, que el mismo Sr. Sanchez diga que el poder temporal no se halla entre los artículos del Credo? Para el caso es lo mismo que si se hallara, ya que, por el mero hecho de dudar que sea necesario al Catolicismo, dejamos de ser católicos

ó dejamos de ser racionales. Segun la importancia que dá el Sr Sanchez al poder temporal, podrá imaginar alguien que quizás haya puntos de fé de que pueda dudarse con menos peligro. En todos es menester que creamos; pero el poder temporal es para el Sr. Sanchez como la base firmísima de la creencia. Al ménos, esta es la idea, este es el sentimiento que parece que está embebido en la obra y que anima todo su conjunto. Veamos rápidamente el argumento de que se vale el Sr. Sanchez para demostrar tan raro aserto. Mazzini, Ricciardi, Garibaldi y otros, dice que son ó han sido impíos, ya siempre, ya en algun momento de la vida. Todos han dicho que es menester acabar con el poder temporal para acabar con el Catolicismo. Luego la existencia de éste tiene por esencial condicion la existencia del poder temporal. Niegan el poder temporal todos los que niegan á Cristo: luego niegan á Cristo todos los que niegan el poder temporal.

Lo erróneo de esta argumentacion no puede ser más evidente. Claro está que el que niega lo más, niega lo ménos: pero no se ha de decir por eso que el que niega lo ménos niega lo más. Un ejemplo explicará mejor aún lo que decimos. Todos los impíos han negado siempre que la Virgen Santísima fué concebida sin pecado original; pero nunca se ha seguido de aquí que fuesen impíos los que solo creian á la Virgen llena de gracia, antes de que su Inmaculada Concepcion fuese declarada dogmáticamente.

Sentado ya que el poder temporal es necesario al Catolicismo, pasa el Sr. Sanchez á hablarnos del ori-

gen de este poder y á demostrar su legitimidad. *Nunca la hemos negado, ni creemos que la niegue ninguna persona razonable, y nada tenemos, por lo tanto, que decir sobre este capítulo. Solo observaremos que nos parece que el Sr. Sanchez se deja llevar demasiado de su entusiasmo, cuando para realzar el justo origen del imperio político de los Papas, deprime por demás el de los Reyes. No creemos, como el Sr. Sanchez, que se diga, quizás con fundamento, que sobre el origen de todas las dinastías, es forzoso tender un negro y tupido velo para ocultar las miserias, los enormes crímenes que se encuentran en su fundación. No vemos esa mancha execrable que hace asqueroso el origen de ciertas dinastías, que hoy nadie ataca. Esto ni siquiera lo creen, ó lo ven los republicanos, porque creen y ven que los hombres tienen sentimientos de dignidad y de justicia, y que un poder, que entre ellos se perpetúa, rara vez tiene principios tan viciosos. La mayor parte de las coronas, como el poder temporal del Papa, deben su origen á la necesidad social de una época dada, al consentimiento ó á la elección del pueblo, ó á la conquista, sancionada despues por el Papa mismo.*

Dejando ya aparte el origen del poder temporal, el señor Sanchez nos enumera sus causas, y expone, en sendos capítulos, hasta doce de las más principales.

La primera la entiende el Sr. Sanchez al contrario de como nosotros la entendemos y de como generalmente se entiende. El Imperio Romano, dice en resumen; avasalló por la espada gran parte de la

tierra, se puede decir que el mundo, é hizo pesar sobre él su insufrible y abominable tiranía. «La iniquidad, pues, del Imperio Romano, la crueldad de su legislación, los vicios de sus Monarcas, la corrupción de los ciudadanos, su absurda doctrina moral y social, fueron quizá la primera y principal causa del poder temporal de los Papas.» *No parece sino que se sigue de aquí que este poder temporal es una especie de castigo impuesto por Dios á los romanos para humillar su soberbia y para que purguen sus pasados delitos. Porque avasallásteis el mundo, y porque lo dominásteis con el valor de vuestros pechos y la fuerza de vuestras armas, os obligo á que tengais por jefe de vuestra pequeña y débil República á un inerme sacerdote. Pero considerando que el tener el Papa su asiento en Roma, ántes es glorificación que castigo, ántes honra y premio que penitencia, el Sr. Sanchez modificará su opinion acerca del Imperio Romano, verá en su historia algo más que combates de gladiadores y otras maldades, y reconocerá que el pueblo-rey fué destinado por la Providencia para reunir y civilizar á los demás pueblos. Venciéndolos por la fuerza, que en aquellos siglos de hierro era la única manera de vencer, sujetándolos á su yugo, dándoles sábias leyes que aún hoy sirven de base á todas las legislaciones de Europa, y enseñándoles su hermosísimo lenguaje, que es hoy aun el de la Iglesia Católica, la cual tambien le recibió de ese infame pueblo, los preparó á todos para recibir el santo y más dulce yugo de la ley de gracia. Antes de que esta ley se promulgase, ántes*

de que la *buena nueva* se difundiese por el mundo, Roma le venció con el rigor de la espada, y sin duda porque le venció y porque era su centro y su cabeza, quiso Dios que también le venciese con la dulzura de la persuasión, y puso la cruz sobre el Capitolio, y levantó en la ciudad eterna la cátedra del Príncipe de sus Apóstoles.

No se sigue de aquí, como deja entrever el señor Sanchez en muchos lugares de su obra, una reprobación divina contra el Imperio Romano y una condenación de su historia: antes parece que lo contrario es lo que se sigue. Los hechos vienen además en apoyo de nuestro raciocinio. Los Papas han sido súbditos de los emperadores de Oriente, que se decían emperadores de Roma, y los Papas han coronado después á muchos emperadores de Occidente, llámndolos emperadores de Roma y reconociéndolos como tales. Jamás hubo güelfo que fuese tan allá como el señor Sanchez en la condenación del Imperio.

Natural y no impía es, pues, la memoria que siempre, hasta en lo más tenebroso de los siglos medios, conservaron los romanos de su antiguo poder. El ser gibelino no era dejar de ser católico; el querer al emperador no era negar la autoridad espiritual del Papa; y el lamentarse de que los nietos de los Fábios y de los Scipiones *fuesen una manada de esclavos apaleados*, no era desear que volviese el Paganismo y que hubiese de nuevo combates de gladiadores. Por cierto que no deseamos nosotros que vuelvan la inquisición y la tiranía de los reyes de la casa

de Austria, y no nos disgustaría, con todo, que volvieran para España aquellos tiempos en que pudo llamarse señora de ambos mundos. El Sr. Sanchez debiera hacer todas estas distinciones, porque importan en gran manera al asunto de que trata. La memoria de la grandeza antigua de Roma no puede borrarse de la mente de muchos italianos. Hasta Papas ha habido que se han entusiasmado con ella, y han procurado que lo presente responda en cierto modo á lo pasado. Condenar por impíos á los que anhelan la unidad de Italia, reconstituyendo el Imperio ó haciendo á Roma capital, es condenar por impías ó despreciar por cándidas á muchas generaciones de hombres ilustres, entre ellos á Dante.

La segunda causa del poder temporal es causa del poder temporal porque quiere el Sr. Sanchez. El Catolicismo enseñó la doctrina que engrandece y eleva á los pueblos, intimidó con proféticas amenazas el corazón de los ambiciosos, suavizó y amansó la fiereza de los más crueles tiranos, destruyó la añeja política del Gentilismo, y estableció el reinado de la justicia en el mundo. *Todo esto es evidentísimo, y no permita Dios que nosotros lo neguemos jamás.* Pero ¿fué con el poder temporal con lo que se hizo todo esto? ¿Qué tiene que ver todo esto con el poder temporal?

La tercera causa que dá el Sr. Sanchez es por el mismo orden que la segunda. El Vicario de Cristo, la cabeza visible de su Iglesia, ha sido, es y puede ser aún un gran *moderador* político. «Contiene al Monarca para que, engraido con su poder, no quiera proclama-

marse Dios, y reprime la inconsideracion de la muchedumbre para qué, dejándose llevar de aviesas pasiones, no haga imposible el imperio suave de la ley, etcétera.» Luego el poder temporal es necesario, etc. Pero, Sr. Sanchez, ¿ha sido acaso con el poder temporal con el que ha impuesto sus leyes suaves el Soberano Pontífice, y con el que ha sido en muchas ocasiones el árbitro supremo de Europa? ¿De qué ha valido para esto el poder temporal? ¿A qué soberano se ha contenido con él? Felipe II, Luis XIV, Carlos V, Napoleon I, han vejado al Papa como soberano temporal. Los Papas que alcanzaron en el mundo mayor influencia política, los que volcaron la Europa sobre el Asia, apenas tenían poder temporal: los que hacían temblar en su trono á los más soberbios tiranos, eran ellos, á su vez, como señores temporales, arrojados de Roma por la plebe turbulenta, insultados, heridos ó golpeados por los feroces barones, ó vencidos y hechos prisioneros por los jefes mismos á quienes llamaban en su ayuda. Gregorio VII, el más grande de los Papas, el que adquirió mayor predominio en Europa, vió su capital entrada á saco por Roberto Giscard, y murió desterrado en Salerno.

Viene luego la cuarta causa, que consiste en que los Soberanos Pontífices salvaron á Roma de los bárbaros. *Lo que es esta no se puede negar que es una causa justa de soberanía.* Recuerde con todo el Sr. Sanchez que muchos políticos italianos han dicho, no sin algunos visos de razon, que la causa de la debilidad de la Italia moderna y de su incurable fraccionamiento

ha sido el poder temporal de los Papas, nunca bastante fuertes para dominar toda la Península, y nunca bastante débiles para dejar que otro la domine. Esto, cuando no se habían formado aún grandes Monarquías, no tenía para Italia tan deplorables consecuencias como ahora; Venecia, Génova, Florencia, y hasta Pisa y Amalfi, eran en la edad media Repúblicas poderosas, cuya alianza ambicionaban los Reyes: pero despues que los demás países constituyeron su unidad nacional y se robustecieron, el fraccionamiento fué perjudicialísimo á Italia, y la entregó á todos los ambiciosos para que por ellos fuese hollada y pisoteada.

Al exponer el Sr. Sanchez la quinta causa, es presa de la misma alucinacion que en las anteriores. Los Papas convirtieron al Cristianismo á los ingleses, á los alemanes y á otros pueblos bárbaros, gobernaron siempre sapientísimamente la Iglesia, difundieron el saber y la civilizacion, y enviaron con sus misioneros la luz de la verdad hasta los últimos confines de la tierra. Luego el poder temporal, etc. ¿Qué hemos de contestar á esto, sino lo que ya hemos contestado ántes? Nuestro autor se diría que confunde adrede el poder temporal con el espiritual.

La sexta causa está cifrada en estos términos «Ó los Papas son independientes en lo civil, ó por sus justas censuras contra la depravacion de los malos imperantes, constantemente, con daño de la Iglesia universal, han de ser perseguidos.» Estamos de acuerdo con el Sr. Sanchez; el Sumo Pontífice no debe ni puede ser súbdito de nadie sin grave perjuicio de la Igle-

sia. Pero sus dos ó tres millones de súbditos, cuando los ha tenido, que ha sido poquitas veces, ¿ le han librado de esa independencia y de esas persecuciones? Hoy mismo, ¿ es muy independiente el Papa? ¿ Lo fué cuando el águila austriaca oprimía entre sus garras toda la Península? ¿ Era entónces, es ahora, ha sido jamás el poder temporal el que ha impedido que sean perseguidos los Papas, ó ha sido el respeto que se les debe como á Vicarios de Cristo, y el afecto y la devoción que les profesan los fieles?

La octava causa consiste en suponer que los Reyes ó Emperadores que han protegido el poder temporal de los Papas han sido muy felices y poderosos, y por el contrario los que no le han favorecido han tenido un trágico y desastroso fin, como Napoleon I, en Santa Helena. El Sr. Sanchez olvida que Carlos V, Felipe II, Luis XIV y otros soberanos, que han disminuido el poder temporal de los Papas ó los han ofendido como á Principes temporales, han tenido un fin bastante bueno y han vivido dichosos y respetados en el mundo. Las demás causas que expone el Sr. Sanchez son del mismo género. Todas ellas forman juntas una hermosa, brillantísima é irrefutable apología del Pontificado católico; pero nada ó poquísimo prueban en favor de la necesidad de una soberanía temporal de los Papas.

Entrando luego el autor en la refutación de las opiniones contrarias al poder temporal, sale vencedor siempre que se trata de probar que la soberanía mundana del Papa, que su condicion de rey, no es contraria al espíritu del Evangelio, ni á los Concilios, ni á

los Santos Padres, ni á los Doctores; pero nunca prueba que este reino mundano sea indispensable al Catolicismo, sea un dogma de la Iglesia. Más bien se puede decir que nos dá, sin querer, una gran prueba negativa de que no es necesario el poder temporal.

Una persona tan docta y tan apasionada de su asunto como el Sr. Sanchez, nos cita todo lo que ha hallado de más favorable al poder temporal en los Concilios y en los Santos Padres, y en ninguna de sus citas vemos afirmado el poder temporal de una manera explícita y dogmática. Las citas del Sr. Sanchez prueban que el Papa es el Vicario de Cristo, el Jefe de la Iglesia, el Padre comun de los fieles, el primero de los obispos; prueban que, como tal, ha sido siempre acatado y reverenciado; prueban que ha ejercido jurisdicción é imperio como de supremo juez y aun legislador de la Iglesia; pero de poder temporal no prueban nada. Imposible parece que el Sr. Sanchez confunda una cosa con otra.

Para que se vea que no exajeramos, vamos á poner aquí, con las propias palabras del Sr. Sanchez, algunos de sus argumentos.

« Se conserva todavía, dice, la célebre carta á los cristianos de Corinto, en la cual San Clemente, excusándose con la turbulencia de los tiempos, por no haber ántes accedido á sus deseos, como verdadero magistrado supremo, escribe á los cristianos de Corinto y les dá admirables reglas, santas leyes de moral y política, con las cuales fácilmente pudieran evitar el escándalo de la lucha y vivir en las dulzuras de la paz

y la caridad. Dificil es no ver aquí una potestad judicial y suprema. Ningun católico la ha negado nunca. Pero ¿qué tiene esto que hacer con el poder temporal? repetimos nosotros. ¿Quiere tambien el Sr. Sanchez que sea el Papa rey de Corinto? Las demás citas de los Santos Padres son idénticas á la que hemos insertado.

Lo que sí demuestra el Sr. Sanchez es que ni los Concilios, ni los Santos Padres, ni los Doctores han hallado incompatible el poder temporal con el espiritual de los Papas; que no han declarado contrario al espíritu de la Religion el que su Jefe posea bienes terrenos, tenga súbditos y Estado. Pero esto no lo niega ni lo pone en duda nadie, con tal de que haya leído el más breve compendio de historia. ¿Cómo habian de condenar los obispos, que eran señores de vasallos en la edad media, y el clero, que poseía cuantiosos bienes, que el Sumo Pontífice los poseyera tambien y que fuese soberano? Claro está que esto es permitido por la Iglesia, cuando la Iglesia ha tenido y tiene aún bienes y súbditos. Pero de la permission, ¿se deduce acaso la imprescindible necesidad?

Confesamos ingénuamente que no se nos alcanza este modo de discurrir. Damos por supuesto que el poder temporal de los Papas ha sido utilísimo en lo pasado y que podrá ser aún muy provechoso en lo venidero; que tal vez importe mucho conservarle en las actuales circunstancias del mundo, y que es benéfico y favorable para los romanos; pero de suponerlo y aún de afirmarlo así, á suponer y afirmar que el po-

der temporal es un dogma de la Iglesia, una condicion *sine qua non* del Catolicismo, un artículo, no de fé, pero que sin ser de fé tiene la virtud de transformar en impío ó en necio á quien de él duda, hay una enorme distancia, que no podemos salvar nosotros con las inconducentes pruebas que el Sr. Sanchez nos ha dado.

Su libro, del que aún nos queda bastante que hablar, volvemos á decir que es una brillante apologia del Catolicismo, y que está escrito con elocuencia, con sinceridad y con fervor dignos de elogio, pero en todo él se nota la alucinacion sofistica de que hemos hablado. Todo lo refiere el Sr. Sanchez al poder temporal, cuando no es en manera alguna del poder temporal de lo que tratan sus autores.

Ya, otro dia, terminaremos este ligero exámen.

III.

Nos queda por examinar la parte mas diffeil, la que más prudencia y tacto exige de parte del crítico, en la obra notable del ilustre presbítero malagueño. Ya no se trata de teorías históricas, de interpretaciones y apreciaciones más ó ménos juiciosas sobre los acontecimientos pasados, sino de juzgar los presentes acontecimientos y de absolver ó condenar á los personajes que en ellos han intervenido ó intervienen. Napoleon III ha calificado de *obstinacion* la resistencia del Padre Santo á ceder parte de su poder temporal, y contra este modo de calificar la conducta del Vicario

y la caridad. Dificil es no ver aquí una potestad judicial y suprema. Ningun católico la ha negado nunca. Pero ¿qué tiene esto que hacer con el poder temporal? repetimos nosotros. ¿Quiere tambien el Sr. Sanchez que sea el Papa rey de Corinto? Las demás citas de los Santos Padres son idénticas á la que hemos insertado.

Lo que sí demuestra el Sr. Sanchez es que ni los Concilios, ni los Santos Padres, ni los Doctores han hallado incompatible el poder temporal con el espiritual de los Papas; que no han declarado contrario al espíritu de la Religion el que su Jefe posea bienes terrenos, tenga súbditos y Estado. Pero esto no lo niega ni lo pone en duda nadie, con tal de que haya leído el más breve compendio de historia. ¿Cómo habian de condenar los obispos, que eran señores de vasallos en la edad media, y el clero, que poseía cuantiosos bienes, que el Sumo Pontífice los poseyera tambien y que fuese soberano? Claro está que esto es permitido por la Iglesia, cuando la Iglesia ha tenido y tiene aún bienes y súbditos. Pero de la permission, ¿se deduce acaso la imprescindible necesidad?

Confesamos ingénuamente que no se nos alcanza este modo de discurrir. Damos por supuesto que el poder temporal de los Papas ha sido utilísimo en lo pasado y que podrá ser aún muy provechoso en lo venidero; que tal vez importe mucho conservarle en las actuales circunstancias del mundo, y que es benéfico y favorable para los romanos; pero de suponerlo y aún de afirmarlo así, á suponer y afirmar que el po-

der temporal es un dogma de la Iglesia, una condicion *sine qua non* del Catolicismo, un artículo, no de fé, pero que sin ser de fé tiene la virtud de transformar en impío ó en necio á quien de él duda, hay una enorme distancia, que no podemos salvar nosotros con las inconducentes pruebas que el Sr. Sanchez nos ha dado.

Su libro, del que aún nos queda bastante que hablar, volvemos á decir que es una brillante apologia del Catolicismo, y que está escrito con elocuencia, con sinceridad y con fervor dignos de elogio, pero en todo él se nota la alucinacion sofistica de que hemos hablado. Todo lo refiere el Sr. Sanchez al poder temporal, cuando no es en manera alguna del poder temporal de lo que tratan sus autores.

Ya, otro dia, terminaremos este ligero exámen.

III.

Nos queda por examinar la parte mas diffeil, la que más prudencia y tacto exige de parte del crítico, en la obra notable del ilustre presbítero malagueño. Ya no se trata de teorías históricas, de interpretaciones y apreciaciones más ó ménos juiciosas sobre los acontecimientos pasados, sino de juzgar los presentes acontecimientos y de absolver ó condenar á los personajes que en ellos han intervenido ó intervienen. Napoleon III ha calificado de *obstinacion* la resistencia del Padre Santo á ceder parte de su poder temporal, y contra este modo de calificar la conducta del Vicario

de Nuestro Señor Jesucristo, se revuelve con terrible y santa indignacion nuestro ilustrado, pero vehemente sacerdote.

El mismo Sr. Sanchez niega, sin embargo, la infalibilidad temporal del Papa. Todo un capitulo de su obra está consagrado á demostrar que el Papa sólo es infalible, hablando *ex-cathedra* á la Iglesia, *en lo perteneciente á la fé*. Segun la doctrina del Sr. Sanchez, que es la doctrina ortodoxa, y que viene apoyada en textos de Belarmino, de Perrone y de De-Maistre, el Papa puede engañarse, no hablando *ex-cathedra* y en asuntos que no sean de fé: luego el Papa puede seguir una mala política, y puede ser *obstinado* en ella. No es esto decir que lo sea ahora, sino que puede serlo: no es esto defender el que no haya quizás algo de irreverencia en llamar al Papa *obstinado*, pero sí es defender que el que cree en esta obstinacion no reniega del nombre de católico ni se aparta de la comunión de los fieles.

El Sr. Sanchez, que en el capitulo XXXI de su obra explica con tanta prudencia y sabiduría los límites de la virtud infalible de Su Santidad, en los capítulos XXVII y XXVIII procede, sin embargo, de muy diversa manera; y, volviendo á confundir lo espiritual con lo temporal, traspasa esa virtud infalible del Padre comun de los fieles al Príncipe italiano, poseedor de un pequeño Estado.

Es cierto que el Padre comun de los fieles no hace guerras de conquistas y quiere vivir en paz con todos los pueblos, como Padre comun de los fieles: es

cierto que el Papa, como Papa, no envia soldados, sino misioneros; no vence los cuerpos, sino las almas; no tiene el orgullo de los españoles, ni la vanidad de los franceses, ni la insaciable codicia de la pérfida y cruel Albion, cuyas maldades pondera el Sr. Sanchez; pero el Sr. Sanchez debe tener en cuenta que no se habla del Padre comun de los fieles, como Padre comun de los fieles, sino como rey que tiene ejército, y que puede ser ambicioso, y que puede desear la dilatación ó la conservacion de sus dominios. Para todo esto se vale de los mismos medios que los otros soberanos; hace la guerra, empuña la espada, se ciñe el casco en vez de la Tiara, y entra por la brecha de una ciudad, entre el humo de la pólvora, como cualquiera héroe profano, como Julio II, por ejemplo.

Los Papas, como señores temporales de un corto territorio, no son, ni han podido ser lo que supone el Sr. Sanchez, refiriéndose á la Cabeza visible de la Iglesia. Esa mansedumbre no es compatible con la condicion humana, en el estado presente del mundo, ni con los deberes del jefe supremo de una nacion cualquiera. El Rey de Roma, aunque sea Papa, tiene, como Rey de Roma, que contraer alianzas y compromisos, siendo amigo de unas naciones y enemigo de otras; tiene, en suma, que hacer la guerra, y la ha hecho no pocas veces. Y como el mismo Sr. Sanchez confiesa que no se extiende á la política la infalibilidad del Papa, también tendrá que confesar que sus guerras y sus enemistades no siempre son justas. Cuando un Papa dijo de los españoles, de esta nacion *eminen-*

lemente católica, que éramos la escoria del mundo y una vil ralea de moros y de judíos, nos parece que no fué infalible; ántes bien padeció una lamentable equivocación, que el gran duque de Alba se encargó de des hacer de un modo algo brusco.

Nadie más que nosotros se admira de las hazañas, virtudes y disinterés de los misioneros. Aún nos parece pobre el encomio que de ellos hace el Sr. Sanchez. Pero repetimos lo de siempre: ¿qué tienen que hacer los misioneros con el poder temporal? ¿No es esto involucre las cuestiones?

Se ha de notar, asimismo, que el Sr. Sanchez encarece y exagera demasiado las crueldades y las infamias de los conquistadores, sobre todo de los del Nuevo Mundo, que eran nuestros compatriotas, y supone que solo la codicia los movía á ser crueles, sin contar con el fanatismo religioso, que tuvo también alguna parte en la crueldad. Por cierto que si el Padre Vaiverde (al ver que el Inca se aplicaba al oído su breviario y le tiraba al suelo, porque nada le decía de lo que él aseguró que podía decirle) no hubiese excitado la cólera de Pizarro y de sus compañeros, tal vez estos no hubieran hecho en los indios inermes y desahucados, que venían de paz á recibirlos y á agasajarlos, aquel fácil destrozo y aquella bárbara matanza.

Con todo, las glorias de los misioneros son grandísimas, á pesar de este y de otros extravíos que pudieran citarse, y que es justo atribuir á la fragilidad y miseria de los hombres y á la cruel rudeza de los siglos pasados. En cuanto al Catolicismo, ¿quién ha de

negar que es un medio eficaz de civilización y de progreso? Pero volvamos al poder temporal.

El Sr. Sanchez, juzgando á Napoleon III el mas terrible adversario de este poder, le consagra todo un capitulo de su obra, y le maltrata con igual energía que Victor Hugo. El modo de conciliar el respeto que el Sr. Sanchez cree deber á las personas constituidas en la suprema dignidad, con las muchas injurias que dirige al Emperador, es bastante ingenioso. «Por mas que veamos, dice el Sr. Sanchez, lunares y aún *manchas horribles* en el hombre, sólo queremos, sólo podemos ver la justicia en el trono, la rectitud en el cetro, y en el manto imperial la misericordia.» Pero ni de justicia, ni de rectitud nos habla, y sin asomos de misericordia, se complace en representarnos una por una todas esas *manchas horribles* que en el hombre cree ver. Espantosa es la diatriba del Sr. Sanchez contra Napoleon III y su familia. Luis Napoleon es para el Sr. Sanchez un malvado, un traidor, un sanguinario tirano, un Atila.

Nosotros, que somos partidarios de la más completa libertad de pensamiento, no censuramos, ántes aplaudimos la franqueza noble con que dice lo que piensa el Sr. Sanchez. Lo que no podemos aplaudir es que el mismo Sr. Sanchez confiese paladinamente, pocas páginas despues, que el episcopado, que el clero todo, daría su eficaz apoyo á ese tirano, á ese traidor, á ese Atila, si no hubiese contribuido á que el Papa perdiese las Marcas, la Emilia y la Umbría. El golpe de Estado del 2 de diciembre y los demás actos

de la vida de Napoleon III, que tan acerbamente califica el Sr. Sanchez, todo se hubiera olvidado y aún se hubiera trocado en motivo de alabanza, si Napoleon III no da á Italia la libertad, si Napoleon III no combate en Magenta y en Solferino. ¿Qué comentario hemos de poner nosotros á esta confesion?

Pasemos ya á los capitulos, en nuestro sentir, más importantes de la obra; á los que hablan principalmente del mismo Pio IX. Lleva el primero por epigrafe *Popularidad del gobierno pontificio*, y, tal es la fuerza de la verdad, que el Sr. Sanchez destruye en este capitulo los mas terribles argumentos de que se ha valido en los anteriores.

El gobierno pontificio es ó ha sido popular entre los liberales, que califica de impíos el Sr. Sanchez. Luego no es la impiedad la que los lleva á no querer ahora el gobierno pontificio que tanto amaban ántes. Luego hay una razon meramente política que los lleva á aborrecer lo que tanto amaron.

El Sr. Sanchez lo confiesa. «La Revolucion de Italia, de Francia, de Alemania, de Inglaterra, del mundo entero, recibió á Pio IX con grandes, con entusiastas, con prolongadas aclamaciones.» Luego la Revolucion no quiere ser anti-católica, ántes quiere que las Iglesia la santifique. «Le llamaban el Rey Santo, el Rey del Evangelio, el Rey de la libertad, el Rey universal de las naciones, el Rey del corazon y de la conciencia, el primero entre los Reyes, el gran Mentor y modelo de los soberanos, el Rey único en fin, dominador de la tierra y restaurador de las sociedades.» Suponemos

que no creará el Sr. Sanchez que el Papa no fuese buen católico cuando le daban tales nombres los liberales. Luego no es justo suponer que ahora no le quieran algunos, como Rey temporal de Roma, por ódio al Catolicismo. ¿Que ódio podian tener contra el Catolicismo los que con tan vivo fervor aclamaban y bendecian á su Santo Pontífice? «En la prensa periódica, prosigue el Sr. Sanchez, en la tribuna, en libros y folletos, en todas partes resonaban gritos de placer, himnos de aplauso y entusiasmo en honra del santo, justo y liberal Soberano de Roma. No podia el Papa abandonar su palacio sin verse abrumado por turbas revolucionarias, locas de amor y gratitud, que le seguian en tropel, atormentándole con vivas y aclamaciones. A tal punto llegaron las cosas, que el mismo Pontífice, en una circular, tuvo que prohibir con tono severo las incesantes demostraciones de afecto, etc.» ¿Dónde estaban entónces los liberales impíos que anhelan acabar con la Religion, empezando por el poder temporal? Entónces no eran los impíos los liberales. Si discurriésemos como el Sr. Sanchez, diriamos que los serviles eran los impíos de entónces. Ellos denostaban la sagrada y venerable persona del Pontífice como jamás se han atrevido á hacerlo despues los más furiosos demagogos, los liberales más ardientes, defraudados en sus esperanzas. No queremos estampar aquí los términos horribles de que se valian los reaccionarios para calificar á Su Santidad. Balmes tuvo que salir en España á su defensa. En Nápoles le aborrecian de muerte los palaciegos absolutistas. En Aus-

tría querían declararle anti-papa y traer el cisma á la Iglesia. En nada de esto han pensado los liberales, dando muestras de que son mejores católicos que los serviles. Ni Gavazzi, ni Mazzini, ni Victor Hugo, ni Garibaldi han dicho ni tramado contra el Papa, cuando el Rey de Roma ha dejado de ser liberal, lo que contra el Papa decían y tramaban los serviles, cuando era liberal el Rey de Roma. Los liberales más avanzados han querido y quieren destronar al Rey de Roma porque no sigue su política: pero los serviles querían derribar á Pio IX de la Cátedra de San Pedro porque era liberal, y se atrevían á llamarle un *Robespierre con tiara*.

Como muestras del amor de los italianos liberales al Santo Pontífice, vamos á trasladar aquí algunas de las citas que hace el mismo Sr. Sanchez.

La guardia nacional de Lombardía llamaba á Pio IX, «Pontífice inmortal y regenerador de Italia.» José Massari, decía: «El Papa es, el sumo Sacerdote, el manso levita de Italia. Carlos Alberto, es el sumo guerrero, el fuerte Macabeo. Ante la mansedumbre del primero y la fortaleza del segundo, unidas y entrelazadas, se estrellarán todos los amaños del fraude y los ataques de la violencia.» Felipe De-Boni, decía: «Ignominia á la torpe canalla (estos eran entónces los serviles que hoy presumen de santos), ignominia á la torpe canalla que insulta á Pio IX con obscenos improperios. Los italianos deben, aún con riesgo de la vida, defender la constancia del Papa y la razon de su principado.» El general Durando decía: «Vuestras espadas

deben exterminar á los que han ultrajado á Pio IX.» «El Papa Rey, decía Gioberti, ha sido el creador del genio en Italia, y ha dispensado favores inmensos á nuestra nacion.» Gavazzi decía: «Pio IX es el Pontífice de la amnistia, el Pontífice de la clemencia, el Pontífice de nuestra prosperidad y de nuestra ventura. Nos ha dado un nombre, un Estado, un porvenir.» «Pio IX, decía *L'Italia Rigenerata*, es el más grande de los hombres.» Por último, y para no acumular citas sobre citas, terminaremos recordando que los héroes que murieron en los cinco dias de pelea contra los austriacos en las calles de Milan, murieron, segun aseguraban entónces los *impíos demagogos*, exclamando: «¡Dios y Pio IX.!»

De todas estas citas del Sr. Sanchez, deducimos nosotros varias consecuencias, ya idénticas á las que él deduce, ya contrarias del todo. Deducimos, primero, que el Catolicismo es tan poderoso ahora como en los mejores tiempos, y que no hay esa impiedad de que algunos hombres apasionados se complacen en acusar al siglo presente, ya que por ser el Catolicismo tan poderoso se sirven de él como de un arma de partido. Y deducimos, en segundo lugar, que no son los liberales, sino los serviles, los que más á menudo y con más escándalo y pertinacia cometen este abuso de servirse de la Religion como de una máquina política. Cuando el partido liberal tenía al Papa en su favor, jamás tachó de herejes ni de ateos á los serviles, jamás acudió al anatema contra ellos; jamás se valió de los periódicos liberales para excomulgar á los que no

pensaban en política como ellos pensaban. Cuando el partido liberal perdió el favor del Rey de Roma y más tarde cuando volvió éste á subir á su trono con el auxilio de tres ejércitos extranjeros, austriaco, español y francés, no se estamparon en Italia, tantas palabras duras contra el Pontífice, como las que se dijeron y escribieron contra él en Austria, cuando era partidario, como príncipe italiano, de la libertad, de la grandeza y de la independencia de su pueblo. Liberani, Passaglia, Cavour, Garibaldi y otros hombres aborrecidos y tachados de ateos, no han dicho una palabra dura ni contra el Pontífice, ni contra el hombre; todos celebran sus virtudes; todos le llaman justo y bueno. Queremos convenir con el Sr. Sanchez en que es una obcecacion y un extravío el que se anhele el despojar á ese varon tan virtuoso de su corona temporal; pero tambien queremos que convenga con nosotros el Sr. Sanchez en que hoy se respeta y venera su sagrado carácter más que se ha respetado jamás el de ningun Papa, entre la efervescencia y tumulto de una revolucion, y en medio de las guerras y discordias civiles y de independencia. El Sr. Sanchez sabe la historia mucho mejor que nosotros; el Sr. Sanchez es un hombre de buena fé, y á su buena fé apelamos para que nos diga si los emperadores germánicos en los siglos medios, si los tiranuelos de Italia, si la plebe de Roma, si los reyes católicos y cristianísimos de otras edades han tratado al Soberano de Roma con el mismo miramiento y con la misma dulzura con que le tratan hoy los *implos* revolucionarios, el *excomulgado*

y *pérfido* Victor Manuel, el *maquiavélico* Cavour y el *mónstruo* de Napoleon III. Ni contra la córte de Roma, ni contra los ministros y consejeros del Papa en lo temporal, ha dicho el mismo About mayores atrocidades, merecidas ó no, que las que dijeron Dante y Petrarca, poetas católicos por excelencia.

Suponga por un momento el Sr. Sanchez que este Papa, ú otro, es un príncipe patriota y ferviente italiano, como ya los hubo; que tiene al mismo tiempo gran capacidad política, y extraordinaria sed de gloria; que se pone al frente de una liga, como hizo Alejandro III, y que combate á los austriacos y los vence y los arroja de Italia. ¿Cree el Sr. Sanchez que en Austria no se trataría de que hubiese un cisma, de negar al Papa y aún de nombrar otro, como ya se pensó en 1848 y 1849? Nosotros creemos que en Austria se intentaría lo que decimos. Pues bien, los *demagogos* no intentan, ni han intentado jamás tal cosa, cuando ha habido un Papa que ha contrariado sus planes, ó que como Gregorio XVI, ha seguido una política completamente austriaca. Y si lo han intentado algunos ilusos, han hallado siempre en el pueblo una resistencia invencible. En Italia, ántes del amor de Italia está el amor del Pontificado, su mayor gloria, y el amor de nuestra santa y católica Religion. Lo mismo que Cola Rienzi, en el siglo xiv, llamaba al Papa á Roma, le llamarían Ratazzi y Victor Manuel, si, abandonado por los franceses, dejase la Ciudad Eterna. Convenimos con el Sr. Sanchez: *En Roma no triunfará el mal*. En Roma no podrá haber ya, como no sea

por muy corto tiempo, inmundas bacanales en el Foro; pero por lo mismo que en Roma no debe el mal triunfar definitivamente, esperamos que no triunfe ni dure la política de Mons. de Merode y del cardenal Antonelli.

Hemos recorrido rápidamente todo el primer tomo de la obra del Sr. Sanchez, y hemos tenido que juzgarle, desde el punto de vista de nuestras opiniones políticas, quizás con harta severidad. Queremos, sin embargo, que se entienda que en todo lo que es dogmático, que en todo lo que es verdaderamente religioso, hemos convenido, y no podemos menos de convenir con el Sr. Sanchez, porque somos tan buenos católicos como él, y distamos infinito de poseer sus conocimientos profundos y de estar dotados de una inteligencia tan levantada y tan versada en las materias teológicas.

(El Contemporáneo.)

ESPAÑA Y PORTUGAL.

I.

Las más importantes verdades se reconocen por sentimiento y por instinto, antes de que por medio del raciocinio se demuestre la certidumbre de ellas y se declare y explique el fundamento en que se apoyan y sostienen. En este número de verdades se cuenta la de que en la Península que habitamos hay dos naciones distintas, portuguesa y española. Si hubiera dos Estados y una sola nación, los Estados fácilmente se fundirían. Lo difícil, lo punto ménos que imposible, es fundir las nacionalidades. Así es que nosotros, aunque siempre hemos tenido un amor entrañable á la idea de la union ibérica, más hemos creído que esta idea es una aspiración sublime, casi irrealizable ó realizable sólo en un remoto porvenir, que un plan político, para cuya realizacion y cumplimiento están ya preparados los ánimos y las cosas, y que á poca

por muy corto tiempo, inmundas bacanales en el Foro; pero por lo mismo que en Roma no debe el mal triunfar definitivamente, esperamos que no triunfe ni dure la política de Mons. de Merode y del cardenal Antonelli.

Hemos recorrido rápidamente todo el primer tomo de la obra del Sr. Sanchez, y hemos tenido que juzgarle, desde el punto de vista de nuestras opiniones políticas, quizás con harta severidad. Queremos, sin embargo, que se entienda que en todo lo que es dogmático, que en todo lo que es verdaderamente religioso, hemos convenido, y no podemos menos de convenir con el Sr. Sanchez, porque somos tan buenos católicos como él, y distamos infinito de poseer sus conocimientos profundos y de estar dotados de una inteligencia tan levantada y tan versada en las materias teológicas.

(El Contemporáneo.)

ESPAÑA Y PORTUGAL.

I.

Las más importantes verdades se reconocen por sentimiento y por instinto, antes de que por medio del raciocinio se demuestre la certidumbre de ellas y se declare y explique el fundamento en que se apoyan y sostienen. En este número de verdades se cuenta la de que en la Península que habitamos hay dos naciones distintas, portuguesa y española. Si hubiera dos Estados y una sola nación, los Estados fácilmente se fundirían. Lo difícil, lo punto ménos que imposible, es fundir las nacionalidades. Así es que nosotros, aunque siempre hemos tenido un amor entrañable á la idea de la union ibérica, más hemos creído que esta idea es una aspiración sublime, casi irrealizable ó realizable sólo en un remoto porvenir, que un plan político, para cuya realizacion y cumplimiento están ya preparados los ánimos y las cosas, y que á poca

costa puede llevarse á cabo, con buena voluntad, audacia y fortuna.

El ejemplo de Italia, aún presuponiendo que tenga dichoso término la revolucion italiana, no debe en manera alguna alucinarnos ni movernos á la imitacion. Las circunstancias son muy otras en aquella que en esta Peninsula. Allí ó no hay nacion, ó tiene que haber una Italia: aquí hay dos naciones, y aún seguiria, acaso durante siglos, habiendo dos naciones, aunque ambas, ó por una revolucion, ó por una conquista, ó por un enlace régio, vinieran á formar un Estado sólo.

Genova, Venecia, Pisa, Florencia y Amalfi, han sido poderosas y gloriosas repúblicas: pero como naciones no han existido. No es menester buscar razones, basta el sentido comun, basta el oido para percibir que suenan disparatadamente estas frases; *la nacion pisana, la nacion genovesa*, y hasta la misma *nacion milanese ó napolitana*. En Italia, porque la historia ó el destino, porque Dios, en suma, lo ha querido así, no hay más que una nacion, aunque haya habido numerosos é independientes Estados; señoría en Venecia, ducado en Milan y reino en Nápoles.

En nuestra Peninsula sucede lo contrario. Portugal, aunque es una nacion hermana, no forma parte, no es la misma nacion española. La historia de Portugal es tan grande que no puede perderse ni confundirse en la historia de otro pueblo: pero no es esta la mayor dificultad. Grande, heroica, admirable es tambien la historia de Aragon, que tampoco puede per-

derse ni confundirse, y sin embargo, la nacionalidad, la autonomia aragonesa vino en sazón oportuna á amalgamarse con la de Castilla, formando ambas la nacionalidad española. La mayor dificultad es que la sazón oportuna, el momento propicio en que la fusion hubiera sido fácil, pasó, mucho tiempo há. Las diferencias se han hecho cada vez mayores desde entónces, y nos han ido separando, en lugar de irnos uniendo.

En aquellos buenos tiempos de mútua prosperidad, cuando portugueses y castellanos nos dividiamos el imperio de los mares nunca de ántes navegados; en aquellos buenos tiempos, en que podia decir el poeta, en elogio de la noble España, que era la cabeza de Europa toda, y de Portugal, que era la cima de la cabeza, y en que podia dudar, hablando de los portugueses, sobre qué era

mais excellente

Se ser do mundo rei, se de tal gente;

en resolucion, en aquellos buenos tiempos de los Reyes Católicos y de D. Juan III, cuando el papa Alejandro VI,

Uma linha lanzando ao ceo profundo,
Por Fernando é Joao reparte o mun lo,

y en que, sin pecar de hinchados ni de fanfarrones, podiamos hacer decir á nuestros héroes:

Do Tejo ao China o portuguez impera,
 De un polo a outro o castelhano voa,
 E os dois extremos da redonda esfera
 Dependem de Sevilha e de Lisboa;

en aquellos buenos tiempos, repetimos, sin estar llenas de recelos y agriadas por el infortunio, hubieran podido estrecharse y confundirse ambas naciones en la cumbre de la grandeza y de la gloria, como Aragon y Castilla se confundieron. Pero despues de la rota de Alcazarquivir, humillada y moribunda la nacion portuguesa, y sujeta y postrada bajo el cetro de hierro de Felipe II, no pudo onirse, aunque tuvo que someterse á Castilla. Asi es que la revolucion de 1640 fué indispensable; fué el renacimiento de un pueblo que habia muerto, ó que gemia esclavo; cuya gloria eclipsada era preciso que volviese á brillar. La dominacion de los Felipes en Portugal quitó á aquel pueblo libertad, y no le dió fuerza ni amparo. Las ricas colonias, el hoy tan próspero imperio del Brasil, tal vez hubieran sido mejor defendidos por los portugueses solos, aún en medio de su postracion, que por el pujante, pero mal gobernado poder de España.

No se ha de extrañar, por lo tanto, que los portugueses suspirasen por la perdida independencia, y que la recobraran. Con ella parecia renacer la pasada gloria y algo del poder pasado. El advenimiento al trono de la casa de Braganza fué más popular que el de la nobilísima y heroica dinastía de Avis. Desde entónces la division entre España y Portugal se ha

hecho cien veces más honda, la rotura más difícil de soldar, los signos característicos de ambas nacionalidades más prominentes y diversos.

En Italia la literatura es la misma, y la lengua literaria la misma en todas las provincias: Tasso no es una gloria del reino de Nápoles, sino de toda Italia: Dante y Machiavelli son italianos ántes de ser florentinos. En Portugal, por el contrario, se levanta, y crece y se desarrolla, y se aparta cada vez más de la nuestra, una literatura nacional, propia y exclusiva de aquel pueblo. En un principio nuestros trovadores, nuestros príncipes poetas escribieron en portugués como Macias y el Rey Sábio. Los trovadores portugueses se complacian en escribir en castellano. El castellano y el portugués no parecian dos idiomas diversos, sino dos formas, dos modos del mismo idioma. En la magnífica corte del rey D. Manuel, suena en prosa y en verso el habla de Castilla. El CANGIONERO DE RESENDE está lleno de versos castellanos. La musa dramática portuguesa hace sus primeros felices ensayos en los Autos de Gil Vicente, muchos de ellos en castellano, y otros en castellano y en portugués mezclados y confundidos. El primer poeta lírico portugués, el justamente celebrado Sá de Miranda, escribe gran parte de sus obras en nuestra lengua; el mismo Camoens le imita y le sigue en esto. Todavía, á pesar de Aljubarrota, y lo que es más, á pesar de Vasco de Gama, del infante D. Enrique, y del grande Alburquerque, esto es, á pesar de la magnífica epopeya de la historia de Portugal en el siglo xv, epopeya que no sólo hace de

Portugal una nacion, sino una nacion gloriosísima, importantísima y con una gran mision providencial en el mando, Portugal se creia parte de España.

España era la cabeza de Europa toda; pero Portugal era la cima de la cabeza, esto es, parte de ella, como dice el llamado por los portugueses mismos *príncipe de los poetas españoles*. La conquista hecha por corrupcion y violencia sobre un enemigo postrado, y la perversa dominacion y peor administracion de los Felipes, vinieron á destruir ó á retardar la verdadera union de ambos pueblos, que ya se iba formando. La revolucion de 1640 acabó de romper los lazos amistosos que nos unian. ¿Qué portugués, sin pasar por mal portugués, hubiera osado, desde entónces hasta hace pocos años, hablar de la unidad ibérica? En Italia, al contrario, en todas las edades, en todas las provincias y Estados, han suspirado y defendido y aconsejado la unidad los más amantes de la patria y los que han alcanzado más fama por haberla amado é ilustrado. Dante, Petrarca, Machiavelli, Manzoni, Leopardi, Tosti, Botta, todos los hombres eminentes de aquella Península, se muestran partidarios de su unidad, y no reconocen sino una sola nacionalidad en ella. Allí se han ido cada dia estrechando más; aquí nos hemos ido separando. Allí una misma literatura, allí un mismo idioma; las glorias alcanzadas y las afrentas recibidas son allí comunes. Los que encomian á Italia la llaman á toda ella cuna de las artes, maestra de las gentes, patria de los grandes poetas y de los eminentes capitanes, y los que la deni-

graban, cuando vivia esclava y abatida, lanzaban tambien la injuria y el vilipendio sobre toda ella, sin esceptuar una sola provincia, ó diciendo, si la esceptuaban, que aquella provincia no era Italia. Pero entre España y Portugal no ha habido nunca solidariedad semejante, sobre todo, en la desgracia. Acaso seamos harto orgullosos para aceptar como nuestras las faltas de nuestros hermanos. Acaso lo seamos tambien, aunque no tanto, para tener sus glorias por nuestras.

De todos modos, la unidad ibérica, aunque difícilísima, aunque sólo sea un hermoso ensueño en el dia, no se puede afirmar que sea completamente imposible, ni ménos que pudiera redundar en desdoro de una de las dos naciones, si estas acertáran á unirse como Inglaterra y Escocia, y no como Inglaterra é Irlanda, Austria y Hungría, Polonia y Rusia.

Partidarios, en cierto modo, de esta union futura, más ó ménos completa é íntima, de esta union celebrada con mútuo consentimiento y beneplácito y para bien de ambos pueblos, de esta union que si alguna vez ha de lograrse es menester preparar muy de antemano y con esquisita prudencia, han sido y quizás sigan siendo aún muchos de los hombres más ilustres que honran hoy á Portugal, muchos de los que más le aman y veneran y adoran su gloria, y asimismo no pocos españoles, que no quieren á Portugal para redondear el territorio, sino para que unidos dos pueblos tan generosos y grandes, vuelvan acaso á ser en los futuros siglos lo que fueron en los pasados, *la cabeza de Europa toda*.

Si algun español sueña con la dificilísima union de Portugal y de España como realizable en el dia, y tiene el extravio de menospreciar á Portugal, y el mal gusto y poco tacto de decirlo, no es esto culpa de toda la nacion española, que piensa y siente respecto á Portugal de muy diversa manera.

No creemos que ningun patriota portugués, aún negando absolutamente, y para siempre, hasta la posibilidad de la union ibérica, haya podido ofenderse del *iberismo* de D. Sinibaldo de Mas, de Castelar y de tantos otros, cuya buena fé, cuyo amor y cuyo entusiasmo, ya que no lisongearlos, debiera satisfacerlos.

Si más tarde, segun hemos oído decir, ha venido un escritor animado de otros sentimientos poco favorables á Portugal, y pidiendo ó deseando en nombre de ellos la union de aquella monarquia á la española, bien pueden creer los portugueses que ese escritor español no es el órgano fiel y legítimo de la opinion pública en España. Nosotros aún no hemos leído el folleto á que aquí se alude; pero sabemos, por los periódicos de aquel país, que ha producido en Portugal un profundísimo disgusto, y esto nos impulsa á examinarle imparcialmente, volviendo por la dignidad de la nacion portuguesa, si en dicho folleto ha sido injuriada, y reprobando esa inmediata union forzosa ó poco decorosa para Portugal que desea el folletista, ya que no en nombre de una union futura, espontánea y honrosa para todos, en nombre de la igualdad y del fraternal afecto, y de la alianza estrecha que debiera

haber entre las dos egregias naciones de esta Peninsula.

II.

La idea ó el principio de las nacionalidades, que ahora priva, tiene como todo lo muy comprensivo y general, no poco de vago, y cuando no de vago, de contradictorio. Las nacionalidades no se determinan por la geografia, ni por el idioma, ni por la identidad de estirpe, ni por la semejanza ó igualdad de historia, de religion y de costumbres. Todo esto concurre á formarlas; pero lo esencial y fundamental, es el sentimiento, que se advierte, que se reconoce, pero que no se sujeta á reglas ni á racionios.

Italia, que es el grande ejemplo que se alega, es una sola nacion, porque es una sola nacion. En favor de la unidad de Italia no hay argumento más fuerte que el sentir de sus hijos. Desde la caída del imperio romano, bajo el cual, si toda Italia estuvo unida, también estuvo unida gran parte de Europa, no se ha realizado la completa unidad italiana, sino por breve tiempo y bajo el cetro de un rey bárbaro, de Teodorico. Pero desde entónces hasta el dia presente, el pensamiento de la union, el anhelo de llevarla á cabo, y el sentimiento de ser Italia una nacion sola, han dominado el alma de cuantos hombres ilustres han nacido en aquella Peninsula.

Muy largo seria investigar las causas de por qué en la Peninsula ibérica no ha acontecido lo propio; pero es lo cierto que no ha acontecido.

En Italia, á pesar de la division de Estados, y de las guerras, celos y enemistades que entre ellos ha habido, no hay más que una sola nacion, no hay más que el sentimiento de una sola nacionalidad y el amor de una sola patria, por lo ménos desde los tiempos de Dante. Ora predomine el partido gibelino, ora el güelfo, ora sea el Emperador, ora el Papa, el que se busque como centro de la unidad, la unidad es lo que se busca.

En España y en Portugal, preciso es confesarlo, no se ha soñado nunca en esta unidad, ni aún en la época en que ambas coronas estaban reunidas y adornaban las sienes de los Felipes. Portugal era entónces un reino más de los que componian el vasto imperio español. Era como Nápoles, como Sicilia, como el Milanésado, como Flandes: nadie imaginaba que Portugal y España fuesen una sola nacion y un mismo pueblo.

Esta idea es reciente, es consecuencia ilegítima de lo que llaman el principio de las nacionalidades. En virtud de este principio los pueblos de Portugal y España debieran seguir eternamente separados, porque son dos pueblos distintos, aunque reconozcan un tronco comun y sean hermanos. Slavos son, esto es, hermanos, de la misma raza, los rusos, los bohemos, los polacos y los croatas, y no por eso constituyen una sola nacion; no por eso deja de ser casi irrealizable el ensueño del *panslavismo*.

No es, pues, en el principio de las nacionalidades en lo que debe fundarse la aspiracion á la unidad ibé-

rica. No hay que negar, ni hay razon para negar la nacionalidad portuguesa, á fin de fingirse posible la fusion de ambas naciones en una. Aragon y Castilla, Inglaterra y Escocia, eran naciones distintas y se han fundido. Dinamarca y Suecia aspiran á unirse tambien, como ya lo estuvieron en otro tiempo, sin desconocer por eso que son dos naciones perfectas, que han tenido y siguen teniendo razon de ser y de existir separadamente.

Es posible, es á veces conveniente y glorioso, que dos naciones se fundan; pero es sumamente difícil. Es menester para ello un conjunto de circunstancias dichosas, que rara vez la prudencia humana puede proporcionar, y que casi siempre dispone con especial disposicion la Providencia divina. Uniones, como la de Castilla y Aragon, necesitan, á más de la fortuna y del saber de los príncipes y hombres políticos que las llevan á cabo, de una ocasion propicia y de un acuerdo feliz de los pueblos que, más que resultado natural, parece milagro. Uniones de esta clase se hacen cada dia más difíciles, porque mientras más se retardan, mayores diferencias y rivalidades nacen entre las naciones de que se desea componer una sola.

El ejemplo de Italia debiera retraernos del *iberismo*, en vez de animarnos á seguirle y á realizarle. Allí no habia más que una nacion, humillada y hollada de continuo por el extranjero. Sus diversos Estados eran creaciones artificiales de la diplomacia; casi ninguna de sus dinastías era nacional, sino im-

puesta por la conquista; muchos de sus príncipes estaban sentados en los tronos en virtud de un poder opresor extraño, para cumplir su voluntad y secundar sus miras y remachar más las cadenas que pesaban sobre la patria comun. Y sin embargo, ¿cuán difícil no ha sido y es aún el realizar esa unidad, á la que todo estaba convidando y aún provocando: unidad que era indispensable, si Italia había de salir de la postracion y servidumbre en que se hallaba? ¿Qué tempestad no ha levantado en toda Europa la caída de los *soberanos legítimos*, cuyos tronos no tenían raíces en el suelo en que se fundaban? ¿Qué guerra civil no ha promovido en Nápoles la pérdida de una *autonomía* sin gloria, y de un trono, cuya gloria no era tampoco la del país? Pues si esto ha sucedido en Italia, ¿qué no sucedería en la Península ibérica, si procurásemos imitar aquel movimiento? Allí la union es indispensable para salir de la servidumbre: aquí la union es solo conveniente á nuestra mayor prosperidad y futura grandeza: allí nadie soñaba con que hubiese una nacion toscana, pamesana ó luquesa; aquí hay dos verdaderas y grandes naciones: allí ninguna dinastía de las caídas estaba enlazada con los recuerdos gloriosos y patrióticos; y aquí, no es sólo un individuo de la familia de Borbon quien se sienta en el trono, sino la nieta de San Fernando, la sucesora de Isabel la Católica, la representante y descendiente de aquellos ilustres, sábios y valerosos reyes de Aragon y de Castilla, cuyos triunfos, cuyos laureles, cuya fortuna hacen el orgullo del pueblo, y viven en su me-

moria amorosamente conservados: no es sólo un Coburgo quien se sienta en el trono, sino el descendiente del elegido del pueblo en 1640, el representante y el heredero de aquel valeroso y noble maestre de Avis, que proclamaron rey las Córtes de Coimbra, y que recapitula y compendia en sí y en su familia todas las glorias de la patria, desde los heroicos esfuerzos del vencedor de Ourique y del conquistador de Silves y de Lisboa, hasta la grandeza y fortuna de D. Manuel y la lastimosa y malograda valentía de don Sebastian: aquí, en suma, esto es, en Portugal y en España, hay dos naciones, y hay dos dinastías nacionales que personifican, y en las cuales se cifra toda la gloria del uno y del otro pueblo.

Basta lo dicho para comprender cuánto más difícil de realizar es la unidad ibérica que la unidad italiana. Españoles y portugueses son amantes de la patria con un sentimiento harto exclusivo; y una y otra dinastía representan de tal suerte la gloria y el gran ser de la respectiva patria, que hasta republicanos y antidinásticos se vuelven monárquicos de doña Isabel II ó de don Pedro V, el día en que les propone algun mal avisado partidario de la fusion ibérica derribar una de las dos dinastías para realizarla. Agréguese á esto que, tanto en España como en Portugal, el sentimiento monárquico y el amor á la dinastía están aún muy arraigados, y que hay ménos antidinásticos y ménos republicanos de lo que tal vez piensen algunos. Así se comprenderá, no sólo lo impolítico y lo contraproducente de hablar ó de escribir en favor de la fusion

ibérica en perjuicio de la dinastía de Borbon, sino también lo contraproducente y lo impolítico de hacerlo en contra de la dinastía de Braganza-Coburgo. En el primer caso, todos los monárquicos y dinásticos de España, esto es, la mayoría de los españoles, se subleva contra el iberismo, de lo cual ya se notaron síntomas en 1854. En el segundo caso, acontece lo propio en Portugal, como se está viendo ahora, con motivo del folleto titulado *La fusión ibérica*, debido á la pluma de D. Pio Gullon. Este folleto, salvo la falta indicada y algunas otras que ya indicaremos, está bien escrito y pensado, y contiene ideas y noticias de grande importancia; pero sólo el aconsejar la fusión, condenando, aunque de un modo implícito, á la dinastía Braganza-Coburgo, es suficiente para explicar el efecto que en Portugal ha hecho, tan contrario al que indudablemente su autor se proponía.

No sólo los patriotas y los leales, no sólo los que aman á sus reyes, sino los que buscan ocasion de adularlos para medrar, concurren á enardecer el espíritu público en contra de semejantes planes, y se aprovechan de tan buena coyuntura para hacer gala del patriotismo y del monarquismo que tal vez no tienen. Entretanto, la parte sana de la nacion se escandaliza sinceramente, y, animada por los escritos monárquicos y patrióticos, quiere competir con los autores en amor y devoción á la monarquía y á la patria. De esta suerte, puesto el iberismo en lucha abierta con los más respetables sentimientos, retrocede y pierde terreno, en vez de ganarle. Tal es el

resultado, harto nos pesa decirlo, que ha tenido el folleto del Sr. Gullon. La soberbia y el orgullo vidrioso de los portugueses, que han entrado por mucho en la enemistad que ha despertado dicho escrito, son exorbitantes; convenimos en ello. No somos nosotros menos vidriosos y soberbios; pero importa no olvidar que unos y otros lo somos, á fin de no herirnos cuando tratemos de abrazarnos.

Pensar en que por medio de la violencia ó de la conquista hemos de agregarnos y de conservar á Portugal, es un absurdo evidente. España puede conquistar á Marruecos, puede apoderarse de toda el Africa bárbara y civilizarla; pero los pueblos civilizados de Europa no se conquistan ni se domeñan ya por fuerza. Hasta las naciones que fueron ya domeñadas y vencidas en otra edad, pugnan hoy por quebrantar el yugo, y es probable que al fin le quebranten. Quizás llegue un día en que Irlanda, Polonia y hasta la pequeña nacionalidad finlandesa recobren su autonomía. ¿Cómo pensar, pues, en que la pierda violentamente la tierra de Viriato, de Egas Monis y de Alvarez Pereira, el inmortal Condestable? La unión, la fusión, si ha de ser alguna vez, como no negaremos que lo deseamos para bien y gloria de ambas naciones, ha de llevarse á cabo por general, mútuo y espontáneo consentimiento. Para ello debemos dejar de menospreciarnos y zaherirnos, y empezar á conocernos y á amarnos. El momento de la union política estará siempre muy distante, mientras las simpatías, la confianza, la recíproca estimacion y el

cariñoso respeto no le traigan consigo. Así lo entendieron, sin duda los Sres. Mas, Caldeira, Lopes de Mendonça y Latino-Coelho, y no fué otro el pensamiento que presidió á la fundacion de la *Revista Peninsular*. Desde entónces, la precipitacion, la impaciencia y los alardes de superioridad de algunos, han amontonado innumerables dificultades en el camino, largo sí, pero seguro, que iban allanando y abriendo aquellos patriotas, tan entusiastas como prudentes. Nosotros, que hemos creído, que hemos anhelado la fusion, apenas si ahora la creemos posible. Ya explicaremos en qué se funda esta falta de aquella fé y de aquella esperanza que tanto, en otro tiempo, nos animaban y complacian.

III.

El modo de convidar á la fusion que ha tenido el autor del folleto que vamos examinando es tan falso y antipolítico en algunos puntos que, aunque los portugueses fueran menos celosos de su nacionalidad, se comprenderia que se diesen por ofendidos. Durante la primera revolucion francesa se decia: «fraternidad ó muerte;» esto es, «sé mi hermano, ó te quito la vida que tienes ahora;» pero en el folleto se va en cierto modo mas allá; á los portugueses se les quiere quitar la vida pasada, la vida que ya han vivido, para que sean nuestros hermanos. Segun lo que del folleto se desprende, los portugueses apenas si tienen historia, apenas si tienen literatura.

Sólo adquiere Portugal su autonomia, figurando separadamente, como la dote de una princesa castellana; es decir, en humillacion ridicula, que nunca podrá tenerse por el origen histórico de una nacion. El folletista olvida los triunfos de D. Alfonso Enriquez, la batalla de Ourique, la aparicion de Cristo, el entusiasmo de los soldados cuando alzaron á don Alfonso por rey, como ya en otro tiempo fué proclamado Scipion emperador; las conquistas de este gloriosísimo príncipe, que dilata el reino de Portugal hasta los límites que hoy tiene, y todo aquel modo heroico y poético con que nace la monarquía portuguesa, en cuyo origen, como en el de Roma y de otras grandes repúblicas y Estados, parece que la tradicion y la historia, la verdad y la fábula, compiten por hermosearlo y magnificarlo todo de consuno. No se comprende, pues, cómo se atreve á decir el autor del folleto que no hay en Portugal ni uno de esos reflejos populares que con el nombre de tradicion llegan á ser la entraña nacional de la historia.

Añade luego, ó da á entender el Sr. Gullon, que la parte principal de la historia portuguesa es sólo un remedo de nuestra historia, porque, *unida ó segregada, nos imitó aquella region de la Península;* palabras poco meditadas, pues con igual razon podrian decir los portugueses que los imitamos nosotros. Ellos fueron los primeros en poner el pié en Africa; ellos, en tiempo de D. Juan el Vengador, el vencedor de Aljubarrota, conquistaron á Ceuta, que todavía conservamos, y que fué y es cimiento y principio de la civilizacion ó imperio que deben llevar y dilatar los españoles hasta mas

allá del Atlas; ellos conservaron aquel baluarte contra la morisma, con el martirio del Régulo cristiano, con la maravillosa paciencia del Príncipe constante que mereció la bienaventuranza en el cielo, y en la tierra que Calderon eternizase y divulgase su gloria, en su mas admirable drama; ellos conquistaron á Arcilla, á Azamor y á otras ciudades marroquíes, y llevaron mucho ántes que nosotros la guerra á Mauritania; ellos tuvieron al infante D. Enrique, y escuela de astrónomos, navegantes y descubridores, explorando, colonizando, y catequizando los reinos del Congo y de Guinea, y extendiéndose hasta el promontorio de las Tormentas, ántes de que Colon saliese del puerto de Palos; y ellos, por último, aunque no contasen más que el reinado de D. Manuel el Feliz, no sólo tendrían una historia, sino un maravilloso poema nacional, que tal vez no admita comparacion con el de ningun otro pueblo.

En la corte de aquel rey vivieron héroes como Vasco de Gama, Pedralvez Cabral, Alonso de Alburquerque, terror y azote del Asia, conquistador de Goa y de todo el reino de Ormuz; Suarez de Albergueira, vencedor en Etopia y en Arabia; los Almeidas, dominadores en Ceilan y Quiloa; Tristan de Acuña, Felipe de Castro, Abreu, Meló, Aguilar, Sequeira, Duarte Pacheco, que con un puñado de hombres desbarató todo el poder del Zamorí, y tantos otros, cuyos nombres no citamos por no ser prolijos, aunque todos son dignos de eterna nombradía y de singular alabanza. ¿Se podría decir, aunque los portugueses no hubieran hecho más que lo que hemos dicho, *que de esos he-*

chos no puede brotar otra historia que la española, que la nacion portuguesa no ha podido adquirir un carácter histórico en contados siglos de interrumpida independencia, y que toda la historia de Portugal se puede reducir á la biografía de quince ó veinte grandes personajes? ¿Es buena traza y forma de ganarse la voluntad de un pueblo el despojarle de una plumada de lo mejor de su gloria, el negarle hasta que ha existido?

En punto á literatura, tampoco está mas generoso el Sr. Gullon con los portugueses. *Camoens y otros nombres tan aislados, aunque ménos brillantes, dice, no constituyen por sí solos una literatura. ¿Y quien ha asegurado al Sr. Gullon que Camoens y esos otros pocos nombres se hallen en tal aislamiento, y que no estén precedidos y acompañados, como, segun el Sr. Gullon, lo están en España el Cid y Cervantes, por la numerosa y envidiada hueste en que se agrupan nuestros guerreros y escritores de todos los tiempos? Pues qué, ¿los grandes ingénios nacen por casualidad, y sin motivo, y sin antecedentes, y mueren y pasan, y no dejan huella ni rastro de sí en el país donde han nacido? ¿Tuvieron, acaso, los portugueses á Camoens, al único poeta épico nacional de la moderna Europa, sin razon para tenerle? ¿Por qué en España, en Francia, en Italia, en Inglaterra, carecemos de una grande epopeya nacional, y en Portugal la hay? Porque el refinamiento, el saber, y la admirable perfeccion de la lengua, coincidieron en Portugal con el vivir heroico, ó á causa de que éste duró más allí, ó de que aquellos nacieron más temprano que en otras regio-*

nes. Así es, que en estas otras regiones, ó tenemos la burla más ó menos solapada del vivir heroico, como en Ariosto y Cervantes; ó poemas artificiales, aunque riquísimos de poesía, como en Tasso y Balbuena; ó relaciones frías y desprovistas de todo ideal, como *La Enriqueida* de Voltaire; ó poemas bárbaros y rudos, como el *Cid*, los *Nibelungen* y las canciones de Gestas: sobre todo lo cual deseuella el libro de Camoens, donde se contiene la vida, el espíritu, el corazón, las tradiciones, la gloria y las esperanzas de un pueblo entero.

De la lectura de *Os Lusíadas*, aunque nada se supiese de la historia literaria de Portugal, se debía deducir *a priori*, que en Portugal ha habido una gran literatura, anterior y posterior. Libros como *Os Lusíadas* no pueden ser un hecho aislado. En efecto, los épicos portugueses, prescindiendo de Camoens, se adelantan quizás á los del resto de Europa, salvo á los italianos. De esta verdad responden Cortereal, Pereira, Durao, Basilio de Gama y otros muchos.

Que la literatura portuguesa tiene un carácter propio que la distingue de todas y de la misma literatura del resto de la Península, es una cosa indudable, y que se nota, así en las excelencias, como en las faltas. La lengua portuguesa no es tan sonora y enérgica, pero es más rica que la lengua castellana. El mayor cultivo de los idiomas y literaturas de Roma y de Grecia en Portugal, ha enriquecido el portugués con mayor número de voces y giros que el castellano. Camoens puso también en su frase, en su estilo, y en sus pen-

samientos, y en sus imágenes, un aroma, un sabor extraño del extremo Oriente. En portugués se conservan asimismo más palabras arábicas que en castellano.

No tienen los portugueses un romancero. A pesar de los trabajos de Garrett, sólo pueden presentarnos uno como apéndice del nuestro, apéndice ménos rico y original que el romancero de los catalanes. Al lado de nuestro teatro, el primero del mundo moderno, nada tienen que poner los portugueses. Con los compatriotas de Calderon, Lope, Rojas, Moreto, Alarcon y Tirso, no debe Portugal jactarse de Gil Vicente, que no vale mucho más que su contemporáneo Juan de la Encina. Para las tragedias clásicas portuguesas, tenemos nosotros muchas nuestras, hoy olvidadas y escondidas debajo de tanta riqueza original y del castizo tesoro de nuestros dramáticos populares. Sólo la *Inés de Castro*, de Ferreira, alcanza superior merecimiento, tanto por lo sublime y sentido de su poesía, cuanto por ser la primera buena tragedia escrita en la moderna Europa, anterior, sin duda, á la *Sofonisba* del Trissino.

Pero si no tiene Portugal ni un teatro, ni un romancero, su musa épica es, en absoluto, superior á la nuestra, y quizás en la lirica erudita, en la oda pindárica y sublime, nos llevaría ventaja, y nos la lleva, sin duda, y grande, si consideramos la menor poblacion de Portugal con respecto á España, y si apartamos y sustraemos de nuestra cuenta al cantor de *la Noche serena* y de *la vida del campo*.

Portugal ha tenido también sábios prosistas, ele-

gantes y enérgicos historiadores, políticos y filósofos. No está reducida su literatura, como pretende el señor Gullon, á Camoens y á unos cuantos nombres aislados. Desde Ferreira y Sá de Miranda, los eminentes líricos se suceden hasta Garção, Francisco Manuel, Garrett, Mendez Leal, y Feliciano del Castillo; sus historiadores Barros, Couto, Freire, Lucena, Fray Luis de Souza y Herculano, nada deben envidiar á los nuestros; y en punto á novelas y otras obras de entretenimiento, tienen las portuguesas mucho que presentar, desde Bernardin Riveiro hasta á algunos ingeniosos novelistas del día. Ellos nos dieron á Jorge de Montemayor, y ellos nos disputan la creación de los dos más discretos libros de caballería, el *Amadís de Gaula* y el *Palmerin de Inglaterra*.

Creemos haber demostrado, aunque harto ligeramente, que es falso que los portugueses no tengan una grande historia, una grande literatura, y un carácter propio nacional. Que sería impolítico decir esto, aunque no fuese falso, y que iría contra las miras y propósitos de cualquiera que tratase de predicar el ibe-rismo, es cosa tan clara, que no necesita demostración.

Aunque estuviésemos de continuo pugnando por persuadir á los portugueses de su excasa importancia, no se persuadirían de ella, y tendrían razón, y sólo conseguiríamos, en vez de hacernos los amigos, suscitar su ira y su rencor, y despertar rivalidades, que ya debieran estar muertas para siempre. Portugueses y castellanos nos parecemos en muchas cosas, como

hermanos que somos, y no es en lo que ménos nos parecemos en la soberbia y altivez de condición, y en el invencible amor propio nacional; así, pues, como hemos dicho ya en otro artículo, debemos estar prevenidos para no herirnos cuando queramos abrazarnos. Camoens; que conocia bien á sus compatriotas, y en este predicamento nos lisongeamos, á pesar de todo, de incluir á los españoles, decía, hablando de las diferentes naciones que pueblan la Península, que son

Todas de tal nobreza e tal valor
que qualquer d'ellas cuida que é melhor.

IV.

En nombre de la fraternidad que debe unirnos á los portugueses, hemos condenado varias expresiones y razonamientos del Sr. Gullon, que inadvertidamente acaso se han deslizado en su folleto, y hemos tratado de probar que Portugal ha sido una gran nación; tarea inútil, sin duda, si en España conociésemos mejor la vida del pueblo habitador de aquella parte de la Península; pero tarea no del todo fuera de propósito, cuando en España se ignora tanto de Portugal cuanto en Portugal de España (que no acertamos á encarecerlo más), naciendo de esta imperdonable ignorancia mútua el mútuo desvío y el infundado menosprecio con que á veces nos miramos.

Portugal, pues, como ya hemos dicho, es una nación, y su historia y su literatura, independientes y

gantes y enérgicos historiadores, políticos y filósofos. No está reducida su literatura, como pretende el señor Gullon, á Camoens y á unos cuantos nombres aislados. Desde Ferreira y Sá de Miranda, los eminentes líricos se suceden hasta Garção, Francisco Manuel, Garrett, Mendez Leal, y Feliciano del Castillo; sus historiadores Barros, Couto, Freire, Lucena, Fray Luis de Souza y Herculano, nada deben envidiar á los nuestros; y en punto á novelas y otras obras de entretenimiento, tienen las portuguesas mucho que presentar, desde Bernardin Riveiro hasta á algunos ingeniosos novelistas del día. Ellos nos dieron á Jorge de Montemayor, y ellos nos disputan la creación de los dos más discretos libros de caballería, el *Amadís de Gaula* y el *Palmerin de Inglaterra*.

Creemos haber demostrado, aunque harto ligeramente, que es falso que los portugueses no tengan una grande historia, una grande literatura, y un carácter propio nacional. Que sería impolítico decir esto, aunque no fuese falso, y que iría contra las miras y propósitos de cualquiera que tratase de predicar el ibe-rismo, es cosa tan clara, que no necesita demostración.

Aunque estuviésemos de continuo pugnando por persuadir á los portugueses de su excasa importancia, no se persuadirían de ella, y tendrían razón, y sólo conseguiríamos, en vez de hacernos los amigos, suscitar su ira y su rencor, y despertar rivalidades, que ya debieran estar muertas para siempre. Portugueses y castellanos nos parecemos en muchas cosas, como

hermanos que somos, y no es en lo que ménos nos parecemos en la soberbia y altivez de condición, y en el invencible amor propio nacional; así, pues, como hemos dicho ya en otro artículo, debemos estar prevenidos para no herirnos cuando queramos abrazarnos. Camoens; que conocia bien á sus compatriotas, y en este predicamento nos lisongeamos, á pesar de todo, de incluir á los españoles, decía, hablando de las diferentes naciones que pueblan la Península, que son

Todas de tal nobreza e tal valor
que qualquer d'ellas cuida que é melhor.

IV.

En nombre de la fraternidad que debe unirnos á los portugueses, hemos condenado varias expresiones y razonamientos del Sr. Gullon, que inadvertidamente acaso se han deslizado en su folleto, y hemos tratado de probar que Portugal ha sido una gran nación; tarea inútil, sin duda, si en España conociésemos mejor la vida del pueblo habitador de aquella parte de la Península; pero tarea no del todo fuera de propósito, cuando en España se ignora tanto de Portugal cuanto en Portugal de España (que no acertamos á encarecerlo más), naciendo de esta imperdonable ignorancia mútua el mútuo desvío y el infundado menosprecio con que á veces nos miramos.

Portugal, pues, como ya hemos dicho, es una nación, y su historia y su literatura, independientes y

grandes, le dan todo el carácter y las condiciones de serlo. No son los portugueses una fracción de nuestra nacionalidad, que ha constituido un Estado aparte, sino que son una nación gloriosa y distinta, como lo fueron la aragonesa y escocesa. Pero esto no se opone á la posibilidad ni á la realización de la unidad pacífica de ambos reinos, en un porvenir más ó menos remoto. El error del Sr. Gullon no está, á nuestro ver, en buscar la unidad, sino en buscarla y en no creerla posible sin menoscabar la nacionalidad portuguesa, y sin oscurecer sus brillantes blasones.

Por lo demás, convenimos con él en que la configuración topográfica de ambos países, la religión, la raza, las costumbres nos convidan á unirnos, y en que Portugal puede un día ser España, sin perder por eso sus timbres y lauros antiguos, como no los han perdido ni Aragon, ni Castilla. Aragon no ha borrado ni perdido las páginas hermosas de su historia inmortal, sino que las ha esclarecido y duplicado. No cifra ya solamente su orgullo en los hazañosos condes de Barcelona, sino también en Bernardo del Carpio, y en el Cid, y en el conde Fernan Gonzalez; no se jacta solo de sus trovadores, sino también de nuestros poetas; no anda solo orgulloso de su D. Jaime el Conquistador, sino también de nuestro San Fernando: junto á Roger de Lauria, pone á Pero Niño; y junto á D. Pedro el Grande y á D. Alfonso el Magnánimo, al Gran Capitán y al gran Cortés, dignos ambos de estar al lado de tales reyes.

El español que rebaja la gloria de Portugal, y el

portugués que rebaja la nuestra, se diría que anhelan destruir un tesoro que un día ha de pertenecer por entero á la patria común, y que ya en cierto modo le pertenece. La gloria de España es un complemento de la de Portugal, y la de Portugal de la de España; no se limitan, no se dañan, y sí se completan. Dejad que nos engriamos de vuestro Camoens, y tomad en cambio á Cervantes; por vuestros líricos os damos el Romancero; por Alburquerque á Cortés y á Pizarro; por vuestro rey D. Manuel á nuestra Isabel la Católica.

Así como no queremos empequeñecer vuestra existencia pasada, tampoco queremos negar vuestro valer en el día. Si ambicionamos la unidad, y si suspiramos por ella, algunos tal vez con imprudencia sobrada, no creais que es porque os consideremos pobres y flacos, sino porque os consideramos aún poderosos y ricos, ó capaces de serlo. Harto se sabe, aunque diga lo contrario alguna poco acertado escritor en un momento de ese orgullo que teneis vosotros y que nosotros tenemos, harto se sabe que poseeis recursos para vivir, y esperanzas de larga vida, y aún de prosperidad y de engrandecimiento.

No hay, pues, motivo en el fondo para ese odio que muestran algunos, para ese continuo recelar y hasta para ese menosprecio, que falsos ó extraviados patriotas de Portugal y de España atizan á veces entre estas dos naciones hermanas, volviendo el rostro á países extranjeros, embelesándose más de lo justo con la civilización de Francia y de Inglaterra, admirán-

dose exclusivamente de su literatura, remedando mal sus instituciones, encomiando y ensalzando con servil entusiasmo á sus hombres y sus cosas, y despreciando, achicando y zahiriendo todo lo nuestro, ó por ser español, ó por ser portugués. Se diría que nuestro espíritu se ha humillado con la decadencia y la desgracia, y que sólo da cabida á ruines y mezquinos celos. ¿Era así Lucena que eligió á un español por héroe del libro más bello que quizás tengais escrito en vuestro idioma? Era así Camoens, que llamaba al castellano *grande e raro*, y que pronosticaba de España que la inconstante fortuna no podrá jamás poner mengua en ella, ni mancha

Que lha nao tire o esforço e ousadia
Dos bélficosos peitos que em si cria?

No era así, por último, aquel generoso castellano que, momentos antes de comenzar la batalla de Aljubarrota, dijo á vuestro Alvarez Pereira: «¡Al fin sois los mas honrados del mundo, ora seais vencedores, ora vencidos, porque si venceis siendo tan pocos, y si vencemos siendo tantos, toda la gloria y toda la fama es vuestra!»

Hoy, sin embargo, en plena paz, sin el menor proyecto hostil ni invasor, nos maltratamos de palabra y por escrito. ¿Es que hay más patriotismo ahora? No; es que sin saberlo, nos dejamos llevar de inspiraciones extranjeras; es que nos maravillamos tanto de las grandezas y de la prosperidad de otros países, que el

ánimo se sobrecoje y predispone á despreciar y á aborrecer, cuando no lo propio, por cierto pudor, lo que debiera ser punto menos que propio. La verdad es que nunca el patriotismo exclusivo portugués ha rayado tan alto como en estos últimos tiempos, ni durante la deplorable guerra de veintiocho años que precedió á la separacion. Entónces os mostrabais con fundamento aborrecedores del *mal sufrido cautiverio*, del

Hypocrita tyrano e nao prudente,

y de los dos Felipes sus sucesores; pero no aborreciais tanto, como muestran ahora aborrecer algunos, á la nacion española. A ella pertenecia aquella valerosa mujer y prudentisima reina que tanto contribuyó á daros la libertad que apeteciais: aquella Guzman que persuadió y excitó al tímido y vacilante marido para que se ciñese la corona, que educó al hijo D. Pedro para que se os gobernase y dirigiese, que contuvo y corrigió, mientras le fué posible, los delirios y maldades de D. Alfonso, que buscó la alianza de Inglaterra y de Francia, y que hizo venir á Schomberg, y á los soldados extranjeros para que contra nosotros os ayudasen.

Así se apartó Portugal del moribundo imperio español, en tiempo del desdichado Carlos II. Por el tratado de 1668 reconoció España á Portugal como un Estado independiente y libre: pero del perpétuo cumplimiento de esa carta de horro, salió Inglaterra por fiadora, y no hay dudar en que, si un dia todos los

portugueses unánimes quisieran volver á unirse á España, Inglaterra los obligaria, si pudiese, á conservar su libertad y su independencia, valiéndose tal vez de los mismos medios suaves y filantrópicos que ya ha empleado con los habitantes de las islas Jónicas, para que no se unan con los otros griegos.

No es esto decir que nosotros creamos que ejerza Inglaterra un protectorado sobre Portugal; que sea Portugal una colonia inglesa, como pretenden algunos. Nosotros creemos á los portugueses celosísimos de su independencia y de su dignidad, y no exajeramos hasta ese extremo el influjo y la preponderancia de la Gran Bretaña sobre ellos. Pero aunque tuviésemos por cierta esa preponderancia, la deplorariamos como un infortunio, y no la censurariamos como una falta de energía. La fatal é inevitable humillacion de Gibraltar nos hace, en este punto, menos severos, y la reciente humillacion voluntaria de las notas de Calderon nos obliga á ser tolerantes. Lo que nosotros decimos es que á Inglaterra le conviene, le importa mucho nuestra separacion, y que tal vez se moveria á conservarla con violencia, aún cuando quedasen pocos portugueses que la quisieran, y aún cuando las cosas y la opinion estuviesen ya maravillosamente dispuestas y propicias á la fusion de ambas naciones. Este seria el último y poderoso obstáculo que habria que vencer para alcanzar la unidad deseada, sin una guerra peninsular, encendida por los ingleses mismos, y sin menoscabo ó pérdida de algunas de nuestras colonias.

Pero antes de llegar á este último trance, ¿cuántas otras dificultades no nos quedan que allanar? ¿Cuántos medios no nos quedan que interponer para irnos acercando cada vez, en lugar de separarnos?

Pensar, por consiguiente, en la fusion inmediata es casi una locura; es, por lo ménos, una imprudente audacia; pero pensar en separarnos más de lo que estamos, es un extravío del sentimiento patriótico, que redundará en perjuicio de ambos países.

El melancólico amor de la patria decaída, las *sau-*dades de la pasada grandeza, que han hecho soñar en un quinto imperio portugués, y que han convertido á D. Sebastian en un Mesías nacional, en otro nuevo rey Arturo, no bastan á dar razon de estos recelos perpétuos y de estas arraigadas y poco amistosas preocupaciones que muestran los portugueses contra toda la nacion española, mientras que, para cada uno de sus individuos que llega á visitarlos, hemos de confesar y agradecer que son por extremo afectuosos, hospitalarios y francos. Los portugueses ceden en esto, como nosotros, en la infundada altivez con que á veces los miramos, á un espíritu de extranjerismo que, á pesar nuestro, y sin que lo notemos bien, nos domina.

Así, por ejemplo, cuando los portugueses acusan de feroces y de crueles á nuestros héroes pasados, no hacen más que repetir las acusaciones y hacerse eco de la envidia extranjera. Cortés, Pizarro, Almagro, Balboa, fueron crueles; pero ¿qué guerreros de otra nacion cualquiera no lo hubieran sido, no lo fueron en aquella edad? ¿Eran los portugueses mucho

más blandos de condicion, mucho más humanos? Vuestros mismos poetas ¿no califican á Alburquerque llamándole *o feroz*? Pero ni vosotros ni nosotros nos distinguimos entonces por la ferocidad y la codicia de que nos motejan los que tambien lo fueron entónces y siguen siéndolo en el día, con menor disculpa, y mostrándose en la India tan duros y sin entrañas. Por lo que nos distinguimos fué por el dichoso atrevimiento, y por aquella constancia con que ensanchamos el mundo, dimos al antiguo otro nuevo hemisferio, y abrimos los nunca hollados senderos.

Per onde fosse descubrir á Lysia
Os imensos thesouras do Oriente:
Per onde nos trouxesse ao Tejo ufano
As perolas brilhantes, que adornavan
Do sol os ricos paços,
E os thalamos da aurora.

Y á fin de poner término y coronar dignamente esta empresa de descubrimientos que Portugal empezó, para eterna gloria del infante D. Enrique y de los navegantes de Sagres, los cuales descubrieron el otro cielo hermosísimo de la parte del Austro, y las refulgentes estrellas con que soñó Dante en su poético arrobó, unieron España y Portugal á dos hijos suyos, y, merced á Elcano y á Magallanes, se dió por vez primera la vuelta á este globo en que vivimos.

Nuestras glorias y las glorias de los portugueses son las mismas, y no pueden quitárnoslas sin quitárselas: las mismas son tambien nuestras culpas, y así, no pueden injuriarnos sin que la injuria recaiga sobre ellos.

Tal vez nos hayamos detenido demasiado en estas consideraciones sobre las cosas que fueron; pero repetimos que no nos parecen impertinentes al asunto, á fin de disipar prevenciones, recriminaciones y vanas altiveces, de que suelen estar poseidos, por desgracia, el vulgo de uno y de otro país, y aún no pocas personas ilustradas.

Hablemos ahora del estado actual del reino vecino, y procuremos demostrar que ni es lastimoso como algunos creen, ni es conveniente que lo sea, ántes conviene lo contrario al propósito de la unión.

V.

Después de esforzarse el Sr. Gullon en demostrar la poca importancia histórica de Portugal, pasa á hacerse cargo de su estado actual, y le pinta y describe como verdaderamente lastimoso. *Su comercio está arruinado ó reducido á la primitiva forma de transacciones, vendiendo sus dos ó tres productos á un sólo comprador en el mismo terreno en que los recoge; la libertad de comercio en Portugal es nociva; los portugueses no tienen ninguna industria importante; en suma, aquella sexta parte de nuestra Península carece*

de recursos; se halla pobre, desvalida, y debe echarse en nuestros brazos.

Triste sería para los españoles tener que recoger y amparar á un menesteroso moribundo: pero si Portugal se hallase, en efecto, en circunstancias tan duras, y acudiese á nosotros, indudablemente le recogeríamos y ampararíamos, echándonos al hombro, con caridad fraternal, una carga tan pesada. Por fortuna, no sólo de Portugal, sino nuestra, las cosas distan mucho de esa indigencia y falta de recursos que el vulgo de España supone.

Aunque Portugal, durante la dominacion de los reyes austriacos perdió algunas de sus colonias, de que los holandeses se apoderaron; aunque despues hubo de ceder á Inglaterra la isla de Bombay para que le auxiliase contra nosotros, pudiendo decirse que esta cesion fué el principio del imperio británico en la India, y la abdicacion de la soberanía portuguesa en toda el Asia; y aunque, como prenda de nuestra antigua dominacion, nos dejó la plaza de Ceuta con el pensamiento de domeñar y civilizar á Marruecos, y de hacerle *compensar muriendo el hecho ultraje*, pensamiento que tan mal hemos realizado; todavía conserva Portugal ricas provincias y hermosas colonias en Ultramar, aunque no florecientes como las nuestras.

El imperio del Brasil, separado políticamente de la metrópoli, se une á ella con lazos más estrechos de amistad y de comercio que á España sus antiguas colonias de América. La prosperidad, buen gobierno y

civilizacion del Brasil, hacen más honor á Portugal, que á España la decadencia, guerras perpétuas y revoluciones estériles de las repúblicas americano-españolas. El tráfico entre el Brasil y Portugal es un veneno abundante de riqueza para este último país, cuyas introducciones en aquel imperio acaso sean las más importantes, despues de las de los Estados-Unidos, que surten de harina á aquella poblacion de más de seis millones.

Portugal posee, además de las populosas Azores y de la hermosísima isla de Madera, las islas de Cabo Verde, las de Santo Tomás y Príncipe, que forman grupo con las nuestras de Fernando Póo, y muchos establecimientos en las costas de Angola y Benguela: domina aún, en el África Oriental, sobre 400 leguas de costa, y posee á Mozambique y á Sofala; en la India tiene las provincias de Bedjápour y Guzarate, con las ciudades de Diu, Damaum, Salsete y Goa, donde guarda los sepulcros del gran conquistador guerrero, Alburquerque, y del gran apóstol del Asia, San Francisco Javier, nuestro compatriota; y en la China conserva, por último, á Macao, y en la Oceanía, á Timor, Solor y otras islas.

Todas estas colonias se hallan en bastante decadencia; pero no tanto que no cuenten aún dos millones y medio de almas, que unidos á los tres millones y medio del continente, suman algo más de seis millones.

La riqueza y comercio de Portugal han decaido también de aquella asombrosa prosperidad á que el marqués de Pombal supo impulsarlos; prosperidad

que fué gradualmente aumentándose, hasta llegar á su apogeo en 1807, en que la exportacion en cruzados, con los establecimientos ultramarinos, ascendió á 25.871,000, y la importacion á 42.422,000; la exportacion en cruzados, con las naciones extranjeras á 58.635,000 y la importacion á 41.102,000.

La pérdida del Brasil, las guerras napoleónicas y el fatal tratado de 1810 con los ingleses, concurrieron á acabar ó al ménos á disminuir en gran manera este brillante estado. No se ha de creer, con todo, como cualquiera se inclinará á creer, leyendo el folleto que da ocasion á estos artículos, que Portugal agoniza, que Portugal se muere de inanición.

Pocos años há, en el de 1853, publicó el señor D. José de Aldama Ayala un libro perfectamente hecho y rico en datos de toda clase, que pudieran estudiar algunos españoles, ántes de hablar de Portugal harto ligeramente. El libro lleva por título *Compendio geográfico-estadístico de Portugal y sus posesiones ultramarinas*. De él tomamos algunas noticias para escribir el presente artículo, y á él remitimos á nuestros lectores que quieran enterarse más á fondo de la presente situación del reino vecino.

El Sr. Aldama responde victoriosamente, con la elocuencia de los números, á los que ponderan la pobreza de los portugueses. Presupone que Portugal es una quinta parte menor que España, y partiendo de este dato, y comparando la importacion y exportacion de Portugal en 1851, que conoce, con las de España en 1854, presenta los siguientes resultados:

Portugal en 1851.

Importacion en pesos fuertes.	14.957,794
Exportacion.	11.621,340

España en 1854.

Importacion en pesos fuertes.	40.687,367
Exportacion.	49.362,506

Se deduce de estas cifras que el comercio portugués es de 26.565,959 pesos fuertes, y el de España, que debiera ser cinco veces mayor, esto es, de 152.829,695 pesos fuertes, para ser ambos proporcionalmente iguales, es sólo de 90.562,506: de manera que á España le faltaron aquel año, para ser tan comerciante y rica como Portugal, 42.467,189 pesos fuertes.

El Sr. Aldama añade luego, para consuelo de España: «No se crea, empero, que las grandes diferencias que advertimos á favor de Portugal proceden de que en igualdad de circunstancias el territorio lusitano sea más rico que el español; no hay tal en nuestro concepto; sino que siendo Portugal una faja de terreno estrecha y larga, bañada al S. O. por el Atlántico, desembocando al mar en su territorio los principales ríos de la Península, que son navegables en su último trayecto, como tambien algunos de los que nacen en este territorio, disfruta de circunstan-

»cias que auxilian poderosamente al comercio, pudiendo decirse que exportan cuanto producen, teniendo luego que importar grandes cantidades de cereales y otros productos naturales y de arte, como sucede en la actualidad. Pero este flujo y reflujo y los cambios á que da lugar, es lo que constituye el verdadero comercio y la riqueza de un país; á la inversa de lo que se observa en varias provincias centrales de España, etc.» Y por último, concluye: «Los números presentes sirven para probar la importancia comercial de Portugal, y demostrar á algunos ignorantes que sin estudiarle ni conocerle le desprecian, figurándose ser un país que vale muy poco, cuán distantes se hallan de la verdad.»

Extraño contraste forman los párrafos citados del Sr. Aldama con la dolorida conmiseracion con que trata nuestro folletista á los portugueses, con aquellas frases fatídicas de *la decadencia por donde vemos precipitarse á Portugal, de la postracion de sus provincias, de sus debilidades y lesiones orgánicas, y de aquel cuerpo falto de vigor y de condiciones vitales, sujeto dentro de un saco de algodón por Inglaterra.*

Pero no sólo en esto, sino en todo, está el libro del Sr. Aldama en abierta contradiccion con el folleto del Sr. Gullon, escrito algo á la ligera. «El número de los que leen y escriben, dice el Sr. Gullon, no crece en Portugal lo que en España ha crecido.» Y el señor Aldama contesta: «En proporción de las respectivas poblaciones, tenemos por indudable que se lee más en Portugal que en España.» El Sr. Gullon cree que

los portugueses no tienen industria: y el Sr. Aldama contesta que en la exposicion universal de París hubo 446 exponentes de Portugal, de los cuales 218 obtuvieron premio, y llena varias páginas de su libro con una lista de productos y manufacturas de aquella parte de la Península. Así desvanece «el error en que han incurrido casi todos los geógrafos, economistas y viajeros, suponiendo que los portugueses carecen casi enteramente de fábricas,» y asegura que «el desarrollo que ha adquirido la industria manufacturera en Portugal merece la pena de que el gobierno mande formar la estadística, etc.» Con todo, á pesar de los datos estadísticos imperfectos que sobre este particular nos suministra el Sr. Aldama, bien se deja entrever que en punto á fabricacion están los portugueses relativamente, como en punto á comercio, más prósperos que los españoles.

No gozan ya de aquella prosperidad industrial relativa de que á principios de este siglo gozaban, y que llegó á inspirar recelos á los ingleses; pero desde 1820 volvió á reanimarse algo el espíritu industrial, dando las fábricas nacionales señas de vida, compitiendo con los géneros extranjeros en lo interior, y llegando algunos años á exportar para América y Africa, por valor de más de 700,000 duros de nuestra moneda.

No queremos fatigar por más tiempo á nuestros lectores con cifras. Al que desee enterarse mejor de lo que Portugal vale en el día materialmente, le volvemos á recomendar la lectura del libro del Sr. Aldama,

mientras nosotros nos congratulamos de que Portugal no esté tan abatido y postrado como le pintan algunos, y mientras deseamos y esperamos más unirnos á él porque vale, que no tenderle una mano compasiva y amistosa, al verle desvalido y pobre. Lo primero es compatible con el carácter portugués, que tal vez consideraría la union como decorosa y conveniente; lo segundo, no lo es en manera alguna. En su noble orgullo, nuestros hermanos se resistirian siempre á que los recibiésemos como por piedad; ántes preferirian morir independientes y solos de la muerte de consuncion con que el folletista los amenaza.

VI.

En vista de los datos del artículo anterior, no parece que los españoles tengamos derecho para decir que en Portugal hay un abandono forzoso y constante de los grandes intereses materiales, y una escasez ya crónica de recursos, que tan poco se concibe á primera vista en aquella sexta parte de la Península, cuando las otras cinco, con igual suelo, con las mismas condiciones, despues de trastornos más prolongados y trascendentales, gozan una situacion desahogada, próspera y relativamente hasta opulenta.

Cualquiera libro, cualquiera documento que consultemos para cerciorarnos de esta opulencia relativa de España y de esta indigencia de Portugal, viene á demostrarnos que estamos en un error. Del *Compendio estadístico* del Sr. Aldama pasamos al *Almanaque*

de Gotha, y vemos que España exportó en 1854 por valor de 950 millones de reales, y que Portugal exportó 275, esto es, mucho más de la quinta parte. Vemos asimismo que Portugal tiene en 1858 una marina de guerra que consta de 57 buques con 562 cañones, y España una marina de 82 buques y 887 cañones, y que el ejército efectivo portugués cuenta de 18 á 20.000 hombres; esto es, que si las fuerzas de tierra de Portugal no son relativamente superiores á las de España, no se puede negar que lo son las marítimas.

Dice el Sr. Gullon que el estado de la hacienda pública es en Portugal deplorable: pero no es el de España mucho más satisfactorio, y dice que allí no se ha descubierto aún el modo de igualar los gastos con los ingresos, que se hacen empréstitos, que se aumenta la deuda y que hay déficit todos los años, como si en España no hubiese nada de esto, en igual ó mayor escala.

Es cierto que las rentas del Estado no son en Portugal proporcionalmente iguales á las de España; pero esto puede probar que la administracion es allí más económica; y que el pueblo no está tan sobrecargado de tributos. No hay, sin embargo, ni en esto mismo, una notable inferioridad proporcional. Las rentas del Estado en Portugal vendrán á ser unos 260 millones de reales, de suerte que no es proporcionalmente más rico el Tesoro español, sino en el quinto de lo que exceden nuestras rentas de la cantidad de 1.500 millones.

En lo que sí llevamos á los portugueses una inmensa ventaja es en las colonias. Sólo la renta total de la

isla de Cuba es mayor que la de todo el reino vecino, y su comercio es dos veces más considerable. Esta colonia produce á España de ocho á nueve millones de duros anuales, mientras que las portuguesas nada producen, ántes cuestan á la metrópoli, para custodiarlas, conservarlas y administrarlas pobremente, de tres á cuatro millones de reales al año.

Pero la diferencia más notable en nuestro favor está en el progreso material, rápido y visible, que hay en España desde principios de este siglo, y sobre todo desde hace veinte ó treinta años: mientras que en Portugal apenas hay adelanto en muchas cosas y en otras hay decadencia.

Así es, que mientras más próximos á nuestros días sean los datos de que nos valgamos para comparar á Portugal con España, más favorables resultarán los datos para ésta última nacion. No negaremos que Portugal adelante; pero no adelanta con tanta rapidez como España. Las rentas de nuestras aduanas, por ejemplo, que en 1818 no pasaban de 90 millones, llegaron á 220 en 1858. Nuestro comercio de importación y exportación, del que ya hemos dado la cifra total en 1854, se elevó, en 1858, á la suma de 2,420.112,502 rs. Nuestra marina mercante ha tenido también tan considerable aumento, que ya en dicho año de 1858, contaba 5.175 buques; esto es, más que cualquiera otra nacion de Europa, ménos Francia ó Inglaterra.

En la historia de ambos pueblos hay una circunstancia que explica esta situacion respectiva. La guerra

de la Independencia contra Napoleon I influyó en sentido contrario en Portugal que en España. Aquí resucitó y rejuveneció á la nacion, y le imprimió un impulso progresivo, con el que se mueve todavía. Allí la sometió á Inglaterra, agos'ó su prosperidad, esterilizó su comercio y su industria, y la hizo caer en un desmayo, del que vuelve ahora con trabajo y con pena.

Desde 1808 hay en España una conciencia de nuestro gran sér como nacion, que, á pesar de su noble orgullo y de su grandeza pasada, no tienen con igual vigor los portugueses. A sus hombres de todos los partidos los aqueja siempre un desaliento mucho más hondo que el que aqueja á veces á los españoles. Los liberales, como Garrett, dicen: *fomos, já nao somos*: los absolutistas y legitimistas, como el Sr. Palha, confiesan que la nacion duerme un sueño de muerte desde Alcazarquivir hasta el día, sueño de que no se ha despertado sino para separarse de España:

Desde entao até agora

N'esse somno que a devora

Tornou de novo a cahir.

No tomamos en todo su valor estos ayes poéticos: comprendemos las exageraciones del patriotismo lastimado; pero las exageraciones y los ayes tienen algun fundamento. La última efflorescencia literaria de Portugal, que empieza con Garrett y produce luego á Mendez Leal, á Latino Coelho, á Juan de Lemus, á Rebello da Silva y á otros ingénios de primer orden,

se parece sin duda á una resurreccion, á un renacimiento del espíritu público nacional; pero no tiene, por desgracia, todos sus caracteres. El patriotismo exclusivo ahoga, no consiente el perfecto desarrollo de ese espíritu público. El pensamiento nacional, si ha de renacer en Portugal y en España, ha de renacer bajo la forma de *iberismo*; pero del iberismo paciente, sereno y firme, que quiere ir con pausa y sosiego á la unidad, por sus pasos y grados naturales, como único medio de recobrar, en las circunstancias presentes del mundo, la fuerza y la preponderancia perdidas, como único medio de que ambos pueblos de Iberia no sean dos pueblos insignificantes, y vuelvan á tener una gran mision en la historia.

De esta suerte es como comprendemos el iberismo. No es una necesidad, y puede ser una conveniencia. No se requiere la union para vivir: Portugal ha vivido bien, con riqueza y prosperidad materiales, y puede vivir del mismo modo sin nosotros: Portugal, sin nosotros, puede llegar á ser una nacion más industrial, más rica, más comerciante, más abastada que Bélgica; pero Portugal, sin nosotros, no puede ser una gran nacion, y Portugal aspira á serlo. Portugal no puede renegar de su pasado. Nosotros hacemos precisamente un argumento contrario al del señor Gullon. Este es *ibérico*, porque no estima tanto como nosotros lo extraordinario y sublime de las historias portuguesas: nosotros lo somos, aunque relegando para el porvenir la realizacion de nuestras esperanzas, porque nos admiramos de esas historias. Si

Portugal no las tuviera, sus poetas, sus políticos, sus escritores y pensadores tendrian otro ideal más *bourgeois*, más humilde, ménos heroico: se limitarían á ser codiciosos y no tendrian ambicion. Esas quejas de *fomos, já nao somos*, no saldrian de lábios portugueses; ni mereceria tanto dolor el que hubiera unas cuantas fábricas ménos ó el que el comercio portugués de 1861 no respondiera al de 1807. Aquella prosperidad puede renovarse fácilmente; pero Portugal no puede quedar satisfecho con aquella prosperidad. La condicion, la indole, el instinto, las tradiciones de todo portugués le mueven y arrastran á propósitos y fines más levantados. Ningun portugués negará esto, puesta la mano sobre el corazon. Esto, pues, y no la necesidad de vivir, para lo cual no nos necesitan, es lo que más tarde ó más temprano los traerá á todos al iberismo. No será la idea de que valen poco, no será el sentimiento de postracion y de humildad, sino el orgullo nacional y los ensueños ambiciosos y las *saudades* del pasado poderío lo que ha de impulsarlos á hacerse ibéricos, no resignándose á ser ricos y prósperos, pero poco importantes, como Bélgica ó Suiza.

En el siglo xviii, casi desde el momento de la separacion de España han estado los portugueses ricos y prósperos, relativamente á su pequeñez de poblacion y de territorio, y comparándolos con las demás naciones de Europa. Sin embargo, ni Portugal ni los portugueses están satisfechos de aquella época, como no lo estaria un gran príncipe que perdida su corona adquiriese dinero y bienestar, consagrándose sólo á las pro-

sáicas ocupaciones del labrador, del mercader ó del fabricante. El trono, el cetro, la dominacion pasada le atormentarian de continuo con su recuerdo, y hasta le embargarían el espíritu, impidiéndole que se ocupase con fruto en sus nuevas y plebeyas faenas.

Los portugueses anhelan aún, y tienen fatalmente que seguir anhelando, ser una gran nacion. Desde este punto de vista, en esta situacion de ánimo es como ellos mismos reprueban y desprecian lo que en absoluto ni desprecio ni reprobacion merece. Como el ilustrado escritor Lopez de Mendonça, llaman á su historia, desde 1640 hasta hace poco, un *longo pesadello de dusentos annos*; condenan á D. Juan IV porque vendió á Inglaterra las posesiones de la India y la ciudad de Tanager; declaran á D. Pedro II un bajá de Inglaterra; escarnecen á D. Juan V, á pesar de fundar el patriarcado, pagando á *peso d'ouro a insaciavel cubica do Papa*, y á pesar de haber edificado á *Mafra, grande monumento material sin pensamento*, Escorial sin San Quintin; y apenas si conceden que Portugal siguiese la corriente civilizadora de Europa, en tiempo del despótico, aunque admirable é inteligente marqués de Pombal.

Los portugueses tienen, pues, otras aspiraciones que no diremos que se logren con la futura union; pero si diremos que, en el presente estado del mundo, no hay otro medio de que se logren.

Por esto son los portugueses, aunque se hagan violencia para ser lo contrario, bastante más ibéricos que nosotros. Pero el iberismo nace del orgullo y del

amor de la pátria, y combatir en ellos estos nobilísimos sentimientos es combatir el iberismo.

El verdadero espíritu nacional portugués no puede ser adverso. El verdadero espíritu nacional portugués tiene que ser español. Despues de la fatal revolucion de 1640 no renació ese espíritu: ahora es cuando de cierto renace. ¿Cómo comparar, por ejemplo, al conde de Ericeira con Herculano, á cualquier poeta gongorino de entónces con un Juan de Lemus, con un Patos Bullao, con un Garrett? Sólo Vieira, dice el señor Lopes de Mendonça, era entónces un escritor inspirado; pero no recibia aliento inspirador de la pátria, sino del jesuitismo, de aquella poderosa asociacion á que pertenecia.

En el sétimo artículo, que será el último de esta série, diremos cuáles son los medios que, á nuestro ver, se han de ir empleando para aproximarse lenta y seguramente á esta unidad, á esta confederacion, ó por lo ménos, á esta estrecha alianza á que el destino y la condicion natural de españoles y portugueses nos impulsan con impulso providencial é inevitable, el cual crece, no en razon inversa de la vida propia de Portugal, sino en razon directa del desarrollo moral y material de ambas naciones, y de las esperanzas, aspiraciones y deseos que este desarrollo trae consigo.

Por todo lo que hemos dicho hasta aquí, se vé con claridad que la union de ambos reinos peninsulares

sáicas ocupaciones del labrador, del mercader ó del fabricante. El trono, el cetro, la dominacion pasada le atormentarian de continuo con su recuerdo, y hasta le embargarían el espíritu, impidiéndole que se ocupase con fruto en sus nuevas y plebeyas faenas.

Los portugueses anhelan aún, y tienen fatalmente que seguir anhelando, ser una gran nacion. Desde este punto de vista, en esta situacion de ánimo es como ellos mismos reprueban y desprecian lo que en absoluto ni desprecio ni reprobacion merece. Como el ilustrado escritor Lopez de Mendonça, llaman á su historia, desde 1640 hasta hace poco, un *longo pesadello de dusentos annos*; condenan á D. Juan IV porque vendió á Inglaterra las posesiones de la India y la ciudad de Tanager; declaran á D. Pedro II un bajá de Inglaterra; escarnecen á D. Juan V, á pesar de fundar el patriarcado, pagando á *peso d'ouro a insaciavel cubica do Papa*, y á pesar de haber edificado á *Mafra, grande monumento material sin pensamento*, Escorial sin San Quintin; y apenas si conceden que Portugal siguiese la corriente civilizadora de Europa, en tiempo del despótico, aunque admirable é inteligente marqués de Pombal.

Los portugueses tienen, pues, otras aspiraciones que no diremos que se logren con la futura union; pero si diremos que, en el presente estado del mundo, no hay otro medio de que se logren.

Por esto son los portugueses, aunque se hagan violencia para ser lo contrario, bastante más ibéricos que nosotros. Pero el iberismo nace del orgullo y del

amor de la pátria, y combatir en ellos estos nobilísimos sentimientos es combatir el iberismo.

El verdadero espíritu nacional portugués no puede ser adverso. El verdadero espíritu nacional portugués tiene que ser español. Despues de la fatal revolucion de 1640 no renació ese espíritu: ahora es cuando de cierto renace. ¿Cómo comparar, por ejemplo, al conde de Ericeira con Herculano, á cualquier poeta gongorino de entónces con un Juan de Lemus, con un Patos Bullao, con un Garrett? Sólo Vieira, dice el señor Lopes de Mendonça, era entónces un escritor inspirado; pero no recibia aliento inspirador de la pátria, sino del jesuitismo, de aquella poderosa asociacion á que pertenecia.

En el sétimo artículo, que será el último de esta série, diremos cuáles son los medios que, á nuestro ver, se han de ir empleando para aproximarse lenta y seguramente á esta unidad, á esta confederacion, ó por lo ménos, á esta estrecha alianza á que el destino y la condicion natural de españoles y portugueses nos impulsan con impulso providencial é inevitable, el cual crece, no en razon inversa de la vida propia de Portugal, sino en razon directa del desarrollo moral y material de ambas naciones, y de las esperanzas, aspiraciones y deseos que este desarrollo trae consigo.

Por todo lo que hemos dicho hasta aquí, se vé con claridad que la union de ambos reinos peninsulares

no puede ni debe hacerse por medios violentos y rápidos, y que por los lentos y pacíficos es harto difícil. La union, sin embargo, conviene é importa mucho al bien y á la futura grandeza de portugueses y españoles. El movimiento que á ella nos trae no nace de postracion ni de decadencia, sino, muy al contrario, de la energía que despliega y del vuelo que levanta, con la prosperidad creciente, el espíritu nacional, ántes apocado y abatido. Léjos, pues, de marchitarse en flor la idea del iberismo, vendrá con el trascurso del tiempo y con el asiduo cultivo á dar el fruto deseado, yendo entretanto arraigándose y tomando vigor en el aumento de poblacion, comercio é industria de uno y otro pueblo de Iberia.

Más, aunque esto se nos niegue, siempre será innegable y evidéntisimo, que ni Portugal debe recelar de la union, ni España codiciarla, hasta que llegue el dia dichoso en que Portugal mismo, unánimemente persuadido de su conveniencia, la desee y la pida. Y aún así, será menester mirarse en ello. Las naciones suelen ser ligeras y veleidosas, y suelen apeteer hoy lo que detestan mañana. No todas tienen la firmeza que tuvo Aragon en sus propósitos; muchas se parecen á los inquietos napolitanos, que ayer se mostraban ansiosos y enamorados de la union, entregándose sin la menor resistencia á un puñado de aventureros, y hoy se levantan contra ella, como si fuese el yugo más insufrible.

Ejemplo es este de grandísima enseñanza, y que nos debe hacer muy cautos. No hay, pues, que codi-

ciar la union, ni que recelar de ella por ahora. Lo que nos incumbe, lo que nos interesa es prepararla, ó al ménos, propender á una alianza estrechísima, valiéndonos para este fin de cuantos medios estén al alcance de la civilizacion y de la política.

Las vías férreas deben unirnos cuanto ántes, y acortadas así ó casi borradas las distancias, los españoles visitarán á Lisboa, y hasta en la misma decadencia de esta ciudad, tendrán que maravillarse de su magnífica posicion, de su esplendor pasado, y de la magestad régia que conserva todavía, reconociendo que está llamada á ser de nuevo la capital de un imperio vasto y poderoso. El trato entre uno y otro pueblo acabará por disipar las preocupaciones poco amistosas que nos separan, y por estrechar los lazos que nos unen. El vulgo de los portugueses conocerá que no todos los españoles son los humildes gallegos, que acuden á ganar la vida en aquella tierra, donde son tan injustamente menospreciados que una de las palabras más duras de que se puede valer un portugués para injuriar á otro es llamarle *gallego*. Los portugueses ilustrados acabarán por convencerse de que no son los españoles ni más crueles ni más sanguinarios que otro cualquiera pueblo del mundo, en épocas de revolucion y de trastornos, y de que aquí ni se fusila ni se da garrote con más profusion y con menos motivo que se mata en Francia, en Alemania ó en Italia, en idénticas ocasiones. Y tanto los portugueses cuanto los españoles, nos persuadiremos de que, si bien en punto á vanidad nacional y á cierta jactancia nada tenemos

que echarnos en cara, porque unos y otros pecamos en esto, y no poco, todavía no llegan ni aquí ni allí estos innegables defectos hasta el extremo ridículo que cierta malevolencia algo grosera, aunque chistosa, nos induce á creer y nos finge con todos los caracteres de la certidumbre. Por último, las personas acomodadas de ambos reinos, que van ahora con tanta frecuencia á París, tal vez vayan y vengan pronto alternativamente á Madrid y á Lisboa: tal vez logremos ver en nuestros salones, en nuestros teatros, y en nuestros ateneos y *circulos*, á la aristocrácia del nacimiento, de la inteligencia y de la riqueza de Portugal, y tal vez muchos de nuestros elegantes y de nuestras damas acudan en verano á las amenas y fértiles orillas de la boca del Tajo, ó á los sombríos y deleitosos bosques y jardines de Cintra y de Colares, en vez de ir á las Provincias Vascongadas, á Biarritz ó á San Ildefonso.

A fin de que el comercio entre España y Portugal sea más activo y provechoso, conviene formar una liga aduanera, para lo cual ha de empezar nuestro gobierno por hacer una reforma de aranceles en el sentido más liberal posible. De este modo, el contrabando de algodones que hace Portugal con España, y que ha sido y es bastante poderoso para crear y sostener casas tan ricas como las de los Sres Orta, Blanco, Roldan y otros, recibirá un golpe de muerte, perdiendo por lo pronto aquel país cuantiosos recursos y ganancias considerables, y aquel Estado mucha parte de sus rentas de aduanas; pero muy luego se recobrará de esta pér-

dida, y en un comercio lícito la compensará y resarcirá con usura. Celebrada la liga aduanera será más fácil la navegacion de los rios, hoy paralizada, como la del Duero, á pesar del tratado y merced á un reglamento ridículo, por la desconfianza fiscal, que no consiente la introduccion por Oporto de nuestros frutos coloniales. Las fábricas de tejidos y de estampados de algodón que hay en Lisboa, no teniendo ya que pagar la prima del contrabandista, podrán abastecer los mercados del Occidente de España y surtir á precio módico provincias enteras, compitiendo, mejor que ahora compiten por medio del contrabando, con las fábricas de Málaga y Cataluña. El comercio por mar entre ambas naciones se podrá activar y fomentar por medio de convenios para el cabotaje y con la supresion del, no diremos inútil, sino nocivo derecho diferencial de banderas, que excluye á la nuestra de tantos puertos y mares en lugar de favorecer la marina. El comercio de importacion de España en Portugal irá tambien en auge, dando pábulo al de Portugal con Holanda é Inglaterra, para donde exporta las lanas de nuestros ganados. Y por último, Oporto y Lisboa serán el emporio de toda España por el Atlántico, ó al ménos compartirán con Santander, con Vigo y con Cádiz este beneficio, llevándose nuestros cereales y nuestros vinos, las sedas, las resinas, el azafran y la sosa, y trayéndonos el azúcar, el té y el café de América y de China, y los objetos de arte y de moda, y otros artículos de lujo de Bélgica, de Francia y de la Gran Bretaña.

La semejanza y estrecho parentesco entre los idiomas portugués y español, y la idea común en que se fundan ambas civilizaciones, hacen conveniente el que se declare al cabo que los grados académicos y los títulos de la universidad de Coimbra sean en España valederos, así como en Portugal los de las universidades de España. La historia, las leyes, la literatura, las instituciones de uno y otro país, deben ser en lo futuro mutuamente mejor conocidas, y los clásicos portugueses tan leídos y admirados en España como en Portugal. El editor Rivadeneira debiera incluirlos en su colección al lado de los españoles. De otra suerte, no la tendremos por completa. Barboza debiera ser tan consultado como Nicolás Antonio por los eruditos españoles. En vez de cometer *galicismos* debiéramos incurrir en *portuguesismos*, lo cual, más que dar á nuestros escritos un colorido extranjero, les prestaría cierto perfume de castiza sencillez, y de aquella gracia primitiva y de aquel candor que ya tuvo y va perdiendo nuestro idioma. La Real Academia de Ciencias y la de la Historia de Lisboa, que, en poco más de un siglo que llevan de vida, han realizado tan grandes cosas, se han honrado con sábios tan eminentes y han acometido empresas tan colosales, debieran entrar en íntima comunicación con nuestras Academias. Algunas de estas empresas debieran proseguirse y terminarse de mancomun, como, por ejemplo, la curiosa colección de documentos y memorias sobre la historia, religion, usos y costumbres de las naciones bárbaras que ambos pueblos sujetaron, en otras eda-

des, así en el nuevo como en el antiguo continente. Ya en 1795 estaba próximo á darse á la imprenta en Lisboa el primer tomo de esta importante colección, que contenía una Memoria sobre la religion de los pueblos de la India, escrita por los jesuitas de Goa, una Historia de Cochinchina, de otro jesuita, y un largo Discurso sobre la nacion de los guaranis, que puebla el Paraguay. Nuestros misioneros, nuestros naturalistas, nuestros viajeros, se completan unos á otros, y todos juntos se puede asegurar que han estudiado los primeros las lenguas, la historia, los usos y las costumbres de los pueblos más apartados, y la flora y la fauna de las más remotas regiones, ántes inexploradas y ocultas.

Asímismo los libros que ahora se escriben en Portugal, y los que en España se escriben, debieran ser recíprocamente más leídos y estimados, con lo cual nos apreciaríamos mejor y habria cierta provechosa emulación literaria, y un mercado más grande para esta clase de productos, los cuales en ambas naciones y en ambas lenguas tienen desgraciadamente poquísima salida.

En suma, nosotros no pedimos la fusion, ni la union política de ambas naciones, pero anhelamos su amistad: y no queremos ir hácia Portugal para unir con violencia su destino á nuestro destino, sino que deseamos ir, como los novios que van á vistas, á fin de conocerse y tratarse y á fin de considerar si les tiene cuenta ó no un enlace medio proyectado. Bien puede ser que les tenga cuenta, bien puede ser que se

enamoren y se casen: más, aunque así no suceda, si ellos son buenos y están dotados de estimables prendas, no podrán menos, con el trato, de llegar á ser, cuando no esposos, íntimos y leales amigos. Esto, y nada más, es lo que nosotros deseamos por ahora: y nada nos lisonjeará tanto cuanto saber que los portugueses sienten y piensan de nosotros lo que nosotros de ellos, en cuya alabanza repetimos con toda sinceridad aquellas palabras de Plinio el jóven á Cornelio Tácito, que el Sr. Freire de Carvalho con razon y sin jactancia alguna aplica á sus compatriotas. «En verdad que reputo afortunados á aquellos hombres, á quienes los dioses por su alta munificencia concedieron, ó practicar acciones dignas de ser escritas, ó escribir obras dignas de ser leídas, y á los que reunen en sí ambas excelencias los reputo afortunadísimos.»

CUENTO SOÑADO.

Queremos, lector, que sepas, que nos tienen hartos y aburridos los rígidos moralistas que pululan ahora por donde quiera.

Aunque no nos jactamos de virtuosos, respetamos la virtud; pero no la creemos tan vocinglera y tan espantadiza como la de estos censores del día. Si hubiéramos de escribir á gusto de algunos; si hubiéramos de tomar su rigidez por valedera y no fingida, y si hubiéramos de ajustar á ella nuestros escritos, tal vez ni las *Agencias del tránsito de la muerte* de Venegas, ni *Los gritos del infierno*, del padre Boneta, serian edificantes modelos que imitar.

Por desgracia, esa rigidez es sólo aparente. Esa rigidez no tiene otro resultado que la de exaltar los áni-

enamoren y se casen: más, aunque así no suceda, si ellos son buenos y están dotados de estimables prendas, no podrán menos, con el trato, de llegar á ser, cuando no esposos, íntimos y leales amigos. Esto, y nada más, es lo que nosotros deseamos por ahora: y nada nos lisonjeará tanto cuanto saber que los portugueses sienten y piensan de nosotros lo que nosotros de ellos, en cuya alabanza repetimos con toda sinceridad aquellas palabras de Plinio el jóven á Cornelio Tácito, que el Sr. Freire de Carvalho con razon y sin jactancia alguna aplica á sus compatriotas. «En verdad que reputo afortunados á aquellos hombres, á quienes los dioses por su alta munificencia concedieron, ó practicar acciones dignas de ser escritas, ó escribir obras dignas de ser leídas, y á los que reunen en sí ambas excelencias los reputo afortunadísimos.»

CUENTO SOÑADO.

Queremos, lector, que sepas, que nos tienen hartos y aburridos los rígidos moralistas que pululan ahora por donde quiera.

Aunque no nos jactamos de virtuosos, respetamos la virtud; pero no la creemos tan vocinglera y tan espantadiza como la de estos censores del día. Si hubiéramos de escribir á gusto de algunos; si hubiéramos de tomar su rigidez por valedera y no fingida, y si hubiéramos de ajustar á ella nuestros escritos, tal vez ni las *Agencias del tránsito de la muerte* de Venegas, ni *Los gritos del infierno*, del padre Boneta, serian edificantes modelos que imitar.

Por desgracia, esa rigidez es sólo aparente. Esa rigidez no tiene otro resultado que la de exaltar los áni-

mos, haciéndoles dudar y burlarse, aunque sólo sea en sueños, de la hipocresía farisaica que ahora se usa.

Véase, si no, el sueño que ha tenido un amigo nuestro, y que trasladamos aquí íntegro, cuando no para recreo, para instrucción de los lectores.

Nuestro amigo soñó lo que sigue:

«Mas de 2,600 años há que era yo en Susa un sátrapa muy querido del gran rey Arteo, y el más rígido, grave y moral de todos los sátrapas. El santo varón Parsondes había sido mi maestro, y me había comunicado todo lo comunicable de la ciencia y de la virtud del primer Zoroastro.

Siete años hacia ya que Parsondes, después de iluminar el mundo con su doctrina, y de formar varios discípulos dignos de él, había desaparecido, sin que le volviese á ver nadie, ni vivo ni muerto. Unos decían que había encontrado la flecha de Abaris y se había ido por el aire, montado en ella; otros, que se había elevado al empuje en el trono flotante de Salomón, ó en un carro de fuego; otros, que el dragón Musarós, que en la antigüedad más remota civilizó á los asirios, y que tenía cabeza de hombre, cuerpo de pez y piernas de mujer, se le había llevado consigo á su palacio submarino, en el fondo del golfo pérsico. En resolución, aunque por distinta manera, todos convenían en que Parsondes, el virtuoso y el sábio, estaba viviendo con los dioses. En los templos de Susa se veneraba su imágen, coronada la cabeza de una mitra con quince cuernos, en razón de las quince virtudes capitales que resplandecieron en él, y vestido el cuerpo

de un ropaje talar lleno de otros símbolos más extraños aun en nuestros días, aunque entonces no lo fuesen.

Entretanto, las malas costumbres, el lujo, la disipación, los galanteos y las fiestas dispendiosas iban en aumento desde la muerte ó desaparición de Parsondes, el cual, mientras vivió entre nosotros, no hizo más que condenar aquellos abusos.

El rey de Babilonia, Nanar, tributario de mi augusto amo Arteo, rey de Media, había roto todo freno y corría desbocado por el camino de los deleites. Nosotros acusábamos á Nanar, como Parsondes le había acusado ántes; pero nuestra voz, ménos autorizada que la suya, no tocaba el corazón de Arteo, ni le decidía á destronar á Nanar, y á poner otro rey más morigerado en Babilonia. Nanar era más descreído y libertino que Sardanápalo, y en Babilonia no se adoraba ya á otro Dios que al interés y á Milita, ó como si dijéramos, á Vénus. En balde mis camaradas y yo predicábamos contra la corrupción. El vulgo y la nobleza se nos reían en las narices. Nosotros nos vengábamos con hablar de la santa vida de Parsondes, y con ponerla en contraposición de la vida que ellos llevaban.

Así iban las cosas, cuando una mañanita Arteo me hizo llamar muy temprano á su presencia.

—Hay esperanzas, me dijo, de que Parsondes viva aún, pero si ha muerto, es menester vengarle y castigar á su matador, que no puede ser otro que el rey Nanar.

—Tu sabiduría, señor, le contesté, es como la luz, que lo penetra y descubre todo. Vences al cocodrilo en prudencia y al lince en perspicacia; pero ¿cómo has sabido que Parsondes puede vivir aún, y que, si ha muerto, Nanar ha sido su asesino? ¿No han asegurado los magos que Parsondes está en el cielo? ¿No han descubierto los astrólogos en la bóveda azul una estrella antes nunca vista, y no han reconocido en esa estrella el alma de Parsondes?

—Así es la verdad, replicó el rey, pero yo he llegado á averiguar, por revelacion de algunos caballeros babilonios descontentos de Nanar, que éste, furioso de lo que Parsondes clamaba contra él, envió siete años há emisarios por todas partes para que ocultamente le prendiesen y llevasen á su alcázar; y allí debe de estar Parsondes, ó muerto, ó padeciendo tormentos horribles.

—¡ Ah señor! exclamé yo al punto, postrándome á los piés del rey; justo es vengar una maldad tan espantosa. Permite que yo sea el instrumento de tu venganza, y que salve á mi querido maestro del cautiverio en que, si no ha muerto, se halla.

El rey me dijo que con ese fin me habia llamado, y que al instante me preparase á partir con el acompañamiento debido, y órdenes terminantes suyas para que Nanar me respondiese con su vida de la del santo varon, ó le pusiese en libertad.

Aquel mismo día, que era uno de los más calurosos del estío, salí de Susa en un magnífico carro tirado por cuatro caballos árabes. Un hábil cochero iba diri-

giéndole, y dos esclavos etíopes me acompañaban tambien en el carro, haciendo aire el uno con un abanico de plumas de avestruz, y sosteniendo el otro, sobre un rico varal de marfil, prolijamente labrado, el ancho parasol de seda. Cuatrocientos ginetes, todos con aljabas, arcos y flechas, vestidos de malla y cubierta la cabeza con sendos capacetes de bronce, nielado de resplandecientes colores, me seguian y me daban mayor autoridad y decoro. Seis batidores, montados en rayadas y velocísimas zebras, iban delante de mí, á fin de anunciarme en las diversas poblaciones. Las vituallas y refrescos, que traíamos para suplir las faltas del camino, venian sobre los lomos de veinte poderosos elefantes.

Por no pecar de prolijo, no refiero aquí menudamente los sucesos de mi viaje. Baste saber que al décimo día descubrimos á lo léjos los muros ingentes de Babilonia, obra de Semiramis. Un copete de verdura los coronaba. Eran los jardines pensiles. Sobre los muros y sobre los jardines descollaban el templo de Belo y la torre de Nemrod. Aunque tan distantes aún, y de un modo confuso, creíamos ya percibir las colosales figuras esculpidas y pintadas en sus paredes exteriores, aquellos toros con cabeza de hombre y aquellos hombres con cabeza de leon, aquellos próceres y aquellos guerreros, ceñidos los riñones de talabartes, de que más tarde se enamoraron Oala y Oliba. El sol reflejaba desde Oriente sobre los gigantescos edificios y los hacia parecer como de oro. El Eufrates y el Tigris, serpenteando y heridos tambien por los rayos

del sol que rielaba en sus ondas, se asemejaban á dos cintas de plata que formaban un lazo.

Los batidores se habian adelantado á anunciar mi llegada. De repente vimos levantarse en la extensa llanura una nubecilla blanca que se iba agrandando. Luego, sobre la misma llanura, vimos como una mancha negra, que, agrandándose tambien, se movía hacia nosotros. Poco despues llegó á todo correr uno de mis batidores á decirme que Nanar se acercaba á recibirme con numerosa comitiva. En esto la mancha negra se habia ya dilatado por extremo, y empezamos á oír distintamente el son de los instrumentos músicos, el relinchar de los caballos y el resonar de las armas. Notamos, por último, el resplandor del bronce y del oro, el lujo de las vestiduras y la magnificencia de los que á recibirnos venian.

Hice entónces que el cochero agujase los caballos, y pronto estuve cerca del rey Nanar, que venia en un soberbio palanquin de bambú, sándalo y nacar, sostenido por doce gallardos mancebos. El rey bajó del palanquin y yo del carro, y nos saludamos y abrazamos con mútua cordialidad.

La túnica del rey era de tisú de oro bordada de seda de mil colores. En el bordado se representaban todos los pájaros y todas las estrellas del cielo. Llevaba el rey una fiara no ménos estupenda, ajorcas y brazaletes, y por zarcillos dos redondas perlas del tamaño cada una de un huevo de perdiciz.

Su cabellera le caía en trenzas perfumadas sobre la espalda, y la barba formaba menudísimos rizos ar-

tística y simétricamente ordenados. Su vestido y su persona despedian una delicada fragancia. A pesar de mi severidad, no pude ménos de admirarme de la figura del rey Nanar, y confesé, allá en mis adentros, que era la persona más *comm'il faut* que habia yo tratado en mi vida.

El rey me alojó en su alcázar, me dió fiestas espléndidas, y me distrajo de tal suerte que casi me hizo olvidar el objeto de mi mision. Ya teniamos un concierto, ya un baile, ya una cena por el estilo de la que dió Baltasar muchos años despues. Yo no me atrevia á preguntar al rey qué habia hecho de Parsondes. Yo no comprendia que un señor tan excelente, que agasajaba y regalaba á los huéspedes con aquella elegancia y cortesania, hubiese dado muerte ó tuviese en duro cautiverio á mi querido maestro.

Por último, una noche me armé de toda mi austeridad y resolucion, y dije á Nanar, en nombre del rey mi amo, que en el momento mismo iba á decir dónde estaba el virtuoso Parsondes, si no queria perder el reino y la vida. Nanar, en vez de contestarme, hizo venir al punto á todas las bailarinas y cantatrices que habia en el alcázar, las cuales pasaban de novecientas, y eran de lo más bello y habilidoso que á duras penas pudiera encontrarse en toda el Asia. Las muchachas llegaron bailando, cantando y tocando flautas, crótalos y salterios, que era verdaderamente cosa de gusto el verlas y el oirlas. Yo me quedé absorto. Nanar me dijo, y aquí fué mayor mi estupefaccion:

—Ahí tienes al santo Parsondes, en medio de esas

mujeres. Parsondes, ven acá y saluda á tu antiguo discípulo.

Salió entónces del centro de aquella turba femenina uno que, á no ser por la barba, hubiera podido confundirse con las mujeres. Traia pintadas las cejas de negro, de azul los párpados, á fin de que brillasen más los ojos, y las megillas cubiertas de colorete. Estaba todo perfumado; su traje era tan rico como el del rey; su andar afeminado y lánguido; de sus orejas pendian zarcillos primorosos; de su garganta un collar de perlas; ceñia su frente una guirnalda de flores. Era el mismo Parsondes, que me echó los brazos al cuello.

—Yo soy, me dijo, muy otro del que ántes era. Vuélvete si quieres á Susa, pero no digas que vivo aún para que no se escandalicen los magos, y para que sigan teniendo un ejemplo reciente de santidad á que recurrir. Nanar se vengó de mi ruda y desaliñada virtud, haciéndome prisionero y mandando que me enjabonasen y fregasen con un estropajo. Despues han seguido lavándome y perfumándome dos veces al dia, regalándome á pedir de boca, y obligándome á estar en compañía de todas estas alegres señoritas, donde he acabado por olvidarme de Zoroastro y de mis austeras predicaciones, y por convencerme de que en esta vida se ha de procurar pasarlo lo mejor posible, sin ocuparse en la vida de los otros. Cuidados ajenos matan al ásno, y nadie lo es mas que quien se mezcla en censurar los vicios de los otros, cuando sólo le ha faltado la ocasion para caer en ellos, ó cuando, si en

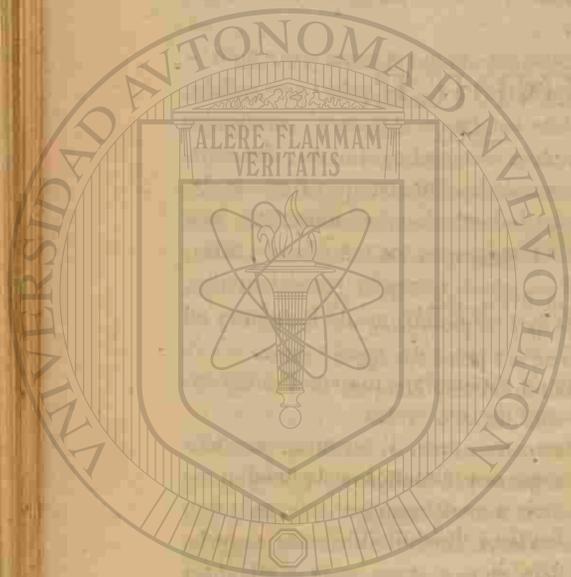
ellos no ha caido, se lo debe á su ignorancia, mal gusto y rustiqueza.

Las manos me puse en los oidos por no oir semejantes blasfemias en boca de aquel sábio admirable. Desesperado y rabioso estaba yo de verle convertido en *bon vivant*; más para evitar el escándalo, determiné aconsejar al colegio de los magos que siguiese diciendo que Parsondes habia subido al empíreo, que siguiese venerando su imágen en los templos de Susa, sin descubrir á nadie, ántes negando rotundamente, que Parsondes vivia con las bailarinas de Babilonia en el alcázar de Nanar.

En esto desperté de mi sueño y me volví á encontrar en mi pobre casita de esta corte.

—Creo, añadia nuestro amigo al terminar su cuento, que con ménos riqueza y á menos costa pueden los Nanares del dia seducir á los Parsondes que zahieren su inmoralidad y sus vicios. Los que no estén seguros de la propia virtud han de ser, pues, más indulgentes con los Nanares. ¡Desdichado aquel que hace alarde de virtud sin tenerla probadísima!

¡Dichoso aquel que la practica y calla!



ÍNDICE.

Al Excmo. Sr. Duque de Rivas, etc., etc., etc.	v
Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales, por D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas.	1
Una cátedra en el Ateneo.	47
De la doctrina del progreso con relación á la doctrina cristiana.	63
Del Romanticismo en España y de Espronceda.	119
Sobre los cantos de Leopardi.	154
Obras poéticas de Campoamor.	185
Las Escenas andaluzas del Solitario.	201
De la naturaleza y carácter de la novela.	218
De la revolución en Italia.	218
Sobre el libro titulado <i>El Papa y los gobiernos populares</i> , por D. Miguel Sanchez, presbítero.	303
España y Portugal.	339
Cuento soñado.	391

